

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 49
Abril-Junio 2018

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Duplicidades diferenciales en Mi verdadera historia de Juan José Millás, por Francisco Javier Higuero
El lenguaje que debemos tener para no morir a causa de la verdad: una aproximación al lenguaje espiritual de Tàpies y Valente, por Daniel Artesero Grande

• Relato

El silencio de Helena, por Marta Aragón
Sangre azul para Iván el Tonto, por Manuel Sauce-
verde
La carta que nunca te envié, por Elizabeth Domínguez
De los seres de este reino (III-Final), por Ricardo
Bugarín
Mientras caen las naranjas, por Teresa Constanza
Rodríguez Roca
Dos relatos, por Tomás Sánchez Hidalgo
Microficciones, por Lorena Díaz Meza
En el fondo del hombre, por Juanma Bahamonde
¿Qué come?, por José Luis Díaz Marcos
Microficciones, por Rolando Revagliatti
Relatos, por Carlos Caro
En la orilla de las cosas, por Gisela Vanesa Mancuso
52 razones para Pigmalión, por Jordi Manau Trullàs

Cuatro relatos, por Adán Echeverría
Una rubia mirando a cualquier parte, por Juan
José Sánchez González
Hojas de invernadero, por Mónica Cristina Cena
Una historia banal, por Ramón Araiza Quiroz
El tesoro, por Daniel Romero Vargas
El cuaderno, por Ivanna Zambrano Ayala
*Si ellos para nacer necesitan la muerte nuestra;
nosotros para vivir requerimos que ellos no naz-
can*, por Edgardo Hernández Mejía
Tres relatos, por Carlos Llaza
Relatos, por Alejandro Bentivoglio
Doña Efigenia, por Nechi Dorado
Gradiva, por Ernesto Juárez Rechy
Vuelve Kontiki, por María Gladys Estévez
Al otro lado del tabique, por Ramón Zarragoitia
Última noche en La Habana, por Jesús Greus

• Narradores

Antonio Tejedor García

• Aniversarios

Medardo Fraile o el arte de contar, por Pedro M. Domene

• Entrevista

«Tengo que ponerlo sobre papel». *Conversando con Aurora Aria*, por Gabriela Tineo y Mariana Barbero

• Miradas

Informe sobre cuatro versiones de Caperucita Roja, por Gisela Vanesa Mancuso
Los desplegados mundos de Juan Emar, por Adán Echeverría
Black Mountain Bossòst, segunda edición del festival de género negro del Valle de Arán, por José Luis Muñoz

• Reseñas

"Mac y su contratiempo" de Enrique Vila-Matas,
por José Luis Muñoz
"Los cinco y yo" de Antonio Orejudo, por Antonio
Tejedor García
"Relatos de 4 fillos" de José Vaccaro Ruiz, por José
Luis Muñoz
"Cartago Cinema" de Antonio Moreno Agudo, por
Marcos Callau
"El Portugués" de Eloy Fernández Clemente, por
Francisco Javier Aguirre

"Todos los espejos, rotos" de Antonio Tejedor
García, por Carlos Manzano
"Los perros" de José Luis Muñoz, por José Vacca-
ro Ruiz
"El pintor ciego" de Mariano Sánchez Soler, por
José Luis Muñoz
"La hija del mar" de Rosalía de Castro, por María
Dubón
"4321" de Paul Auster, por José Luis Muñoz

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica surgida como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra vida cotidiana.

* * *

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 49

<i>Duplicidades diferenciales en Mi verdadera historia de Juan José Millás</i> , por Francisco Javier Higuero	3	<i>Vuelve Kontiki</i> , por María Gladys Estévez	95
<i>El lenguaje que debemos tener para no morir a causa de la verdad: una aproximación al lenguaje espiritual de Tàpies y Valente</i> , por Daniel Artesero Grande	13	<i>Al otro lado del tabique</i> , por Ramón Zarragoitia	98
<i>El silencio de Helena</i> , por Marta Aragón	20	<i>Última noche en La Habana</i> , por Jesús Greus	100
<i>Sangre azul para Ivan el Tonto</i> , por Manuel Sauceverde	23	<i>Narradores: Antonio Tejedor García</i>	114
<i>La carta que nunca te envié</i> , por Elizabeth Domínguez ..	26	<i>Aniversarios: Medardo Fraile o el arte de contar</i> , por Pedro M. Domene	119
<i>De los seres de este reino (III-Final)</i> , por Ricardo Bugarín ..	30	<i>Entrevista: «Tengo que ponerlo sobre papel». Conversando con Aurora Ariá</i> , por G. Tineo y M. Barbero.....	123
<i>Mientras caen las naranjas</i> , por Teresa Constanza Rodríguez Roca	32	<i>Informe sobre cuatro versiones de Caperucita Roja</i> , por Gisela Vanesa Mancuso	127
<i>Dos relatos</i> , por Tomás Sánchez Hidalgo	38	<i>Los desplegados mundos de Juan Emar</i> , por Adán Echeverría	131
<i>Microficciones</i> , por Lorena Díaz Meza	45	<i>Black Mountain Bossòst, 2ª edición del festival de género negro del Valle de Arán</i> , por José Luis Muñoz	134
<i>En el fondo del hombre</i> , por Juanma Bahamonde	47	<i>"Mac y su contratiempo" de Enrique Vila-Matas</i> , por José Luis Muñoz	136
<i>¿Qué come?</i> , por José Luis Díaz Marcos	48	<i>"Los cinco y yo" de Antonio Orejudo</i> , por Antonio Tejedor García	137
<i>Microficciones</i> , por Rolando Revagliatti	51	<i>"Relatos de 4 filos" de José Vaccaro Ruiz</i> , por José Luis Muñoz	138
<i>Relatos</i> , por Carlos Caro	52	<i>"Cartago Cinema" de Antonio Moreno Agudo</i> , por Marcos Callau	139
<i>En la orilla de las cosas</i> , por Gisela Vanesa Mancuso ..	54	<i>"El Portugués" de Eloy Fernández Clemente</i> , por Francisco Javier Aguirre	141
<i>52 razones para Pigmalión</i> , por Jordi Manau Trullàs ..	57	<i>"Todos los espejos, rotos" de Antonio Tejedor García</i> , por Carlos Manzano	142
<i>Cuatro relatos</i> , por Adán Echeverría	62	<i>"Los perros" de José Luis Muñoz</i> , por José Vaccaro ..	144
<i>Una rubia mirando a cualquier parte</i> , por José Sánchez González	68	<i>"El pintor ciego" de Mariano Sánchez Soler</i> , por José Luis Muñoz	145
<i>Hojas de invierno</i> , por Mónica Cristina Cena	70	<i>"La hija del mar" de Rosalía de Castro</i> , por María Dubón	146
<i>Una historia banal</i> , por Ramón Araiza Quiroz	78	<i>"4321" de Paul Auster</i> , por José Luis Muñoz	148
<i>El tesoro</i> , por Daniel Romero Vargas	80	<i>Novedades editoriales</i>	151
<i>El cuaderno</i> , por Ivanna Zambrano Ayala	82		
<i>Si ellos para nacer necesitan la muerte nuestra; nosotros para vivir requerimos que ellos no nazcan</i> , por Edgardo Hernández Mejía	83		
<i>Tres relatos</i> , por Carlos Llaza	86		
<i>Relatos</i> , por Alejandro Bentivoglio	90		
<i>Doña Efigenia</i> , por Nechi Dorado	92		
<i>Gradiva</i> , por Ernesto Juárez Rechy	94		

DUPLICIDADES DIFERENCIALES EN *MI VERDADERA HISTORIA* DE JUAN JOSÉ MILLÁS

por Francisco Javier Higuero

Si por algo se caracteriza gran parte de la producción literaria de Juan José Millás es por una reiterada amalgama de rasgos posmodernos, mucho de ellos propensos a ser calificados propiamente como metanarrativos. De hecho, tal es lo que sobresale a lo largo de lo relatado en la novela que lleva como título *Mi verdadera historia* (2017). Desde el primer momento, convendría no perder de vista que abundan estudios tales como *The Cambridge Introduction to Narrative* (2008) de H. Porter Abbott, «Texte littéraire et métalangage» (1977) de Philippe Hamon, *Narcissistic Narrative* (1984) de Linda Hutcheon y *Narratology: The Form and Functioning of Narrative* (1982) de Gerald Prince, que han sentado las bases teóricas en función de las que pueden abordarse diversas modalidades del discurso metanarrativo. En términos generales, ya se está en condiciones de poder afirmar que lo proyectado semánticamente por el concepto de metanarrativa no viene a ser sino una narración abocada a tratar del propio acto de narrar y de todos aquellos componentes a través de los cuales dicho acto de habla es constituido en cuanto tal, contribuyendo, de hecho, a establecer transacciones pragmáticas de comunicación. La metanarrativa consiste en relatar algo, siendo consciente de que se está llevando a cabo tal tarea, al tiempo que se presta atención a diversos elementos y factores integrantes en dicha forma expresiva. Por consiguiente, el narrador involucrado directamente en un relato metanarrativo posee una conciencia refleja tanto de lo por él realizado, como de las estrategias diegéticas utilizadas y del narratario al que se dirige y con el cual está intentando comunicarse. También dicho narrador puede ser consciente, con frecuencia, de los efectos pragmatistas derivados al relatar lo que se propone. De hecho, una de las consecuencias más relevantes de tal forma de expresar lo comunicado verbalmente consiste en un incremento manifiesto del autoconocimiento del propio narrador, pues, tal y como ha señalado Charles S. Peirce en *Collected Papers* (1931-1958), cualquier reflexión sobre lo que sea se origina siempre en la experiencia.¹ A partir de tal constatación fáctica, se podrán ir construyendo hipótesis y suposiciones repletas de un alto grado de creatividad, en las que la imaginación desempeña un relevante papel abductivo, conforme evidencia el comportamiento metanarrativo del personaje que va relatando la trayectoria diegética de *Mi verdadera historia*, cuando se complace en entrelazar una gran variedad de anécdotas encaminadas a incrementar hermenéuticamente la significación, bien de lo acontecido de hecho, o de aquello que quizás se hubiera llevado a cabo al cambiar un determinado cúmulo de circunstancias, siempre acechantes de un modo u otro.

El narrador autodiegético de *Mi verdadera historia* es un conspicuo personaje, de nombre desconocido y un tanto deshumanizado que se complace en acumular una serie de reflexiones discontinuas y fragmentadas sobre lo que él o bien recuerda, con cierta precisión, o tal vez se vea reducido a ser producto de su propia imaginación calenturienta. A todo esto convendría agregar que lo sentido, o especulado por dicho personaje se halla repleto de ciertas dicotomías binarias, manifestadas bajo la modalidad de duplicidades diferenciales, entrelazadas mutuamente, al tiempo que se hallan propicias a convertirse en objeto de ciertas estrategias deconstructoras, dignas de ser tenidas en cuenta, tal y como se pondrá de relieve en las páginas siguientes. Entre tales dicotomías, convendría prestar atención a las involucradas en las oposiciones existentes entre los respectivos ejercicios de la escritura y la lectura, manifestados de una forma u otra, o en lo connotado por lo entendido propiamente por el azar y la necesidad, sin olvidar la experiencia fenomenológica de la observación, frente al objeto hacia el que se dirige intencionalmente la mirada de quien se propone ver algo con un mínimo detenimiento. Otro ejemplo de dicotomía binaria convertida en duplicidad se pone de relieve

¹ En *La Razón Creativa* (2007), Sara Barrena, siguiendo los razonamientos pragmatistas de Peirce, subraya que es precisamente la experiencia la única maestra digna de ser valorada empíricamente para llegar alguien a conocerse a sí mismo de forma cada vez más satisfactoria.

al contraponer el narrador lo presuntamente acaecido, a lo que tal vez tenga lugar en un futuro más o menos próximo.

Convendría puntualizar que las dicotomías binarias que se prestan a ser tratadas desde presupuestos críticos deconstructores no se hallan en modo alguno jerarquizadas de forma definitiva. Por otro lado, ha sido Jacques Derrida quien en *Espolones. Los estilos de Nietzsche* (1977) y en *Posiciones* (1981) ha indicado que la deconstrucción de dichas dicotomías no implica una destrucción de las mismas (de las que resultaría un simple monismo en lugar de un dualismo) pero tampoco una inversión sencilla del orden bipolar previo, llamada a otorgar primacía al término antes devaluado, lo cual no haría sino reproducir el esquema dualista. De hecho, la estrategia deconstructora transforma dicha oposición, situándola algunas veces en una pragmática del texto distinta a la anterior.² En otras ocasiones, en la cadena de significantes presuntamente bipolares se introduce una fisura mortal, al mostrar la posibilidad de establecer en todo concepto una variada amplitud de sentidos irreparables. En los estudios citados de Derrida, se afirma con cierta contundencia que el proceso de significación es siempre plural, ya que todo texto se caracteriza por poseer una clara función diseminatoria de múltiples connotaciones semánticas, nunca resueltas definitivamente. Si se intentara buscar alguna lógica en dicha diseminación de sentidos a la que se refiere la estrategia deconstructora, se llegaría a la conclusión de que el ámbito excluyente propio de las oposiciones binarias solo tiene en cuenta la posibilidad de que exista uno de los dos términos bipolares, sin prestar atención al hecho de que pueden darse situaciones intermedias, las cuales subvierten la validez de las dicotomías defendidas. A todo esto se precisa agregar que las consideradas posiciones irreconciliables quizás no sean tales, sobre todo si no se ignora lo que de común tienen los términos presuntamente enfrentados. Tampoco se debería olvidar que, con mucha frecuencia, es desde los márgenes descentrados desde donde se pueden deconstruir las denominadas dicotomías binarias. Dichos márgenes quizás evidencien que los elementos contrapuestos no eran tales o, si lo eran, no excluían a muchos otros ya integrados en un texto siempre abierto e imposibilitado para aceptar cualquier intento clausurante que pueda tener éxito. No se debe perder de vista que, en gran parte, el interés de la tarea deconstructora se cifra mucho más en la apertura de unas estrategias que permitan cuestionar y transformar activa y productivamente lo asumido como texto fijado de forma definitiva. Dicha tarea quizás se lleve a cabo desde cualquier ángulo que se preste a la misma y siempre está alejada de meta alguna en la que concluyentemente instalarse de una vez por todas.

En conformidad con lo ya sugerido, la primera dicotomía binaria que atraviesa gran parte de lo relatado en *Mi verdadera historia*, se halla constituida por la contraposición existente entre el ejercicio gramatológico de la escritura, al que se dedica el mencionado narrador autodiegético, y la tarea de lectura que absorbe prioritariamente los intereses de su padre, quien, sin embargo, parece no tener en cuenta, una y otra vez, la tendencia demostrada por aquel personaje a dejar constancia escrita de lo que tal vez haya vivido o fuera el producto de su inmadura imaginación calenturienta. Dicho ejercicio de la escritura se presta a ser considerado como arma autoprotectora en unas ocasiones o como instrumento arrojado de carácter ofensivo en otras. De cualquier forma, a través de tal recurso el narrador de *Mi verdadera historia* se ve abocado a pretender reivindicar el entorno existencial de su propia individualidad, diferenciada frente a amenazas carentes hasta de una consistencia real verificable. Para expresarlo de otro modo, la escritura pudiera muy bien contribuir a marcar y proteger la presunta diferencia existente entre la personalidad de este narrador autodiegético y la de otros personajes que desfilan a lo largo de lo relatado, entre los que se precisa incluir prioritariamente a su propio padre, quien se halla caracterizado como un lector empedernido que, sin embargo, ignora, con explicitéz manifiesta, lo escrito por el hijo. Tal rechazo y desprecio contribuye no solo a que nazca en dicho narrador un antagonismo ineludible hacia su padre, acentuando la duplicidad diferencial, existente entre ambos personajes, sino también a que se manifieste un preocupante nihilismo, caracterizado por una suerte de irrealidad palpable.

² La praxis de la estrategia deconstructora, según se desprende de numerosos estudios de Derrida, se encuentra alejada de cualquier tipo de formulación sistemática. Por tanto, no puede ser considerada ni siquiera como una metodología firme en la que asirse. Antes, por el contrario, al referirse a esa estrategia se está aludiendo a una tarea de prudencia y minuciosidad, pero también a destreza y eficacia, aun en medio de la inestabilidad inherente a todo texto que se resiste a ser clausurado.

Desde el momento en que se asocia la escritura con el tratamiento diegético de la diferencia de nuevo se abren las puertas a un estudio deconstructor de lo expresado narrativamente con profunda radicalidad en *Mi verdadera historia*. No debería olvidarse, a este respecto, que, a lo largo del discurso argumentativo de *De la gramatología* (1971), Jacques Derrida manifiesta sin dejar lugar a dudas, aunque en términos teóricos, que el lenguaje es ante todo escritura, de la que se precisa partir para criticar la dimensión de la voz como portadora de sentido. Conjuntamente con este énfasis en la escritura, Derrida apostará por un pensamiento que lee con minuciosidad, consideración, hondura y cautela, las puertas que dejan abiertas los vacíos y márgenes de cualquier texto.³ A esta estrategia focalizada en la escritura y encaminada a encontrar grietas textuales subversivas se la designa con el lexema de gramatología, ciencia que se propone desedimentar las determinaciones conceptuales del logofonocentrismo, los obstáculos epistemológicos y culturales que funcionan como soporte de los prejuicios y presupuestos más enraizados del pensamiento occidental, entre los que se encuentra el de la solidaridad con una metafísica de la presencia que conlleva la devaluación y consiguiente marginamiento de la escritura.⁴ Ahora bien, al otorgar a este elemento textual el papel que propiamente le corresponde, Derrida relaciona a la escritura con la tachadura producida por ella, ocasionando una huella de lo que se ha intentado borrar. En consecuencia, lo que permanece no es presencia alguna, sino un simulacro de la misma. Desde esta perspectiva y conforme Derrida expresa en *Margins of Philosophy* (1982), la huella no puede definirse ni en términos de presencia ni de ausencia. Precisamente lo que excede a esta oposición tradicional es lo que sobrepasa al ser como presencia y al concepto de origen. La huella vendría a consistir en un simulacro de algo que se disloca, se desploma y remite a otra huella, a otro simulacro de presencia que, a su vez, se disloca, etc. El papel gramatológico desempeñado por la escritura pudiera favorecer llegar a discernir la superposición indefinida de huellas, que, sin embargo, imposibilita la llegada a origen último alguno. Por otro lado, las tachaduras yuxtapuestas y causantes de las huellas abren toda una cadena de significantes, carente de la dimensión teleológica que interrumpiría el proceso diseminatorio abierto, sin final previsible alguno.

Conforme se está observando, el carácter deconstructor de la huella desmantela la dicotomía binaria presuntamente integrada por los respectivos ámbitos semánticos de presencia y ausencia. Teniendo en cuenta tal aseveración crítica, no resulta difícil, en modo alguno, enfocar el estudio de *Mi verdadera historia*, en función de parámetros temporales que evidencien cómo en un entorno cronológico determinado se detectan huellas manifiestas y tal vez imposibles de eliminar, de presencias que, aunque desvanecidas y hasta decadentes, no han sucumbido con irremediabilidad al embate que una ausencia definitiva pudiera, de hecho, implicar. No debería olvidarse, a este respecto, que son diversas las ausencias temporales involucradas en el ejercicio gramatológico de la escritura, tal y como se relata en dicha novela. La primera de estas ausencias se materializa en el hecho de que, al narrar lo presuntamente acaecido, los acontecimientos mencionados han tenido lugar en un pasado más o menos remoto, pero que ya no se encuentra presente, de modo inequívoco.⁵ En el mejor de los casos, de tales sucesos o acciones solo quedan huellas deconstructoras. Posteriormente, a esta primera ausencia habría que añadir una segunda consistente en la que experimentaría un narratorio, convertido en presunto lector de lo escrito, respecto a la presencia fáctica del narrador autodiegético, cuando decide enterarse de lo relatado. La tercera ausencia yuxtapuesta a las anteriores procede de lo insinuado por la madre de tal personaje, al sugerir que lo que él ha tenido a bien relatar, quizás no se haya producido en la realidad efectiva, sino que proceda de una fecunda imaginación creadora de ámbitos ficcionales inexistentes. Lo escrito y narrado por ese hijo emocionalmente inestable, que dicha madre se resiste a creérselo, consiste en un accidente mortífero provocado aleatoriamente por él, al haber programado suicidarse, cuando tenía la temprana edad de doce años, como reacción impulsiva al desprecio que hacia él protagonizaba su padre, obsesionado por la lectura, al tiempo que

³ Muchas de las ideas expuestas por Derrida en *De la gramatología* se desarrollan con más detalle y precisión en *La escritura y la diferencia* (1989).

⁴ La raíz *grama* del término gramatología apunta a la posibilidad de toda inscripción en general. En conformidad con esta apreciación etimológica, es la escritura propiamente dicha, la que se encuentra en la base de toda aproximación de carácter gramatológico.

⁵ Aunque el narrador autodiegético de *Mi verdadera historia* utiliza, algunas veces, el tiempo verbal del presente de indicativo, esta connotación temporal se halla contextualizada en una pragmática de texto perteneciente a acontecimientos pasados.

desdeñaba fulminantemente prestar la mínima atención a lo escrito por tal narrador autodiegético. De la siguiente forma se expresa, en *Mi verdadera historia* utilizando el estilo indirecto libre, lo que la madre siente al proponerse elaborar alguna justificación racionalizadora a lo presuntamente llevado a cabo por lo que el narrador en cuestión había conseguido escribir, de una forma un tanto perspicaz:

... Su hijo no era un enfermo, no había cometido ningún crimen (involuntario o no), solo en su imaginación yo había sido el causante del «accidente» que pudrió nuestras vidas. Al poner en tela de juicio su perspicacia como madre, se culpó de haberme imaginado arrojando la bola de cristal contra los coches. Aquello que había amargado su existencia, que quizá había roto su matrimonio, no había sucedido jamás.⁶

La ausencia esgrimida por la madre del narrador implica que, de hecho, no ha tenido lugar lo relatado por su hijo, quien llega a vanagloriarse de leer los pensamientos de ella, que en modo alguno han sido registrados por escrito. Semejante comportamiento del narrador respecto a lo presuntamente elucubrado por su madre parece convertirse en una ejemplificación concreta de lo advertido a lo largo del discurso ensayístico puesto de relieve por la línea argumentativa seguida en *Juegos de duelo* (2004) de José Manuel Cuesta Abad, en donde se destaca la lectura de lo que nunca fue escrito, incluido, quizás en un ámbito anterior a la misma existencia del lenguaje. Dicho entorno se presta a formar parte de lo entendido, propiamente, como mundo de la vida, a través de los posicionamientos fenomenológicos adoptados tanto por Edmund Husserl en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología existencial* (1991) como por Maurice Merleau-Ponty en *Fenomenología de la percepción* (1985) y *The Visible and the Invisible* (1968).⁷ Por mundo de la vida, se entiende la experiencia primigenia y hasta cierto punto también ingenua, anterior a cualquier conceptualización objetivizadora, impuesta sobre ella. No debería olvidarse, a este respecto, que, al considerar el lenguaje no solo como oralidad sino también como escritura, ya se está expresando una cierta conceptualización objetivizadora arrojada sobre el mundo de la vida, que, en consecuencia, dejaría de ser tal.⁸ Convendría no perder de vista, a este respecto, que en *Juegos de duelo* se reconoce el esfuerzo puesto por leer lo nunca escrito, a lo largo de las disquisiciones ensayísticas de Walter Benjamin expresadas de múltiples formas en *Illuminations* (1968) y *Reflections* (1978), dirigidas a superar con mucha anticipación las posturas destructoras asumidas por Derrida e imposibilitadas, sin duda alguna, para salir del ámbito gramatológico. La lectura propuesta en *Juegos de duelo* resulta ser anterior a la elaboración de determinados signos lingüísticos y precede a cualquier presunto comienzo de la historia, tal y como ésta es entendida desde parámetros conceptuales modernos, criticados una y otra vez en los escritos de Benjamin.⁹ Se afirma, a este respecto, en *Juegos de duelo*, que las fuerzas y los objetos miméticos de otros tiempos han venido evolucionando crecientemente hacia un estado de latencia y hasta de inconsciencia, pues los antepasados de otras épocas eran capaces de reconocer correspondencias naturales que en la modernidad se han dejado de percibir con un cierto grado mínimo de conciencia reconocible. De hecho, el problema involucrado en la posible extinción de la facultad mimética se concentra, sobre todo, en la decadencia e incapacidad existente para reconocer similitudes o, quizás, afinidades que pudieran ser incluidas dentro de lo connotado semánticamente por el concepto de una semejanza no-sensible. La lectura de lo no escrito, sobre lo que se especula en *Juegos de duelo*, va dirigida a obtener un cierto reconocimiento ancestral de semejanzas no sensibles, propensas a ser establecidas entre lo contenido en el pasado que no se ha conseguido

⁶ Juan José Millás, *Mi verdadera historia*, p. 65.

⁷ De acuerdo con lo advertido perspicazmente por Josep Maria Bech en *Merleau-Ponty. Una aproximación a su pensamiento* (2005), a pesar del aire de familia compartido por los respectivos raciocinios fenomenológicos propuestos por Husserl y Merleau-Ponty, no existe una coincidencia absoluta y total entre lo que ambos pensadores entienden por el concepto fundamental de mundo de la vida.

⁸ La objeción crítica que pudiera presentarse a lo connotado fenomenológicamente por el mundo de la vida procede de la imposibilidad factual de entrar en contacto con realidad alguna que no se encuentre, de algún modo, ya objetivizada, debido sobre todo a circunstancias concretas de carácter ineludible. Por consiguiente, cualquier referencia al mundo de la vida debe ir acompañada de una cierta reserva presuposicional, nunca desaparecida por completo.

⁹ La crítica a la modernidad desarrollada en el pensamiento de Benjamin ha sido objeto del estudio monográfico llevado a cabo por Juan Mayorga en *Revolución conservadora* (2003).

destruir y la experiencia de la inescapable inmediatez actual. Advierte explícitamente el discurso argumentativo de dicho escrito ensayístico que el pasado solo puede ser retenido como imagen que fulgura en el instante de su cognoscibilidad. La riqueza teleológica reunida en tal experiencia ha sido tratada por Ernst Bloch en *El principio esperanza* (1977), en donde se la caracteriza como formando parte de la oscuridad del instante vivido.¹⁰ Este pensador no tiene reparo alguno en reconocer que cualquier tarea cuya finalidad consista en pretender conseguir apropiarse de tal instante vivido resulta, pues, infructuosa, debido, sobre todo, a que permanece en la oscuridad. Cuando se quiere interpretar el instante se piensa en él quizás como un futuro o tal vez más habitualmente como un pasado ya vivido, del modo que fuere. Solo se puede aproximar alguien al instante, mediándolo, de alguna forma, a través del pasado o del futuro. En consecuencia, el instante permanece instalado en una oscuridad que impide cualquier tipo de objetivización satisfactoria, abocada a desvirtuar el mundo de la vida.¹¹

Las dificultades que halla el narrador autodiegético de lo relatado en *Mi verdadera historia* para expresar, de modo creíble, lo presuntamente acaecido cuando ocasionó un accidente mortal de tráfico, proceden de la imposibilidad existente a la hora de proponerse obtener una cierta objetivización lingüística a dicho acontecimiento, que, de hecho, parecen conocer aquellos personajes que no han leído lo escrito por él. Si, tal y como se ha advertido, dicho narrador creía haber leído los pensamientos no escritos de su madre, ahora son otros personajes quienes, sin haber tenido acceso a lo relatado por ese narrador autodiegético, interesado en utilizar el ejercicio gramatológico de la escritura para justificar lo que se imagina ha ocurrido, implican haber leído lo que, para ellos, no constaba por escrito. A uno de estos personajes se la conoce con el nombre de Irene y es la única superviviente del presunto accidente ocasionado por el narrador, quien se las ingenia para establecer una relación amorosa con ella, repleta de ciertos altibajos, proclives a conducir a la consiguiente ruptura. Sin haber leído nada de la historia elaborada por el narrador, Irene afirma, con explicitéz manifiesta, que siempre lo ha sabido todo, pues él continuamente se empeña en no dejar de hablar de lo mismo. No debería olvidarse, a este respecto, que los pertinentes conocimientos adquiridos por Irene no se basan en lo escrito por el narrador autodiegético de *Mi verdadera historia*, sino en una realidad previa a lo conceptualizado por tal ejercicio gramatológico y que vendría a ejemplificar una muestra de lo entendido fenomenológicamente como el mundo de la vida. Algo parecido parece también insinuar el comportamiento del padre del narrador y su novia Sara, quienes al intentar contarles el narrador autodiegético, algo relacionado por el accidente sobre el que ha escrito un relato, reaccionan de una forma un tanto extraña, como dando a entender que, sin estar interesados tampoco en el mencionado ejercicio gramatológico de la escritura, tal vez conozcan, de hecho, detalles significativos del presunto accidente. De la siguiente forma se refiere el narrador a la pragmática del texto que acompañó a dicha reacción:

Ya de noche, después de haber caminado sin rumbo hasta el aturdimiento, llamo al timbre de la casa de mi padre, que me abre la puerta sorprendido y me invita a pasar (...). Le digo que mi madre y yo nos hemos enfadado. ¿Por qué?, pregunta. Porque me ha sorprendido con una chica en la cama, contesto. Al ver la expresión de extrañeza de él y de su novia, digo absurdamente que la chica era coja. Luego, como aún continúan observándome de forma interrogativa, añado que le faltaba una pierna. Mi padre y Sara se miran entonces desconcertados y estallan al mismo tiempo en una carcajada que me aterra.¹²

¹⁰ Según lo han dejado establecido José A. Gimbernat en *Ernst Bloch. Utopía y esperanza* (1983), José María Gómez-Heras en *Sociedad y utopía en Ernst Bloch* (1997), Carlos Gómez-Sánchez en "Psicoanálisis, ética, utopía (Bloch y Freud)" (1993), Felipe González Vicén en "Ernst Bloch y el Derecho Natural," (1979) José Jiménez en *La estética como utopía antropológica* (1983), Pedro Laín Entralgo en "Bloch y la esperanza" (1993), Javier Martínez Contreras en *Las huellas de lo oscuro* (2004) y Vicente Ramos Centeno en *Bloch (1885-1977)* (1999), las argumentaciones de Bloch se focalizan en una utopía irrealizable, aunque resulte ser, de alguna manera, necesaria.

¹¹ El concepto de la oscuridad del instante vivido se convierte en el indicio propenso a corroborar que ningún sujeto puede atrapar su propia esencia, permaneciendo siempre como un misterio para sí mismo, dentro del proceso volitivo de un constante querer, el cual nunca se halla definitiva ni completamente satisfecho ni tampoco realizado.

¹² *Mi verdadera historia*, p. 97.

Lo expresado por el narrador autodiegético de *Mi verdadera historia*, al describir la discapacidad adquirida que sufría Irene, provoca una reacción aterrorizadora, algo extraña, tanto en su padre como también en Sara, comparable a la que pudieran exteriorizar testigos oculares del presunto accidente, con que se inicia la trayectoria actancial del relato. De todo esto se desprende que, aun sin poseer acceso el padre del narrador ni tampoco Sara al mencionado escrito, ya pudieron haber tenido algún conocimiento de lo acaecido. Una vez más, es el mundo de la vida, compartido por el padre del narrador y Sara, el que se constituye en una realidad previa a lo connotado semánticamente por el ejercicio gramatológico de la escritura. Sin embargo, no deja de ser relevante que, en conformidad con lo advertido, un personaje dedicado, por profesión, a la lectura, tal y como es el padre del narrador, se niegue, una y otra vez, a interesarse por lo que ha escrito su hijo. Una vez más, el comportamiento del padre respecto al relato estructurado por su hijo pone de manifiesto la duplicidad diferencial existente entre la tarea de lector empedernido que caracteriza a un personaje y la del ejercicio gramatológico de la escritura propia de la actividad realizada por el otro. Ahora bien, desde el comienzo de lo relatado en *Mi verdadera historia*, el desprecio, ninguneo y marginación de que fue objeto el narrador autodiegético, desde su más tierna edad, le condujo a tomar la decisión de acabar con su vida, suicidándose, al parecer debido a una actitud nihilista, ante una existencia y un porvenir que, para él, ya carecían de sentido emprendedor alguno. Tal comportamiento posee un antecedente intertextual en lo presenciado por un personaje conocido con el nombre de Jean-Baptiste Clamence, quien, en *The Fall* (1956) de Albert Camus, llega a ser testigo un tanto inesperadamente del desenlace fatídico de un individuo, arrojado en un anonimato alienador, que se arrojó desde la altura de un puente al abismo inevitable, colocado debajo de ese lugar.¹³ El aire de familia compartido por tal personaje suicida de la novela de Camus y el narrador autodiegético de *Mi verdadera historia* radica en el procedimiento utilizado para demostrar su actitud nihilista ante la existencia. No obstante, la diferencia entre lo realizado por ambos personajes apunta a la realización de semejantes intentos de suicidio, que, en el caso de *The Fall*, llega a materializarse, mientras que el narrador de la novela de Millás no consigue consumar sus intenciones mortíferas dirigidas a acabar con su propia vida, debido a que sus planes originarios se ven desviados por la irrupción aleatoria del azar. De la siguiente forma se relata dicho intento de suicidio fracasado, en el apartado segundo de lo escrito en *Mi verdadera historia*:

... un lunes, al volver del colegio, tomé la decisión de suicidarme, para lo que me acerqué a un puente por debajo del cual pasaba una autopista que caía cerca de casa (...)

... antes de tirarme, y por comprender ingenuamente, no sé, que la fuerza de la gravedad funciona, saco del bolsillo una canica gorda, de cristal, que he encontrado ese día en el patio del colegio, y la dejo caer sobre el torrente automovilístico y va a dar contra el parabrisas de un Mercedes que hace un extraño antes de saltar la mediana e invadir dando vueltas el carril contrario, donde choca de frente contra un camión.¹⁴

Este accidente mortal ocasionado aleatoriamente y por azar se constituye en un segundo motivo actancial de lo relatado en *Mi verdadera historia* que se entremezcla con el dinamismo diegético provocado por la duplicidad diferencial que implicaba la manifiesta oposición derivada de la sugerida coexistencia deconstructora, abocada a enfrentar el ejercicio gramatológico de la escritura, esgrimido por el narrador, con la tarea de lector empedernido ostentada por el padre de dicho personaje.¹⁵ Lo ocasionado por azar, al producirse el accidente mortal, casi al comienzo de lo narrado en *Mi verdadera historia*, se convierte en el punto de partida de una inesquivable necesidad sentida por

¹³ *The Savage God. A Study of Suicide* (1973), Alfred Álvarez analiza varios textos literarios intentando evidenciar el tratamiento cultural otorgado al suicidio en diversas épocas. Todavía está por hacerse un estudio semejante al de Álvarez, focalizado en dicha temática, conforme aparece ejemplificada en muestras tan significativas de la narrativa española contemporánea como pudieran ser lo relatado en las novelas *La señorita Medina* (1997) de Adelaida García Morales, *Tiernos y traidores* (1999) de Susana Fortes y *Los lobeznos* (2001) de José Jiménez Lozano.

¹⁴ *Mi verdadera historia*, pp. 11-12.

¹⁵ La relevancia diegética de la aleatoriedad azarosa ya se había puesto de manifiesto a lo largo de lo relatado en la novela *Laura y Julio* (2006), del propio Millás. Ahora bien, los rasgos caracterizadores de esta aleatoriedad no coinciden por completo con los esgrimidos en *Mi verdadera historia*, pues en la primera de estas narraciones el azar posee connotaciones marcadamente simulacrales, mientras que en la segunda predomina un cierto carácter dinámico, convertido en un rasgo actante dirigido a mover la trayectoria diegética de lo relatado.

el personaje que había provocado, un tanto involuntariamente, el desenlace mortal. Dicho impulso, a todas luces irreprimible, iba dirigido a mantener una cierta relación amorosa con Irene, que es la única superviviente del percance automovilístico. A todo esto, convendría añadir que, al darse de bruces el narrador autodiegético, un tanto inesperadamente, con esa víctima damnificada por el mencionado accidente, de nuevo el azar contribuye a incrementar, con algún grado de intensidad, las acciones posteriores que comparten ambos personajes. Ahora bien, en modo alguno se está defendiendo que el nexo existente entre el accidente y la relación surgida entre el narrador e Irene sea la que, por necesidad, se produce entre causa y efecto. Lo único que se pudiera afirmar, a tal respecto, es que, tanto en la producción del accidente como en el acercamiento experimentado por estos personajes, sobresale una incisiva aleatoriedad, la cual contribuye a proyectar una dimensión de impredecibilidad y apertura sobre lo narrado en dicha novela. Por consiguiente, el desarrollo de tales acontecimientos relatados no se presta a servir de ejemplificación diegética respecto a lo que especula Jacques Monod en *Chance and Necessity* (1971), estudio propenso a conseguir demostrar, de alguna manera, que, partiendo de circunstancias aleatorias, se puede llegar al florecimiento de nexos necesarios entre diversos sucesos y acciones, independientemente de las modalidades adquiridas. En contraposición con tal juicio filosófico, lo que relata el narrador autodiegético de *Mi verdadera historia* pone de relieve que, si existe aleatoriedad en la irrupción de los accidentes y encuentros respectivos, también continúa haciendo acto de presencia esa impredecibilidad en la salvaguardia de los correspondientes acercamientos existenciales entre los personajes involucrados. Así pues, en modo alguno se evidencia un nexo de necesidad causal entre tales accidentes y los desenlaces colaterales, derivados un tanto inesperadamente. Sin embargo, es de justicia reconocer que en *Azar y necesidad* se pone de relieve una de tantas estrategias discursivas, ejemplificada también a lo largo de lo relatado en *Mi verdadera historia*, abocada a ejemplificar la deconstrucción de una dicotomía binaria cuyos términos bipolares parecían enfrentados irremediablemente, debido a la inconmensurabilidad en ellos implicada.¹⁶ Tal dicotomía binaria se halla materializada en la duplicidad diferencial existente entre el azar puramente aleatorio del accidente ocasionado por el narrador homodiegético de lo relatado y el impulso un tanto irreprimible que siente dicho personaje al encontrarse inesperadamente con Irene.¹⁷ A todo esto se precisa agregar que también, por puro azar, la madre del narrador descubre la culminación sexual de tal impulso compartido, oponiéndose frontalmente a él. En este hallazgo, la madre se convierte en el personaje observador y su hijo en el objeto de lo visto por ella. Sin embargo, con anterioridad, había sido el narrador autodiegético de *Mi verdadera historia* quien había observado aleatoriamente el accidente automovilístico por él ocasionado y, con posterioridad, había sido también testigo de la presencia azarosa y un tanto inesperada de Irene, cuando tal vez menos lo pensaba, al doblar la esquina de una calle.

La reacción negativa de la madre, al percatarse de la relación amorosa que su hijo mantenía con Irene, se presta a ser considerada como un posible motivo de la ruptura, quizá temporal, sufrida por ambos jóvenes y con la que se interrumpe la trayectoria narrativa de *Mi verdadera historia*. Lo que esta madre parece indicar a su hijo romperá el marco final del relato en cuestión, llegando a producir un indiscutible desencuadramiento diegético. No debería olvidarse, a dicho respecto, que semejante apreciación textual contradice la línea argumentativa de lo expuesto y explicado en términos fenomenológicos por José Ortega y Gasset a lo largo de las especulaciones discursivas, esgrimidas en «Meditación del marco» (1966), cuando se refiere dicho pensador al papel aislador y clausurante desempeñado por cualquier tipo de encuadramiento respecto a aquello que queda fuera de lo presentado con cierto rigor precisorio.¹⁸ Por otro lado, se precisa también tener en cuenta que el presunto desenlace de lo narrado en *Mi verdadera historia* se halla abierto a un futuro impredecible que deja

¹⁶ Para un estudio de las diversas aplicaciones concretas que pudieran apoyarse en el pensamiento de Monod, deberían consultarse las aportaciones críticas expresadas por Madeleine Barthelemy-Madaule en *La ideología del azar y de la necesidad* (1973).

¹⁷ La insuficiencia actancial de la aleatoriedad, a la hora de motivar determinados comportamientos existenciales, se ha convertido en la temática tratada diegéticamente y desde diversas focalizaciones perspectivistas, a lo largo de lo relatado en la novela *El azar es solo una parte* (2014) de Carmen Agüeras.

¹⁸ Aunque el enfoque de Ortega se dirija, con primordialidad, a constatar manifestaciones pictóricas, puede también servir de punto de referencia indesdeñable a la hora de estudiar una narración como la evidenciada en *Mi verdadera historia*, donde se resquebraja el presunto marco encuadrador de lo relatado.

atrás gran parte de lo perteneciente a entornos pretéritos ya superados. Dicha apertura se refiere a lo sugerido al final de dicha historia, que parece resquebrajar aprisionamientos fijos y clausurantes.¹⁹ Por consiguiente, no resulta superfluo insistir en el hecho de que el discurso narrativo de la novela en cuestión acusa inquietantes grietas destructoras que afectan a la estructura textual de lo relatado previamente, sin llegar a producirse una culminación definitiva de lo expuesto con discontinuidad fragmentaria. El hecho de que el desenlace en cuestión no ostente rasgos de contundencia irrefutable, pudiera contribuir a constituirse en un ejemplo manifiesto de lo que Giorgio Agamben ha denominado experiencia de la potencialidad, a lo largo de las reflexiones argumentativas esgrimidas en *The Coming Community* (1993) y *The Omnibus Homo Sacer* (2017). Por potencialidad, Agamben entiende aquella condición existencial de lo que puede ser o no ser. Para expresarlo de otro modo, tal inconclusividad se halla, de por sí, abierta a un futuro más o menos impreciso y al margen de determinismo finalista alguno. Una de los rasgos más notables del concepto de potencialidad, tal y como lo explica Agamben, se materializa en la negación de cualquier determinismo abocado a favorecer única y exclusivamente un resultado actualizador concreto, previsto de una forma u otra.

A modo de corolario recapitulador de lo que precede, convendría insistir en el hecho de que la persistencia de las mencionadas duplicidades diferenciales, a lo largo de lo relatado en *Mi verdadera historia*, contribuye a que los acontecimientos que ha ido estructurando por escrito el narrador autodiegético de esta novela, no consigan culminar en un final feliz para uno de los términos enfrentados. Por consiguiente, nada se da por perdido definitivamente y todo puede convertirse en objeto de futuribles consideraciones, resistentes de por sí a determinismos reduccionistas y contundentes. Tal vez se pudiera objetar que esta precisión crítica no resiste la constatación del accidente automovilístico, relatado al comienzo de la trayectoria narrativa de la novela, cuyas víctimas mortales se hallan arrojadas a permanecer en el ámbito de una inexistencia definitiva e irrevocable. Ahora bien, las persistentes insinuaciones metadieéticas derivadas del ejercicio gramatológico de la escritura, esgrimido por el narrador de *Mi verdadera historia*, no eliminan la duda, nunca desaparecida por completo, de que gran parte o todo de lo relatado proceda quizás, nada más ni nada menos, que de una imaginación calenturienta, fomentada por ese personaje, afectado de múltiples y diversas inclinaciones nihilistas, siempre impredecibles. De cualquier forma, la apertura destructora y existencial demostrada tanto por la historia relatada como también por el discurso diegético de tal narración convierten a dicha novela en una muestra sobresaliente de lo producido literariamente en España durante el segundo decenio del siglo XXI.

© Francisco Javier Higuero

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Abbott, H. Porter (2008), *The Cambridge Introduction to Narrative*, Cambridge, Cambridge University Press.

Agamben, Giorgio (1993), *The Coming Community*, Minneapolis, Minnesota University Press.

———. (2017), *The Omnibus Homo Sacer*, Standford, Standford University Press.

Agüeras, Carmen (2014), *El azar es solo una parte*, Zaragoza, Mira Editores.

Álvarez, Alfred (1973), *The Savage God. A Study of Suicide*, New York, Random House.

¹⁹ Aunque se precisa recurrir a las aportaciones disquisicionales de Ortega para estudiar el comportamiento y el desarrollo de la personalidad ostentada por el narrador de *Mi verdadera historia*, no debería olvidarse que los planteamientos fenomenológicos de tal pensador pudieran resultar insuficientes a la hora de aproximarse a lo relatado en dicha novela, no exenta de vacíos, grietas, resquebrajamientos y duplicidades diferenciales, propensas a ser deconstruidas de un modo u otro.

- Barrena, Sara (2007), *La Razón Creativa. Crecimiento y finalidad del ser humano según C. S. Peirce*, Madrid, Ediciones Rialp.
- Barthelemy-Madaule, Madeleine (1973), *La ideología del azar y la necesidad*, Barcelona, Barral Editores.
- Bech, Josep Maria. *Merleau-Ponty. Una aproximación a su pensamiento*. Barcelona: Anthropos, 2005.
- Benjamin, Walter (1969), *Illuminations*, New York, Schocken Books.
- . (1978), *Reflections: Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*, New York, Harcourt Brace Jovanovich.
- Bloch, Ernst (1977), *El principio esperanza*, Madrid, Aguilar.
- Camus, Albert (1956), *The Fall*, New York, Random House.
- Cuesta Abad, José Manuel (2004) *Juegos de duelo. La historia según Walter Benjamin*, Madrid, Abada Editores.
- Derrida, Jacques (1971), *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- . (1989), *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos.
- . (1982), *Margins of Philosophy*, Chicago, University of Chicago Press.
- . (1977), *Posiciones*, Valencia, Pre-textos, 1977.
- . *Espolones. Los estilos de Nietzsche*. Valencia: Pretextos.
- Fortes, Susana (1999), *Tiernos y traidores*, Barcelona, Seix Barral.
- García Morales, Adelaida (1997), *La señorita Medina*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Gimbernat, José A. (1983), *Ernst Bloch. Utopía y esperanza (Claves para una interpretación filosófica)*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Gómez-Heras, José María G. (1977), *Sociedad y utopía en Ernst Bloch. Presupuestos ontológicos y antropológicos para una filosofía social*, Salamanca, Sígueme.
- Gómez-Sánchez, Carlos (Julio-agosto, 1993), "Psicoanálisis, ética, utopía (Bloch y Freud)," *Anthropos*, 146-147, pp. 118-127.
- González Vicén, Felipe (1979), "Ernst Bloch y el Derecho Natural," José Gómez Caffarena y Hans Mayer Eds, *En favor de Bloch*, Madrid, Taurus, pp. 49-65.
- Hamon, Philippe (1977), "Texte littéraire et métalangage," *Poétique*, 31, pp. 261-284.
- Husserl, Edmund (1991), *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Barcelona, Crítica.
- Hutcheon, Linda (1984), *Narcissistic Narrative: The Metafictional Paradox*, London, Methuen.
- Jiménez, José (1983), *La estética como utopía antropológica. Bloch y Marcuse*, Madrid, Editorial Tecnos.
- Jiménez Lozano, José (2001), *Los lobeznos*, Barcelona, Seix Barral.
- Lain Entralgo, Pedro (Julio-agosto, 1993), "Bloch y la esperanza," *Anthropos*, 146-147, pp. 52-65.
- Martínez Contreras, Javier (2004), *Las huellas de lo oscuro. Estética y filosofía en Ernst Bloch*, Salamanca, Editorial San Esteban.
- Mayorga, Juan (2003), *Revolución conservadora y conservación revolucionaria. Política y memoria en Walter Benjamin*, Barcelona, Anthropos.
- Merleau-Ponty, Maurice (1985), *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta Agostini.
- . (1968), *The Visible and the Invisible*, Evanston, Northwestern University Press.

- Millás, Juan José (2006), *Laura y Julio*, Barcelona, Seix Barral.
- . (2017), *Mi verdadera historia*, Barcelona, Seix Barral.
- Monod, Jacques (1971), *Chance and Necessity. An Essay on the Natural Philosophy of Modern Biology*, New York, Vintage Books.
- Ortega y Gasset, José (1966), "Meditación del marco," *El espectador III*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 109-123.
- Peirce, Charles S. (1931-1958), *Collected Papers*, Cambridge, Harvard University Press.
- Prince, Gerald (1982), *Narratology: The Form and Functioning of Narrative*, Berlin, Mouton.
- Ramos Centeno, Vicente (1999), *Bloch (1885-1977)*, Madrid, Ediciones del Orto.

Francisco Javier Higuero. Ejerce la docencia universitaria en Wayne State University (Detroit). Su campo de investigación se halla focalizado prioritariamente en el pensamiento contemporáneo y en la filología hispánica de los siglos XIX, XX y XXI. Ha publicado libros tales como *La imaginación agónica de Jiménez Lozano* (1991), *La memoria del narrador* (1993), *Estrategias deconstructoras en la narrativa de Jiménez Lozano* (2000), *Intempestividad narrativa* (2008), *Narrativa del siglo posmoderno* (2009), *Racionalidad ensayística* (2010), *Argumentaciones perspectivistas* (2011), *Discursividad insumisa* (2012), *Recordación intrahistórica en la narrativa de Jiménez Lozano* (2013), *Reminiscencias literarias posmodernas* (2014), *Conceptualizaciones discursivas* (2015), *Desgarramientos existenciales* (2016) y *Potencialidades dubitativas en la novela del siglo XIX* (2017), lo mismo que numerosos artículos en revistas especializadas, de reconocido prestigio internacional.

EL LENGUAJE QUE DEBEMOS TENER PARA NO MORIR A CAUSA DE LA VERDAD: UNA APROXIMACIÓN AL LENGUAJE ESPIRITUAL DE TÀPIES Y VALENTE

por Daniel Artesero Grande

1. INTRODUCCIÓN, OBJETIVOS Y METODOLOGÍA.

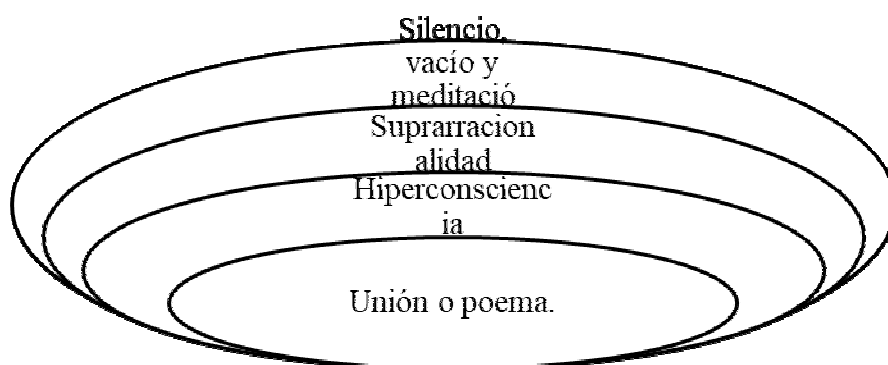
Desde este punto de partida en el que nos encontramos y para entender el proceso de trabajo, así como el autoconocimiento espiritual es menester contextualizar históricamente, más que a nuestros protagonistas, su infancia. Su primera edad desarrollada en el marco de la guerra civil provocará en sus obras una interesante retrospectiva en busca del génesis del conflicto vital que diera una respuesta espiritual al existencialismo instaurado en la época como terapia y confrontación del dolor experimentado y de la sensación de abandono ante el mundo. Es interesante situar a Tàpies y a Valente en una época donde se manifestó en diversos puntos del mapa una concatenación de artistas y escritores cuyos temas e influencias estaban muy interrelacionados como son los casos de John Cage y su uso del silencio, el vaciado de racionalismo pictórico en los cuadros del grupo americano The Irascibles, el encumbramiento de la materia por el grupo El Paso, Kerouac y sus personajes Sal Paradise y Dean Moriarty (*On the road*) buscando ese «tiempo» oculto en todas las cosas y sobre todo en la música jazz.

En cuanto a la articulación del trabajo, este ha sido basado especialmente en fuentes primarias, ya que dada la corta extensión del trabajo ensayístico era de obligada necesidad acotar y focalizar toda la atención sobre la relación que Valente y Tàpies tienen con la materia y el método (o antimétodo) poético-plástico de éste para así alcanzar la comprensión de las fases del proceso de creación, así como los estadios de conciencia pertinentes para alcanzarlo. Como piedra angular del trabajo nos valdremos los «Cinco fragmentos para Antoni Tàpies» con el que nos adentraremos en el interior del campo de creación tanto del pintor como de Valente, sirviéndonos de la amplia obra ensayística del escritor como medio para desgranar y analizar el proceso místico mediante el ejercicio poético y artístico de ambos, así como el texto ensayístico de Tàpies: *El arte contra la estética* y el documental que realiza en 1990 la BBC en co-producción con TVE-Cataluña *People & Art*, además de un apoyo de bibliografía secundaria para dar cuerpo y una perspectiva más plural al sentido del discurso.

2. VACÍO Y SILENCIO

Tanto la palabra como cualquier otro elemento sujeto a ser transformado tiene un registro de significado como si de un documento historiográfico se tratara. Es el autor quien debe liberarse de presunción e intención significadora para alcanzar el estado de percepción sensorial óptimo para sentir, interiorizar y seguir hacia el fondo los ecos de la memoria aislados en la masa¹ como un mosquito en una piedra de ámbar o como si fuéramos capaces de escuchar lo que puede decir la madera de una encina centenaria.

¹ Materia, creador y crear son términos de una gran carga semántica tanto filosófica como religiosa y al que se le podrían atribuir aspectos dualísticos en el caso de la creación. En el caso de la materia puede ser confuso a la hora de tratar los elementos constitutivos de una obra y el "todo" del materialismo dialéctico. Por esta razón lo denominaremos "masa".



Todo el proceso ritual que nos llevaría al contacto y posterior unión con el cosmos o materia es un proceso dado a ser entendido como el ejercicio de la poesía o arte en sí mismo si bien es un camino de pautas abstractas y absolutamente personales que comienza con un estado de silenciamiento racional e introspección interior de carácter intuitivo y suprarracional para adentrarse en un estado de hiperconsciencia

Lo más sorprendente es que cuando se pensaba que la acción del artista iba separándose de manera «anárquica», y para algunos «oscurantista», de las «claridades» del espíritu de la ciencia, los mismos hombres de ciencia nos dicen que también «las teorías científicas más valiosas han brotado más de una intuición repentina e imaginativa, como la del poeta y el compositor, que de la recolección escrupulosa y paciente de observaciones.»²

donde la mano y la masa se encuentran y por el cual se abre la puerta al estado de unión con el cosmos o poema, cuyo resultado físico será el texto poético o la obra que serán la imagen retiniana, símbolo y reminiscencia de un acto cósmico que puede servir de aproximación y preparación espiritual para el lector o espectador pues dichas obras son de carácter contemplativo y son resultado directo de una experiencia mística.

La escritura es lo que queda en las arenas, húmedas, fulgurantes todavía, después de la retirada del mar. Resto, residuo. Ejercicio primordial de la no existencia, de autoextinción.³

Cuando Valente y Tàpies tratan de escribir o pintar el vacío, no se pinta o escribe tal cosa sino es por medio de la limpieza de la conciencia propia y la liberación de conceptos prefijados a través del bloqueo racional que abren un camino transitable por las conciencias abiertas de los espectadores. Es por ello por lo que, con anterioridad al contacto directo con la masa bruta hay que aprender a escucharla, ver como se define a sí misma en su propia intrahistoria mientras el autor aguarda desde la sala de espera del espacio meditativo propio hasta que la masa se abra rumorosa y pendiente del contacto con una mano dispuesta en conexión directa con lo indómito y misterioso.

J. A. V.: ... el creador se mueve en mundos oscuros por donde va tanteando...

A. T.: Como un telón de fondo que no sabes si es sacro o profano, porque en el fondo no importa...

J. A. V.: ...sí, lo que es sacro es la actitud, porque no estás operando con un procedimiento racional. Estás afrontando una realidad que desconoces con instrumentos que no se funda en la razón...⁴

Para ello el artista, al tomar contacto con la masa, necesita de una disciplina casi de monje tibetano donde allanar el terreno por el cual los estímulos transitarán hacia su cosmos interno a través de todo el espectro sensorial para ser absorbidos, interiorizados y manifestados en esa misma masa desnuda y así atender a la untuosidad formal propia de la sustancia o masa a trabajar. Aprender sus cualidades y su historia silenciosa, la imagen retiniana de sus hechos vividos, su huella. Tàpies como Valente, proclaman necesario desampararse de la razón crítica en beneficio de la experiencia sensorial de las posibilidades poético-artísticas de la masa bruta. Valente afirma que «la creación de

² Antoni Tàpies, *El arte contra la estética* (trad. Joaquín Sempere). Barcelona: Ariel, 1978. Pág.: 21.

³ José Ángel Valente, "Notas de un simulador", *José Ángel Valente. Ensayos. Obras Completas II*. Ed. Andrés Sánchez Robayna, Comp. Claudio Rodríguez Fer. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2006. Pág.: 464.

⁴ *Ibíd.*, "Elogio del calígrafo". Pág.: 537.

la nada es el principio absoluto de toda creación.»⁵ Para alcanzar este estado de consciencia sensorial es necesario, como fundamentaba Tàpies en su caso, una serie de métodos de trabajo para interrumpir el entrometimiento del pensamiento racional de rígida tendencia categorizadora que limite la fluidez y la comprensión del acto místico de la transmutación material. Por ello, Tàpies evita que la técnica tome el control mediante el uso de «trampas» a su propia persona. Esto es a través del uso de elementos que secan rápidamente y le obligan a trabajar en un corto espacio de tiempo y así controlar el intelecto y mantener la razón en su lugar para que el inconsciente fluya libremente.⁶ Es por ello que la realización del boceto previo es imposible puesto que el bosquejo sería un ejercicio racional de adecuación de un supuesto elemento a un supuesto espacio utilizando para ello otros elementos diferentes al de la obra final, otras escalas y otros supuesto y, por ende eliminando también toda la experiencia mística del contacto cognoscitivo y unitivo entre hombre y cosmos que resultaría plasmado en dicho objeto por su carácter unilateral.

3. MEMORIA Y OLVIDO.

Debemos de entender la memoria como un espejo roto en mil pedazos donde el muro de Tàpies y la voz sorda de las palabras de Valente se miran destrozados, y en cuyos huecos y separaciones la conciencia primigenia e intuitiva da forma al «yo» mediante la lógica del subconsciente, ahondando, buscando una revelación una vez ya desasida del velo de la circunstancia cotidiana. Cuando el chaman escucha, el cosmos levanta aún más la voz.

... toda operación poética consiste, a sabiendas o no, en un esfuerzo por perforar el túnel infinito de las rememoraciones para arrastrarlas desde o hacia el origen, para situarlas ... en el principio, en *arkhé*: memoria de un olvido, voz de un silencio, que exigirá igualmente «un movimiento de destrucción y reivindicación sobre el lenguaje que es a la vez abolición de la realidad y acceso a formas más profundas de ésta».⁷

Y entender la poética de la pintura o de la palabra como una voz que viene de más allá de la concepción humana:

La palabra poética resuena intramuros, pero viene de un lugar exterior a los «prágmata»: viene de los límites o fronteras de lo humano –«canto de frontera»- viene del desierto, lejos de la ciudad, donde el hombre lucha solo -pero solidariamente- con los dioses y con los demonios.⁸

Reconocerse en las formas y texturas materiales y sentir el tacto de la caverna al pintar la roca, la primera modulación creada por las cuerdas vocales con el interés de expresar lo que posteriormente serían palabras. El camino inverso de nuestras herencias culturales, la indagación hacia el hombre primero, hacia el alma primera incluso sirviéndonos de las herramientas del hoy como las palabras de nuestra lengua presente o los calcetines y cordeles de Tàpies que, mediante la exorcización del silencio alcanzan el vacío hasta llegar a su estado primigenio, primero y único donde tiempo y espacio, hombre y masa, memoria y olvido, luz y oscuridad, horizontal y vertical convergen siempre unidas en cruz.

Yo vi al funámbulo
como instantánea luz,
solo en la línea única.

Cruzó el abismo
(sobre la vertical feroz del miedo,
sobre el rencor oscuro de lo ínfimo)⁹

⁵ José Ángel Valente, "Cinco Fragmentos para Tàpies", *Material Memoria (1977-1992). Obra poética 2*. Madrid: Alianza Editorial, 1999. Pág. 41.

⁶ Gregory Rood. "Tàpies". *People & Arts*. Producción BBC en colaboración con TVE Cataluña, 1990. Web. 25/11/17. <https://www.youtube.com/watch?v=aXyskOKlxpU>

⁷ J. Teruel. "En la extensión vacía de la memoria: un itinerario por la poesía de José Angel Valente", *Revista Hispánica Moderna*. Jun. 1993. Págs.: 158-178, [161].

⁸ Valente. *Ensayos*. Op. cit. Pág.: 468.

⁹ *Material Memoria*. Op. cit. Pág.: 22.

Hermanadas como el escritor o artista y la obra en un proceso cíclico infinito, de avance constante.

...una imagen neta de apertura de la realidad, de insumisión ante lo ya cumplido, ante la obra hecha, ante lo que tiende a convertirse en canon inmóvil o en dogma concluso. Frente a la cristalización de las formas, la fluidez perpetua del movimiento creador; pues sólo en ese movimiento la libertad se engendra, no en la fetichización de sus resultados o momentos.¹⁰

4. CUESTIÓN MATERIA:

4.1. La Materia indisoluble.

La diferencia entre el «yo» y la palabra es la capacidad de acción. Aun entendiendo la palabra como un ente vivo que fluye, en el proceso de transformación ocupa una posición pasiva donde si existiera algún tipo de resistencia sería a causa de la incapacidad o falta de comprensión del autor. Desde el punto de vista más funcional, es aquí, durante la transmutación de la materia cuando la mano del hombre debe atender también los deseos y la necesidad de la masa de ser una cosa y no otra, esto es por ejemplo cuando existe una resistencia en el desarrollo de la obra, así como un nudo en la madera o una veta en el mármol que podría comprometer toda la pieza o una palabra cuyo significado o aspecto formal pudiera poner en cuestión la coherencia del poema.

Así pues y si el autor ha llevado a cabo consigo mismo este ejercicio de libertad sensorial y disposición espiritual, la masa tomará parte activa en la conversación con la mano transformadora durante el proceso revelador donde se genera el poema o el cuadro. Esto será mediante su ser, hablando con sus tactos, sus ecos y su luminosidad al cuerpo poroso del hombre para inundar sus cuevas de experiencia sensible como si de un cántaro gestante se tratara donde se desarrolla la revelación de una ampliada conciencia espiritual y que, como huella del contacto con el cosmos nos deja un poema o un cuadro que reflejará la lucha constante de la materia consigo misma en sus diversas cualidades (tipificadas por el hombre occidental en compartimentos estancos de conocimiento: activa y pasiva; positiva y negativa; pintor y pintura; escritor y palabra) que llevan a Valente y a Tàpies a la introspección de estos elementos por la vía de su negación como dualidad, ahondando hacia el núcleo más y más, siendo éste un laberinto de multiversos sin centro, más bien un punto de desdoblamiento dimensional que nos dirige a una comprensión espiritual aún mayor, como si nuestro espacio espiritual fueran las *Escaleras de Penrose* y cada nueva perspectiva nos abriera un campo nuevo de conocimiento.

¿Es pues esto un ejercicio inútil? Ni útil ni inútil en los términos del materialismo dialéctico. Sin embargo, es un ejercicio de amplitud de miras que resitúa la figura humana en tanto en cuanto a su posición en el cosmos, es decir, encontrar el límite de la concepción humana y el punto frontera de nuestro universo donde el muro de nuestra limitación es también el muro que nos define y en el que se enmarca, como en un cuaderno de bitácora, nuestro conflicto vital.

4.2. El yo y la otredad y el hermafroditismo del «crear».

Yo llamo a mi interlocutor tú. Él me dice tú cuando a mí se dirige. Nos llamamos igual. ¿Seríamos el mismo?¹¹

La disposición del «yo» y del «tú» no son más que personalidades dispuestas y autoimpuestas por las reglas humanas autoimpuestas que hemos decidido adoptar. Esto es lo que Valente, en estos versos anteriores, menciona. Es un cuestionamiento de los sistemas aprendidos de canalización de la expresión o lenguajes y de cómo nos han limitado para la concepción de nuestro entorno, dividiéndolo y categorizándolo. Así pues y dando por hecho que Valente y Tàpies se enmarcarían en teorías de corte materialista epicúreas, taoístas o leibnizianas, no sería lógico diferenciar al poeta de su poema o al pintor de su pintura siendo ambos materia. Materia en discurso, materia en contacto, materia moviéndose por fuerza de la intención y de la energía, de los vacíos a llenar y de positivos y negativos:

¹⁰ *Ensayos*. "Las palabras de la tribu". Pág.: 92-93.

¹¹ *Ibíd.* Op. cit. Pág.: 465.

Presencia radical de la materia y de la respiración total de la materia, la obra de Tàpies niega toda ruptura de espíritu y materia. Símbolo de esa negación o de la negación negada es la cruz, donde converge lo que se complementa, donde se integran los contrarios, donde el eje solsticial y el eje equinoccial se cruzan; donde lo activo y lo pasivo se fecundan y el yin y el yang se encuentran.

...

Entrada radical en la materia, contemplación de la materia, la obra de Tàpies niega por su naturaleza toda ruptura entre espíritu y materia...El cumplimiento de la obra [...]es tanto un proceso interior como el ejercicio visible de un arte.¹²

Curiosamente parecido a lo que también relataba el místico, poeta y escultor Ernesto Cardenal en su cantiga 40 de su *Canto Cósmico*:

Todo es rotación. El Yang vuelve al Yin y el Yin al Yang.

Cada uno la semilla del opuesto.

Cópula de los contrarios es el cosmos.

Marcharse es volver y volver es marcharse.

...

La unidad de todas las cosas está patente en el átomo

y más aún dentro del átomo

y más: más abajo del átomo.¹³

Esa necesidad de un «tú» con el dialogar es la tradición occidental dualista y judeocristiana de separación entre dios. No existe materia creada ni materia creadora. En diferencia a la posición valentiana cuando afirma que «crear lleva el signo de la feminidad. No es acto de penetración en la materia, sino pasión de ser penetrado por ella.»¹⁴, Valente estaría usando conceptos inherentes a la visión dualista del ser humano, precisamente si anteriormente se cuestionaba la otredad y la posibilidad de ser uno con el «todo» (yo + tu). Personalmente creo más cercano a la transmutación artístico-poética de la materia la semejanza con el acto sexual de los gusanos de mar, los cuales se fecundan así mismos, puesto que son seres andróginos de dos penes y donde todo su cuerpo está preparado para recibir la penetración fertilizadora. Este animal, como la materia, lleva en sí mismo la necesidad de crear y en su batalla interna amalgama una suerte de acciones pasivas y activas, positividad y negatividad que Tàpies traduce en su cruz y el taoísmo en su Yin-Yang.

4.3. Azar y alquimia.

El azar como elemento de creación y su existencia en sí misma sería dependiente de una fluctuación repulsiva de las polaridades materiales, lo cual sería imposible pues si todo es materia, la repulsión de dos cuerpos acercaría a un tercero. Para existir el azar ha de darse un vacío de voluntad de la materia donde sean las fuerzas físicas las que, por defecto, tomen el protagonismo en el momento de la construcción artístico-poética. Lo cual solo sería posible en los términos de la concepción humana en lo que la voluntad existe. Sin embargo, si concebimos la materia como la cruz de Tàpies en continuo movimiento circular hacia el centro donde su forma se convierte en una elipsis gracias a su velocidad de giro, entenderíamos que en el «todo» no hay cabida para la casualidad.

Tàpies y Valente sienten una especie de atracción para lo que fue el estudio de los fenómenos químicos en la Antigüedad, esto es mediante la alquimia. El hecho de ser una protociencia se enmarca estupendamente en el concepto de la retrotracción y el viaje al núcleo interno en contacto con el cosmos. Esta primera ciencia enmarcaba su ratio de acción tanto en la medicina como en el arte, lo espiritual, lo místico, la semiótica, etc., donde la preparación espiritual de los alquimistas consistía en ser capaces de transmutar su propia alma antes de transmutar los metales.

Se puede llegar a entender cómo Tàpies sintió tal atracción por la alquimia al ver reflejado en ella su modelo de trabajo. El contacto con la masa, su diálogo con ella y la disposición de ambas partes a coexistir, fluir y ser uno para después alumbrarlo:

¹² *Material Memoria*, Op. cit. Pág.: 42-43.

¹³ Ernesto Cardenal, *Antología poética*, Madrid, Visor Libros, 2009, págs. 312.

¹⁴ *Material Memoria*. Op. cit. Pág: 41.

En el tao, la gestación es ya el nacimiento del ser humano. En la tradición china, la edad de un niño se contaba no a partir de su nacimiento, sino de su concepción. También el poema nace antes de comenzar una larga gestación previa a lo que cabría llamar la escritura exterior. («Vive con tus poemas antes de escribirlos», ...) ¹⁵.

Esta razón me lleva a entender que la cuestión del azar no tiene cabida (en la concepción del materialismo dialéctico) si la materia fluye como una bobina de cobre conectada a una fuente eléctrica, de forma cíclica y en espiral hacia el centro generando unas fuerzas gravitatorias que a la vez la empujan hacia fuera y la mantiene estable. Así pues, la materia encontramos la tendencia al equilibrio de sus polaridades positivas y negativas al igual que la masa se dispone a los ojos del escritor que mezclará las palabras, moldeándolas como un alfarero del aire tan sólo si el escritor también se abre a esa masa. En un juego de apetencias del uno por el otro, la disposición donde la masa de apariencia informe y el hombre se abre el uno para el otro y, cuando se da su contacto, no hay espacio al azar puesto que lo que no dispone la mano, lo dispone la palabra (o viceversa).

5. LA RUPTURA NECESARIA Y SUFICIENTE

Valente aboga por la ruptura de la norma en el lenguaje para encontrar la libertad en la palabra. Es una absoluta predisposición y encumbramiento del informalismo como bien necesario en poética. Si bien entendemos que el lenguaje es algo más extenso que la palabra donde la cuestión principal es el de la expresión, es posible que tuviéramos que plantearnos la injerencia del informalismo un paso más allá del vaciado semántico de la palabra. Sería interesante plantearse un vaciado formal lingüístico, así como de sus reglas de combinación, donde poder romper la palabra, incluso la letra, como si se tratara de abrir las líneas en un dibujo, incorporar tachones y destruir y reconstruir la forma poemática como el tiempo reconstruye al protagonista del cuento borgiano «El Inmortal» para volverse ininteligible y puro y convertir al texto en una suerte de elementos simbólicos que servirán de alimento para la intuición y el conocimiento no racional.

Hastaciel dijo labla en la tille palille
cuandokán cacareó de repente
en la turriamapola
y de plano se viste la luna del piano
cuando sale a barrer con su pérfido párpado
la plateada planicie del pálido plinto. ¹⁶

Entiendo como estrictamente necesario la barrera de las vías de expresión. Al igual que anteriormente he argumentado la necesidad de no disociar al hombre y a la materia, la división entre lenguajes solo nos conducirá a interpretaciones sesgadas. Si para llevar a cabo la escritura de un poema o la pintura de un cuadro cuyo objetivo sea profundizar en la materia como ejercicio místico y para ello hemos de vaciarnos limitando el poder de la razón sobre la comprensión sensorial, ¿por qué limitar este ejercicio tan solo a lo visual, lo táctil o la primera experiencia de la lectura del poema en base a una simbología lingüística clásica? Ejemplos de esta disolución de las fronteras de los lenguajes (que sin embargo e irremediabilmente crea una nueva frontera) serían las incorporaciones de texto y tipografías de Tàpies a sus cuadros, la lengua jeroglífica de Millares en sus homúnculos, la poesía visual de Brossa o Chema Madoz o los «kanjis» japoneses donde su escritura también puede mezclar su valor fonético y su realización es casi ritual.

En efecto, creo que pintura, poesía y música son inseparables. He estudiado esa relación, porque a mí me interesa mucho el tema. Es una relación que formuló Simónides ... dice que la pintura es poesía muda y la poesía pintura que habla ... Y en alguna tradición, aunque no nos sea muy cercana, como es la china, se dice que el poema es pintura invisible o sonora y la pintura es poema visible o sin palabras. ¹⁷

¹⁵ Valente. *Ensayos*. Op. cit. Pág.: 459.

¹⁶ Pablo Neruda, *El fin del viaje*, Barcelona, Seix Barral, 1982. Pág.: 32.

¹⁷ Valente. *Ensayos*. Op. cit. Pág.: 536.

5. CONCLUSIONES

Esta breve disertación sobre los desarrollos internos de Valente y Tàpies en su confrontación-romance con la palabra y la plástica respectivamente ha sido útil para concebir los procesos de desposesión de la materia (en la que se incluye el «yo»), así como la necesidad de un estado de supraracionalidad para alcanzar el estado de conciencia idóneo en el que el contacto con la masa durante el ritual de la escritura o la pintura llevará a cabo el proceso unitivo cósmico.

Uno de los aspectos que personalmente me resultan más atrayente es el hecho de que el texto poético, así como el cuadro se convierten en ruinas sagradas y de culto de la grandeza reveladora que la experiencia mística comporta de la misma forma que se hace santo el lugar de una aparición mariana y de cómo, para los autores, no hay intención profética, sino puramente reveladora, como de místico o chamán. No tienen ni desean una profusión de su dogma pues no existe por su carácter íntimo y personal, de la misma manera que tampoco caen en el paternalismo para con el sentido estético-espiritual de la sociedad pues su territorio de acción está más allá de lo relativo al humano, pero sin embargo sí que puede generar una conciencia a través del residuo de la experiencia unitiva: poema-templo.

© Daniel Artesero Grande

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Primaria

BBC en colaboración con TVE Cataluña. "Tàpies". People & Arts, 1990. Web. 25/11/17.
<https://www.youtube.com/watch?v=aXyskOKIxpU>

TÀPIES, Antoni. *El arte contra la estética*, trad. Joaquín Sempere, Barcelona: Ariel, 1978. Impreso.

VALENTE, José Ángel. *José Ángel Valente. Ensayos. Obras Completas II*, ed. Andrés Sánchez Robayna, comp. Claudio Rodríguez Fer, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2006. Impreso.

——— Obra poética. *Material memoria (1977-1992)*. Madrid: Alianza, 1999. Impreso.

Secundaria

CARDENAL, Ernesto. *Antología poética*. Madrid: Visor Libros, 2009. Impreso.

KANDINSKY, Vasili. *De lo espiritual en el arte*, trad. Genoveva Dieterich, Barcelona: Paidós, 1996. Impreso.

TERUEL, José. "En la extensión vacía de la memoria: un itinerario por la poesía de José Ángel Valente", *Revista Hispánica Moderna*. Jun. 1993. Págs.: 158-178. Impreso.

WALTHER, Ingo F. et. al. *Arte del s. XX*. Barcelona: Taschen. 2001. Impreso.

Daniel Artesero Grande. (Toledo, 1989). Artista plástico y gestor cultural. Licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Castilla-La Mancha y cursando actualmente el Máster en Literaturas Hispánicas por la Universidad Autónoma de Madrid. Co-creador de la instalación Sunrise expuesta en la Fundación Antonio Pérez de Cuenca en 2013, así como participante en las colectivas "SayYes-ToEverything" de Paper Arts Gallery en 2016 y "Viva España" en la Grant Bradley Gallery en 2015 de Bristol. Co-fundador del blog cultural: <http://www.thegrafftonpoetrycompany.epizy.com> Web de artista: <http://danielarteserogrande.wixsite.com/daniel-artesero/home>.

EL SILENCIO DE HELENA

por Marta Aragón

El silencio era hostil casi perfecto.

Jorge Luis Borges

Silenciosa, Helena hilaba en la rueca con los ojos puestos en el huso y la mente en la lejana Lacedemonia donde vivió con su primer esposo, el de la rubia cabeza, el Atreida Menelao de quien había huido con uno de los hijos de Priamo, rey de Troya. Ofuscada por la voz de Afrodita, de hermosas mejillas, decidió dormir en el mismo lecho que Paris, príncipe joven y hermoso, en Ilion la tierra de domadores de caballos. Recordó el viaje en la negra nave bajo Urano lleno de estrellas o iluminado por la ruta Helios. El girar de la rueca engrandeció el silencio que vibraba en las paredes de piedra de su estancia. Estaba sola, rodeada de aquel silencio espeso y abrumador, y en momentos como ése, el arrepentimiento se le clavaba como estilete en medio del pecho. Se dijo: perra, maldita, merecedora que la negra ker la sumiera en el profundo sueño de la muerte, pero ignoraba los designios que tendrían las inexorables Moiras para ella, mujer bellísima, de carne débil.

Detuvo la rueca al terminar de hilar el blanquísimo vellón de las ovejas de Troya. Se puso de pie y se acercó a la ventana abierta desde donde se contemplaba la costa que se diluía en el horizonte. Allí estaban ancladas, muy cerca de la reventazón del oleaje, las negras y cóncavas naves de los aqueos con el velamen arriado. En ellas se encuentran Agamenón y Menelao, dispuestos a llevarla de regreso a Esparta.

Un estremecimiento helado se instaló en la boca de su estómago. La sangre correría como río, y era posible que ella misma estuviera viviendo sus últimos días. Levantó la vista y se contempló en un gran espejo de estaño bruñido adosado en la pared frente a ella. Podía verse de cuerpo entero. El peplo era de lino finísimo, traslúcido, dejaba ver sus formas perfectas; la cara ovalada, blanca como alabastro, adornada de facciones armoniosas que resaltaban la negrura de sus rizos sostenidos por una diadema de oro, cayendo suavemente sobre sus hombros altos y torneados. Su belleza, que le había significado gloria y castigo, era amada por reyes, en medio de una guerra que ponía en peligro a Ilion, tierra de domadores de caballos. El espejo le devolvía su propia imagen, razón del amor y deseo que provocaba. No sólo Paris frecuentaba su lecho, hasta el mismo Priamo, de brazos y piernas sarmentosas, había buscado las mieles de su cuerpo. Pero ninguno le provocaba placer más intenso que Héctor, su cuñado, que visitaba su lecho cuando Paris se iba en busca de efebos o doncellitas según le apeteciera.

Un estremecimiento helado se instaló en la boca de su estómago. La sangre correría como río, y era posible que ella misma estuviera viviendo sus últimos días.

Comprendía la torva mirada de Andrómaca, de oscura piel cetrina, mujer alta y elástica, de negra cabellera. El silencio entre las dos mujeres era conocido por todos y las razones también. Paris fingía no saber. Dejaba que Helena disfrutara los goces del amor a su antojo. Bendecida por Afrodita merecía deleitarse con los placeres de la diosa.

Regresó los ojos al espejo, Paris lo había hecho montar en aquella pared porque adoraba contemplar su desnuda piel aceitada bajo la parpadeante llama de la lámpara de aceite. Helena había entendido que Paris estaba más enamorado de sí mismo que de ella. En cambio, Héctor era diferente, carecía de esa belleza casi femenina de Paris, siendo dueño de un cuerpo viril y bien proporcionado. Un ligero estremecimiento la recorría cuando lo veía vestido para la guerra, con armadura y grebas de bronce, el casco empenachado con crines de caballo, el enorme escudo hecho de nueve capas de piel

de buey y la gran pica de fresno que no podían cargar dos hombres juntos; lo recordaba yaciendo junto a ella vencido y exhausto por los combates amorosos. Héctor carecía de la sutil perversión de Paris, y lo superaba con su virilidad portentosa.

Cuando su acostumbrado sigilo desbordaba su imaginación, otro estremecimiento recorría la espina dorsal, era la profunda mirada de Andrómaca. Sabía que si ella era sigilosa, la mujer de Héctor era hermética, como odre sellado. Jamás cruzaban palabra, sólo aquella mirada que se clavaba en su carne y la hacía sentirse odiada hasta la muerte.

Regresó a la rueca con sus manos aladas, invadida por el arrepentimiento de haber abandonado a su primer marido, el rubio Menelao, quien junto a su hermano había reunido a todos los aqueos que se aprestaban a la lucha dentro de las negras y cóncavas naves, con los velámenes arriados esperando el acto que detonara aquella lucha cruenta de la que ella era culpable, y volvió a desear que la oscura ker la sumiera en el último sueño. El siseo de la rueca se mezcló con el silencio que espesó hasta convertirse en noche densa, sin luna ni estrellas y una pequeña lágrima corrió por sus mejillas.

Las palabras de Héctor chocaban contra las paredes de su mente con eco ensordecedor: Mañana irían al combate luego del sacrificio propiciatorio. Hacía unos momentos su cuñado había abandonado el lecho rumbo al tálamo que compartía con Andrómaca, madre de su único hijo, y Helena se dispuso a ponerse su mejor peplo, de heliotropo finísimo que resaltaba la negrura de sus cabellos y el blanco alabastro de su piel. Coronó sus oscuros rizos con una diadema de oro que reflejaba la danzarina luz de la lámpara. El espejo le devolvió el esplendor de su belleza oscurecida por el resto de la noche que se iba. Se dio vuelta para acomodar los pliegues de la túnica y se esparció por el recinto un delicado aroma de sándalo que le habían traído de la India lejana. De un pequeño tarro de cerámica decorado sacó un poco de kohl con el que se sombreó ligeramente los ojos a la usanza de las egipcias, y pintó de carmín su boca pequeña y carnosa. Cubrió de brazaletes sus brazos y un par de pendientes brillaban entre sus cabellos. Lucía bellísima, los esclavos la contemplaban boquiabiertos a su paso lento y cadencioso.

Hasta las habitaciones de Helena llegó el estruendo del combate, el choque de los metales, los relinchos de los caballos, los gritos de furia o de agonía de los combatientes.

Despuntaba Helios cuando llegó al patio del palacio donde estaba todo listo para el sacrificio. Fue degollado un toro blanco, el mismo Priamo había cortado antes algunos pelos de la testuz para ofrecerlos a los dioses inmortales arrojándolos a las brasas en las que esparcieron también, cebada con sal marina. Desollado el bovino, se colocaron los cuartos engrasados, con las entrañas encima, sobre las brasas. Los dioses quedaron satisfechos con el aroma del sacrificio y los hombres con la carne del toro y las previas libaciones de vino rojo hechas en bellas copas de oro. El temor a la muerte cercana se esparcía entre los comensales, pese a que los ánimos se caldeaban

por la proximidad del combate. Se escuchaba a los hombres de Ilion proferir maldiciones en contra de los argivos y los griegos. A poco rato los hombres rugían con el deseo inminente de acabar con los aqueos.

Helena muy callada sentía sobre su ser la intensa mirada de Andrómaca que en esos momentos abrazaba a su hijo. Algo muy frío hizo que Helena palideciera. En cuanto se fueran los hombres quedaría a merced de su cuñada y no habría quién la protegiera. El viejo Priamo se iría al templo a suplicar a los dioses por el éxito de aquella guerra que ponía en peligro la vida de sus herederos, porque sus otros cincuenta hijos no eran merecedores de tanta gracia.

Los hombres partieron ajuareados con armaduras de bronce, cascos empenachados con crines de caballo y capas rojas que ondeaban con la brisa. El fragor de los carros de guerra, las pisadas de los corceles, el tintineo de las armas inundaron patios y edificios del palacio. Ruido que se fue diluyendo conforme avanzaban al campo de batalla. Helena se recluyó en sus habitaciones acompañada por sus esclavas que caminaron sigilosas detrás de ella.

Hasta las habitaciones de Helena llegó el estruendo del combate, el choque de los metales, los relinchos de los caballos, los gritos de furia o de agonía de los combatientes. Imaginó a Helios resplandeciendo sobre los enormes escudos, cascos, armaduras y armamento; la sangre y las vísceras derramarse de los vientres abiertos. Se estremeció. Criada bajo las estrictas reglas y la frugal vida de

Esparta, nunca había podido entender el afán de los hombres por derramar sangre. Era mejor vivir pendiente de los placeres del tálamo. Por qué la muerte es la privilegiada, pensó, antes que un pensamiento temeroso se apoderara de su atención; el recuerdo de la torva mirada de su concuña la hizo temblar como una hoja bajo la brisa.

El combate cesó al guardarse el sol, se silenció el ambiente. Ni los pájaros despidieron al día ni el viento agitó las ramas en los jardines. Sólo aquel silencio de hielo, de fría escarcha cayó con la noche en sus habitaciones. Helena dejó ir a sus esclavas en la creencia que las Moiras habían tejido su destino y su vida era una lámpara a punto de apagarse y en nada podían ayudarla. Estaba cansada de ese miedo visceral en agonía. Su belleza le obsequió placeres que tenían un alto precio, bajo el odio sordo que Andrómaca le profesaba. Decidió no resistir, se abandonó a los designios inescrutables de las Moiras. Se quitó la fina clámide color heliotropo, las ajorcas, sandalias y diademas y sin más adornos se dispuso a esperar tendida en el lecho, quieta y callada, como una estatua de mármol pulido. El espejo le devolvió su imagen perfecta, aquella belleza reconocida en toda la Hélade, y apagó la lámpara para sumirse en aquel silencio que latía furioso dentro de su cabeza. La espera se hizo eterna.

Hasta que percibió unos pies descalzos acercarse poco a poco. Tembló como una hoja, como si la noche fuera el más crudo invierno, una presencia estaba encima de ella. La invadió un aroma de nardos, cayeron rizos pesados sobre el pecho, unas manos tibias se posaron sobre su cuello y sintió en la cara el aliento tibio, oloroso a menta. Andrómaca le decía:

—¿Creías que Héctor era el único que deseaba disfrutar tu belleza exquisita?

© Marta Aragón

Marta Aragón (Ensenada, Baja California, 1948). Profesora. Grabadora. Ha publicado en *e-book* la novela: *La Misión Perdida de Malaquías Verduzco* (CLD, 2017). Ha publicado cuentos en el Diario del Sureste, 4 vientos, suplemento Palabra del periódico El vigía.

SANGRE AZUL PARA IVÁN EL TONTO

por Manuel Sauceverde

Iván Tolstói cruzó la calle y por quinta ocasión entró en la cueva de Baba Yaga, la bruja del óxido negro. Era el último sitio a donde hubiese querido ir, pero no existía otra alternativa. Hay cosas que únicamente pueden adquirirse en el mercado negro, en especial, las mágicas.

Antes de avanzar entre los pasillos de anaqueles y chatarra, Iván permaneció algunos minutos en el umbral de la puerta; su mano derecha cubría su nariz y boca: el aire del lugar estaba podrido, los vapores químicos de diversos combustibles consumían el poco oxígeno respirable; además, el olor a carne quemada era insoportable. Iván recordó a su padre y no pudo soportarlo más. No sólo vomitó su desayuno, sino también el recuerdo del crimen cometido.

Pero ni la culpa ni aquella podredumbre lo detendría. Después de apagar sus sensores olfativos y recuperarse, Iván se dirigió al fondo del establecimiento. De reojo pudo leer el mensaje que una marquesina electrónica, suspendida a pocos centímetros del techo, codificaba en diversos idiomas: *Hojalatería y Clínica Especializada. Transfusiones de aceite y sangre por cincuenta créditos.*

Iván se detuvo frente a una puerta, aspiró un poco de aire y giró lentamente el picaporte. Resultaba extraño: un olor a pintura fresca lograba percibirse en la habitación; no obstante, las paredes y el piso eran un asco. Algo andaba mal, pero no hubo tiempo de meditar nada. La voz metálica de Baba Yaga estalló detrás del escritorio: *Eres tú de nuevo. ¡Iván el Tonto!*

—Sí... —Iván titubeó—. Soy yo.

Baba Yaga se levantó de su asiento con pesadez. Su estatura era inmensa, al menos un metro más alto que Iván. Parecía una osa Kodiak de acero y carne. De la cabeza le colgaba un puñado de cables y pequeños tubos. Un óxido negruzco florecía a través del maquillaje.

—Niño, espero que hayas tomado una decisión y no salgas corriendo como siempre.

¿Niño? Iván frunció el ceño. Quizás aparentaba otra edad, pero medio siglo no se vive en balde. Cierto: tenía poca barba, escasa estatura, una constitución física regordeta y un cerebro de silicio que aún no desarrollaba todo su potencial; sin embargo, no era razón para tratarlo al igual que a un chiquillo. Fue su padre, Nikoláievich Tolstói, héroe insigne del último exterminio, quien lo llamó «tonto» por primera vez. Las palabras de Nikoláievich siempre fueron disparos a quemarropa: *A tu edad, sin ninguna clase de implante biónico, desfloré a más de quince. Tú ni siquiera puedes con una.* Incluso, Vasilisa, su novia, lo consideraba un hombre sin atributos suficientes para satisfacerla: *Me basto sola*, solía decirle.

Las palabras de Vasilisa siempre eran disparos a bocajarro.

—Y bien, ¿qué deseas? —la voz de Baba Yaga era cavernosa; su aliento, el aire de una tumba abierta.

—Una transfusión —por primera vez en mucho tiempo, Iván se expresó decidido—. Quiero que me inyectes sangre azul.

Baba Yaga miró fijamente a Iván. Su media docena de ojos se encendió al unísono y adquirió una tonalidad amarillenta. A pesar de pretender disimularla, una estúpida sonrisa se adivinaba en su rostro.

Iván se detuvo frente a una puerta, aspiró un poco de aire y giró lentamente el picaporte. Resultaba extraño: un olor a pintura fresca lograba percibirse en la habitación

Por algún motivo, Iván reiteró incierto: *Sangre de príncipe...*

—¿De príncipe? —Baba Yaga extendió una de sus manos y acarició con sus dedos de araña el rostro de Iván. La piel humana de aquel semblante era hermosa, sin vestigio alguno de plástico u otra aleación similar—. ¿Cuántas veces te lo he dicho? Vas a matarte por un capricho.

Iván apartó con rudeza la horrible mano de Baba Yaga. *Es mi problema*, dijo.

Capricho o no, Iván estaba dispuesto a jugarse el pellejo. Según los cuentos de hadas, la sangre azul otorgaba erecciones extraordinarias a su poseedor. Ningún otro combustible funcionaba igual. El problema residía en su escasez: aunque Iván era un tonto conocía la ley universal de la oferta y la demanda.

—Bien, el precio será el acordado —Baba Yaga mordió su labio inferior—. Pero tendrás que incluir tu implante de sueños orgánicos.

El monto convenido sobrepasaba los doscientos cincuenta créditos. Prácticamente era todo el dinero sustraído de la caja fuerte de su padre; sin embargo, añadir el implante de sueños multiplicaba el costo. Dada la escasez de humanos *puros* para fabricarlos, los híbridos afortunados que poseían uno lo cuidaban con su vida.

—Trato hecho...

Un hilillo de sangre manó de su boca y cayó como una serpiente muerta sobre la alfombra. Apestaba a vinil barato, al igual que su semen o el aliento de la maldita bruja Baba Yaga. Instintivamente, Iván miró a su novia.

Cuando Iván eyaculó, la tarde era un monótono alarido de truenos. La ciudad ardía y la lluvia amenazaba con avivar su fuego.

Pero su breve orgasmo no fue placentero. Un fuerte retortijón en las entrañas lo hizo doblarse sobre sí mismo. Casi de inmediato, el miembro de Iván perdió su vigor. Algo muy malo sucedía: no sólo su sexo le punzaba, sino también su cerebro. Las náuseas eran insufribles.

Un hilillo de sangre manó de su boca y cayó como una serpiente muerta sobre la alfombra. Apestaba a vinil barato, al igual que su semen o el aliento de la maldita bruja Baba Yaga. Instintiva-

mente, Iván miró a su novia. La mueca de fastidio en su rostro de lolita lo decía todo: *Te lo dije, me basto sola*. Vasilisa, recostada sobre la cama con los brazos cruzados, aún seguía vestida, intacta. Iván apenas había acariciado una de sus piernas.

—¿Sabes? —dijo Vasilisa mientras encendía un cigarro neural y conectaba una de las terminales en su sien—. Tu padre tenía razón: eres un pendejo.

Afuera del departamento la lluvia quemaba el vacío de la ciudad; en las calles, algunos híbridos e infrahumanos corrían en busca de refugio. Antes de perderse en el voluptuoso edén que le ofrecía la nicotina electrónica, Vasilisa esbozó un gesto mordaz y dijo: *Me alegra que no fuera de familia*. Con lentitud, su mano derecha reptó por el pecho hasta alcanzar su pubis y luego, su húmeda vulva.

La insinuación tuvo el efecto deseado. Cada palabra de Vasilisa eran diez balas de neutrones que estallaban al unísono en lo más profundo de su ser: en aquel íntimo rincón que no era músculo ni metal ni plástico.

Incapaz de llorar o responder, Iván se revolcó en el piso de la habitación. La sangre azul en sus venas desquiciaba sus funciones vitales. Su corazón galvánico no tardaría en acelerar su ritmo hasta hacer corto circuito con los pulmones e hígado. La piel ya comenzaba a quemarse en un escalofrío eléctrico.

No obstante, Iván el Tonto no perdía las esperanzas. Los hombres como él nunca eran humillados por completo.

—La próxima vez, probaré con sangre de unicornio.

© Manuel Sauceverde

Manuel Sauceverde. un lado, ha publicado diversos artículos científicos en revistas especializadas nacionales e internacionales. En el 2017 obtuvo el *Premio Internacional de Investigación "Emilio Fontela"*, otorgado por la Sociedad Hispanoamericana de Análisis Input-Output; y en el 2016, *el Premio Internacional de Documentos de Trabajo*, otorgado por el Banco Central de Bolivia y la Asociación de Pensamiento Económico Latinoamericano. Por otro lado, gracias a su constancia y buena suerte ha obtenido algunos premios nacionales de narrativa y poesía, entre los que destaca el primer lugar en el *Premio de Cuento de Ciencia Ficción "Año Internacional de la Física"*, otorgado por el Instituto de Física de la UNAM (2005). En la actualidad estudia Música Tradicional Iraní con Mehdi Moshtagh y es miembro de los ensambles *Didar* y *Setaristas Moshtagh*, los cuales se han presentado en diversos recintos como el Auditorio Blas Galindo (Centro Nacional de las Artes, 2017), Plaza Juárez (Festival Internacional Quimera, 2016), Sala Manuel M. Ponce (Palacio de Bellas, 2015), Teatro Fantasio (Festival Internacional de la Cultura Maya, 2015), Museo Nacional de las Culturas (2014), Teatro de la Ciudadela (2014), y el Antiguo Palacio del Arzobispado (2013).

LA CARTA QUE NUNCA TE ENVIÉ ¹

por Elizabeth Domínguez

Querido Padre:

Esta es la primera de dos cartas que estaré enviando a Lima pronto. Ésta es definitivamente para ti; la segunda, a la que denominaré «carta familiar», la enviaré a nuestros parientes de Piura, Serrán y Chiclayo. Además los Rosas y los Cameros en Lima también recibirán una. Te preguntarás en qué nueva aventura me he embarcado ahora. «*Mi Cholita, siempre soñadora*».

Los libros que he leído últimamente se basan en historias familiares de sus propios autores o en la tierra donde nacieron y crecieron. Cada novela es un viaje al pasado familiar, un encuentro con los abuelos, bisabuelos, tatarabuelos y demás familiares que los autores jamás conocieron. La forma en la que los escritores cuentan el descubrimiento de secretos, costumbres, ansiedades, pecados, extravagancias, estilos de vida, y educación de sus personajes es tan brillante que no puedo dejar de leerlos.

Creo que el momento para escribir nuestra historia familiar finalmente ha llegado. Los responsables de mi fijación en este proyecto son cinco escritores: Amy Tan, escritora americana de ascendencia china, la escritora chilena, Isabel Allende, sobrina del derrocado presidente Salvador Allende. ¿Sabes que estoy por terminar su sexto libro? El extraordinario Gabriel García Márquez, Sandra Cisneros, otra escritora americana de origen mexicano, y la gran poeta afro-americana, Maya Angelou.

No vas a creer lo que te diré a continuación, papá. ¿Dónde piensas que he leído estas Fragatas Literarias? Emily Dickinson, una de mis poetas americanas favoritas, compara un libro con una fragata. ¿Quieres saber por qué? Por favor, por favor, no me digas que ya te aburríste con mi chiflada carta y con todas las cosas que esta misiva me permite compartir contigo. Dickinson compara un libro con una fragata porque los libros, como los barcos, nos transportan a lugares diversos... pero con nuestra imaginación. Bien, bien. Antes de irme por las tangentes, responde mi pregunta: ¿dónde crees que he leído estos libros? ¿Alguna idea? ¿Ninguna? En cada una de las diferentes sucursales de la Biblioteca Pública de Seattle y en las librerías

Las bibliotecas de Seattle son el hogar de los que hemos perdido nuestros hogares. Después de salir del refugio a las seis de la mañana en verano o en invierno o en cualquier otra estación, desayunamos en una iglesia con otros como nosotros.

Barnes & Nobles. Ahora que hemos perdido nuestros empleos, pasamos la mayor parte del tiempo en las bibliotecas. Dónde más podríamos ir ahora que ya no tenemos casa. Las bibliotecas de Seattle son el hogar de los que hemos perdido nuestros hogares. Después de salir del refugio a las seis de la mañana en verano o en invierno o en cualquier otra estación, desayunamos en una iglesia con otros como nosotros. Inmediatamente salimos a buscar trabajo. Sin embargo, hasta ahora no hemos podido conseguir nada. Entonces sin dudarle ni un segundo nos refugiamos el resto del día en la Biblioteca Pública de Seattle de la 4ta Avenida o en cualquiera de sus sucursales. ¡Conocemos todas! Finalmente a las 5pm ya debemos estar saliendo para volver al refugio a tiempo y encontrar algo de comer. Cuanto más temprano lleguemos, mejor. Es más tranquilo y seguro. Los drogadictos y alcohólicos llegan más tarde. Afortunadamente estamos juntos. Este es el único refugio que acepta hombres y mujeres, incluso parejas. Hay dos alas, una para mujeres y otra para hombres. La parte más difícil para nosotros, nuevos en este desconocido territorio, es que se permite la entrada de los

¹ La versión original en inglés de este cuento apareció por primera vez en la antología *The Letter I Have Never Sent You and Other Stories from America and Beyond*, seleccionadas y editadas por Julie Burtinshaw & Amos O. Ojwang y publicada por Royallite Publishers Limited, Westlands, Nairobi, Kenya. Impresa en los Estados Unidos de America. 2017. Tanto la versión en inglés como la traducción al español pertenecen a la autora, Elizabeth Domínguez.

ocupantes a pesar que estén drogados o ebrios. Sorpresivamente, a estas personas se les permite entrar y salir del lugar cuando ellos lo deseen. Muchos regresan después de la media noche completamente drogados, completamente ebrios. ¿Pero qué estoy haciendo? Esto no es lo que quiero compartir contigo. Borraré definitivamente esta parte. Es deprimente, pero temporal. Será temporal. Temporal. Continuamos buscando trabajo. Además, tenemos mucha fe en nuestros manuscritos. ¡La novela en inglés de tu yerno adorado es estupenda! El Presidente Obama nos dará el regalo de nuestras vidas: la ley de inmigración. Y entonces viajaremos a verte a ti, a mamá, a todo el mundo. Con la ley de inmigración recuperaremos, volveremos a nuestro hogar americano en nuestra querida Newton en Boston. Papá, no te imaginas cuánto extrañamos esa ciudad. No tuvimos ningún problema para adaptarnos. No más tristeza. Continuemos con mi Proyecto Literario Familiar.

Amy Tan fue, en realidad, la primera que me inspiró en escribir nuestra historia familiar. *El Club de la Buena Estrella*, el primero de los libros que he leído de esta escritora, se basa en la relación entre una madre y su hija. Lo más cautivante de este libro es que nos transporta a momentos antes y después de la llegada de la madre a Estados Unidos. Es fascinante, papá, cómo se aprende a admirar una cultura, sus creencias y costumbres después de haber leído un libro como éste de Amy Tan. Una de las primeras cosas de las que me enamoré con esta historia es del humilde *Bambú*. El proverbio chino «Sé como el bambú. Dóblate, pero jamás te quiebres» es nuestro lema ahora. Estamos rodeados sólo de incertidumbre y tentaciones. Tentados de sucumbir a las drogas o al alcohol. Sin embargo, ignoramos de dónde viene esa fuerza de voluntad que nos impide hacerlo. ¿Será quizá nuestro profundo amor incondicional y nuestra mutua admiración? Carlo pudo haberse casado y obtener sus papeles infinitas veces. *¡Pero para qué quiero los papeles si no te voy a tener a ti!* Hay una canción que le dediqué a mi Carlo: *Sólo tú*, por Sinéad O'Connor, de la película *La Reina Victoria*. Esa canción expresa todo lo que él significa para mí. Lloré la primera vez que la escuché. Recuerdo aquel día. Estábamos en el cuarto piso de la Biblioteca Pública de Seattle lejos uno del otro usando computadoras diferentes y rodeados por otros como nosotros, gente sin hogar. Otra vez tristeza. Esto no está bien. Volvamos a la verdadera motivación para esta carta.

Estamos rodeados sólo de incertidumbre y tentaciones. Tentados de sucumbir a las drogas o al alcohol. Sin embargo, ignoramos de dónde viene esa fuerza de voluntad que nos impide hacerlo.

El Club de la Buena Estrella además nos ha inspirado en reescribir cuentos folklóricos asiáticos. Algunos ya los hemos terminado y revisado, listos para enviarlos a diferentes revistas o editoriales. ¿Cuántas veces nos rechazarán? Cientos de veces, definitivamente. Pero debemos ser positivos y tenemos mucha fe. No seremos los primeros escritores en ser rechazados por incontables editoriales. ¡De todos modos, reza, reza, reza! *The Deávila Witches*, la primera novela de Carlo escrita en un inglés impresionante, es otro sueño —¿americano?— al que también nos aferramos. Es una gran novela, padre. Cómo pudieras

leerla. En realidad, según todas mis investigaciones sobre publicación de libros, editoriales, agentes, etc, Deávilitas —es así como llamo a su novela— es sólo un manuscrito. ¿Por qué? Porque aún no se ha publicado.

En cuanto a García Márquez, él ha llenado mi cabeza de fantasía, felicidad, regocijo, y grandes deseos de escribir sobre nuestros ancestros, escribir sobre aquéllos que ya nadie más recuerda; escribir sobre aquéllos cuyas tumbas han olvidado qué es una flor; escribir sobre aquéllos que una vez vivieron y murieron y ahora parecería que jamás existieron. Gabito, así es como se conoce al gran escritor colombiano, escribió *Cien Años de Soledad*. ¡949 páginas, papá! Lo leí en una semana.

La Casa en Calle Mango, escrita por Sandra Cisneros, me recuerda nuestra casita de madera en nuestro vecindario. En realidad, después de terminar de leer el libro escribí un poema titulado *Nunca olvidas donde creciste*. Desafortunadamente lo escribí en inglés. Te prometo traducirlo al español la próxima vez. Increíble. Aún ahora sueño con que tú, mamá, mis hermanas, tu hijo —¿nos llevaremos bien algún día? No, no creo— lean lo que hasta he escrito. El poema se lo dediqué al vecindario del que siempre quise salir. Sin embargo, desde que dejé el país, nuestro barrio vive en mi corazón. Los recuerdos son tan vívidos. Ni nuestra casita de madera centenaria ni nuestro barrio quieren que los abandone.

Hay millones de razones para admirar a Maya Angelou: *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado*, *Y aun así, me levanto*, *Mamá y yo*, y especialmente *La vida no me asusta*. Más que un poema, *La vida no me asusta* es una oración diaria, un diario recordatorio para que a pesar de vernos sumergidos en este desconocido mundo americano de los *sin hogar*, debemos mantenernos fuertes y juntos. Mientras este viaje inesperado y desgarrador, al que nunca imaginamos pertenecer, dure, debemos ser como el Bambú.

Papá, ¿recuerdas cuando me burlaba de la ubicación de Serrán en el mapa peruano? Solía decirte que Serrán no era parte de nuestro territorio. Y que era un pueblo olvidado. Que jamás había existido. Macondo, el pueblo inventado por García Márquez en *Cien Años de Soledad*, me recuerda a tu querido pueblito. Y simplemente no pude controlar esa inquietud inmensa de investigar sobre tu tierra. Y no me vas a creer, papá. Adivina, adivina. Serrán, el caserío piurano, existió. Siempre ha existido. Ha sido parte de la historia peruana por siglos, incluso antes que los españoles conquistaran el Imperio Incaico. ¿Qué piensas de todo esto?

Ahora sé, por ejemplo, quiénes fueron los primeros habitantes en Serrán, el pueblito que abandonaste cuando apenas tenías trece años, huyendo de los golpes del abuelo, huyendo de aquel árbol frente a tu casita de arcilla y caña al que te ataba cuando rehusabas entregarle el dinero que tú habías ganado con tu trabajo en el campo o en la casa de los hacendados. Ahora sé que los primeros españoles y esclavos llegaron a Serrán y a Piura. Ahora sé que en los tiempos pre-incas no se le llamaba Serrán sino Zarán. Esto te encantará, papá: Francisco Pizarro pasó unos días en tu pueblo mientras buscaba información para localizar al Inca Atahualpa. ¡Estoy emocionada! Amo Serrán. Tu tierra. Tenemos que viajar juntos, tú, mamá, tu amado yerno y yo. Tu pueblo, papá, parte de la historia del Perú milenario y de la Colonia. ¿Qué te parece estos hallazgos históricos? ¿Es esto acaso resultado de estar lejos de la tierra?

Tan pronto termine con esta carta continuaré con este viaje histórico con otros parientes. Incluiré a tus hermanos de Chiclayo y tía Carmen. ¿Alguna vez has pensado que tú y tía Carmen sean mellizos? Son idénticos. Piensas que la familia me contará historias, cuentos folklóricos, creencias del caserío y sus pobladores. ¿Estarán deseosos de compartir sus recuerdos con esta sobrina que apenas conocen? ¿Con esta sobrina quien muchos piensan es la mujer más engreída que hayan tenido? Nunca entenderé por qué nunca quisiste contarme más sobre tu niñez y de tu adolescencia. Fuiste muchísimo más afortunado que mamá y tía Norma. El Sr. Rodrigo de Rodríguez y su esposa, la Niña Guillermina, los dueños de la hacienda Serrán, te cuidaron cuando la horrible bruja de tu madre abandonó al abuelo, a ti y a tía Carmen. Tenías apenas un año, padre mío. Quizá hasta más pequeñito. No, no y no. A ese monstruo jamás le llamaré abuela. Nunca. ¿Está muerta? ¿Viva, tal vez? No me importa. Tú, *el hombre venido del monte*, como te llamaba tu suegro despectivamente, aprendiste a leer y a escribir durante tu servicio militar obligatorio. Tenías ya 18 años de edad. Nunca habías ido al colegio. Tú, *el hombre venido del monte*, aprendiste a manejar en el ejército. Tú, *el hombre venido del monte*, aprendiste a usar los cubiertos con gracia y estilo como los hacendados que te criaron. Tú, mi padre, más conocido como El Zambo, o Aguas Verdes o como te llama mamá, Negrito.

Tan pronto termine con esta carta continuaré con este viaje histórico con otros parientes. Incluiré a tus hermanos de Chiclayo y tía Carmen. ¿Alguna vez has pensado que tú y tía Carmen sean mellizos? Son idénticos.

Espero poder vivir lo suficiente para hacer de este proyecto familiar una realidad, una serie de eventos que rindan homenaje a todos nuestros parientes olvidados a través del tiempo. Una persona sólo muere cuando se le olvida. Este proyecto familiar será para aquellos abandonados en sus tumbas sin una flor por años, decenios. Mi Proyecto Familiar los renacerá.

Se dice que el primer grupo de esclavos africanos en territorio peruano llegaron con los españoles entre los meses de noviembre y diciembre de 1527. ¡Oh, Dios mío! No creerás esto. ¡Llegaron primero a Piura! Carlo me está ayudando con la investigación. Él está investigando sobre Cajamarca, el lugar de nacimiento de sus padres.

Algunos historiadores afirman que los primeros esclavos llegaron con el español Alonso de Molina. Estos fabulosos hallazgos me hacen sentir la Alex Haley peruana, el autor de Raíces. Padre, nuestros ancestros pertenecieron a tribus angoleñas. Esto explicaría la influencia y similitudes entre, particularmente, la música Afro-Peruana y la de Angola. Estoy aprendiendo más historia peruana que cuando estaba en el colegio. Entonces las profesoras jamás incluyeron en sus clases sobre tres esclavos africanos, por ejemplo, que tuvieron una participación crucial en eventos históricos decisivos durante la época de la conquista

Carlo está sentado a mi derecha, escribiendo una historia que enviará a una revista para niños. Escribir y enviar nuestras historias a diversas revistas podría darnos algún dinero para sobrevivir, si es que las aceptaran hasta que alguien nos pueda dar trabajo a pesar de nuestra situación ilegal en el país. La competencia entre escritores en este país es feroz. Tu yerno, al que adoras, se burla de mí. Me pregunta si estoy escribiendo un tratado sobre los pueblos Afro Peruanos. Por supuesto, trato de ignorarlo. Mi felicidad es infinita. Nunca me imaginé conversando contigo sobre tu pueblo y su historia. Cómo me atreví a decirte en mi adolescencia que Serrán no figuraba en el mapa de Perú. Discúlpame, papá. Por favor.

Espero que te hayas divertido leyendo esta carta. ¡Es para ti! Para tu Serrán y tus, nuestros antepasados. Encontré la letra de *La Hamaca*, el tondero que tanto me recuerda a ti. A pesar que este baile y ritmo peruanos —dicho sea de paso, la versión más antigua le pertenece a la provincia de Morropón— me entristece al escucharla, la toco dos y tres y cuatro veces. Aún no he encontrado información sobre el autor, el señor Rodrigo de Rodríguez. Él fue un padre para ti, y su esposa, una madre. ¿Has visto a Benjamín, su único hijo, en los últimos años? ¿Crees que él podría contarme algo sobre sus padres y la hacienda?

Cuida a mamá. Sé paciente con ella. Nuestro futuro aquí es incierto. Necesitamos un milagro. Y el milagro es la Ley de Inmigración. Seamos positivos. No queremos pensar en la posibilidad de retornar al país. Nuestro sueño se hará realidad. Y luego visitaremos Perú y viajaremos a Serrán, entrevistaremos a parientes y vecinos, escucharemos lo que tengan que contar, filmaremos montañas misteriosas, bosques y ríos místicos. Será inolvidable.

María Pía & Carlo

Después de casi cinco meses.

No pude enviarte la carta. Aún somos parte de los de Sin Hogar. No necesitas mayores explicaciones. Ahora todo lo ves. Ahora estás en todo lugar. Nunca bailaré el Danubio Azul contigo. Te rogué tanto, tanto esperar por nosotros, esperar por el milagro de la Ley de Inmigración para volver a estar juntos. Mi ídolo de mi niñez, de mi adolescencia. Te veo en cada nube del cielo de Seattle. ¿La tristeza de tu partida me está enloqueciendo? Cada día es como si te escuchara decirme: «Aquí estoy, Cholita, a tu lado». No bailes marinera o tondero en el cielo, por favor, papá. Dios no lo soportaría. Te extrañaré cada día de mi vida. Aún estamos aquí.

© Elizabeth Domínguez

Elizabeth Domínguez es una traductora e intérprete independiente. Es también ESL Teacher Trainer, TESOL Expert. y Bachiller en Teaching English as a Second Language. Nació en Callao, Perú, el 4 de noviembre de 1956. Escribe cuentos y poesía en inglés y español. Tres de sus cuentos escritos en inglés se publicaron en las antologías: *The Letter I Have Never Sent You and Other Stories from America and Beyond*, y *The Enchantment and Other Stories on Identities and Social Issues*, ambos seleccionados y editados por *Julie Burstinschaw (Author)*, & *Amos O. Ojwang (Author)*. Los nombres de las antologías pertenecen a dos de sus cuentos. Sus escritos en inglés (poesía, cuentos, traducciones) los publica en Booksie.com donde escribe bajo el nombre de Jasmine Gabriel. Su dirección electrónica es: buckleb6846@mail.com.

DE LOS SERES DE ESTE REINO (III-Final) (Microanotaciones)

por Ricardo Bugarín

AVE DEL PESO

Ave cantora con cola de reptil que en la noche del 20 al 26 de agosto cambia su plumaje del azul al verdinegro. Copetona y corredora, es común en zona de bajos y bañados casi secos donde coloca de seis a ochos pequeñitos huevos de color rojo y que deja enterrados en la arena hasta la aparición de la cría.

Su canto de abril presagia inviernos crudos y rigurosos. Su notable y abundante aparición en agosto, en grandes grupos que corren de manera apresurada y desorganizada, anuncia veranos de fuertes lluvias e inundaciones. Se lo llama también «Ave del tiempo».

«La inmigración de comienzos de siglo lo adaptó como figura para las veletas con que timbraron la techumbre de sus casas. La abundancia de estos instrumentos de orientación le dio a la localidad de Riaponte el mote de poblado del peso» (Hualpa, Rubén. *Eventos de nuestro tiempo*, 1945).

El nombre, propiamente, es tomado del «apellido del herrero santacruceño Elio Tulio Peso» de cuyo tallercito salieron las primeras figuras que se conocieron y que dieran a los inmigrantes la intención de colocarlas en sus techos.

Ernesto Concevello lo cita en *Aves del Paraíso* (Córdoba, Universidad, 1945).

En Colmados se ubicaba, hasta fines del 40, una populosa festividad de agosto que lo tenía como protagonista junto a San Euberto Milagroso.

Eleuterio Sosa le dedicó dos chacareras.

* * *

LANUS

Interpretamos que el nombre es una construcción oral que deriva del original *annus mirabilis* (el año de los milagros) con que los misioneros denominaron a un espécimen del género de los anfibios anuros de la región. De cintura delgada, largas y esbeltas patas traseras, se individualizaban por la fuerte tonalidad azul de toda su piel. La membrana interdigital de sus patas, maceradas y secadas al sol, era base de una pomada expectorante. Poco se ha podido rescatar en conocimiento de esta especie ya que dicha información, se supone, se extravió cuando se produjo la expulsión de los jesuitas en esta parte del mundo, aunque es reconocida su aparición y abundante desove globular como un anticipo de buen año de cosecha, pariciones y aumento de la densidad poblacional de las comunidades evangelizadas.

Hoy no se encuentran especímenes de *annus mirabilis* en la zona. Ha permanecido el nombre, la creencia en su existencia conjetural y una artesanía que, etnógrafos de las zonas altas, identifican como una especie de palmeta o abanico de elaborada vegetación trenzada que se vende a los turistas.

* * *

EL ANCLADOR

Entre 1767 y 1778, el Padre Salusio Esteban recorrió gran parte de lo que se denominaba Alta Región del Angostura y en un memorioso libro dejó sentada la existencia de un diminuto ser llamado Anclador. Se parece a lo que hoy denominamos libélula.

Su cuerpo era celeste a la luz del día y temido en las horas de la noche por cuanto su acercamiento producía una irritación a los ojos dejando, en quienes eran víctimas de su visita, notables huellas de llanto.

En las telas tejidas por Milagros de la Vega han quedado profusamente representados estos pequeños seres que han poblado, de esta manera, diversas colecciones particulares que se destacan por la abundancia de piezas que hablan, altamente, de la calidad alcanzada por nuestra tapicería.

Oscar Arrojo es autor de una lograda *Suite del llanto de Anclador* que fuera estrenada en audición pública en Mendoza la noche del 26 de septiembre de 1976.

* * *

EL PERVÍ O BICHOLETRA

En 1978, en una estadía en Colonia Pastoral, Pelagia Luna relata la existencia del Perví o Bicholetra.

Ave con aspecto de lechuza, de tres ojos saltones y llamativos, desova por el vientre y en su plumaje blanco apagado se destacan siete plumas borravino que se aprecian en su cola abundante y larga que mueva a modo de una gran tijera.

Rara vez deposita dos huevos, cosa que suele suceder. Comúnmente es autora de una sola postura y ese huevo es perfectamente esférico, de casi 3 cms. de diámetro y de color claro, casi marfilíneo.

Cuenta Pelagia Luna que los naturales de la comunidad reconocían en este pájaro un elemento bienhechor y que solían tomar un huevo que, acunándolo entre las manos y dispuesto hacia la luz del mediodía, permitía observar en el interior de su cáscara la inicial del próximo vástago. La presencia de una señal que se parecía a lo que nosotros denominamos P, hablaba de un hijo varón; si salía la curvita que se interpreta como C, se trataría de un miembro mujer.

Como bien se dijo, el perví o bicholetra, rara vez tenía una doble postura y si eso llegaba a ocurrir podía ser de no muy buen presagio ya que uno de esos huevos no traería lectura. Si por azar se toma un huevo mudo para realizar la lectura, cosa que resultaría infructuosa, aquello indicaba que ese hijo que venía naciendo no habría de llegar. El otro huevo, sin duda poseedor de una letra, no era entonces consultado pues se aceptaba el destino portador de una futura pérdida. «Los hijos no son nuestros, son del perví», repetía Pelagia Luna en el transcurso de su relato mientras señalaba el viento, el cielo, el aire.

Al ave no se la cazaba. Tampoco se conocen restos de su muerte. Si por casualidad algún miembro de la comunidad llegaba a poseer tres plumas borravino de la cola del perví, llevándola a manera de amuleto, atestiguaba que ese hombre habría de vivir un ciclo de mil doscientos años. Se conoce una mujer de nombre Tipí que fue poseedora de esa longevidad.

Hoy en la región, y por malsana ocurrencia, se les suele llamar «hijos de perví» a los hijos naturales.

© Ricardo Bugarín

Ricardo Bugarín (General Alvear, Mendoza, Argentina, 1962). Escritor, investigador, promotor cultural. Publicó *Bagaje* (poesía, 1981). *Bonsai en compota* —microficciones— (Macedonia, Buenos Aires, 2014), *Inés se turba sola* —microficciones— (Macedonia, Buenos Aires, 2015), *Benignas Insanías* —microficciones— (Sherezade, Santiago de Chile, 2016) y *Ficcionario* —microficciones— (La tinta el silencio, México, 2017). Textos de su autoría han sido incluidos en antologías argentinas e internacionales. Diversas publicaciones periódicas y revistas especializadas han publicado trabajos suyos como es el caso de Suplemento Literario de Diario "La Prensa" de Buenos Aires, la revista "Letras de Buenos Aires" dirigida por Victoria Pueyrredón y Suplemento Cultural de Diario "Los Andes" de Mendoza, entre otras ediciones argentinas. También ha sido publicado en Ecuador, España, Italia, USA, Venezuela, México, Chile, Perú, Colombia y Uruguay. Textos de su libro *Bonsai en compota* han sido traducidos al francés y publicados por la Universidad de Poitiers (Francia). Integra las ediciones *Borrando Fronteras-Antología Trinacional de Microficción Argentina, Chile y Perú*; *¡Basta! Cien hombres contra la violencia de género* (edición argentina) y *Vamos al circo. Minificción Hispanoamericana* de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), México.

MIENTRAS CAEN LAS NARANJAS

por Teresa Constanza Rodríguez Roca

Desde que amanece espero la hora de mi siesta, no tengo que subir y bajar las escaleras con los mandados de la señora. Hija, que tráeme una taza de café, que ven a acomodar mis almohadas, ¿dónde está el control remoto del televisor? Apúrate, bueno, ¡ya! Ya no vengas. La señora piensa que puedo leer sus pensamientos y volar como un cóndor en picada; pero yo soy una tortuga, me concentro en el instante. Si tengo que subir las escaleras, lo hago peldaño a peldaño; el color de la madera, mis rodillas que se doblan y desdoblan, mi respiración: los escalones.

Cuando llegué a esta casa, se acercaba el otoño. El jardín estaba seco, marchito como los años de la señora. Bajé del taxi con el bulto de mis pertenencias, escasas pero de gran valor: mi libro azul, una radio satélite, un crucifijo de madera, tres mudadas de ropa, dos colchas de lana y los clasificados de un periódico. La señora, vestida de rojo tinto, con el suéter mal abotonado y los cabellos hirsutos, aguzó la vista para ver quién había tocado el timbre.

—Sayo, no hagas escándalo —ordenó la anciana—. El perrito se deshacía a ladrido limpio, sacudiendo sus pelos grises, mostrando sus dientes filudos, mientras ella atravesaba el jardín delantero.

—Este animal sabe distinguir a las personas buenas de las malas. Muerde el tobillo del malo, tiene un olfato especial para lo invisible —dijo, contundente.

Hundí mi vista en sus ojos verdosos. Ella no se amedrentó. Esta mujer es más fuerte que yo, pensé, mejor andar con cuidado. Pero tal vez es buena. Muchas veces los caracteres más suaves se esconden en miradas duras, o al revés. Nada está dicho. La saludé con firmeza. Si el perro me alcanzaba, le echaría encima el gran bulto, con crucifijo y todo. A parte que la señora se hubiera dado cuenta de que la nueva empleada no era tan buena como ella creía. El perro de la señora, por supuesto, casi me mordió; ¿habría olfateado las referencias falsificadas que tenía en mi bolsillo?, que de Dios gocen doña Merche y don Antonio, mis antiguos patrones. Se fueron al cielo por cosas del destino, fuera de mi control. «La señorita Justina, con cédula de identidad número tanto y tanto, nacida en Cuatrovientos tal y cual fecha, trabajó siete años con nosotros como ama de llaves. Estuvo encargada de la cocina, la limpieza y de lo que se ofreció. Damos fe de su constancia y fidelidad en todo momento. Y es con mucho dolor que nos separamos de ella. Se va por motivos de fuerza mayor».

Hundí mi vista en sus ojos verdosos. Ella no se amedrentó. Esta mujer es más fuerte que yo, pensé, mejor andar con cuidado. Pero tal vez es buena.

Así empecé a trabajar en esta casa grande: cinco dormitorios, jardines por delante y por atrás; pasto y flores, un limonero, un cerezo y este árbol de naranja agria lleno de frutos. La señora no cosecha. Las naranjas se van desprendiendo por su propio peso, como debe ser. Acaba de caer una; el desgarrar, la caída entre las hojas y el golpe mudo sobre el pasto es inconfundible. Hermosa combinación la del verde y el anaranjado que bailotean entre pedacitos de cielo azul. Oigo crecer el pasto, veo las moscas posarse en la mierda dispersa de Sayo; no ha venido el jardinero. No hay quien recoja los trozos pardos que día con día se van secando, hasta convertirse en abono de primera calidad, igual que mis certificados de buena conducta.

La señora duerme. Después de comer y lavar los platos, vuelvo a ser la mujer que vino de lejos. Aunque de cara rechoncha, como un mollete tostado, pelo negro y grueso que resbala en mechetas cubriendo parte de mis ojos, soy buena en el fondo. ¿Qué es ser bueno?, no podría explicarlo, pero yo soy buena, inteligente, la misma que hace las cosas por impulso divino. Soy instrumento del creador; mediante mi persona, él actúa o deja de actuar. Otra naranja cae, es una grande. Por suerte no le dio a mi cara. ¿Acaso espero el golpe sobre mi frente o mi nariz? ¿Por qué descanso entonces bajo el naranjo?, Podría haber escogido el cerezo. Sus frutos maduran en verano. Pero no, esto es lo

que me toca: las naranjas, el cielo azul, el sol quemante de mediodía y el perro recostado cerca de mí; Sayito con cariño, perro'e mierda cuando ha dejado su huella amarilla en algún rincón de la casa.

Otros soles han tostado mi piel en lugares remotos. ¿Eran casas de adobe, de ladrillo? ¿Había calles de tierra o de asfalto? Intento recordar, pero cuatro paredes cubiertas por colchonetas blancas desfilan nítidas delante de mis ojos. Es mi habitación de tres por tres, no tiene retratos ni paisajes, apenas el crucifijo de mi abuela. Me quedo boca arriba sobre un camastro de metal, inmovilizada, con mochetes por las venas, los ojos desorbitados, mirando el grueso estuco del cielo raso; figuras cambiantes, incoloras; cigarras al atardecer, luciérnagas; hamacas colgadas en centenares de postes y el sol que se va. A través de los árboles del jardín, me llega el rumor del tráfico incansable. De noche crece hasta semejar una catarata de aguas voluminosas, y recuerdo cuando casi me ahogo en el río. Había llovido durante una semana. El turbión era inevitable pero me encapriché en nadar. Quería llegar a la otra orilla. La corriente me arrastró más de cien metros. De pronto, una oleada me hizo cerrar los ojos. Di varias volteretas, no sabía dónde era abajo ni arriba. Detrás de mis párpados, apareció un punto luminoso, era rojo, se iba acercando, lento. Reconocí el techo de una casa, una casa sin ventanas ni puerta. Las sombras largas indicaban que amanecía o anochecía sin tiempo ni reloj, solo el tictac de mi garganta y el rumor de la sangre en mi cabeza. Bermejo el río, grises las palmeras lejanas. No podía respirar, tampoco pedir auxilio. Voces a grito en cuello: Justina, Justina. ¿Eran las aguas del río o el tráfico de la carretera? ¿Es la señora llamándome? Abro los ojos, veo los gajos danzantes del naranjo contra el cielo azulino, y la tibieza del sol invernal me sume de nuevo en este colchón de pasto.

Cae otra naranja. Y otra. Voy a tener que recogerlas, separar las que no están rajadas para exprimir las y hacer cubitos de hielo con almíbar, que la señora chupa por las tardes cuando mira sus películas de Cantinflas,

Pobre señora, tantos años de vida y no ha aprendido que venimos de las tinieblas, vamos hacia la luz.

—Endulzo mi vida —me dice—, es tan amarga; venimos a este mundo para sufrir, son más las penas que las alegrías, nos lanzan a la tierra sin habernos consultado, y quedamos a merced del tiempo que al final nos engulle en su eterna oscuridad.

No le respondo, bien sé que mi libro azul tiene las respuestas a todas mis preguntas, no preciso amargarme. Pobre señora, tantos años de vida y no ha aprendido que venimos de las tinieblas, vamos hacia la luz. Nuestra mente, por desgracia, se mueve casi siempre en la oscuridad y,

mientras nos manejemos dentro de ese lúgubre espacio, jamás podremos experimentar la luz, así de sencillo. Yo he logrado salir de la oscuridad. Por eso estoy aquí, bajo el naranjo.

—¡Justina!, dónde te has metido, ven, ayúdame.

Es la voz potente de la señora, ya despertó. Querrá una taza de café, que espere; mi hora de siesta aún no ha terminado, dicen que uno de mis defectos es ser inflexible. En el segundo piso, me espera su cuarto lleno de fotografías; bautismos, matrimonios, el cartel de una ópera, una mezquita, ese buda gordo, una isla con muchas casitas; ella, con sus doce hijos y su esposo, la Virgen de Guadalupe, el Corazón de Jesús y la ventana que da al parque de enfrente por donde escapa el humo de una vela apagándose. Cuando sus hijos la llaman por teléfono, ella prende una candela por una intención; es intercesora, tiene tiempo para esas cosas, está más cerca de Dios debido a su larga vida llena de altibajos, como me cuenta. Pero yo no le creo nada, todo es inventado. Como inventado es lo mío. Inventada la vida de estas palomas que, en cuanto le sirvo al perro su comida, ellas vuelan en bandada de los tejados vecinos, se pelean para picotear de la vasija. Son ratas grises, voladoras, de plumas ralas y despeinadas. Pobrecitas, son las palomas de barrio sin dueño, abandonadas a su suerte, van de casa en casa picoteando lo que encuentran, como yo. Y se multiplican peor que conejos. Odiosas. Odiosas como el perro feroz, como la señora cuando está de mal humor y su voz se multiplica, se entremezcla con la campanilla del camión repartidor de gas, con el ladrido de los perros, el parlante del frutero: papaya, naranja, piña, el mercado al alcance de sus manos. Señora ama de casa: ahórrese el micro, el tiempo y contratiempo de ir hasta la cancha, todo fresco y más barato. Nosotras no necesitamos ir de compras, uno de los hijos de la señora nos trae de todo cada sábado. Él es una

persona delicada, siempre amable, gastando bromas. A veces, el refrigerador está que revienta, lo malo es que luego las verduras se pudren porque la señora apenas come. Anda piel y huesos pero no deja de anunciar que sus análisis clínicos son como los de una quinceañera. Que porque ella no tiene hambre, a mí me tacañea de todo.

—No hay que ser tragona, el otro día casi te acabaste la olla entera de caldo, ¿dónde te entra, hija?

Me callo, no le voy a contar de mis hambrunas en el sanatorio, de lo que me dormía con el estómago vacío porque los cuidantes se lo comían todo. Si supiera la señora por las que he pasado; huérfana de madre, mi padre se casó con una diablesa, tuvieron que internarme en un colegio de monjas, pero yo no aguanté la disciplina estricta. Me fui donde una tía que no tenía hijos. Ella me educó, me hizo estudiar hasta en la universidad, no terminé la carrera. Lástima que haya fallecido dos años atrás por circunstancias inexplicables, cosas del destino.

Anoche escuché La Asamblea en mi radio satélite. Dios está siempre conmigo, dice el Pastor, ¿estará también cuando quiero ahorcar al bien alimentado perro de mi patrona, la vez que aúlla al amanecer? Eso tendría que buscar en cada página de mi libro azul. En mi pueblo hay perros grandes, todos esqueléticos. Van a los basurales, buscan restos de comida, no sé cómo nunca se enferman. Sin embargo, casi todos mueren atropellados. Ahí se los ve, algunos terminando de agonizar, otros ya deshechos: pelambre, masa roja brillante. Así son ellos por dentro. Nosotros también. Cuando corto la carne para el asado de la señora, me acuerdo de aquellos perros. Se me quitan las ganas de comer.

*En mi pueblo hay
perros grandes, to-
dos esqueléticos.
Van a los basurales,
buscan restos de
comida, no sé cómo
nunca se enferman.*

—¿Por qué no comes carne, no te gusta? —me pregunta ella.

No le contesto. Yo estoy entregada a la visualización de mi siesta bajo el naranjo, de bizcochuelos y heladitos de limón. Cayeron dos naranjas cerca de Sayo, quien me observa desde sus ojos perrunos, tan rabiosamente fieles.

—Justina, ven, por favor, ven.

¿Dónde está la señora?, creo que ha bajado las escaleras, debe de estar en el hall de entrada, o ¿se ha desdoblado? De todos modos, aún no son las tres. La verdad, siento que no solo vivimos las dos en esta casa. Capto una presencia desde la entrada por el jardín delantero, hasta la habitación que la señora tiene con llave, en los depósitos de atrás.

—Aquí no puedes entrar, este cuarto no existe —me dijo un día.

Pero hace un mes, he atisbado por la esquina rota de una ventana. Un olor a orines inundó mi nariz. En la penumbra, resaltaban maletas, bolsas, trastos de cocina, centenares de libros apilados o desperdigados en estantes que cubren dos paredes hasta el cielo raso. Todo está plagado de unas bolitas alargadas. Ahora me doy cuenta porqué hace poco una vecina le regaló un gato a mi patrona. Era de color hueso, un pequeño montón de carne peluda que maullaba débilmente, aún no podía abrir bien los ojos y se tambaleaba cuando caminaba. A la señora no le gustan los gatos. A mí tampoco. Son hijos de la oscuridad. Sus ojos brillan como brasas incandescentes de noche. Mi doña habilitó un canasto, le puso una colcha vieja y fue a dejarlo en los cuartos de atrás. Yo era la encargada de llevarle pan remojado en leche. ¿Iba a cazar ratones ese esperpento peludo? Después de varios días, desapareció, lo busqué por todos los rincones. Me preguntaba qué destino le habría tocado. ¿Se lo habrían comido los ratones? Hasta ahora escucho sus maullidos lastimeros, es su fantasma. Pide venganza en las noches de luna llena. Cuando le conté a la señora de la desaparición del gato, ella hizo una mueca que no entendí y siguió con el control remoto en la mano, cambiando los canales del televisor. Le fascinan los noticieros, no se pierde uno, es capaz de no comer por enterarse de las noticias locales y nacionales; lo demás, no le interesa.

—¡Qué me importan a mí Siria y Mozambique! —protesta con energía.

También revisa el periódico, sin lentes. No sé cómo puede ver las letras más pequeñas. En cambio,

no ve más allá de sus propios pies. Cuando la acompaño a cobrar su jubilación es algo distraído para mí, aunque también temo que alguien me reconozca; por lo general, no salgo del perímetro de la casona, ¿a dónde voy a ir? Solo trato con la señora y uno de sus hijos, el que nos trae las provisiones. Nos vamos en taxi, primero a un lugar de donde hay que sacar una papeleta, para lo cual se debe tener una fotocopia de la cédula de identidad. Y lo que más me extraña es que tenemos que ir al otro extremo de la ciudad para cobrar el dinero, al Banco Alianza, donde una multitud de personas de la tercera edad nos espera. Unos, bienolientes; otros que apestan, los ojos cubiertos de legañas, el pelo grasiento; los hay en sillas de rueda, van con sus hijos o familiares. Mi señora viene con su empleada: yo, la que temprano le prepara su batido de achojcha, manzana y avena, y no olvida sus tabletas, la que la ducha, le cepilla sus dientes postizos y no descansa hasta ponerle en la noche el pijama que más le gusta, el de cuadros rojo y negro, para luego recitar con ella la liturgia de las horas, tajarla bien y darle las buenas noches. Sí, yo la acompaño, su empleada. La que cocina, limpia y da esplendor a la casa entera, y se da tiempo para jugar a las cartas con ella o llevarla una vez a la semana a tomar café con cuñapé a la Pascana, donde mi patrona se explaya hablando de su pasado glorioso. Una verdadera heroína, ha trabajado de voluntaria en muchas organizaciones. Todos la quieren y le ofrecen casa donde vivir, la llaman Mamalinda.

—¡Justina!, ¿qué haces?

La voz de la señora se ha debilitado, pero me sigue llamando. Estará agotada, tiene que mirar su reloj y ver que sigo dentro de los límites de mi pausa. Ya iré al ratito. El otro día, cuando limpiaba detrás de un mueble, me topé con un sobre blanco tamaño carta. Estaba lleno de polvo. Primero me dije: El que encuentra algo, se convierte en propietario. Los escritos perdidos por ahí casi siempre tienen cosas buenas, ya sea una herencia, una declaratoria, o una carta de amor oculto. Había jurado en la Asamblea jamás apoderarme ni de una aguja en esta casa, lo prometido tiene que ser cumplido, ¿qué le diría al Pastor si metía el sobre a mi bolsillo? Sé que tendría explicaciones, soy una experta en encontrar argumentos que me dejan bien parada ante cualquier circunstancia, por eso me lo guardé.

La voz de la señora se ha debilitado, pero me sigue llamando. Estará agotada, tiene que mirar su reloj y ver que sigo dentro de los límites de mi pausa.

Tarde en la noche, supe de la carta que tiene que ver con la señora y, al parecer, está dirigida a la causante de la muerte de uno de sus hijos. Si mi patrona llegara a enterarse de que conozco su gran pesar, no le gustaría.

«..., pero ellos no llegaron a tiempo. Y tú, sin esperar a que él terminara de irse del todo, llamaste a la funeraria para que fueran a recoger el cadáver. No nos esperaste, no esperaste a mi madre.»

Ahora soy yo la que entiende por qué mi patrona está todo el tiempo en su dormitorio, solo baja los domingos cuando el almuerzo está servido para abrir las ventanas que dan al Este. Es como si hubiera mucha gente allí, una tertulia de las antiguas; todos sentados alrededor de una mesa larga, tendida con la más fina mantelería, vasos y copas de cristal, candeleros de plata. Objetos y personajes reflejados en los dos espejos inmensos venecianos a cada lado de la sala. Algunos rayos de sol caen sobre los bordes de las copas o de la platería, a veces también en los ojos de la señora o de los hermanos, y se encienden luces de entendimiento y de amor. Sé que están recordando al fallecido. Ahora entiendo por qué la señora tiene una flor seca en la repisa de su dormitorio, donde están la Virgen de Urkupiña, la de Cotoca y la de Copacabana. El escrito titula «Para llevarle una flor.» Una rosa, un crisantemo, un clavel, lo que sea para llevar a una tumba inexistente. La hermana quiere llevar una flor a la tumba de su hermano, y el hermano no es más que cenizas. No he terminado de leer el fajo de páginas amarillentas, me pregunto por dónde habrá vagabundado aquel sobre. Sé que no debería haber leído lo que no era para mí, pero me justifico pensando que por algo encontré esa carta: era para conocer mejor a la señora y comprenderla, tenerle paciencia.

Cae otra naranja, me siguen impresionando el desgarré, la trayectoria entre las hojas y el golpe mudo sobre el pasto. Bella combinación la del anaranjado con el verde y el azul del cielo. Me había olvidado que estoy en casa de la señora, a veces tengo lagunas mentales, lo sé. Pero cuando recuerdo, lo hago bien. Tuve que tomar el autobús desde Sucre, hacer un trecho por carretera, otro en tren. Una persona misericordiosa me facilitó la salida del lóbrego lugar donde vivía. Llegué a Cochabamba con mi bulto a cuestas, deshecha, dormí a la intemperie. Al día siguiente, en un puesto de periódicos me regalaron varias hojas de avisos clasificados. Así fue como encontré este trabajo. Nadie sabe dónde estoy, peor los enfermeros. Me río porque se han quedado con sus ganas de maniatarme, de pincharme con jeringas de cincuenta milímetros. Escapé de un mal sueño para entrar en este. Esclava del instante, un instante lejano o cercano, pero instante al final. Instante soñado. ¿Fui yo el verdugo del hijo de la señora? ¿La que, imperturbable, observó el colapso paulatino de sus órganos vitales, páncreas, hígado, riñones, cerebro y, finalmente, el corazón? ¿Fui yo el verdugo? ¿O soy Cabriola, mi verdadero nombre? Cabriola Guzmán, la que de adolescente se trepaba a los árboles más altos para admirar el monte cubierto de una suave capa de neblina, celajes del amanecer, tules rosáceos a merced del viento; la mujer que siempre hizo lo que le dio la gana porque es esclava del instante, la que desde niña sufría convulsiones en noches de luna llena, y tomaba tabletas rojas, verdes, blancas. A pesar de todo, esta noche dormiré bien. En la mañanita, lo primero que escucharé será el avión volando bajo y el aullido del perro. Correré al patio. ¡Qué potencia!, siempre me contagia la fuerza de los motores, la velocidad. Algún día volaré en su panza y veré desde arriba la calle, esta casa, el limonero, el naranjo y el cerezo. Jugaré con ellos dentro de mi cabeza; llevaré la calle a la punta del Tunari, trasladaré la casa a orillas del Río Grande; Sayo se convertirá en elefante, las palomas en helicópteros. Pero, ya que estaré dentro del avión, lo más divertido será jugar con los sentimientos de los pasajeros. Les haré creer que soy terrorista, ya me veo: saco mi arma de juguete y los amenazo, ellos se espantan. Boquiabiertos, la lengua afuera, sus ojos inyectados de sangre en contra de su voluntad, gritan, como yo he gritado tantas veces sobre el camastro de metal. Es que te asustas sin querer, así se defiende el cuerpo; naces, creces, mueres, y tu infierno es el miedo a lo desconocido. Es parte de la condición humana. Pero yo no le tengo miedo a nada ni a nadie porque sé darle imagen a la realidad verdadera, vivo en el presente. Y hablando del presente, la señora se ha debido dormir de nuevo. Al rato le llevaré café con pastel de canela. Solo faltan cuarenta segundos para levantarme. Cómo calienta el solcito. Adentro está frío.

Escucho el rumor del tráfico del otro lado del parque, el toque-teo insistente del bastón en la planta alta, la voz ronca de mi patrona que llama sin cesar: Justinaaaa...

—¿Dónde encontró a la señora? —oigo decir a una mujer de bata y reloj blancos.

—Estaba desvanecida al pie de las escaleras, con un chichón del tamaño de una naranja en su frente —respondo.

—¿Estaba ella sola?

—No, yo vivo aquí —tengo que ser escueta, palabras precisas, en el detalle se esconde el diablo.

—¿No tiene hijos, parientes, la señora? ¿Qué hace una extraña viviendo con ella?

—No soy gente extraña, sépalo usted. Llevo trabajando ocho meses con Mamalinda. Me conocen ella y sus doce hijos, tengo las mejores referencias.

¿Estoy en el pasto, en el río? Sombras blancas se desplazan de un lado al otro, se acerca una cara, sus ojos grandes, dos lunas negras, ocupan mi campo visual, me observan. El brillo de una aguja relampaguea en la oscuridad, se hunde en mi brazo inmovilizado. Quiero incorporarme, miro hacia la ventana, la luz de la calle, amarillenta, apenas ilumina una silla y la mesa de noche. ¿Dónde están mi crucifijo y mi libro azul?

Escucho el rumor del tráfico del otro lado del parque, el toqueteo insistente del bastón en la planta alta, la voz ronca de mi patrona que llama sin cesar: Justinaaaa... Toco mis sábanas. Están mojadas. Mi cuerpo impregnado de sudor. Miro de nuevo a la ventana, una pared alta es mi paisaje. ¿Dónde está el naranjo? Sus frutos deben de seguir cayendo, pesados, en la oscuridad del jardín. Revientan al tocar tierra. Las ratas corren a chupar el ácido líquido, el gato detrás de ellas, la luna detrás de todos... Sigue el toqueteo del bastón, la voz ronca de mi patrona que llama: Justinaaaa... Vuelvo a tocar mis sábanas, mi cuerpo sudoroso. ¿Y el naranjo? Sus frutos caen en la oscuridad del jardín, revientan al tocar tierra. Las ratas corren, el gato detrás de ellas, la luna detrás de todos.

Algún día, otra persona misericordiosa me ayudará a salir de aquí.

© Teresa Constanza Rodríguez Roca

Teresa Constanza Rodríguez Roca. Nació en Santa Cruz de la Sierra - Bolivia. Es profesora de secundaria, español e inglés (Normal Superior Nacional Católica, Cochabamba - Bolivia). Diplomada en pintura y fotografía (Escuela Nacional de Bellas Artes Sydney - Australia). Formó parte del taller literario dirigido por Félix Della Paolera (Buenos Aires - Argentina), del taller de cuento contemporáneo impartido por Guillermo Samperio (Ciudad de México - México). Cursó los tres ciclos de la teoría y práctica de la escritura del cuento (Escuela de Escritores, Madrid - España). Ha vivido en Alemania, Los Emiratos Árabes, Australia, Zimbabwe, Nigeria, Argentina, Venezuela y México, donde enseñó inglés, alemán y/o español en diferentes colegios y universidades; entre ellos, en el Colegio Seminario San Ignacio de Velasco y el Colegio Alemán Santa María (Bolivia); así como en el Fairfield High School (Sydney - Australia) y en la Universidad Karl Ruprecht (Heidelberg - Alemania). Sus relatos han aparecido en revistas de cuento y suplementos literarios de Bolivia, Perú, Chile, México, Alemania y Australia. Forma parte de la *Antología de Cuentos de la Asociación Mundial de Escritores*, PEN Internacional, de la *Antología de Narrativa y poesía Concilio de sentidos* (México), y de *Estandarte*, revista digital (España). Tiene cuentos en las últimas antologías publicadas en Bolivia: *Antología del Cuento Boliviano de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia* (2016), *Antología de Cuentos extraordinarios de Bolivia* (2017), *Antología Iberoamericana de microcuento* (2017), *Antología de cuentos eróticos* (2017), *Antología de cuentos de misterio* (2017). Está incluida en la revista de ficción breve peruana *Plesiosaurio* (2017). Con el minicuento "Isoglosa" figura entre los seis ganadores en el Concurso Nacional de Guiones "Cuéntanos un corto" (2017), cuentos que serán llevados a la pantalla grande. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela (2004), y fue finalista en el Concurso Nacional de Cuento Adela Zamudio (2013). Es autora de dos libros de cuento y minificción: *Función privada y otros cuentos* (Ciudad de México), y *Noche de fragancias*, relato breve y minificción (La Paz-Bolivia). Desde 1999, pertenece a la Asociación Internacional de Poetas, Escritores y Narradores (PEN Cochabamba).

DOS RELATOS

por Tomás Sánchez Hidalgo

CASINO ALTERNATIVO

Doy vueltas por un casino: digna, a mi parecer, de mención, la total ausencia de entropía de esta sala, un valor absoluto. En este ala del establecimiento, dedicada a los recién implantados juegos de carácter más outsider, se juega a casi todo, y se cruzan apuestas en torno a las actividades más insólitas: carreras de kamikazes, ruleta rusa (huelga explicar ambas aquí y ahora), airbagging, que consiste en robar un auto provisto de dicho dispositivo y empotrarlo contra un árbol, señal de tráfico, semáforo, farola o similar, y se trata de salir indemne tras el siniestro, gracias precisamente al airbag, esta actividad en concreto se ha ido sofisticando con el inexorable paso del tiempo, severo juez, desde su invención hace casi dos décadas, y, en la actualidad, lo que se dirime en cada apuesta son cuestiones como el número de impactos frontales en una sola sesión, si habrá o no récord nuevo, o bien, llegados al nivel máximo de perversión del sistema, a confrontaciones a ver quién se cobra mayor número de piezas, ya sean individuales uno contra uno o incluso colectivas, en una circunscripción y franja horaria concretas, puenting urbano, que admite variantes del tipo tirolinas o parapente urbano, séptimo sello, se trata de siete partidas rápidas de ajedrez entre dos contendientes, el perdedor en cada una de esas partidas debe beberse uno de los siete cócteles preparados para la ocasión, así hasta que se terminan todos uno de los combinados acostumbra a tener funestas consecuencias, o jugar a los calambres, práctica que se importó de México, donde es relativamente famosa, yo recuerdo haberla presenciado antes en el D. F., en la Plaza Garibaldi, en pleno centro, lejos de todo, aunque la realidad siempre termina colándose, acostumbra el agua a buscar su cauce natural, consiste en agarrar con las dos manos no sé qué cables o piezas de una batería, usualmente de automóvil, aguantando la descarga eléctrica unos segundos, sin funda ni guantes ni protección de ningún tipo, ahí está la gracia, entre un largo etcétera, que incluye peleas de salamandras alfa modificadas genéticamente, y una suerte de lotería persa, con la que, mediante sorteo aleatorio y cada equis tiempo, factores impredecibles, te puede tocar ser, qué sé yo, Pío Moa, detective, buzo, jacobino, ilustrado, matemático, intocable, cursi, verdugo, cavernícola, segurata, escritor, usurero, tramoyista, italoamericano, jugador de cricket, procurador en Cortes, trapequista, bosquimano, explorador, paparazzi, contable, músico, rododafne, cabrón, marmolista, brasileño, princesa de España, nihilista o fakir, por sólo citar unos ejemplos, si bien la lotería en sí no acaba ahí, ya que no existe periodicidad determinada del sorteo, por lo que también se sortea la periodicidad del mismo, no sólo eso, también se sortea si habrá o no sorteo de periodicidad, qué paranoia, ¿no?, laberíntico proceder; por lo que me contaron, la serie de sorteos continúa sin límite, se llega incluso a sortear si habría posibilidad de que posteriormente hubiese un sorteo en el que se sortease la probabilidad de que hubiese un sorteo en el que con posterioridad bla, bla, bla, con lo que, en la práctica, la probabilidad de que seas susceptible de ser asignado a un nuevo destino vital se acerca ¿peligrosamente? a epsilon, esto es, que desaparece la aleatoriedad, estableciéndose en su lugar un determinismo, una inquietante similitud entre prólogo y fin, bumerán de oportunidades, y entre éstos y el desarrollo que los une, por lo que se suprimen los sorteos a partir de los tres primeros, aquí citados.

Me pregunto yo ahora, con esta adicción de sorteos, ¿hemos ganado o perdido libertad de elegir?, ¿no es paradójico que, aumentando posibilidades de elegir, entendiendo por tal el número de veces en que hay sorteo, estemos realmente suprimiendo nuestro porcentaje de probabilidades de elección? Esto no es un día de mi vida, es el relato de un día de mi vida, o más bien de una parte de él, diríamos que inconclusa, a destellos irregulares, vivida no en fase REM: adiós a los convencionalismos, a las ataduras formales, de estilo.

* * *

CRÓNICA DE UNA GUERRA DE AUDIENCIAS

La mañana del día en que iba a ser asesinado Santiago Nasar, yo me encontraba —por aquello del cambio horario— amenizando la sobremesa de los comensales en la terraza del Bar Restaurante Las manos de Eduvigis, en Hornachos, Badajoz, subido en lo alto de la barra cantando La cabra. Quiero pensar que moviéndome al compás de la estrofa y al gusto de la mayoría. Con medias blancas del Madrid —que compré en la tienda oficial de La Esquina del Bernabéu— y un pantalón del chándal de la Legión por toda indumentaria, luciendo bíceps y tableta de chocolate. Sujetaba un zapato marrón de rejillas con borlas entre las manos, tiritando levemente, dispuesto a guardar por siempre un gran secreto. El local se encontraba casi lleno: eran las fiestas patronales del pueblo. No le van mal las cosas a Remigio, pensé: había montado el bar con la indemnización de la naviera, cuando el primer ERE. Aparecieron dos de Tele Extremadura. Estaban recogiendo todo el equipo en su furgoneta, casi al lado. Probablemente habrían estado grabando imágenes de la principal fábrica de Lumber-ton, la citada naviera, tras su recién acordado cierre. Un sol átono, plano, mediocre, como de hojalata oxidada, presidiendo la escena, al tiempo que un grupo de unos ocho o nueve, procedentes del Hogar del Mayor, se paró frente al espectacular logotipo de neón del recién abierto hipermercado dos manzanas más abajo. Se cruzaron entonces con un grupo de fieles de camino a la iglesia. Acto seguido, aparecieron los de la plataforma Subvención estatal de la naviera, ¡Ya!, pegando sus carteles en la pared, entre los de diversas formaciones políticas en precampaña.

Tras buscar en uno de los bolsillos del pantalón, me encendí un Celtas sin filtro, sacando el mechero del zapato, donde también las piedras. Vaya, ¿se han terminado todas?, pensé, algo aturdido, esta vez en voz alta, mientras alguien al fondo del comedor me tranquilizaba copa balón en mano, asegurándome por gestos de lo contrario.

Salió entonces del bar un grupo bastante voluminoso de cuadrilla de banderilleros, perro y un par de agentes de la benemérita. Los acompañaba el tonto del pueblo, que fue a recostarse, testigo de excepción, sobre el coche patrulla: Todo por la patria. Los de verde me instaron tricornio en mano a bajar al suelo —mentando, algo acalorados, reiteradamente al Santísimo tras el tercer intento en vano—, al tiempo que insistían en colocarme el par restante en el pie izquierdo. Afeándome, por lo demás, en todo momento la conducta. Un tercero, que permanecía allí desde el principio, seguía haciendo impasible al sol y sombra al fondo del comedor. Ya iba por la tercera copa balón. Estaba atendiendo al tiempo a unas clientas, donde antes otros, del mismo instituto.

Tras buscar en uno de los bolsillos del pantalón, me encendí un Celtas sin filtro, sacando el mechero del zapato, donde también las piedras.

Desde el improvisado escenario yo tenía a lo largo de mi actuación unas vistas panorámicas más que envidiables, con todo: a las doce, el canalillo de Sara, la hija de la carnicera; a la una, más bien una y media, los muslos de Mónica, una de mis ex; a las dos el cerrado pero generoso y ceñido escote de la hija de los Rodríguez-Camarasa y Gayarre, luciendo ostentoso calzado —había de conocerlo el cielo y en menor medida el suelo—; a las cuatro, las espaldas al descubierto de las célebres gemelas Olsen, escritoras —lesbianas, de misa y comunión diarias y anchas de espaldas—, vestidas de color celeste, quienes se estaban diciendo algo al oído y parecían sonreírme por instantes, alternándose en el modo; a las seis, esto es, virando por completo el sentido de la marcha, a una prima lejana mía, quien se sacó una teta para amamantar a la pequeña de la casa —mientras su marido, tras terminarse un café con leche en vaso de cristal, pedía un Cardhu con hielo, que le sirvieron en el mismo vaso—; a las siete, un grupo de solteronas de bastante buen ver, con todo —otras sí merecían ser de la partida: a la una y a las tres—; a las ocho los zapatos de tacón de aguja de Rosi, como apuntándome, desafiantes: algo así como pretendiendo mantener una distancia a la par que acalorar el ánimo, encenderlo: buscando frontalmente un enemigo a las puertas, allanándole el camino, ¿se trataba de un mensaje subliminal, o declarada autoría de algo que se me escapaba a entender, o en otros derroteros la cosa no iba por ahí y la rubricante no llegaba a tanto en la pretensión?; a las diez un grupo de chicas supongo que en edad de ir al instituto, tras despedirse del de la copa balón, cediendo a su vez el paso también a unos conocidos de clase; dos de ellas escribiendo mensajes con sus Blackberries, no, perdón, tres, algo ensimismadas: iban lentamente, gota a gota: los textos a priori parecían extensos, prolijos en detalles y explicaciones de toda intención y norma, tampoco es que se parasen en el

sentido estricto de la palabra, pero caminaban sin ningún tipo de prisa ni aceleración a la vista, ahora en lateral desde mi punto de vista, también en discontinuo y en varias veces, convencimiento y tramo a recorrer para más tarde: más bien deambulaban sin mirar por dónde iban, escoradas en su campo de batalla: se detuvieron recostándose algo en oblicuo contra unas farolas hasta que completaron el virtual envío y quedaron indiferentes. Vaya, apuntando maneras: tenemos cantera.

El grupo de jubilados seguía admirando el rótulo en el frontal del hipermercado. Unos pocos se habían colocado algo más alejados de la entrada, a fin de mejorar la perspectiva. El conjunto había ido a más y ya contaba con una docena de miembros. Ya estaban acabando los de la plataforma con sus carteles. Paró en esos momentos frente a ellos el coche oficial del obispado. Alguno que otro de los allí presentes echándose la mano a la cartera.

No estaba seguro de haberlo pensado en voz alta, lo de las chicas del grupo de las Blackberries quiero decir, pero debía de haber sido así: se dio por aludido el padre de una de ellas, después otro, otro, otro: probable resplandor en las vísceras, que fue aquí y allá a más a más, hasta un punto teórico de no retorno, con la esposa de alguno de ellos tratando de mediar, imponiendo cordura: en todo caso mero truco, trampantojo, tornasol, pues, segundos más tarde, la luz pretendía diluirse del gángster que todos llevamos dentro, hasta el decrescendo final.

Parecía —por fin— que iba a ganar de calle la guerra mediática de las fiestas de este año. Yo era el centro de atención, totalmente, qué duda cabía. Fue así hasta que poco después cada vez más gente trataba de hacer entrar en razón a alguien tendido en el suelo, sin saber qué estaba pasando o por pasar y de quien tan sólo sobresalían las piernas, quedando el resto tapado por una mesa cercana a la nuestra —¿será que además estaba buscando una perspectiva visual mejor que la mía?—; por unos segundos algunos se temieron lo peor, pero un camarero junto a él hizo señas de lo contrario; el tendido se mostró reacio, al menos en un principio.

El camarero se dirigió a él:

—Oiga, ¿qué hace Vd. ahí?

Nada se escuchó, durante unos pocos segundos.

—Adiós.

—Pero...

—¿Qué?

—Esto...

—...

—¿Oiga?

—...

Tengamos paciencia pues.

—¿Oiga?

—Dígame.

—Oiga.

—¿Sí?

—Oiga, que no puede estar Vd. ahí.

—¿Por qué no?

—Pues... porque no.

—No me parece una razón muy convincente, la verdad.

—Y... ¿qué hace ahí?

—Déjenme en paz, se lo ruego.

—Pero, ¿qué es lo que está haciendo ahí?

—Nada.

—¿Entonces?

—Entonces, nada.

—¡Levántese!

El aludido dudó, musitó desde el suelo algo que no oigo bien, luego respuesta: sólo un monosílabo.

—No.

—¡Venga ya!

—No.

—¡Venga!

—No cuenten con ello.

Esto tenía toda la pinta de ir para largo.

—¡Que se levante!

Insistían, prácticamente a coro entre casi todos. La masa comenzaba a ignorarme.

—Que no, que no.

Ya se cruzaban apuestas sobre las posibilidades de éxito de la solicitud en grupo: aquí, el que no corre, vuela. También al respecto de cuál de nosotros dos vencería la guerra de audiencias. El hijo pequeño de Remigio tomó nota y se puso a apuntar los nombres de los depositantes, en apuestas entre particulares o contra la casa. Vi empezar a circular el dinero.

—¡Levántese!

—No.

—¡Fuera de ahí!

—...

El tema de las apuestas iba prosperando, y lo cierto es que se iba ampliando la profundidad de campo visual, y se podría incluso segregar por ubicaciones y composición de los grupos, pero volvamos al primer plano. Ya no reparaba nadie en mí: me habían dejado, a estas alturas de los acontecimientos, abandonado a mi suerte.

—¡Levántese inmediatamente!

—No, una y mil veces no.

—¿Será posible... el insensato este?

—...

—¡Que salga, vamos, salga ahora mismo!

—Esto... pues... no.

—...

—¿Qué?, ¿ya se han cansado?

Vuelta a las andadas.

—No. ¿Se puede saber qué demonios hace ahí tirado?, ¿qué es lo que pretende?, ¡venga, levántese ya de una vez!

—Preferiría no hacerlo.

—¡Compórtese!

—Ni lo sueñen.

—¿Ya?

—Créanme, es vana insistencia.

Esto era un viaje a ninguna parte.

—Pero... ¿qué podemos hacer?

—...

—¡Compórtese, hombre!

—Au revoir, les enfants.

Decidí contraatacar y virar hacia mí el centro de gravedad en lo referente a la atención del grupo: el sólo cantar no volvía a dar de sí lo esperado, por lo que me vi viviendo décimas después como un punk, como los Sex Pistols: una vida tóxica y rápida. Esto es, conduciendo al vent mi serpiente: dejando mi gran huella desde el estrado al auditorio en singular parábola de pendulante eje de partida, riego por aspersión: lluvia dorada. Quisiera llegaros gota a gota a todos.

Por fin le dieron la espalda: ahora todos me increpaban a mí.

Mas el nuevo status quo no duró por mucho tiempo: el señor párroco entró entonces en escena: el único de los de a pie que no se apartó —tal que fuese el maná, a pesar de que era sábado—, guardándose al tiempo con disimulo en uno de sus bolsillos unos chuches y unos preservativos: pretendidos golpes en el pecho, dirigiéndose burlonamente a él:

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...

Las inevitablemente sonoras carcajadas se debieron de escuchar en Toledo, pero de Ohio: atronador eco en comandita, amplificador instantáneo, reacción en cadena: a partir de esto algo de sentido común, o lo mismo sólo fue vergüenza ajena, vaya Vd. a saber, averigüe, eso no se sabe nunca: pareció haber transmitido siquiera de manera meridiana, eso se deduce, a nuestro hasta ahora evasivo personaje, todavía yacente, horizontal, quien viró su parecer:

—Vale, pero, entonces... tráiganme la maleta.

Vuelta a los interlocutores originales.

—¿La maleta?, ¿qué maleta?, ¿de qué está Vd. hablando? —el camarero.

—De mi maleta —el tendido.

—Ah, claro, claro, ya, su maleta... y... esto...

—¿Sí?

No saben por dónde continuar, o eso parece.

—Esto...

—¿A dónde vamos?

Lo dicho antes.

—¿Quiere que se la traigamos, entonces?

—Sí, eso es.

Silencio, tensa espera.

—...

—Tráiganme la maleta. He fundado una ONG. He estado recolectando fondos. De hecho, sigo en ello: cuento con Vds. Y con los de la tele. Me voy... a Bangladesh.

—¿A Benidorm?

—No, no, a Bangladesh, a Bangladesh.

—¿A Bangladesh?

—Sí. Y en Business, además.

—¿Está seguro?

—É cosa certa.

A metro y medio de la mesa se encontraba sentado en una butaca Tomás Sánchez Martínez, tío y tocayo del escritor Sánchez Hidalgo; aquél se giró hacia mí, ¿lo hicieron los demás al mismo tiempo?, mirando a un lado y a otro no me pareció verlo, me temo. Se giró en su butaca, digo, costosamente, y al encontrar mis doce en punto pareció esperar mi opinión, mi personal interpretación de esta arrealidad, anómala sin consecuencias, mas nada añadí, dejé la situación tal y como estaba: fotogramas que iban por libre.

Uno de los del grupo del Hogar del Mayor se sacó el móvil y se puso a hacer fotos del hiper. Del neón, más bien. Ahora querían salir los demás, incluso aquellos que se habían alejado del punto inicial, pero no cabían todos tan de cerca y asegurándose la presencia total del rótulo: decidieron ir por turnos. El coche del obispado prosiguió entonces su marcha.

Sánchez Martínez quedó probablemente ante todo lo expuesto antes como involuntario testigo de excepción: el azar lo situó próximo al centro del escenario por unos instantes: lapso de tiempo durante el que estuvo escribiendo en un bloc; sexagenario, considerable, sólido, cetrino en traje de alpaca, cepillos como cejas: mostrando algo de impaciencia por la tardanza, disidente a su manera de la unilateralidad global; gesticulación constante en contraste con su dificultad de movimientos, circunspecto, mirada algo risueña, ojos como platos.

Extrañado, ante lo que estaba observando, primero, comprensivo después, finalmente indiferente:

—Mi traje está triste —es todo lo que acertó a sentenciar.

Uno de los del grupo del Hogar del Mayor se sacó el móvil y se puso a hacer fotos del hiper. Del neón, más bien.

Llamó a su sobrino y le insistió en que tomase notas para un próximo relato, O se te adelantarán las gemelas. Tranquilo: no van a llevarse el certamen de este año: te lo digo yo; punto y aparte, yo estaba minutos más tarde frente al gran espejo en la pared del salón principal. Tras negociar con los de la tele, grité reiteradamente en confesión que El niño es mío no tan sólo a la novia del banquete de la terraza de enfrente, en el enésimo local abierto por unos chinos aquí en los últimos años.

Lo hice, sí, grité: con timidez al principio, algo más crecido y altavoz en mano desde la ventana de la planta de arriba tras nuevo contraataque mediático sobre la marcha del yacente, después.

Ya frente al espejo: también en esa planta de arriba, sin marco ni moldura, ligeramente empañado por el vaho, y sentándome delante de él, frente al mismo, empañándolo aún más, aunque no en exceso. Eché mano de lo primero que se me ocurrió, sin mayor estructura ni intención; de inmediato las ideas surgieron a borbotones y me puse a escribir algo con ciertas similitudes a unas memorias alternando también sin un criterio claro ambos dedos índices, a la altura de los ojos, en un mismo plano horizontal.

Cosas que me gustaría hacer el último día de mi vida, no necesariamente por este orden: pintar un autorretrato, construir una casa, plantar un árbol, aprender a soplar vidrio, y, por supuesto, tener una vaca, o muchas, muchísimas: una vaca infinita. El espejo no se acababa nunca, no tenía límites, o, si los tenía, volvía a generar de nuevo espacio para la escritura cuando parecía haber terminado, así que mientras veía que empezaba a llover en el exterior seguí redactando en giro de guión En la calle Londres, esquina con Allende, vivieron la mariposa y el elefante. Los de las terrazas fueron pasando al interior de ambos locales, a diferencia del grupo de jubilados, impertérritos en la admiración del

recién encendido neón: ahora veía más móviles haciendo fotos. Toda la cartelería frente a ellos empezaba a deshacerse.

Al tiempo que estaba redactando, cosa que hice brevemente, estuve hablando con mi reflejo en el espejo: éste devolvía también la imagen del par de tipos, de hecho gemelos, que se dirigían a mí de chaqué exigiendo su dinero puñal en mano, horas después de comprar mi silencio, y, algo más al fondo, a tres guardias civiles apuntando a éstos ordenándoles que se detuviesen —uno de ellos copa en mano—, al trote en paralelo y en continuo con la reportera y el cámara de la televisión local; me giré y entonces ellos.

© **Tomás Sánchez Hidalgo**

Tomás Sánchez Hidalgo. Economista y MBA por el Instituto de Empresa; tb. Máster en Escritura Creativa por el Hotel Kafka y Certificate in Arts Administration por la New York University. He publicado en revistas de EEUU, Canadá, Argentina, Chile, Venezuela, Alemania, Gran Bretaña, España, Irlanda, Portugal, Sudáfrica, Nigeria, Botswana, India y Australia.

MICROFICCIONES ¹

por Lorena Díaz Meza

POR NECESIDAD DE LA EMPRESA

Pasó la lengua, una vez más, por encima de la línea roja que se formaba desde el pecho hasta el vientre, y comprobó que hasta en eso le habían mentido: su jefe no tenía la sangre tan fría.

* * *

AMOR

Le gusta estar con ella aunque no le hable ni lo mire, aunque se haya vuelto fría y le sea indiferente si toman el té en la cocina, el comedor o el jardín. Basta su presencia para sentirse acompañado, no por nada ya cuenta cincuenta años de matrimonio.

El único problema es el deterioro que viene con el tiempo. Ese que le arrebató las fuerzas que se necesitan para acarrearla por la casa, que han permitido que aparezcan gusanos blancos entre el film y la piel de su esposa, que ha dejado salir el olor a podredumbre que irremediablemente alertará a los vecinos, ese deterioro que la tiene hace días botando un líquido vistoso que va dejando huellas por toda la casa.

* * *

MIEDOS I

Cuando lo enterramos vi sus manos asomarse entre la tierra húmeda. Era como si nos pidiera ayuda, como si se negara a quedarse ahí, donde mamá había decidido que era lo mejor para él. Ella insiste en que estaba muerto, que los golpes fueron suficientes y que con eso nos dejaría de molestar para siempre, que yo no tuviera más miedo. Pero a veces, cuando camino por el sitio, creo sentir que esa mano olvidada florecerá, saldrá de la tierra, descompuesta y furiosa, me tomará de un pie y querrá subir a través de mí, como si en el infierno también existiera la primavera.

* * *

MIEDOS II

A veces sueña que la mano de la abuela sale de debajo de la cama y se mete entre las mantas para pellizcarla, como cuando hacía algo malo. Entonces despierta asustada, enciende la luz, saca la caja que tiene escondida entre los zapatos que ya no usa y revisa que la mano aún esté ahí. Recuerda que la abuela siempre le decía que, cuando necesitara algo, ella le daría una mano. Cuando se repartieron a la abuela todos sabían qué parte le correspondería a ella. Entonces, se duerme tranquila, sabe que la cabeza está en la pieza del fondo.

* * *

¹ Del libro *Sangre en el Ojo*. Ediciones Sherezade, 2017.

DONANTE

Nadie me dijo que la sangre que donara tenía que ser mía. Cuando me retiré con los dos bidones, se quedaron mirándome sin siquiera despedirse. Se deben haber arrepentido, los malagradecidos.

© Lorena Díaz Meza

Lorena Díaz Meza (1985) nació en Santiago de Chile. Licenciada en Letras, gestora cultural y monitorea de talleres literarios. Ha publicado *Existe* (cuentos), *Bajo llave* (Cuento), *Príncipe busca princesa* (microficción) y *Sangre en el ojo*, ha participado en numerosas antologías como *¡Basta! cien mujeres contra la violencia de género* y los libros álbum del taller Ergo Sum. Perteneció al colectivo "Señoritas Imposibles: Escritoras de narrativa negra". Ha ganado la Beca de la creación del FONDART los años 2011 y 2013 y la beca a la publicación el año 2016. Ha realizado talleres en la Municipalidad de Maipú, Gendarmería de Chile, colegios y para el CNCA en distintos colegios de la Región Metropolitana. Actualmente realiza talleres literarios y es Directora de Ediciones Sherezade.

EN EL FONDO DEL HOMBRE

por Juanma Bahamonde

*A mi hermano Miguel, por enseñarme a lidiar
en un mundo difícil y a la vez fascinante*

La lluvia arribó entre rumores de réquiem y avemarías. Cien días rogando al cielo para que aliviase la escasez y el cielo descargó toda su furia. La inundación fue un acontecimiento en la comarca. Sorprendió a familias enteras en la rambla del Galte. Manuel Gálvez vagaba con la mirada perdida en las gotas que martilleaban su camión de frutas y hortalizas. Contemplaba impávido desde el puente del Romeral el río marrón donde seres humanos intentaban torpemente escapar de su destino trágico. Los habitantes del pueblo miraban incrédulos al cielo poblado de nubes grisáceas. No entendían sus mentes que el cielo se tomase a broma sus ruegos y lamentos. Entonces, Manuel Gálvez sacó de su bolsillo la medalla de la virgen del Rosario que le había regalado su esposa, la besó y empezó a llorar con la misma rabia con que el cielo había descargado su condena sobre la comarca. La imagen de Manuel saliendo de su camión y dejando que éste cayese al río atravesaba su mente sin cesar. Ahora, sentado en un bar de carretera frente al segundo café con leche que le sirve alguien que no hace preguntas miró por última vez la fotografía de su esposa. Su característico hoyuelo en la barbilla, su naricita respingona, sus ojos color almendra y su sonrisa desafiante. La guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Quería que fuera pegada a su corazón. Quería ser consciente de que jamás volvería a verla. Sabía que cuando arribó la inundación al pueblo algo en su interior le marcó el camino: fingirse desaparición; huir lejos. Dejar atrás miedos, celos y rencores. La culpa no, pues ella nos acompaña allá donde vayamos como si fuera un apéndice más de nuestro cuerpo. Pero ante todo hay veces, pensó Manuel, que el final del camino está escrito en el fondo del hombre y no hay posibilidad de escapar de él.

© Juanma Bahamonde

Juanma Bahamonde. Murcia (España), 1989. Graduado en Derecho y Máster en Abogacía por la Universidad de Murcia. Ganador del Certamen *CreArte*, categoría literatura (relato), organizado por el Ayuntamiento de Molina de Segura. Finalista del I Certamen de "Relato Corto" de la editorial *GrupMTM*. Seleccionado para formar parte de la antología del I Concurso de microrrelatos *Ojos Verdes Ediciones*. Mis relatos han sido publicados, entre otras, en la Revista "Almiar" (del colectivo Margen Cero) y en "La Marabunta" (México).

¿QUÉ COME?

por José Luis Díaz Marcos

INT. CONSULTA VETERINARIA. DÍA.

PDV (PUNTO DE VISTA) DENTRO DE UNA JAULA.

*EN PRIMER TÉRMINO,
VETERINARIO nos observa, curioso.*

*EN SEGUNDO TÉRMINO,
entra, poniéndose una bata blanca,*

AYUDANTE (Mujer)

Deberíamos empezar ya. Ahí fuera, los ejemplares de especies incompatibles empiezan a relamerse.

VETERINARIO

Mira mi nueva mascota...

AYUDANTE

¡Vaya...! Es el primero que veo vivito y coleando. (*Amistosa, acercando un dedo:*) ¿Qué come?

PDV ataca.

AYUDANTE

¡¡Eh!!

VETERINARIO

¿Contesta eso a tu pregunta? Es muy agresivo. Nunca te fíes de uno de su especie.

AYUDANTE

Eso me dice mi madre de los hombres. ¿Qué vas a hacer con él?

VETERINARIO

Llévrmelo a casa. Antes de que *alguien* pierda un dedo.

AYUDANTE

O antes de que *alguien* acabe disecado y expuesto en el museo de ciencias naturales.

VETERINARIO

Lo dudo. Aunque quisieras, no podrías con él.

AYUDANTE

Eso pensaba el último que intentó hincarme el diente.

VETERINARIO

Empiezo en la otra sala. Ahora te llamo. *(Sale)*.

Ayudante introduce un bolígrafo entre los barrotes de la jaula. PDV ataca.

AYUDANTE

¡Qué carácter! Un domador es lo que tú necesitas, bichejo... *(Se sienta a la mesa, de espaldas a la jaula)*.

PDV gruñe.

AYUDANTE

(Ojeando papeles:) ¡No te gusta que te ignoren, eh...!

PDV golpea los barrotes. Se abre la puerta de la jaula. PDV salta al suelo y deambula, errático.

AYUDANTE

Qué calladito te has quedado.... Seguro que no tramas nada bueno.

PDV repara en las piernas de Ayudante y se acerca. Bolígrafo cae al suelo. Desciende la mano de Ayudante y tatea.

AYUDANTE

A ver dónde...

PDV se dirige hacia la mano. Ésta encuentra el bolígrafo y asciende antes de ser alcanzada. PDV se acerca a las piernas y las olfatea.

Ayudante concentrada en los papeles. Grita y cae de la silla. Se sujeta la pierna mordida. PDV la acosa. Ayudante se arrastra hasta la pared.

VETERINARIO

(Entrando:) ¡Qué ha sido... ¡Tranquila, no te muevas! *(Coge perchero de pie y lo esgrime a modo de lanza)*. ¡Atrás! ¡Atrás!

PDV recula acosado por Veterinario. Ayudante llora y se queja. Veterinario se dispone a golpear. Ayudante aparta la mirada y OÍMOS impactos.

VETERINARIO

¿Cómo te encuentras?

Ayudante no puede responder.

VETERINARIO

(Ayudándole a incorporarse:) ¡Vamos, tiene que verte un médico!

Salen. OÍMOS

VOCES (OFF)

¿Qué ha ocurrido?

¡Está sangrando!

¡El mío no ha sido!

En el suelo, con la cabeza destrozada, queda...

...un oso de peluche.

© José Luis Díaz Marcos

MICROFICCIONES

por Rolando Revagliatti

EN LA MIRA

Linda mina, lindo tipo de hombre, se sienten cómodos en sus cuerpos flacos, debajo de sus abundantes cabelleras, encima de sus principescos pies.

Señor gordo, calvo, con juanetes, desencantado y empuñando una Magnum 44. Apunta (no sin fastidio).

* * *

PACTO

Alguien-Que-Mereciera-Llamarse-Lulú conoció, sin procurarlo, a La-Muerte-Que-Te-Alcanza, en un crepúsculo del mil setecientos. Importa consignar que, esencialmente, a la primera le disgustó la segunda, mientras que la segunda simpatizó con la primera. Por completo de acuerdo, se arrancaron los ojos.

* * *

NIMBO

Era enorme y bueno. Trabajaba y residía en un taller mecánico. Entre sus pertenencias figuraban un colchoncito con cotín engrasado como él y unas frazadas asquerosas. Dos gatos dormían a su lado. Cocinaba huevos y sopa y se calentaba mate cocido con una garrafa. A los chicos del barrio les producía curiosidad. Un día, ese hombre que se trasladaba bamboleándose, que sonreía y silbaba, que apretaba con los dientes un toscano, ese hombre de paz, muerto, apareció nimbado, semi-empotrado en un pilar, inapacible, limpio, con alígero nimbo de barniz selenit.

© Rolando Revagliatti

Rolando Revagliatti nació el 14 de abril de 1945 en Buenos Aires, ciudad en la que reside, República Argentina. Publicó en soporte papel un volumen que reúne su dramaturgia, dos con cuentos y relatos y quince poemarios, además de otros cuatro sólo en soporte digital. Todos sus libros cuentan con ediciones electrónicas disponibles en <http://www.revagliatti.com>. Ha sido incluido, entre otras, en las siguientes antologías: *Dramaturgia Latinoamericana: Argentina* (en República Dominicana, 2008); *Minificcionistas de 'El Cuento' Revista de Imaginación* (en México, 2014); *Poesía Argentina Año 2000* (Tomo 1, selección de Marcela Croce, 1999), *MeloPoeFant Internacional* (bilingüe castellano-alemán, coedición en Perú y Alemania, 2004), *Pequeña Antología de la Poesía Argentina* (selección de Jorge Santiago Perednik, 2004), *El Verso Toma la Palabra* (México, 2010), *Italiani D'Altrove* (bilingüe castellano-italiano, Italia, 2010), *El Cine y la Poesía Argentina* (selección de Héctor Freire, 2011), etc. Sus producciones en video se hallan en <http://www.youtube.com/rolandorevagliatti> y en <https://vimeo.com/user19828367/videos>.

RELATOS

por Carlos Caro

CONSCIENCIA, *SHIVA* Y *VIZNU*

¿Soy o me sueño en el alba infinita que me llena de angustia con su solo recuerdo?

Un cielorraso se materializa mediante mis ojos ciegos, tan ciegos que mi mente se aferra a ese portento.

El sonido entra y me hace sentir el olor a sol, el atronador susurro de hojas y los fuertes truenos de nubes tranquilas. Imagino los azahares y los frutos, las enredaderas y los mirtos que junto a los lirios y los jazmines crecen díscolos y sin control.

Oigo paires que pasan volando alto, chirridos de picaflones curiosos, arrullos de palomas en su nido, zambullidas del benteveo y el concierto de las calandrias. A ellos se une, desde mi memoria, un dorado canario que perdió su libertad por un poco de alpiste y canto.

Recorro los sembrados multicolores y la ceniza de la ciudad. Me elevo a la luz de las barrancas y los islotes y bailo al son de la campana con la boya del canal principal. Como yo, está encinta de lecho y solo escuchan mis ayes quienes descifran mis letras. Éstas son como aquel símbolo en la biblia vulgata que, una vez que se ha visto, no se vuelve a encontrar. Solo logra el hechizo si oídas por otro quiere llevarlas.

Liberada la India del Imperio Británico, se produjo la más grande mortandad en tiempos de paz. Se separó Pakistán y siendo seguidores de Alá, echaron a los más tolerantes hindúes. Con votos, decretos y decomisos, ordenaron a los musulmanes de la India abandonarla y ocupar las propiedades confiscadas. Se formaron dos columnas que viajaban en sentido contrario. Animales, vehículos y pies dejaban un derrotero de tierra cuya polvareda ahogaba y se confundía con las nubes. Esto incitaba a la violencia y los insultos, piedras y robos se extendían en una guerra sorda que escribió su propia crónica.

... Era el caso de la hindú Reza Levi. Estaba prometida, por intereses y amor, con Rajastán y la boda se realizaría en diez días, lo que la obligaba a viajar del lado contrario de las filas. El tío político Ahmed se comprometió a llevarla escondida en su carro. Eligió el de menor valor y le enjaezó el asno más viejo. Cuando los atacaron, el tío los puso en fuga con un mosquetón y ella se sintió *Shiva*, *La Destructor*, mas no aspiraba a ser otra que *Viznu*, *El Creador*, en su noche de bodas.

* * *

EQUINOCCIO

Drogado, el terror lo invadió cuando vio el rostro tatuado del sacerdote y el deformado del rey maya. Cuando el condenado casi moría, el sacerdote clavó el cuchillo de piedra y extrajo el exhausto corazón. La mano del rey se lo quitó y, reverencialmente, evitó que lo arrojara a la pira de las ofrendas. Asimismo, estaba desconcertado por la furia de la gente, y con el brazo firme le señaló el lejano templo del sol. En la cima de aquella pirámide hallaría la respuesta cuando en su cumbre, al mediodía, se posara el sol. Al enviado le cortó también la cabeza para que le obedeciera e hizo salir el cuerpo por el acceso secreto de la casa de ofrendas. Su destino estaba lejos y parecía girar.

Para calmar los ánimos de la multitud, el rey adornó la fachada con una nueva capa de yeso blanco que calcinó con los últimos restos de leña.

La turba estaba enfurecida y destrozaba a los sacrificados. Los más necesitados, con enojo y sin vergüenza, recurrían al canibalismo para sobrevivir. El cuerpo, sin cabeza ni corazón, corrió llevado

por el viento. Corrió más rápido que el mejor guerrero, más rápido que las aves y más rápido que su dios, la serpiente alada. Sus pies montaron la epopeya, se hicieron uno con los giros y deseó lo que ya no tenía para alcanzar su lejano destino.

La pirámide rendía su espera a la órbita anual del planeta como una cuna. En ella descubriría las respuestas a las preguntas del rey a cuyo paso todo era devastación. La muerte de lo vegetal había provocado un éxodo de la gente común, de los artesanos, de los comerciantes que los atendían y de los burócratas que sobraron.

La ciudad, intacta, se fue vaciando ante un rey perplejo. Solo veía a los más pobres y desesperados, mientras prosperaban los yeseros, quienes calcinaban el mineral.

Aún atesoraba en sus manos la cabeza y el corazón del enviado. Sintió la respuesta en el mismo momento que éste alcanzaba la cima de la pirámide del sol. No le había pedido más y le devolvió sus partes, enviándoselas entre los dientes y las garras de un yagareté. Al saberse completo, supo que el rey había abandonado la ciudad con el pecado ecológico de la quema de leña para la fabricación de yeso. Con solo irse él, los habitantes lo imitaron, pues no tenían razones para permanecer en tan inicuo lugar.

Así, los reyes mayas fueron desapareciendo y la nación murió.

Sin embargo, tras tres mil años, algunos han pagado su deuda, y el prisionero, rebosante de jungla, espera que el sol corone la pirámide en cada equinoccio

© **Carlos Caro**

Carlos Caro (1951), en realidad también Celestino Clemente —previsto hijo único y, por ello, portador de los nombres de sus extintos abuelos—. Nació y vive en la ciudad de Paraná, Argentina. Cursó con honores la carrera de Ingeniero Químico en la U.N.L. en la vecina ciudad de Santa Fe y hoy, ya jubilado, intenta mediante sus cuentos “transmitir” lo que, por su personalidad, nunca podría decir. Esgrime como antecedentes una ecléctica cultura general y el haber leído todo cuanto cayó en sus manos como “roedor” infatigable de librerías, desde los clásicos hasta los prospectos de los remedios a los que reconoce ya ilegibles por la falta de las dioptrías necesarias. Considera que esta fascinación por escribir nunca hubiera sido posible sin el estímulo y las críticas de profesionales: su esposa y la compañera de estudios de ésta. Todos se conocieron hace cuarenta años cuando ellas estudiaban el Profesorado Universitario de Lengua y Literatura. Algunos de sus cuentos han sido premiados y publicados en diferentes antologías y revistas digitales. Le gusta pensar que los escritos son la mejor herramienta de autorreflexión de que ha dispuesto y por ello agradece las diferentes miradas que los lectores le hagan llegar. Ha reunido su obra en doce antologías interrelacionadas en doce Blogs, en los formatos digitales más usados: EPUB y MOBI. Email: caroflia@yahoo.com.ar. Blog: <http://carloscaro12.blogspot.com.ar>.

EN LA ORILLA DE LAS COSAS

por Gisela Vanesa Mancuso

Arriba del único puesto de cemento, la tapa del tanque se levantaba por la fuerza del agua.

(las tapas son la fuerza que evita el goce del cuerpo lleno / de agua llena el agua de fuerza de puestos sin tapa / de memorias volcánicas que esparcen lava sobre el agua llena / el mar / el mar que Calabria lleva / los lleva al amor que los deja en Calabria / y el mar es la fuerza sin tapa / donde fluye el goce sin rediles de cuerpos vacíos / sin llenos de agua sin fuerza//).

Doménico lo contemplaba con los labios secos, como al mar de Calabria, que había arrollado olas iridiscentes, que rompían azules turquesa, sobre los pies descalzos desde la infancia.

(// la semilla de los colores / el cordón calabrés del labio seco / de la tierra como comezón perpetua / dame el turquesa / te doy el azul / dame el celeste / te doy el cielo / prenden los colores en el lodo de peón / prende el corazón en el centro de la orilla de todas las cosas //).

Yo miraba a Doménico como miraba la tierra que rastrillaba y sembraba; como peón de campo; como cuando el patrón nos endilgaba la culpa de la sequía momentánea. Doménico estaba seco.

(// la sequedad previene la levedad / los seres livianos se van como el helio en las panzas llenas de aire de agua / rastrillar sobre el nombre hasta cosechar el límite y la barricada / la limitación de llamarse de una sola manera / nos hará esclavos de lo sucesivo / en simultáneo solo la palabra tras la palabra / que no tiene palabra el que no se culpa / patrón de la miseria / endilgados de mares que arrastran caracoles muertos / la mirada se adiestra / como la pluma se adiestra / como la espuma del mar que rompe sobre los pies de la infancia//).

Dos horas antes nos habíamos aguantado tanto el pis que creímos entender a las mujeres: la vejiga era como un útero con contracciones que expulsaba el milagro. Un verdadero milagro: en la celda que compartíamos, en el mundo subterráneo lindero a las trincheras, llenamos un cacharro de aluminio cada uno. Pero había que esperar. La espera era el tiempo que transcurría entre la saciedad y la muerte. El pis todavía no estaba para tomar. Nos habían soltado una hora, con las manos y los pies encadenados, respondiendo a la súplica de Doménico: quería ver el sol. Y tenía sed. El enemigo se distrajo, más por la estrategia de que bajo el sol y sin tomar líquido no podríamos ni caminar que por la seducción de las cantimploras con vino que les habían llevado los soldados.

(// el mundo subterráneo es la guerra / la paz el útero subterráneo de un mundo del que no se quiere partir / ni parir / porque el mar es el agua de un espacio lleno de agua donde descansa / el que va a vivir para engendrar el deseo de un rayo de sol / un rato de sol con la boca seca//).

Yo miraba el sol, que me agrietaba la piel terrosa. Doménico, como quien no conoce el mar, miraba sin parpadear el burbujeo alto del agua que levantaba la tapa del tanque.

(// la esperanza es el reflejo del cuerpo en el agua / el fluir de la consciencia en la corriente que esparce y levanta la tapa de las canillas cerradas / mirar sin parpadear es quedarse en el instante en que una burbuja de detergente se eleva hacia el aire arriba hasta desaparecer entera ante nosotros / no queremos ver morir la pompa ni la pomposa idea de la mortalidad del que escribe//).

Me quebré de sentimiento, me caí al piso; el que lloraba era él: tan sucios, los ojos; tan sucia, la cara; que la única lágrima que le vi dibujó una línea clara hasta su boca seca: se pasó la lengua por los labios; en especial, se atragantó en la comisura, donde la gordura del llanto minúsculo: «Es salada como el mar», dijo, «tengo sol. Tengo sed».

(// el que llora es el otro / el sucio es el otro que la cara sucia le llora / se quiebra el que mira llorar como se quiebra la línea recta de todas las reglas escolares / como se quiebra la sequedad de la boca cuando la sal pica en la piel / es el mar como salado / es sed lo que tengo del mar).

Desvanecidos, frente a frente, como en un juego teatral, nos despejamos los pelos duros de la cara, nos mecimos para tomar impulso y levantarnos otra vez: era el ocaso y el sol estaba detenido.

(//es un teatro desvanecido frente a la frente de una máscara / la dureza es la tensión de la cara dura / del cielo despejado que se mece para tomar impulso y llover / es el ocaso que se cae como quebrado / es el sol el que se para frente a la frente de una máscara//).

Doménico, de pronto, tras un acunamiento brusco, se paró, abrió las piernas hasta acalambrarse los muslos, los tobillos y las uñas de los pies: detrás de ese triángulo, de espaldas, los enemigos bebían y reían a carcajadas. Doménico juntó los talones, saltó en el lugar, abriendo las piernas más y más ante cada salto; saliéndose de la rigidez del ángulo de lados iguales. El lado del piso, el de la tierra, se volvió desigual: era el de la fuerza. Quebró la cadena. Corrió hasta el único puesto de cemento; arriba, el tanque explotaba de saciedad y muerte; abajo, los soldados, de perfil, despilfarraban hilos de baba de vino tinto.

(//pronto no / hubo un fluir previo / el agua de corriente calma / la cuna calma / el útero de la memoria donde se quiere volver / el recuerdo de Calabria del mar / no hay lados iguales / no somos iguales de geometría / abrirse de piernas es abrirse a la patria de la pelota de trapo / a la red que se agujerea / telaraña de filamento / cadena de organza / panza llena de agua sin sal / correr es huir de la caída hacia el vértigo de la caída de la levedad insoportable de la caída al mundo subterráneo del yodo / la saciedad de la muerte es un tanque explotado / arriba abajo / todos soldados de frente a la muerte despilfarrada en las comisuras / babas de tinta y engrudo / lagrimales de lagañas de engrudo / pronto no / previo el fluir del agua que corre hacia la caída para no caer//).

Doménico se estiró hasta alcanzar la escalera de hierro. Abrió la boca debajo de la cascada más ampulosa. La nuez del cuello, una quebradura expuesta, cada vez que tragaba. No le alcanzó. Yo le hice señas para que bajara y volviera a encadenarse. Pero él tenía otra sed. Y yo, solo la esperanza de que el pis estuviera en su punto.

(//las escaleras por donde / cuándo se sube / cuándo se baja / cuándo se está al revés / abrir la boca ampulosa para que la cascada minúscula destruya la cáscara de nuez / es como tragar saliva antes de escribir la palabra siguiente / es como tragar saliva sin que salga la palabra que debería salir / no alcanza / somos señas limitadas que bajan y vuelven a encadenarse / algunos tienen otra sed / otros la esperanza de tener sed//).

Doménico se bañó, se empapó el overol, se limpió las orejas, se restregó el cuero cabelludo y bajó. Ya cerca de mí, rebozado de tierra, me puse delante de él cuando el enemigo, con el collar de cantimplora, lo apuntó con la escopeta. «Córrase de ahí», me dijo. «Él solo tenía sed, Señor, solo sol tenía».

(//en las orejas el laberinto del revés del cuero / cerca de uno el mar de Calabria / rebozado de yodo azul turquesa celeste / ponerse adelante del enemigo / tomar agua de una botella vacía / apuntar con los ojos sin correrse / solo tener sed / ser señor / tener sol / tener sed//).

Doménico se adelantó y me dio ahora la espalda. «¡Tenía sed, Señor!», gritó y reía a carcajadas. La punta de la escopeta le miraba un ojo y el otro, una y otra vez. Yo me acerqué, apoyé las palmas en sus hombros: cobardía, era mi espera intolerante, el contacto con su espalda de agua, con el mar de Calabria que nos llevó a la guerra.

(//el ojo izquierdo miraba el ojo de la escopeta / el derecho al enemigo / los hombros son punto de cobardía / la lástima de la espera / la sed de caña con ruda / la espalda que le damos al mar que nos dejó en la guerra//).

El enemigo bajó la escopeta. «Tengo sed», dijo. Bebió un sorbo de vino. Levantó el arma y baleó el pecho de Doménico, el corazón, el lado izquierdo que tenía sed. El uniformado volvió a la cofradía.

(//cuando tengo sed levanto el arma / balaceo la hoja con el corazón izquierdo de la palabra//).

Doménico murió sobre mi pecho, mojándome el cuerpo de agua y sangre; de agua rosa. En el suelo, los dos. Él espiaba el resto del sol; yo, con toda su liviandad encima, esperaba que me golpearan el hombro con el ojo de la escopeta para que volviera a la celda.

Tenía sed. Quería tomarme el pis de los dos.

(//en la orilla de todas las cosas / el arma es la lágrima o el ojo o la sal del mar que nos dejó en la guerra / en la orilla de todas las cosas todos mueren un torso mojado de agua y sangre / todo en el suelo esperando / llegar al mundo subterráneo de esa celda donde no hay sed ni hambre ni dos ni el pis ni el deseo de acidez hacia la raíz en la orilla del árbol).

© **Gisela Vanesa Mancuso**

Gisela Vanesa Mancuso. Técnica Superior en redacción - Escritora - Coordinadora de talleres literarios - Redactora en periódicos. <http://giselamancuso.wixsite.com/gisela-mancuso>.

52 RAZONES PARA PIGMALIÓN

por Jordi Manau Trullàs

La pesadez casi impedía sostenerme en pie. Apilé las fichas sobre el tapete con escrupuloso orden de valor, formando varias columnas multicolores. Con la mano trémula aparté la butaca mientras todos me observaban atentos. Me regalé un descanso merecido en la partida. Necesitaba hablar conmigo mismo para apaciguar la ansiedad que empezaba a ahogar mi racionalidad. Acabé la copa y con la templanza que da el cansancio extremo, empecé a caminar rompiendo el círculo de ludópatas noctámbulos. Estaba harto de calcular probabilidades matemáticas y centrarme obsesivamente en los gestos corporales. La manera de sentarse, el tipo de respiración, posición de los hombros, el lenguaje de manos y brazos, la manera de jugar con las fichas y las cartas. Pero sobretodo la fascinación por la mirada. Allí estaba la clave y mi gran virtud como jugador de póquer. Los ojos eran capaces de revelar los números que guarda la mente. Para los que vivíamos del *cash* en las mesas de Texas Holdem todo se basaba en las dos cartas recibidas por cada jugador. Dos simples números posibles entre cuatro palos de trece cartas cada uno. Un total de cincuenta y dos posibilidades. Según estudios científicos el grado de movilidad del ojo estaba relacionado directamente con el tamaño del cambio numérico. Los números guardados en la mente eran inmediatamente codificados en el espacio, los números pequeños a la izquierda, los grandes a la derecha. Pensábamos en ellos de forma inconsciente como una línea que se extiende de izquierda a derecha. Yo sabía desgranar el enigma aproximándome estadísticamente, a largo plazo el juego era rentable.

El bullicio en el *hall* era estresante. Una larga cola en el guardarropa me hizo desistir de ir a por mi abrigo. Una turba de turistas se daba prisa por fundir su dinero en las mesas de juego. Los pies cansados dejaron la reconfortante moqueta por el asfalto de la acera. Tras traspasar la cortina de aire caliente de la entrada, mi cuerpo quedó atrapado por la gélida temperatura de diciembre. Las cafeterías colindantes al casino estaban repletas de gente buscando platicar sobre los sueños que pronto prometería el nuevo año. A través de las cristaleras empañadas observaba aquellas escenas mudas, donde los rostros perdían la compostura por el engaño colectivo. Quién era yo para juzgarles. Solo una trituradora por donde la cordura extrema no dejaba margen a la improvisación. Aceleré el paso como los creyentes ante el pecado. Buscaba la penumbra para hablar sin tapujos a mi sombra. Como siempre lo hacía en los momentos de duda.

Las luces de las habitaciones trufaban la fachada del Hospital del Mar. El sol se perdía a un ritmo exponencial, pronto las farolas cercenarían la oscuridad.

Las luces de las habitaciones trufaban la fachada del Hospital del Mar. El sol se perdía a un ritmo exponencial, pronto las farolas cercenarían la oscuridad. El paseo marítimo se vaciaba de ciclistas y *runners*. El espigón del gas apenas era visible. Aquel aire seco empezaba a regalarme consciencia. Kilos de consciencia. La partida estaba en su punto dulce. Había quintuplicado mi *bank* inicial. Pero como siempre el *tilt* amenazaba. Era incapaz de controlar las emociones y aquello desconectaba los niveles superiores de pensamiento. Después de un *bad beat*, inevitablemente arriesgaba más en el juego. Un ansia por recuperar las fichas perdidas nublaba mis acciones. Ya no había análisis ninguno, solo premoniciones estúpidas. Incluso saliendo después de las ciegas *reraiseaba* con frecuencia, inexplicables *3-bet*, nunca foldeaba, faroles más que obvios, para acabar pelado como un *fish* inexperto.

Los vendedores del top manta recogían sus pertenencias mientras hablaban entre ellos cómo habían sobrevivido un día más. Tras despedirse efusivamente, se perdían por las callejuelas de la Barceloneta. El aire no dejaba de molestar levantando arena de la playa. Pero nada impedía mi paso firme hacia ningún lugar para buscar nada en concreto. Solo enredarme, una vez más, en la decadente historia protagonizada por un lobo solitario adicto a la adrenalina de los dioses de la fortuna. Por eso

dejé la universidad. Aquella terrible sensación de pérdida de tiempo. El póquer *online* era mi religión. Pasaba horas y horas analizando datos de mis rivales, repasando miles de manos para descubrir errores y pulir mi juego. Decenas de cafés para mantenerme despierto por las noches, cuando el tráfico en las mesas se incrementaba. Ampliando mi equipo informático hasta con cuatro monitores, jugando en veinticuatro mesas a la vez. Mi cuenta corriente no dejaba de incrementarse, era la envidia de todos mis amigos. Manejaba cantidades indecentes de pasta mientras que el resto del mundo sobrevivía con trabajos basura. Pronto experimenté la soledad del que todo lo tiene.

La piscina descubierta del Club Natación Atléctic Barceloneta mantenía una actitud desafiante. Las tumbonas blancas luchaban por mantener su posición, mientras las figuras de los flotadores de la cruz roja proyectaban sombras chinescas animadas. Un escenario ideal para recordar cómo empezaron a llegar las malas rachas, los malditos dientes de sierra en los gráficos de resultados. La odiosa varianza cebándose con mi frágil equilibrio. Trastabillando toda mi seguridad para hundirla hasta convertirla en un montón de escombros.

La negritud del mediterráneo era incapaz de consolarme con su belleza. El ruido atronador de la mala mar me exigía a gritos que aquella tenía que ser mi noche. La noche donde cercenaría la cabeza a los enemigos que me asfixiaban. Lo tenía todo de cara. Todos en la mesa reconocían mi superioridad en el juego. No obstante, esperaban que resbalara como siempre lo hacía, entrada la noche, cansado y acosado por mi peor enemigo. Yo mismo.

Una pareja de enamorados se besaban acurrucados bajo una palmera. En aquel momento vino a mi memoria Danae. Apareció de repente en la barra de cocteles, cerca de las mesas de blackjack.

Como una enorme cuchilla afilada el Hotel Vela prometía ejecutarme si fallaba. Aquel embriagador armatoste de metal, cemento y vidrio transpiraba, entre luces multicolores, todo el lujo que añoraba. Deseaba atarme a la pauta de la desidia, simplemente navegar por la vida buscando la corriente más favorable. Solo tenía que mantener aquel vacío existencial que me ligaba en los momentos de nostalgia. Olvidarme de mi miserable situación. No poder con el alquiler, ni el wifi o tener que empeñar hasta el propio ordenador. Suplicar trabajos de mierda para recuperar algo de *cash* e intentarlo una vez más. Golpeándome sin remedio en la misma piedra, agrandando las pérdidas hasta cifras inconfesables. Me

acostumbré a ser un perdedor. Aquel calificativo formaba parte de mi definición y no me importaba en absoluto. El tiempo pasaba para todos y al final nos encontraríamos con la sonrisa socarrona de Thanatos. Todo lo demás era pura distracción, juegos artificiales para colorear el presente a tu antojo. No tenía nada, de hecho, menos que nada, solo un vacío en el estómago que mutaba balanceando según mi ánimo. Estaba quemado, todos lo sabían. Había decenas de jugadores mediocres que esperaban con paciencia que entrara en una partida para abalanzarse en busca del sobresueldo. A pesar de todo, no había nada más justo que el póquer. Cada uno de los jugadores tenía las mismas probabilidades de recibir buenas cartas. Empresarios, aristócratas, yonquis, prostitutas, científicos en paro, solo eran almas anónimas sin privilegios. Aquello me fascinaba hasta inmovilizarme en un punto muerto deliciosamente apático.

Una pareja de enamorados se besaban acurrucados bajo una palmera. En aquel momento vino a mi memoria Danae. Apareció de repente en la barra de cocteles, cerca de las mesas de *blackjack*. Poseía una de las rarezas más inusuales en las mujeres, la pertinaz creencia en la autodestrucción como solución. No dejaba de consumir alcohol de manera convulsiva. Una mezcla de tormentos, angustias o depresiones la esclavizaban mientras su preciosa juventud luchaba por no marchitarse. Lo realmente extraordinario era cómo mantenía aquella frescura física a pesar de su adicción. Un toque sutil de perfume, junto con la elegancia natural que solo las elegidas poseían, excitaba a la manada de lobos. Estaba tan obnubilada en su realidad mortecina que no atendía a los permanentes intentos de conversación por parte de aquellos valientes incautos que se atrevían a cruzar su metro cuadrado de intimidad. Me enamoré de aquella mirada llena de añoranza por la grandilocuencia de los errores cometidos. Representaba todo un compendio teórico de la proyección erótica masculina: alta, melena dorada, piel tostada y tersa, cuerpo justo en la fina línea de la proporcionalidad y la exuberancia. Sus manos perfectas jugaban caprichosas con los vasos repletos de veneno. Observaba aquellos mejunjes policromáticos como parte de la receta del doctor muerte. No podía dejar de contemplarla

obsesivamente. Absorbía mi atención y me impedía concentrarme en el juego. Cuando ella rondaba por el casino no podía dejar de escudriñar algún rincón para ver sin ser visto. Pasaba horas embobado construyendo conjeturas sobre ella. Sin una sonrisa, ni mueca de dolor, solo frialdad. Todos sabían dónde conducía su camino y a nadie le importaba. Solo era el jarrón más exclusivo para atraer perdedores danzando estúpidamente junto a su órbita errante. Su debilidad por desenredarse de la telaraña dejó al póquer en un segundo escalón de prioridades.

El Hotel Arts quedaba lejos, era el momento de volver. Solo tenía que llenar los depósitos de optimismo. Solo necesitaba una mano más, mi gran mano. Era cuestión de paciencia. El destino me debía unas cuantas y yo pensaba cobrarlas. Aún podía ganar. Mis siete rivales me estaban esperando con la seguridad de desplumarme. Pero la realidad es que tenía gran parte de su dinero y deseaba pelarles a lo largo de la sesión. Sería mi gran actuación, el combate soñado por todo jugador. Eran las diez, me encontraba totalmente lúcido.

Pasaron semanas y muy pronto no pude dejar de ir ni un solo día al casino a ver a Danae. Me sentaba en cualquier sitio y no despegaba mis ojos de ella. Hasta que por arte de magia su mirada se cruzó con la mía. Estaba despistado con un japonés en racha doblando al rojo en la ruleta. Justo al volverme ella me estaba mirando fijamente. A partir de ese día no dejamos de buscarnos en silencio. Sin mediar palabras, ni gestos, nos controlábamos sin disimulo. Sin variar de expresión, me encuadraba con sus ojos verdes y me seguía ladeando la cabeza con elegancia. Su descaro me conmovía, me sentía afortunado por primera vez en la vida.

El enorme pez metálico de Frank Gehry parecía flotar sobre el mar. Una riada de turistas buscaba una buena cena en el Puerto Olímpico, las limusinas no dejaban de traer clientes vips al hotel. Yo sería el protagonista de aquella velada, me recordarían como una leyenda. Nadie amaba más al póquer que yo. Había leído con avidez todos los libros de teoría, estrategia y biografías de los grandes jugadores. Repasadas todas las series mundiales de póquer desde los ochenta. Doyle Brunson, Phil Ivey, Phil Hellmuth, Johnny Chan, Daniel Negreanu, pero sin duda mi ídolo era Stu Ungar. Superior en todas las facetas del juego de manera insultante. Lo que ganaba sobre el tapete, lo podía perder al momento para volver a ganarlo instantes después.

Me decidí a dar el primer paso. Sabía que todo pendía de un hilo, pero me arriesgue. La invité a cenar. Me miró fijamente y tras unos interminables segundos afirmó con la cabeza.

Me decidí a dar el primer paso. Sabía que todo pendía de un hilo, pero me arriesgue. La invité a cenar. Me miró fijamente y tras unos interminables segundos afirmó con la cabeza. El bufet del mismo casino nos serviría. Ella parecía incómoda. Traté de calmarla con mis intenciones. Tan solo quería conocerla, era verdad. Empezamos con un coctel americano helado, mezcla de Campari, soda y vermut rojo. Allí es cuando me dijo su nombre. Como un estúpido intentaba disfrazar mi penosa realidad. Tras un par de *Between the Sheets* bien cargados, dejé de disimular. La sinceridad es lo que me producía el ron blanco, brandy y triple seco. Al final, la conversación fue una extensa letanía de excusas sin fundamento para aniquilar cualquier responsabilidad por mi mala suerte. Ella me escuchaba impertérrita mientras deglutía marisco como si no existiera un mañana. Era un monólogo edulcorado de mi paso por la vida. No quería atosigarla a preguntas, ni mucho menos descubrir las razones de su suicidio diario. Todo parecía una escena sin sentido, pero su presencia me calmaba. Danae tenía un fuerte efecto placebo sobre mi ansiedad. Con ella no había prisa por llegar a ningún sitio, ni alcanzar ningún sueño tan esquivo como irreal. Era la consagración del presente. Me clavaba en el «ahora», sin importar la renqueante concatenación futura de caprichosos segundos. Tras el tercer Margarita Corona, mi lengua solo transmitía ilusorias conexiones cerebrales sin previo filtro represor. Culminé mi penosa interpretación afirmando con rotundidad que la amaba. Al instante me arrepentí, no quería decirlo. Me traicioné rompiendo la magia que ella supo ver en mí. Decepcioné su sana intención de compartir espacio y tiempo. Primero apartó la copa de sus labios violáceos, después una pequeña lágrima despegó de su ojo izquierdo, finalmente parpadeó cuatro veces. Se levantó y se marchó. No intenté seguirla. Aquella noche no pegué ojo maldiciéndome por mi insistencia en la estupidez.

Un grupo de jóvenes paseaban por la fina arena. Buscaron un rincón resguardado, extendieron las toallas y sacaron varias botellas. Reían mientras llenaban los vasos de plástico. Yo no tenía a nadie, tampoco tuve necesidad. Pero Danae era diferente. Lentamente su presencia se hizo indispensable para que algo de motivación entrara dentro de mí. El día siguiente a la desafortunada cita, esperaba como premio su desprecio más despechado. Pero se sentó a mi lado en silencio, sin mirarme. Con su copa medio llena, su mirada no dejaba de posarse en cualquier detalle sin importancia. Me sentí feliz por aquel vínculo. Especial, extraño pero único. Volví a las mesas con tesón y regularidad. Primero a niveles de *cash* insignificantes. Mi *bank* se recuperó lenta, pero con una progresión sorprendente. Ella me seguía a todas las partidas. Pasó tiempo, pero conseguí entrar en partidas sin límite con ciegas elevadas. No había ninguna duda de la relación cuantificable entre su presencia y unos resultados positivos. Por primera vez me sentía limpio. Respiraba profundamente sin notar el monóxido de carbono, ni el anhídrido sulfuroso, tampoco el bióxido de carbono.

Entré con paso firme en el *hall* del casino. La atmósfera cargada de vicios inconfesables me secuestró una vez más. Aquel bestiario devorador de esperanzas me estaba esperando impaciente. Me senté en la butaca. Los montones de fichas se mantenían erectas, amenazantes. Danae no perdía detalle. La necesitaba más que nunca. Las inseguridades se desvanecían, ya no existía el miedo a ser juzgado. Mis siete rivales tenían tanto miedo a perder como yo. Tres de ellos no pasaban de los veintidós años. Jugadores *online* acostumbrados a multitablear, excesivamente agresivos. Completaban el

Un as de picas junto una jota de trébol. Eran un buen inicio. Trataría de entrar en la mano tranquilamente, solo necesitaba que los maníacos estuvieran tranquilos para montar una trampa para osos.

análisis un par de veteranos curtidos en mil batallas, excesivamente conservadores. *Losers* con úlceras en el estómago y oro colgando por todo el cuerpo. Finalmente quedaban dos orientales absolutamente imprevisibles. Empecé foldeando todas las cartas que recibía, gané unos cuantos botes apretando en el *flop*. Simplemente recuperaba lo perdido en las ciegas. Me mantenía en *break even*. Danae no dejaba de moverse por todos los ángulos de la sala. Hasta que decidió estarse tranquila a mi izquierda. Se sentó cruzando las piernas con elegancia. Si cerraba los ojos y me concentraba podía percibir su perfume de agua de magnolia.

Un as de picas junto una jota de trébol. Eran un buen inicio. Trataría de entrar en la mano tranquilamente, solo necesitaba que los maníacos estuvieran tranquilos para montar una trampa para osos. El *botton* estaba a mi derecha, puse la ciega pequeña y empecé la rueda de apuestas. Tres igualaron la ciega grande, yo era el cuarto en hacerlo. Solo tres jugadores abandonaron: los dos orientales y un niño con gorra de beisbol. El *croupier* impasible sacó del mazo tres cartas que tumbó con elegancia sobre el tapete. El dos de corazones, cinco de corazones y la jota de diamantes. Había ligado una pareja de jotas en el *flop*. Me tranquilicé contemplando a Danae. Me perdí en su belleza para disimular ante mis rivales. Quería que me vieran distraído, ausente. De repente entró sin llamar la presión. Mi maldita voz interior desmontó todas las frágiles mentiras que sostenía mi cara de póquer. Necesitaba aquella pasta para dejar todo atrás. Sacar a Danae del quinto círculo del infierno. Parecía todo tan cerca, tan seguro. Miraba aquellos cincuenta mil euros en fichas como la llave al paraíso.

Extrañamente el veterano empezó a *resubir* mi subida inicial. Todos se apuntaron a la fiesta excepto otro de los niños que abandonó tirando las cartas. Su enfado era mayúsculo, seguramente iba de farol y al ver los tiburones oliendo sangre decidió salir del agua. Igualamos los cuatro que quedábamos. Mala señal, aquello significaba proyectos. Quizás escaleras y con toda seguridad color. Era hora del *turn*. El *crupier* sacó una sola carta del mazo y la puso al lado de las otras tres perfectamente alienadas en el centro de la mesa. El as de diamantes. De los cincuenta mil euros, treinta ya estaban apostados. Ya no había marcha atrás. Aquello acabaría con un *all in*. Así fue. El adolescente con pecas puso el resto de sus fichas en el centro y todos le seguimos. Era el final o el principio para mí. Todos enseñamos nuestras cartas. Se produjo un silencio sepulcral. Un mundo extraño, a punto de estallar, planeaba tragarme. Mis adversarios mostraron una reina y un diez de diamantes, un cinco de picas emparejado con un tres de diamantes, para finalizar con un siete y ocho de corazones. Mi cerebro giroscópico adquirió velocidad de crucero para calcular las *odds* pertinentes. El informe

final era inapelable. Tenía un cincuenta por ciento exacto de probabilidades a mi favor. Tablas bajo el reino de los cielos.

El crupier comprendió la trascendencia de aquel momento. Doscientos mil euros encima de aquella mesa de madera. Con la parsimonia que la vocación de croupier le impregnaba, extrajo el *river* del mazo. La última carta. Dejé de mirarle para centrarme en el rostro de Danae. Quería saber el veredicto a través de sus cuarenta músculos faciales. Como en aquella cita, primero apartó la copa de sus labios, una lágrima salada brotó de su ojo izquierdo y parpadeó cuatro veces. No supe qué significaba, ni interpreté si la fortuna había sido esquiva o no. Solo pude afirmar que aquella sería mi última mano de póquer.

© Jordi Manau Trullàs

Jordi Manau Trullàs. Natural de Calaf. Economista de profesión. Fotógrafo artístico/conceptual por vocación. Como fotógrafo he realizado diversas exposiciones, de las que destaco la Sala Soler i Palet (Terrassa), Amics de les Arts (Terrassa) y Sala Santiago Rusiñol (Sitges). Mi estilo es una mezcla entre el paisaje saturado y colorista para pasar al blanco y negro del realismo degenerativo de la gran ciudad. Además del retrato artístico psicológico y la arquitectura urbana de Barcelona. Pueden ver mi trabajo en la web: www.jordimanauphoto.com. Como escritor me he centrado en el relato de ficción. He publicado en las revistas: Tales, Culturamas, Antrópika, Primera Página, Espacio Ulises y Kafcafé. La temática que se repite obsesivamente versa sobre el imparable paso del tiempo y sus consecuencias, la eterna incompreensión de los sexos, el absurdo como superación, la autodestrucción inevitable del hombre y sobretodo, la lucha de la individualidad sobre el colectivo.

CUATRO RELATOS

por Adán Echeverría

EL PODER DE LA LECTURA

Era una de los ocho hijos de Aurora. Pero su madre enviudó joven. Asesinaron a su padre por «cosas de drogas», en uno de esos ajustes entre bandas que siempre anuncian los gobiernos cuando las personas mueren por impactos de bala en la vía pública. ¿Qué podía hacer Aurora para sostener a sus hijos? Por sí sola nada más que sufrir y pasar hambres. Necesitaba trabajar, conseguir con todo su esfuerzo el dinero necesario. Dejó a los ocho niños en un orfanato.

Ella no era ni la mayor ni la menor de los ocho, y aunque era una de las más bonitas entre las niñas, esa no fue la razón. Diego, uno de los ayudantes del orfanato, se fijó en ella desde su ingreso. No había cumplido ni los ocho años y Diego ya se la sentaba en las piernas, ya le besaba los hombros, ya frotaba el trasero de la niña sobre su pantalón. Y así pasaron los días, los meses.

Se volvió cada día más silenciosa, y al cumplir los doce, encontró de nuevo su inocencia en una Biblioteca de la escuela a donde asistía. Cada tiempo libre lo aprovechaba para meterse entre los libros. No se trataba solo de hacer tareas y deberes de escuela, se trataba de ocupar el tiempo antes de regresar al orfanato, de que la noche la sorprendiera y que las luces se apagaran nuevamente para sentir bajo su ropa de nuevo las manos de aquel Diego que no la dejaba de molestar. Los libros abrieron sus páginas, sus voces, los ojos de la niña y su cerebro.

Y entonces planeó la fuga. Se dio cuenta que ella nada podía hacer por sus otros hermanos, ni por los demás chicos del lugar, era pequeña y no tendría suficiente fuerza. Tenía que ver primero por ella. Tenía que quitarse de encima a Diego. Y escapar de ahí era la única opción. Alicia había logrado muchas cosas por sí misma con solo desearlo. Olliver Twist se había enfrentado a una enorme cantidad de inconvenientes para sobrevivir. Y fue por eso que se decidió.

Hoy espera silenciosa en casa. Los años han pasado. Supo encontrar personas diferentes que le brindaron apoyo moral y legal. Ayudó a su madre para volver con ella al orfanato y al fin recuperar a sus hermanos. Ella vive sola, trabaja, se cuida. Y espera junto con los nuevos amigos que conoció al decidirse a denunciar, que se dicte la sentencia de aquel Diego que tendrá que pagar en la cárcel todo lo que le hizo cuando niña.

* * *

INUNDÁNDOSE EN LA MADRUGADA

Acompañé a mi novia a rentar la casa de la calle 84 que se volvió la dirección que poníamos luego en los cuadernillos de poesía que publicamos. Estos cuadernillos fueron los primeros del taller. Los alumnos querían que yo igual publicara con ellos, pero les dije que no. Yo ya había sido publicado por la editorial Dante y por la Universidad Autónoma de Yucatán. No iba a publicar ahora en un cuadernillo. Igual les sugerí que cada uno de ellos hiciera un texto de presentación para el texto de otro compañero. A mí me tocó escribir el texto para los cuadernillos de Patricia e Ivi.

La casa de la calle 84 se volvió el sitio para los encuentros literarios, las charlas poéticas, el tallero, la edición, la fiesta, y claro, para que mi novia y yo nos revolcáramos piel contra piel todo el tiempo que así lo deseáramos. Desde que la acompañé a rentar la casa, ella insistió en que la llevara a un cerrajero para que me sacara una copia de la llave. Así, yo podía ir y venir cuando quisiera, aun cuando ella estuviera en Santa Cruz Pinto, donde trabajaba como instructora Conafe.

Cómo le enojaba que yo dispusiera de la casa para las fiestas de cada fin de semana. Luego del taller yo decidía ir a la casa, no solo con ella, sino con varios de los integrantes, a beber de lo lindo. Sobre todo, si nos tocaba salirnos de algún evento cultural.

La noche de Carolina, creo que se trató de alguna de las constantes premiaciones que le daban a mi novia por su trabajo poético. Había ganado ya varios concursos, y claro, los compas del taller literario, yo con ellos, teníamos que brindar de alegría. Carolina decidió irse con nosotros. Podía ser —en edad— madre de mi novia, bueno, yo le llevaba 10 años a mi chica, y Carolina tenía edad para ser incluso mi madre. Ivi, Carolina, Yo, éramos los que más bebíamos. Paty siempre se cuidó con el alcohol, lo de ella eran las drogas duras, o —si no había más— pues algo de hierba, y el Ivi siempre andaba preparado porque Nelson era más aficionado a la mota que al alcohol. Bonito grupo intelectual formábamos.

Así que, entre brindis y brindis, todos nos pusimos alrededor de Carolina quien nos contaba sus derroteros como dictaminadora para el Fondo Editorial Tie...: He rechazado a un chingo de huevones y huevonas que creen que escribir prosa es hacer cuento. ¡Cuánto pendejo manda trabajos a la editorial! Yo solo me río, gano el dinero que me pagan por la chamba, y me pongo hasta la madre, como debe de ser. ¡Salud! decíamos a coro.

Cansado de todas las historias que se contaban sobre el monstruo irreal de la narrativa yucateca que era Carolina, decidí no dejar de preguntar por las leyendas que se contaban de ella. Mario González, cuando fue mi tutor suplente de novela, en el Fonca, porque Rafael se había puesto muy mal del cáncer y no acudió a la última reunión que tuvimos en Veracruz, nos contó, a Luis Valdez y a mí, que Carolina todas las mañanas tomaba el desayuno en el Fondo de Cultura... con Alí Ch....

«Es la niña consentida de Alí», contaba el bocón de Mario, y añadió: «Pero esta pinche vieja esta bien loca. Un día llegó para exigirle plata al viejo. El viejo se negó frente a mí. «Ya te dí», le decía, pero la Carolina se puso fúrica; le tiró la cerveza encima al pobre viejo. Lo hubieran visto. El gran maestro de poesía bañado en cerveza por la loca yucateca. Alí solo se sonreía divertido. «Así es ella, la conozco hace tanto. Ya vendrá a disculparse. Pero no puedo darle dinero ahorita; así como anda sería mejor ponerle una pistola en la cabeza y dispararle. Sólo quiere conseguir más». Y el viejo se limpió el saco y la camisa.

Carolina volvió del baño y pidió otra cerveza. Cogió la mano derecha de Alí, y así, tomados de la mano, comieron juntos el desayuno.

Carolina volvió del baño y pidió otra cerveza. Cogió la mano derecha de Alí, y así, tomados de la mano, comieron juntos el desayuno. Yo no decía nada. Solo me la pasaba viéndolos. Ya tuve yo mi propio momento para ver una de las escenas de Carolina, la gran narradora. No se qué broncas tenía con su tipo, el caso es que me habló temprano. Cuando llegué a verla, estaban los dos bañados en sangre. El pendejo tenía un corte en la nuca y Carolina cortados los dedos de la mano derecha. Le había puesto un botellazo al tipo, pero ahí estaban los dos esperándome». Esas fueron algunas de las historias que nos había contado Mario, en aquella cantina de mala muerte del centro del puerto de Veracruz. Yo ahora tenía a Carolina de frente, en vivo. La historia de Carolina que el tutor suplente del Fonca me contara debió ser suficiente para no hacerle más caso a esta mujer, o mejor dicho, para no picarle en el lomo a esta gárgola, y en cambio heme acá chupando con ella.

Nos bebimos dos cartones de caguamas y un litro de ron con agua mineral. Fumamos bastante mota. Mi novia estaba hasta la madre de cansada, harta de todos nosotros, pero siempre fue muy centrada con respecto a la fiesta. Jamás saca a nadie de su casa, aunque ella no beba hasta quedar hasta las chanclas, siempre permanece consciente. No fue mi caso.

Yo ya me había puesto hasta la madre. Las historias de Carolina daban vueltas en mi cabeza. Ella había vuelto a Mérida porque había huido, luego de que ayudó a su novio a violar a una chica de universidad. El tipo era un patansote que ella mantenía con el dinero que ganaba en la literatura. Decía que era músico. Pero sólo creía servir para sacarles provecho a las mujeres, y Carolina se enteró de una de las mujeres que se enredó con él. Los vio juntos, bebiendo en una cantina, y se les sentó a la mesa. Los otros no supieron qué hacer.

Carolina estaba dispuesta a hacerles un escándalo brutal si aquella chica decidía levantarse para irse. «Quiero ver cómo te coge mi marido», nos contó que le dijo a la chamaca. Y se fueron los tres al departamento. Carolina siempre ha podido con el alcohol, las drogas duras, las pastas, la coca, piedra, el cristal, los ácidos y los aceites, con todo lo que le provoque y para lo que le alcance. Se la llevaron al departamento, y cuando la chica ya parecía una muñeca de trapo por el alcohol y la dro-

ga, entre los dos la violaron. La dejaron ensangrentada y desmayada en una calle cercana a su casa. «Que la recoja el gobierno, o el departamento de limpia, pinche vieja». Por supuesto que ellos resultaron los principales sospechosos; la chica no murió, pero se había librado una orden de aprensión.

Carolina reía con esa su risa bruja, de dientes podridos por la droga. Mi novia me vio ya incapaz de estar en pie, y me acompañó a la cama. Le pedí que me la chupara un poco para relajarme, y ella presta se puso de rodillas, pero yo estaba demasiado ebrio y me quedé dormido. Seguía oyendo las risas de la conversación. Patricia ya no estaba; a esa hora solo quedábamos Nelson, Ivi, mi novia, Carolina, y yo tirado en la cama. Se había acabado todo lo que se bebía. Carolina insistió en dar su tanda, y salieron a comprar clandestino. Los escuché cuando volvieron. Venía alebrestados, hechos un escándalo. Carolina se había robado un macetero del jardín de una casa, e hizo que Nelson cargara con una virgen de guadalupe hecha de yeso; también habían pateado cuanta reja pudieron tan solo para molestar. Carolina se acercó a la cama donde yo estaba durmiendo:

«Vas a ver, cabrón. Te voy a coger por el culo para que no seas pendejo. Tienes a esta chamaca como tonta soportando borrachos, y tú, todo dormidote en la cama. Ningún marica me invita a chupar y se queda dormido. Al que se duerme, hay que cogérselo, esa es la regla». Y se metió entre mis piernas. Yo estaba durmiendo boca abajo, así que me tomó por las caderas y me jaló hacia ella. Se balanceaba golpeándome con la pelvis, las nalgas y los huevos. «Ya déjame, coño», pero ella estuvo jode que jode hasta que me levanté.

«Venga, cabrón, venga a tomarse unos tragos con nosotros, que aún no amanece, y a usted ya se le quitó lo borracho.» Me acercó un vaso de plástico que contenía un líquido negro en su interior. Ron con coca cola, pensé; está bien, lo dulce me refrescará el hocico. Mi novia decía a modo de súplica, medio en serio medio en broma: No, no sean así; no te lo tomes, déjalo.

«Tú no te metas. Él tiene que ser un hombre cumplidor, ándale, a chupar, ¡salud!», gritó Carolina, y sin contestar me empiné el vaso y de dos tragos me lo bebí completo. ¡Putra madre!, casi me vomito de lo fuerte que estuvo el trago. ¡¿Qué mierda me diste, pinche pendeja?! Pero Carolina y los otros, incluida mi novia, ya estaban cagándose de la risa. «Te dije que me tocaba invitarte. Tenía que dar mi tanda, y lo único que encontramos abierto era una farmacia.»

* * *

LA HIJA DE MI JEFA

Conocí a Yos cuando acababa de graduarme de biólogo. Ya con el título en la mano, me sentía des-
empleadamente interesado en proteger el medio ambiente. En las escuelas te preparan para todo menos para trabajar en tu profesión. No existe en la academia mexicana, el ideal de volverte funcional para la sociedad. Todo se trata de hacer investigación que permita publicar «papers», artículos científicos en revistas especializadas, arbitradas, es decir que envías tu manuscrito y será evaluado «por pares», por personas —otros científicos— que se dediquen al tema sobre el que versa tu artículo. Esta artikulosis en la que necesitas inmiscuirte te brindará cierto puntaje dentro del Sistema Nacional de Investigación (SNI) que te dará un estipendio económico mediante el CONACYT. ¡Vaya cosa! Medir de esta forma la capacidad científica de los mexicanos y presumir: Yo soy SNI 1, ah no, pero yo soy SNI 3, así que me toca el último pedazo de pastel. Como si de presumir el tamaño de su miembro. ¡Pobres adinerados científicos mexicanos!

Esos SNI algo, o aspirantes a SNI fueron los que me formaron (o deformaron) en la universidad. Sales de ella siendo un todólogo experto en nada. ¿Cómo conseguir trabajo entonces?

Yo había elaborado —por mi experiencia en diseño editorial— unos fascículos que se llamaban Facilitando el Diálogo, y estaban pensados para llevar información a los productores del campo yucateco. Durante ese trabajo, en la oficina, había encontrado "El Libro Verde", que era un directorio nacional, algo así como la Sección Amarilla, pero de Organizaciones No Gubernamentales dedicadas a la Sociedad Ambientalista. Con el documento en la mano, preparé un Correo, y lo envié a todas las direcciones que pude registrar, y que encontré en el libro. En mi correo les comentaba que era recién graduado de la licenciatura en biología, y que estaba buscando involucrarme en cualquier

trabajo que tuviera que ver con el ambiente, para poner de mí, y obtener experiencia. Igual decía que solo requería en pago: un sándwich al día, y un lugar cómodo para poder dormir las noches. ¡Vaya si me llovieron invitaciones a trabajar! Esto es México. Bienvenidos todos los que quieran trabajar por tan poco.

Uno de los correos que me contestó venía precisamente de Pronatura Yucatán, se trataba de Yos. Ella me invitaba a trabajar a su lado en Proyecto en Calakmul. Por supuesto que me interesó.

Viajamos a aquel bellissimo sitio prehispánico, yo manejaba. Era un volkswagen austero, de los años 80. El viaje fue muy agradable. Me encantaba escuchar las historias de Yos. Siempre me ha encantado escuchar las historias de las personas. Yos me había contado de su divorcio, y de su hija que para entonces tenía apenas unos 12 años.

Los días al lado de Yos nos unieron en varios proyectos ambientales. Con ella me fui a vivir a Cancún para trabajar en una extensión del aeropuerto que estaban desarrollando. Un trabajo que terminó por ser súper corrupto. Y del cual terminaron cortando a Yos, porque ella pues no iba a permitirse participar en ese tipo de tranzas. Yo me quité con Yos del mismo empleo. Pero desde que nos fuimos a Calakmul, y terminamos por compartir el mismo cuarto en Zoh Laguna, comenzamos esos escauceos románticos en los que un hombre y una mujer siempre terminan por involucrarse. Los mismo nos ocurrió en Cancún, donde decidimos ya no contenernos.

Yos era una mujer mayor que yo, casi 20 años. Yo tendría acaso 22 años, ella quizá poco más de 40. Además de bióloga era maestra en educación física, y practicante de yoga. Tenía un cuerpo redondito. Con unos pechos enormes de hermosos. Los pezones oscuros y gigantes, como una falange del dedo meñique, algo hermoso para masticar mientras se los succionaba. Me ponía durísimo con sus besos y sus arrebatos de hembra dulce y valiente. Porque el valor que siempre ponía Yos en todo lo que hacía me excitaba mucho. Nada como amar a una hembra que es capaz de tener el triunfo profesional al alcance siempre de la mano. Y Yos era esa mujer. Gran compañera, mágica maestra, deliciosa como amante. Así nos fuimos enredando muchos momentos, hasta que una madrugada, yo salía del cuarto de mi Yos, lleno de besos, vacío de semen, y en el pasillo hacia el baño me topé con su hija de 14 años. Al vernos de frente nos reímos un poco. Yo andaba en bóxers y ella en calzoncitos con una blusita de algodón blanca. No hay que ser tan imbécil para no reconocer que había heredado los genes de su madre. A sus ya 14 años sus pechos eran ya del tamaño de manzanas.

Los días al lado de Yos nos unieron en varios proyectos ambientales. Con ella me fui a vivir a Cancún para trabajar en una extensión del aeropuerto que estaban desarrollando.

Y la imagen llegó como un rayo a caer sobre mí. ¿Qué hago en esta casa, y con esta mujer? La diferencia de edades entre su hija y yo era menor, que la que tenía con Yos. Me di cuenta de que, con el paso de los meses, de los años, yo me sentiría más atraído por su hija que por la madre. No soy cínico, tengo que ser siempre honesto. Yo no estaba enamorado. El amor pocas veces ha movido mis relaciones con las mujeres. Y sabía que, con el paso de los años, yo me fijaría en esa pequeña chiquilla. Ella cumpliría 18 años y yo apenas tendría 26 o 27 años. Me sentí estúpido, me sentí nefasto. Todo esto pasaba por mi mente mientras esperaba que la chica orinara. Salió del baño, me dijo buenas noches, y yo entré. El olor a orina de niña me hizo decidirme. Solté una de esas orinadas violentas que ocurren luego de haber cogido largamente.

Embarrado el vientre con el semen, volví a la cama con Yos. La besé en la nuca. Ella se acurrucó dentro de mi pecho. Y supe que no podía seguir ahí. La solté. Me levanté a rebuscar por todo el piso mi ropa. ¿Te vas? Alcanzó a preguntarme. Tardé en contestarle, pero me fui vistiendo en silencio. Ella quizá me vio raro y se quedó desnuda en la cama, llena de costras de semen en la espalda, los muslos, los pechos, las mejillas. Se acicalaba la larga cabellera. Sus cuarenta y tantos años la hacía una mujer nada afecta a los dramas. Me dejó vestirme en silencio. Solo su miraba caminaba por mi cuerpo. Me levanté ya vestido, le di un beso en la mejilla. Salí silencioso de la casa, y jamás volví a verla.

* * *

BAJA 1000 BAJA 500

El niño había muerto arrollado por uno de los carros que participaban en la carrera. Era el lejano año de 2016. Las protestas habían comenzado sin siquiera una convocatoria y se habían violentado hasta ¿la tragedia? En Ensenada tan lleno de carencias de toda índole, el internet se abría apenas durante cinco horas al día, y se repartía por zonas. Nadie pudo convocar «por redes sociales». La única forma para poder comunicarse era mediante la telefonía móvil, gastándose tus datos. No había por que pensar que los contrincantes del alcalde de aquellos días, el precario Marco Novelo Osuna, hubieran sido los que motivaran la reunión. Todo era por ser parte del pueblo, por la adrenalina, por ser parte de algo «grandioso».

Dicen que una chica de alrededor de 20 años fue la primera en levantar la voz. Que al principio todo se trató de un equívoco. La nena estaba esperando al novio para terminar con él. Consciente de que para los truenos era necesario hacerlo en lugares públicos, para evitar escenas, Martina decidió citar a su novio en la explanada del CEART. El joven llegó con la sonrisa imbécil pensando que todo aquel pleito de golpes, mordidas y moretones había quedado atrás. Martina tenía la obligación de perdonarlo, era lo justo, lo que debía ocurrir. Pero Martina aún con las marcas en el labio estaba decidida. Sin preámbulos le entregó un sobre: Ahí está la llave de tu casa. Pero Hesiquio no iba a aceptar que un pequeñísimo terrible pleito que había derivado en golpes terminara la relación.

—Ya no te quiero, entiéndelo. Has matado todo sentimiento en mí.

Dicen que una chica de alrededor de 20 años fue la primera en levantar la voz. Que al principio todo se trató de un equívoco. La nena estaba esperando al novio para terminar con él.

—Mira, ahora, ya va a comenzar la carrera... (mucha gente comenzaba a arremolinarse alrededor de ellos; los motores de las máquinas gruñían, mientras esperaban que al fin llegara el «alcalde», tal vez vestido con minifalda, un top de licra con la marca de una cervecera al frente, tacones de punta, paliacate rojo amarrado al pescuezo, para agitar las manos señalando el inicio, como la diva que siempre fue. Las máquinas una vez más lanzarían aceite por todas las zonas naturales de Baja California, arrastrando la vegetación, espantando a la fauna, y contaminándolo todo, mientras aquellos besadores de culos gringos cantan el aleluya de recibir más dólares), y no voy a perder mi tiempo contigo discutiendo estupideces. Tú siempre vas a ser mía.

Ten la llave, y déjate de pendejadas.

Martina lo ignoró, dándose la media vuelta dispuesta a irse; pero Hesiquio la jaló del codo. Fue cuando dos jóvenes mujeres que pasaban cerca de ellos se dieron cuenta e increparon al chico: ¡Déjala, no la jales!

Y una de ellas comenzó a gritar: ¡Maldito! ¡Este maldito nos está golpeando!

Hesiquio retrocedió, pero a su alrededor, como salidas del suelo, o caídas desde las alturas, se habían juntado decenas de mujeres y venías otras más para formar multitud. Eran las mujeres que hipnotizadas ya estaban ahí como formando parte del paisaje, como estatuas al lado de los hombres y sus carros, calladas y mustias, observando. Con el primer «¡Déjala!», despertaron del letargo, del hartazgo en que vivían sumidas.

Los motores seguían sonando. El alcalde Novelo Osuna taconeaba su presencia, rodeado de los mismos besaculos de siempre, pero fiel a su estilo, estaba dispuesto a las fotografías, no para resolver problemas sino para la portada, la mejor portada. Mujeres rodeando a un tipo, y los gritos que iban escalando, no eran material suficiente que debiera importarle, no al alcalde, sino sólo el poderío de los flashes, del encuadre en que los fotógrafos lo tenían complacido. A los que sí les importó el barullo del «macho rodeado» por tanta fémica, fue a los «machines» de los motores, que dejaron sus unidades para ir a rescatar a un hombre de su hermandad aceitosa.

Al leer la prensa de aquellos días, todavía me preguntó ¿para qué?

Las mujeres al verse señaladas por los dedos manchados de aceite, al mirarse una vez más acusadas por aquellos machos, perdieron los estribos, y los golpes comenzaron. Una de ellas extrajo una pistola tipo escuadra de su camioneta, y comenzaron los tiros. El alcalde corrió a esconderse, taco-

neando por toda la plaza del CEART. Sus lambiscones lo habían abandonado, típico. Martina asentó un golpe bien dado sobre aquel gilipollas, rompiéndole el tabique. Pobre hombre, no quedó nada de él.

Las mujeres, como hienas, se habían lanzado sobre aquel, enervadas por el ruido de los motores de los tipos que huían aterrorizados ante la cacería de ogros que se había desatado. Las mujeres ya estaban hartas, y el hartazgo escaló la furia hasta romper años de opresión y lavarse la culpa en la sangre y llanto de los hombres que lograban alcanzar.

No sólo fue Hesiquio la víctima; cuenta la leyenda que ahí quedaron más de 250 hombres. La matanza se alargó por horas. Mujeres de todos lados habían tomado toda Ensenada. Ahí bajo el puente peatonal de la UABC-Sauzal se habían creado barricadas, como en la avenida Reforma a la altura de Maneadero, o en la carretera sobre la salida a Ojos Negros. No había escapatoria. Si eras hombre debías quedarte en casa. Los altavoces lo fueron diciendo toda la tarde.

Aquel cobarde gringo, que se nutría de dólares por organizar cada año el ecocidio que tanto enfadaba a los silenciosos y poco resueltos ensenadenses, huyó despavorido por el arroyo Ensenada, y ahí fue cuando alcanzó al niño. El fotógrafo de El Mexicano captó el momento preciso en que asesinaba con su auto al pequeño. Decidieron que esa fuera la única foto que se publicara, y así le perdonaron la vida (hombre al fin) y lo protegieron para llevárselo a Tijuana sano y salvo. in god we trust.

Las mujeres dieron el golpe de autoridad ese día. Nadie supo más de Martina. A ciencia cierta nadie la recuerda del todo, porque en el evento no hubo liderazgos asumidos. Tal vez ni se llamara Martina. Todas somos Martina, era el grito. Martina, gran leyenda.

Había sido tan sólo una enorme catarsis que se había desatado y que había crecido y crecido en la matanza de los hombres que se atrevían a seguir por las calles. El alboroto fue calmándose al caer la noche. A eso de las 8.30 p.m. todo había terminado; las mujeres se habían lavado con el agua de la fuente danzante, muchas de ellas cargadas de adrenalina se metieron desnudas a la bahía, chapoteando unas contra otras, corriendo por las arenas de Playa Hermosa. Atrás quedaban los autos incendiados, los hoteles tomados, todo el griterío, todo el dolor, las lágrimas. Se trató de una matanza de hombres generalizada.

A las 9, se cuenta que el alcalde Marco Novelo ya se había quitado todo el maquillaje. Se enfundó con tristeza su pantalón caquí, salió de su escondite, y a los pocos personajes que aún estaban bajo su cargo, aquellos que no estuvieron a la hora de la matanza, y que volvían del sur profundo del municipio más grande de México, les dio orden de recoger todos los cadáveres. Fue ahí, en el cerro del Vigía, donde acumularon los cientos de muertos. Todos los autos fueron lanzados a los yonques de la avenida Sokolov. Dio orden para que nada apareciese en la prensa. Todos callaron por miedo e incredulidad. Las mujeres de Ensenada siempre habían sido fuertes, y ahora lo habían demostrado, ¿podríamos culparlas?

50 años han pasado. En su lecho de muerte, mi madre me ha contado esta historia. Su sonrisa era diabólica al relatarlo, y a ratos escupía algunas risas negras.

© Adán Echeverría

Adán Echeverría. Mérida, Yucatán, (1975). Doctor en Ciencias Marinas. Columnista en el Periódico impreso *El Vigía*, y en el portal cultural La Piraña (<https://piranhamx.club/>). Premio Estatal de Literatura Infantil Elvia Rodríguez Cirerol (2011), Nacional de Literatura y Artes Plásticas El Búho 2008 en poesía, Nacional de Poesía Tintanueva (2008), Nacional de Poesía *Rosario Castellanos*, (2007). Becario del FONCA, Jóvenes Creadores, en Novela (2005-2006). Ha publicado en poesía *El ropero del suicida* (2002), *Delirios de hombre ave* (2004), *Xenankó* (2005), *La sonrisa del insecto* (2008), *Tremévolo* (2009), *La confusión creciente de la alcantarilla* (2011), *En espera de la noche* (2015), *Trapacería y fiesta* (2017); los libros de cuentos *Fuga de memorias* (2006) y *Compañeros todos* (2015) y las novelas *Arena* (2009) y *Seremos tumba* (2011). En literatura infantil ha publicado *Las sombras de Fabián* (2014).

UNA RUBIA MIRANDO A CUALQUIER PARTE

por Juan José Sánchez González

Miré por la ventana de mi habitación. Caía la noche, otra larga noche fría de diciembre. Abajo, la maleza del descampado desaparecía bajo una creciente sombra gélida. Un muro de ladrillos lo cerraba y me ocultaba casi toda la calle, a excepción de la acera de enfrente. El amplio ventanal de una autoescuela estaba iluminado. Se intuía movimiento en su interior, gente sentada en mesas mirando hacia alguien o algo fuera del rectángulo abierto a la calle, cabezas que asentían o negaban, brazos que se alzaban o se adelantaban señalando algo, bocas que se abrían pronunciando palabras mudas... También la ventana de una casa, al lado, expulsaba su luz amarilla al exterior, pero era una luz quieta, sin vida, tamizada por una inmóvil cortina. La acera estaba vacía y barrida por el aire frío que hacía temblar una solitaria farola colgada de una fachada y que bañaba aquel trozo de calle con su estremecida luz incolora. Sobre los tejados el cielo crepuscular se coloreaba de morado sobre la helada soledad del pueblo.

Aquel día no había pasado nada, solo lo que cabía esperar y ahora solo me quedaba esperar a otro día en que debería pasar lo que cabía esperar. Estaba aburrido y triste y empezaba a pensar en qué sentido tenía todo lo que había hecho y lo que estaba haciendo si para lo que me había servido era para acabar solo en aquella modesta habitación de hostel, lejos de familia y amigos. Intentaba resistirme, pero no era capaz de quitarme ese pensamiento de la cabeza. La tele no bastaba, ni los libros que llevaba a todas partes y que a menudo funcionaban. Aquella vez no. Lo único que llenaba mi cabeza era la angustiada certeza de haberme equivocado en todo y de que nada tenía sentido. Es peligroso pensar así y estar solo y sentirse solo en mitad de ninguna parte.

En ese momento algo captó mi atención. Alguien caminaba por el trozo de acera que no ocultaba el muro de ladrillos. Era una figura alargada, envuelta en un estrecho abrigo blanco que le caía hasta por debajo de las rodillas. Tenía la cabeza cubierta por un coloreado gorro de lana con orejeras. Avanzaba despacio, con una rigidez que tenía algo de irreal, a un paso tan igual que parecía flotar. Cruzó el rectángulo amarillento de la ventana sin vida y bajo la farola temblorosa y se detuvo ante el animado ventanal de la autoescuela. Entonces giró la

En ese momento algo captó mi atención. Alguien caminaba por el trozo de acera que no ocultaba el muro de ladrillos.

cabeza, mostrándome su cara. En la distancia divisé una cara larga y estrecha y muy blanca en la que, sin embargo, destacaba la oscura intensidad de su mirada. Una orla de dorado pelo ondulado, atrapado por el gorro, enmarcaba aquel rostro. Miraba fijamente hacia el lado en el que yo estaba. No podía precisar qué miraba exactamente, el muro de ladrillos, la fachada lateral del hostel que se alzaba sobre el descampado, mi pequeña ventana iluminada... Intenté fijarme con más atención acercando mi rostro a la ventana. Sus ojos eran dos pequeñas sombras candentes. Entonces... pensé... me miraba a mí. Eso no hubiera tenido nada de particular si no hubiera sido por la singular intensidad de aquella mirada y su insistencia y... algo extrañamente familiar. «Joder», me dije asustado, retrocediendo hasta tropezar con la cama, en la que acabé sentado. Volví enseguida a la ventana. Seguía allí, mirando solitaria y erguida y con ese raro aire familiar en la vacía calle barrida por el viento. «No puede ser», me dije, sintiendo como se me erizaba la piel y el corazón se me desbocaba en el pecho, «de eso hace ya muchos años y ella ya no es así ni puede ser así».

Me negué a creerlo, pero por mucho que me esforzara no conseguía dejar de creerlo. Mientras, miraba como ella miraba. «Esto tiene que significar algo», escuché dentro de mí una voz que no solía escuchar a menudo, «algo tiene que decirte y para eso ha venido a través del tiempo y de la vida y hasta quizás de la muerte hasta este lugar en el que tan solo te sientes». Y tras un largo silencio en el que las otras voces que habitaban dentro de mí nada dijeron, ni siquiera la que más a menudo hablaba, el casi absoluto monólogo empeñado en hacerme dudar del sentido de lo que hacía, esa otra voz

tanto tiempo acallada añadió: «además, aquello pasó en diciembre, en aquella Navidad que nunca olvidarás, en aquella Navidad en que todo parecía ir bien y en que parecía que todo iría bien para siempre, aquella inolvidable Navidad con quince años». Y la voz continuaba más exaltada y segura sobre el silencio aterido de las demás voces mientras la seguía mirando y ella seguía mirando. «Tienes que ir, tienes que ir con ella... ha venido por ti desde aquella Navidad, desde aquel tiempo».

Temblando me calcé los zapatos y me coloqué un polar y salí corriendo de la habitación y bajé las escaleras y crucé ante el adormilado recepcionista al que no di tiempo a decir nada. Corrí por la calle hasta la esquina y la doblé y seguí junto al muro de ladrillos. Ella se había vuelto y había reanudado su lento y flotante caminar. Me detuve junto a la ventana de luz sin vida. Ella se alejaba bajo las incoloras luces de las farolas temblorosas. «Quiere llevarte a alguna parte, síguela». Solo que mis pies no obedecían. En ese momento un par de jóvenes salieron de la autoescuela y pasaron a mi lado mirándome con ojos curiosos, ocultándomela un momento. Cuando la volví a ver se alejaba por la calle que se estrechaba y se oscurecía y que más lejos aún se convertía en carretera y se perdía en la noche. «Síguela, síguela...»; «no seas gilipollas, solo era una rubia mirando una ventana», protestaba al fin la voz acostumbrada y casi única que me arrastraba por la vida dudando de todo. «No, no, es lo que llevabas tanto tiempo esperando, algo extraordinario, algo fantástico, algo capaz de sacarte de esta enfermiza atonía en la que vives enfangado desde hace ya tanto tiempo», se revelaba decidida la confiada voz de mi esperanza, a lo que mi escéptica voz solo sabía responder mascullando: «gilipolleces, solo gilipolleces».

Eché a correr tras ella... me atraía la ilusión, la posibilidad de que fuera real, de que algo de aquel tiempo volviese o me llevase o me revelase algo. Corrí, corrí... mis pasos rápidos resonaban en la calle vacía y ella debió escucharlos y se detuvo y se volvió y volvió a mirar con su mirada intensa y su aire familiar... y echó a correr también, en la misma dirección y sus pasos ya no eran tan iguales como para parecer que flotaban, sino torpes como si avanzase por un campo embarrado y con los pies atados y tampoco su figura era tan rígida y envarada como antes, sino encogida y hasta un poco ridícula y cuando casi le di alcance tropezó con el bordillo de la acera y rodó por el suelo. Acabó tendida con la cara hacia arriba, con las piernas aprisionadas por su largo y estrecho abrigo blanco, con el coloreado gorro de lana levantado de un lado, liberada parte de su larga melena rubia. Y desde el suelo me miraba con sus ojos azules y su mirada intensa y su boca que temblaba y que anunciaba un grito por el que no se decidía... pero ya no me resultaba familiar, sino levemente parecida, y por eso a su insistente mirada interrogante contesté: «solo eres una rubia mirando una ventana».

Me volví y regresé despacio. Supongo que desde el suelo o mientras se levantaba vería con ojos perplejos como me alejaba, preguntándose qué clase de loco era yo. Pero no me importaba porque también yo me preguntaba qué sentido tenía lo que acababa de hacer o más bien las razones por la que lo acababa de hacer o, mejor, qué sentido tenía confundir con una esperanza a una rubia mirando una ventana.

Al pasar junto al muro de ladrillos reparé en algo que, ciego de ilusión, no había visto antes. Sobre un caótico collage de fragmentos de carteles publicitarios pegados y arrancados, destacaba grande y chillón el anuncio de un concierto. Ya ni siquiera recuerdo de quién, solo me acuerdo del tono y las palabras con que la voz omnipresente que me hacía dudar de todo barrió definitivamente la tímida voz que me había hecho concebir una esperanza imposible: «y ni siquiera era una rubia mirando una ventana, era solo una rubia mirando el anuncio de un concierto, una rubia mirando a cualquier parte».

© Juan José Sánchez González

Juan José Sánchez González. Villafranca de los Barros (Badajoz), Doctor en Historia del Arte. Además de diversas publicaciones relacionadas con mi profesión, tengo publicados diversos relatos en las revistas literarias *Ariadna RC*, *Almiar*, *Narrativas*, *Relatos sin Contrato (RSC)* y *Pluma y Tintero*, además de en antologías como *El Vuelo de la Palabra*, *el cuento en Extremadura en 2015 y 2016*, en la *1ª y 2ª Antología de relato corto* publicada por Serial Ediciones y *Palabras Contadas* de La Fragua del Trovador.

HOJAS DE INVERNADERO

por Mónica Cristina Cena

El teléfono no paraba de sonar. Del otro lado de la habitación, atrás de la columna, Mariana intentaba controlarse. No era la primera vez que tenía un revólver en la mano, pero frente a Luis temblaba como una hoja.

Tiene un arma en la cintura, pensó. Lo adivinaba por la forma de su camisa.

¿Cómo carajo llegamos a esto?, se dijo casi llorando. Una sensación de frío y calor la desestabilizó.

—Mariana —dijo Luis—, tenemos que hablar.

—¡No tenemos nada de qué hablar! —le gritó desde atrás de la columna—. ¡Andate de mi casa!

—Mariana, podemos empezar de nuevo —insistió él—. Como aquel día.

—¿Empezar qué, estúpido? —le gritó—. ¡Nunca hubo nada! *Aquel día* no pasó nada —y sollozó.

Aquel día fue una tarde de invierno, en una de las clases de teatro que daba Mariana en el club de su barrio.

Recién salida del conservatorio, lo poco que cobraba allí le servía para mantenerse hasta conseguir algún papel de reparto. Preparaba pequeñas obras con un grupo de jóvenes que preferían el escenario antes que estar en una esquina tomando cerveza. Todos menos Luis. Él decía que tenía «verdadera vocación de actor».

—Hoy vamos a probar una obra nueva —había dicho Mariana aquella vez mientras les repartía las hojas del nuevo libreto—. Luis. —Miró al muchacho que estaba sentado separado del grupo—. Luis, ¿te gustaría ser el protagonista junto con Carla?

A Luis le brillaron los ojos, un chico que ha sacado la sortija en la calesita. No dudó en aceptar el ofrecimiento, a pesar de que su compañera se mostraba reacia a formar pareja con él. La pobre Carla buscaba por todos los medios sacarse al pibe de encima, pero Mariana insistía porque le gustaba la imagen que daban los dos juntos.

A Luis le brillaron los ojos, un chico que ha sacado la sortija en la calesita. No dudó en aceptar el ofrecimiento, a pesar de que su compañera se mostraba reacia a formar pareja con él.

Era una obra donde un grupo de jóvenes se divertía en un parque, y luego los protagonistas tenían una escena romántica en un invernadero.

Los actores fueron ensayando sus parlamentos con bastante fluidez; pero, cuando llegaba la parte de Luis y Carla, se perdía la magia.

—Carla, querida —dijo Mariana desde la butaca—, necesitamos más sentimiento. Imaginate: se aman, están solos en un invernadero refugiándose de la tormenta y aprovechan la situación, ¿entendés?

—No, Mariana —dijo Carla con fastidio—. No sé qué querés, ¿por qué no me lo mostrás?

A Mariana no le gustó el modo en que le habló la chica, pero igualmente le mostraría ella misma lo que esperaba ver en la escena.

—Carla —le dijo—, fijate: son dos enamorados. Debe haber miradas, manos. Actitud corporal que diga más que las palabras.

Fue un error. Como profesora, se había esmerado en actuar, mientras que Luis había vivido cada palabra.

La clase continuó como siempre: con el comentario de la obra y el aporte de cada uno para mejorarla. Todos participaron, menos Luis. Él permaneció en un rincón con la mirada fija en Mariana.

—¿Te sentís bien, Luis? —le preguntó ella. La ponía nerviosa esa mirada oscura y sin vida con la que la seguía a todas partes.

Él apenas respondió con un movimiento de cabeza. Ella sabía que el muchacho era un poco raro, pero nunca lo había visto así.

El grupo se fue retirando, mientras Mariana recogía sus cosas. Le quedaba ir al vestuario a ponerse el abrigo, ¡y jornada terminada!

Al pasar por el bar del club, se encontró con Luis.

Parecía que la esperaba.

Estaba en una mesa tomando una gaseosa. Lo vio sudoroso, temblando, con un gesto forzado, como risa contenida.

—¡Mariana! —le dijo cuando ella se acercó—. Vení, quiero hablar un minuto con vos.

—Tengo un ratito, contame —le dijo mientras se sentaba frente a él.

—Quería decirte que... —se detuvo. Parecía que se había arrepentido.

—¿Decirme, qué? —Lo animó con una sonrisa.

—Lo de hoy fue maravilloso. Me sentí... especial.

Estaba en una mesa tomando una gaseosa. Lo vio sudoroso, temblando, con un gesto forzado, como risa contenida.

Mariana lo miró con indulgencia.

—¡Bien! Significa que vas tomando confianza en vos mismo.

—Sí, sí —repetía mientras revolvía la Coca Cola con el sorbete—. Fue muy real. Sí: real.

—¡Eso, *Luchito*! No me aflojes, eh —le dijo mientras se levantaba y salía casi corriendo—. Me tengo que ir, estoy apurada.

Y se fue.

—¡Mariana! —oyó que él le gritaba—. La próxima te invito a una Coca.

Mariana apenas levantó la mano desde la vereda para saludarlo.

En la siguiente clase, Luis se mostró muy diferente. Había llegado bien peinado, perfumado y con una flor. Sus compañeros lo miraban y se codeaban tentados de risa, pero él no dio señales de que le importara.

El ensayo fue bastante complicado: distraídos, conversaban a los gritos en pequeños grupos. Todos menos Luis. Él estaba en un rincón, sentado, con la mirada fija en Mariana.

—¡Vamos a la escena del invernadero! —dijo ella luego de un rato de ensayo.

—Carla se fue, profe —dijo uno.

—Okey —dijo Mariana—. ¿Quién la reemplaza?

Ninguna compañera quiso ocupar el lugar de Carla.

—¿Nadie? —insistió Mariana—. Bien, lo dejamos para la próxima

La cara de Luis se transfiguró y, sin dar explicaciones, se fue del salón.

Cuando terminó la clase, Luis estaba esperándola en el bar del club. Tenía dos latitas de Coca en una mano.

—¡Mariana! —le gritó al verla.

—¿Qué te pasó, Lucho? —dijo acercándose.

—¡A vos qué te pasó! —le dijo él agarrándola de un brazo—. ¿Por qué suspendiste la escena del invernadero?

Mariana quiso ignorar la situación y seguir su camino. Él la retuvo apretando más el brazo.

—¿A qué tenés miedo, nena? —dijo Luis entre dientes, rozándole la mejilla con los labios.

—¡Pará, Luis! —dijo ella zafándose—. ¡No me podés hablar así! ¿Estás loco?

Hubo un incómodo silencio. Hasta la poca gente del bar quedó muda mirándolos.

—Es cierto..., perdoname —dijo Luis suplicante—. ¡Por favor, perdoname!

Mariana estaba confundida. Nunca hubiera imaginado esa actitud en él. Eso era lo que más la asustaba.

—No sé qué me pasó, Mari, si sos un ángel, sos divina. ¿Cómo te pude hablar así? —Le ofreció una latita—. ¿Me perdonás?

—Mirá, no tengo tiempo para sentarme a tomar nada. —Rechazó la latita—. Te agradezco.

Mariana tenía bronca. Ya bastante había soportado el descontrol de la clase. ¿Y ahora, esto?

—No importa —insistió Luis con una sonrisa—. Llévala y tomala por el camino. Dale..., aceptamela.

—Okey —dijo Mariana agarrando la Coca—. Te ruego que trates de controlarte. No me gustaría que perdamos la amistad.

Mariana lo dijo en tono de advertencia. Sin embargo, pareció que Luis había entendido otra cosa: se le iluminaron los ojos, y con una amplia sonrisa se le acercó al oído y le dijo:

—Te lo prometo: amigos para siempre.

Ya en su casa, Mariana le daba de comer a Misha, mientras intentaba descifrar lo que había vivido. Su gatita de angora no hacía más que refregarse entre sus piernas.

Este pibe está loco, pensaba. Y se miraba el brazo con miedo a que le salieran moretones. Eso la enojaba: ¿qué derecho tenía él para agarrarla de esa manera?

Prendió la estufa, la luz de la mesita ratona y se recostó en el sillón para relajarse un poco. Le dolía la cabeza. La situación con Luis le trajo recuerdos que creía sepultados.

Al rato, se levantó y vio el desastre que había dejado en la cocina.

Quizás limpiando un poco me distraiga, pensó.

—Quedate acá, Misha, no salgas —le dijo a su gatita.

La minina apenas la miró, pero a Mariana le bastó para no sentirse tan sola.

—Saco la basura y vuelvo.

El viento frío le mordió la espalda, y se arrepintió de no haberse puesto más abrigo.

—¡Mariana! —un grito desde las sombras la paralizó. Era Luis que lentamente fue saliendo a la luz con la estúpida flor en la mano.

—¿Qué hacés acá?

—Te olvidaste la flor en el salón.

*Prendió la estufa,
la luz de la mesita
ratona y se recostó
en el sillón para
relajarse un poco.
Le dolía la cabeza.*

—No me olvidé nada, era para ensayar, ¿o no?

—Era para vos, Mari.

—No, Luis, no —levantó la voz—. No quiero que me regales flores.

—Pero..., Mariana.

—¡No! —lo interrumpió—. No digas nada. Dejá las cosas así y no vengas si no te invito.

—¿Nos vemos la próxima? Necesito hablar con vos.

—Sí —dijo ella cerrando la puerta—. En la próxima hablamos.

Pero no habría tal próxima.

Una de las cosas que a Mariana le gustaba hacer era planificar minuciosamente las compras para la semana. Luego las ordenaba en la alacena por fecha de vencimiento.

Distraída, miraba una caja de cereales en un supermercado, cuando la voz de Luis la sobresaltó.

—¡Hola, Mariana! Qué casualidad, ¿no?

Mariana apenas respondió al saludo y empujó el carrito hacia la caja.

En el estacionamiento, acomodando las cosas en el baúl, vio a Luis acercarse a paso vivo.

—¿Te ayudo?

—¿Luis, por qué me estás siguiendo?

Desde el otro lado del parabrisas, Luis la miraba desafiante, con una mirada oscura. Mariana empezaba a conocer esa mirada.

—No, Mari, no te sigo. Somos amigos, ¿te acordás? Siempre estaremos juntos.

—Estás confundido —dijo Mariana subiéndose al auto—. Por favor, no me sigas más.

—¡Tenemos que hablar! —gritó Luis, y de un salto se puso delante del auto.

—Correte —dijo ella, poniendo primera.

—¿Mañana?

—Correte, o te paso por encima —gritó Mariana haciendo sonar el motor.

Desde el otro lado del parabrisas, Luis la miraba desafiante, con una mirada oscura. Mariana empezaba a conocer esa mirada.

Parecía que él no tenía intenciones de moverse, pero al final se hizo a un lado descargando toda su furia contra el capot.

Como una película sin fin, imágenes de una vieja historia volvían a Mariana. La vida con Jorge le había dejado marcas muy profundas. Heridas que, sentía, querían volver a abrirse.

Recordó cuando se conocieron con Jorge, lo amable y cariñoso que era. «Mi chiquita», solía decirle, y con esas dos palabras la hacía sentir protegida, amada. Quién hubiera dicho que todo cambiaría de un día para el otro.

—De príncipe azul a verdugo —dijo. Y rompió en llanto—. Hijo de puta.

Tenía mucha bronca. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano como si de esa manera pudiera borrarse la imagen de Jorge. Y sin pensarlo más, llamó al presidente del club para decirle que no iría a dar clases.

—Es por mañana nomás —le dijo como excusa—. Estoy engripada, nada grave.

Durante todo el día siguiente se sintió rara, no sabía por qué.

Y quedarse en casa a la hora de la clase, la hacía sentirse peor. Se sirvió una copa de vino, la buscó a Misha, y se acomodaron cerca de la estufa para ver una película. Pero decidió cobijarse cerca de la estufa, con Misha.

—¡Mariana! —el grito llegó desde la calle—. ¡Me mentiste, Mariana! —¿La llamarían a ella, a otra Mariana, o acaso el grito venía de su imaginación?—. Dijiste que íbamos a hablar y no viniste ¿Por qué me hiciste eso? ¡Soy tu amigo!

Mariana se asomó por la ventana y vio a Luis. Sí, era él en persona. Y apretaba algo en la mano: una piedra. Parecía que tenía intenciones de arrojarla contra su casa.

Inmediatamente llamó al 911.

Pero cuando llegó la Policía, Luis ya se había ido.

—¿Tengo que hacer la denuncia en la comisaría, oficial?

—No —contestó el policía sin mirarla—. No sufrió daños, no la amenazaron... Espere a ver qué más hace ese sujeto. A lo mejor estaba borracho, y mañana más fresco le pide disculpas. —Y mientras se subía al móvil, la aconsejó—. Cualquier cosa, vuelva a llamar.

Mariana quedó sola, en la vereda, mirando cómo se alejaba el patrullero.

No hicieron nada, pensó. ¿Qué esperaban, que me mate delante de ellos?

Me dejaron sola... ¿Y si vuelve?

Tengo que estar preparada por si viene otra vez. Rápidamente se encerró en su casa y verificó que todas las puertas y ventanas estuvieran bien pero bien cerradas.

Estuvo un rato con las luces apagadas, mirando desde la ventana de la cocina, esperando ver la silueta de Luis entre las sombras. Pero no apareció.

—Mejor me acuesto —dijo—. Vamos, Misha.

La minina era lo único bueno que podía rescatar de su vida con Jorge: se la había regalado él para su cumpleaños, y desde entonces fue la mimosa de la casa.

Mariana se asomó por la ventana y vio a Luis. Sí, era él en persona. Y apretaba algo en la mano: una piedra.

Se acurrucó en su cama ilusionada con que el ronroneo de su gatita la ayudaría a relajarse. Sin embargo, cuando por fin logró dormirse, volvió a tener aquel sueño recurrente que la había atormentado durante años: corría en un bosque, y un hombre sin rostro la perseguía. Ella tropezaba con unas raíces y caía al barro. Y en el momento en que él la alcanzaba, cuando iba a atraparla, ella despertaba sobresaltada. Nunca veía quién era él, pero esta vez estaba segura de que era Luis, podía reconocer su voz llamándola.

A las seis de la mañana, recibió un mensaje de texto de un número desconocido.

Siempre estaremos juntos

Era una frase de la escena del invernadero.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¿De dónde sacaste mi número?

Se levantó pensando en que tenía que hablar con alguien. ¿Pero, con quién? Tati, se dijo. Aunque después de lo de Jorge, su amiga se había distanciado un poco.

La llamaría de todos modos: era la única amiga que la comprendía, siempre había estado, incondicional, especialmente durante la separación de Jorge. Juntas podían encontrarle la solución a todo.

—¡Hola, Marianita! —dijo Tati cuando entró en la casa—. ¿Otra vez pachucha? —La abrazó—. ¿Y Misha? ¿Cómo está mi princesa?

Levantó a la gatita.

—Bueno... —dijo Mariana cruzándose de brazos—, parece que te quiere más a vos que a mí.

—No seas celosa. —Tati dejó a Misha en el suelo—. Dale, Mariana, hacete unos mates y me contás todo.

Fue una tarde de reencuentro, en la que Mariana recuperó la sonrisa.

Durante los días siguientes, trató de estar acompañada el mayor tiempo posible: o visitaba a Tati, o Tati venía a su casa.

Luis no había vuelto a aparecer.

Esa tarde fría y gris, Mariana no tenía ganas de salir. Así que le escribió un mensaje de texto a Tati para organizar algo divertido.

Te espero con unas pizzas y una peli? dale Tati

Lo releyó mientras le hacía mimos a Misha, y lo mandó.

Al rato, Tati la llamó al fijo.

—Uh, amiga, no te enojés: hoy no puedo ir. ¡Salgo con mi Superman!

—Está bien —dijo Mariana, tratando de disimular la decepción.

—No te enojás, ¿no?

—No, no, para nada.

—¿Por qué no vas a lo de...?

En los últimos días, Mariana se había acostumbrado a la presencia de Tati. Y ahora no sabía qué hacer con su soledad.

—... no te preocupes, Tati. Voy a estar bien.

—¿Seguro? —insistió su amiga—. Ahora me siento mal.

—Quedate tranquila —dijo ella riendo—. Parece que el cuco desapareció. Pasala lindo.

En los últimos días, Mariana se había acostumbrado a la presencia de Tati. Y ahora no sabía qué hacer con su soledad. Caminaba de un lado a otro de la casa como león enjaulado.

—¿Y si aparece Luis? —pensó en voz alta—. ¿Y si sabe que hoy estoy sola? Debe estar enojado. El otro día estaba furioso, me abolló todo el coche... Basura. Y dice que quiere hablar conmigo. ¿De qué quiere hablar? Así empiezan estos tipos... Así empezó Jorge. ¡Pero yo no quiero hablar con él! ¿Para qué? ¿Qué me va a decir? Se calentó conmigo, eso es. Y bueno, que se joda...

Estos tipos son peligrosos, tengo que tener cuidado. Son capaces de cualquier cosa, como Jorge.

—¡Basta, Mariana, basta! —gritó.

Respiró profundo.

—Tengo que pensar en otra cosa —dijo ya más calmada—, o me voy a volver loca.

Recordó que tenía una novela a medio leer. Le pareció buena idea aprovechar la noche para terminarla.

Me fumaría un pucho, pensó. Hacía años que no fumaba.

—¡Ma' sí! —dijo agarrando la billetera—. Uno, después de tanto tiempo, no me va a hacer nada.

En el quiosco se quedó un rato charlando con Ramiro que quería convencerla de que en vez de cigarrillos comprara caramelos. Lejos de conseguirlo, ella terminó comprando las dos cosas.

Cuando entró en su casa, escuchó un tintineo que le llamó la atención. Era Misha que se estaba rascando un collarcito rojo con un cascabel.

—¿Y ese collar, Misha? —le dijo mientras se lo sacaba y descubría que el cascabel tenía forma de corazón—. ¿Quién te puso este collar?

Mariana quedó un rato en silencio mirando el collarcito de la gata. Sintió frío, como si la estufa se hubiera apagado.

Se sentó en el sillón, puso la novela en la falda, agarró el teléfono y le mandó otro texto a Tati:

Gracias por el collarcito de Misha

Tati contestó en otro mensaje:

Que collar?

—Hijo de puta... —dijo Mariana entre dientes. Estaba furiosa y, sin darse cuenta, tiró la novela al suelo.

Paralizada, miró un papel que había caído del libro. Decía en enormes letras negras:

Siempre estaremos juntos

Le dio bronca, mucha bronca. Y miedo, un miedo que la ahogaba.

Lentamente, se levantó con el libro en las manos y lo guardó en la biblioteca, de donde agarró una caja y sacó el revólver que había sido de su padre.

Una corriente de aire le avisó qué ventana estaba abierta, y buscó un lugar seguro detrás de una columna.

El teléfono no paraba de sonar. Seguramente era Tati que había quedado intrigada con el mensaje de texto.

—¿No vas a contestar, Mariana? —oyó que decía Luis desde otro lado de la habitación.

—¡Andate de mi casa!

—Me voy a ir —dijo Luis llevando una mano a la cintura—, después que haga lo que tengo que hacer.

—¡Quedate quieto, hijo de puta! —dijo ella apuntándolo; apenas podía sostener el revólver.

Los recuerdos de Jorge y el martirio vivido junto a él la envolvían y no la dejaban respirar: las persecuciones, las amenazas telefónicas, las horas perdidas en la comisaría, los exámenes médicos, las humillaciones en el juzgado.

Los recuerdos de Jorge y el martirio vivido junto a él la envolvían y no la dejaban respirar: las persecuciones, las amenazas telefónicas, las horas perdidas en la comisaría, los exámenes médicos, las humillaciones en el juzgado. Uno a uno, los recuerdos volvían como piñas, como las que Jorge le metía porque sí.

Se miraron fijamente, con esas miradas oscuras y sin vida de quien ve sólo lo que hay en su cabeza. Miradas de serpientes calculando cada movimiento.

—Te doy la oportunidad de que te vayas, Jorge.

Luis le contestó con una sonrisa.

Mariana vio que él se acercaba lento. Y tuvo miedo.

Se sentó en un rincón y se cubrió la cabeza con las manos como tantas veces lo había hecho antes.

—Por favor, Jorge, no me pegues —dijo con un hilo de voz.

Luis, muy despacio, le sacó el arma de las manos. La dejó a un costado.

—No soy Jorge —dijo cubriéndola con los brazos—, soy Luis. Siempre estaremos juntos, Mariana. Y mientras yo esté a tu lado, él nunca volverá a golpearte. *Mi chiquita* —agregó acariciándola—. Estoy acá para cuidarte. —Mientras hablaba se llevaba la mano a la cintura.

Pero ella fue más rápida, y agarró su propio revólver.

—¡No te creo! —le dijo, y disparó tres veces.

Mariana entró en una crisis de llanto frente al cuerpo de Luis. El teléfono volvió a sonar.

Por reflejo, lo atendió. No podía pronunciar una palabra.

—Mariana —dijo Tati del otro lado—, oíme bien...

—Tati, Tati —dijo ella llorando.

—No hay tiempo para hablar —la interrumpió—. Lo vi a Jorge.

—¿Qué?

—¡Iba para tu casa! Tenés que irte. ¿Me oís? Corré, escondete. ¡No te quedes, Mariana, por favor, no te quedes! ¿Entendiste? Tenés que irte antes de que llegue Jorge... ¿Me oíste, Mariana? Mariana. ¡Mariana!

Mariana se dio cuenta de que no estaba sola, y soltó el teléfono.

© **Mónica Cristina Cena**

Mónica Cristina Cena nació en la provincia de Buenos Aires el 18 de mayo de 1959, y fue docente de Artística y Educación Primaria hasta 2011. Paralelamente, realizó distintos estudios relacionados con las letras: Lic. Comunicación Social, Periodismo, Redacción y corrección de textos. Como dramaturga, sus piezas teatrales fueron llevadas a escena por el Grupo Candilejas. Como cuentista, sus ficciones fueron publicadas en sus blogs personales y en periódicos locales. Hoy se presenta en las librerías con su obra *Desde el rincón de la araña*, una compilación de treinta y nueve de sus mejores cuentos y microcuentos, mientras prepara la salida de su primera novela policial *La manzana*.

UNA HISTORIA BANAL

por Ramón Araiza Quiroz

Las farolas iluminan solamente parte de la calle. La mayoría están fundidas y a nadie parece interesarle cambiarlas. La luz quizá no ha sido indispensable en este rumbo del pueblo. En una panadería de esta oscura arteria, hace tiempo, uno compraba los panecillos más deliciosos jamás imaginados. En esta misma tienda se desarrolló la historia que relataré, o por lo menos parte de ella, y que la verdad no tiene mucho caso recordar por ello es banal. Sin embargo, se perderá si no se deja por escrito. Hay historias que así son: no tienen caso revelarlas, no tienen relevancia, pero tratamos de hacerlas llegar a oídos de otros como si nos pidieran platicar de algo inventado. Eso mismo haré. Inventaré los hechos porque hay muchas cosas ya de las que no tengo memoria.

En fin, la panadería fue fundada en 1938, año en que al pueblo vinieron los extranjeros. Habían llegado de Italia y nunca supimos a qué vinieron. Compraron varias casas y se instalaron con sus cosas y sus hijos. El idioma no fue problema para ellos, pronto se adaptaron al español y lo hablaron como los de aquí. Entre todos los que llegaron construyeron una parte del pueblo, quizá a eso habían venido. Lo edificaron en silencio. La gente pasaba por los lugares y sólo se escuchaban ruidos de trabajo: martillazos, golpeteos de tablas y lozas. El pueblito lucía bien. Tuvo años de esplendor. Ahora algunos habitantes como yo sólo buscamos el calor de las reflexiones y del pasado.

Ahí en la panadería se podía uno encontrar al pueblo entero. Las jovencitas seleccionaban pan para la merienda, los niños compraban una pieza para el camino a casa o a la escuela, las señoras hacían compras mayores para la cena o el desayuno. Así iba la vida aquí, con la facilidad y la felicidad que proporcionan las tierras chicas. La gente se deseaba felices fiestas o preguntaban por algún miembro de la familia. No hay más qué decir de esta panadería, en aquellos años, pronto hablaré de su presente. Quizá lo único que se podría agregar es que era atendida amablemente por una persona que hablaba poco y vendía mucho.

Enfrente de la panadería había un comedor para los lugareños, para los pocos visitantes o los comerciantes que iban de paso. El pueblo no está cerca de alguna carretera importante.

Enfrente de la panadería había un comedor para los lugareños, para los pocos visitantes o los comerciantes que iban de paso. El pueblo no está cerca de alguna carretera importante. Para llegar aquí se tiene que tomar una desviación, luego otra y otra más. Toma más de cincuenta minutos hacer este recorrido; tiempo que se consume entre la naturaleza de un paisaje abundante en árboles de todos tamaños. El comedor, como le llamaré, fue testigo de muchas pláticas, de infinidad de planes que quizá nunca se llevaron a cabo y de brindis entre amigos y hasta de discusiones mayores. También este comedor daba entrada a vendedores para ofrecer cigarrillos a los comensales. El olor a vicio allí era fuerte. El juego tenía su espacio en una habitación acondicionada para que la baraja y el dominó convivieran con las monedas y billetes que se intercambiaban, que se perdían y se ganaban. Aquí se quedaron muchas ilusiones, se perdieron ranchos, vacas y hasta una que otra vida; el juego es implacable y los vicios son más.

Al lado de este comedor vivía un extranjero pelirrojo que jamás tuvo la delicadeza de decir buenos días, buenas tardes, buenas noches. No platicaba con nadie. Su vida siempre fue un verdadero misterio. Se le veía muy de vez en cuando. Se guardaba tras la puerta de su casa y nadie tenía acceso a su vida. No imagino el interior de su casa, mucho menos el interior de su vida.

A unas dos o tres casas de ahí vivía una señora a la que todos le compraban pollo y carne. Sus ventas eran increíblemente altas y, aunque tenía dinero para viajar, jamás la vi salir del pueblito. La prosperidad, al menos de esta calle, llegó a su fin cuando el panadero decidió cerrar. Sin más, se fue. Cerró sin dar explicaciones verbales, tampoco colocó algún letrero con un adiós. Sólo se retiró. La historia que

como dije al principio se desarrolló aquí en la panadería más bien pienso que terminó aquí. El pueblito empezaba a hacer su historia, realmente iba bien, pero quizá la panadería era el centro de la vida. No lo sé. Todo es tan misterioso. Tantas vidas, tantas pláticas se quedaron atrapadas en ese sitio. No quiero decir que las personas se quedaron, no, no, la panadería cerró y cerró bien, había candados. No hubo jamás escándalos o robos. No había justificación para cerrarla. Ningún motivo. En verdad se cerró porque se cerró y ya, punto. Y con ese hecho se vino abajo la calle, por lo menos para mí. No sé cómo sucedió tan rápido pero así fue. La historia de este relato inicia ahí en la panadería, esa es la sensación que tengo y a la vez termina ahí mismo entre el azúcar de los panes y la harina. A veces pienso que tal vez más bien ahí renació, quizá fue al revés. Todo esto me confunde tanto.

Ahora hablaré del presente y el futuro de este lugar. Lo que imagino, lo que he visto y lo que yo haré.

Saben, las farolas jamás funcionarán como cuando nuevas. El sitio nunca recuperará su vida, a menos que a alguien se le ocurra abrir una panadería, eso es lo que pienso. Quizá a alguien le interese saber más de este lugar o tal vez a alguien le dé por venir a reparar las farolas. La tranquilidad no se ha ido. Los habitantes siguen aquí. Se ve algo abandonada esta calle pero lo demás del pueblo está bien. Aunque debo admitir que el esplendor sinceramente se lo daba la callada persona que atendía la panadería. Espero algún día regrese.

En la actualidad la gente se sienta en el quicio de la panadería a recordar, a platicar del pan o de lo que veían desde la panadería. Hablan del pelirrojo y de la señora del pollo y la carne. Diariamente llegan a expresar lo que sus mentes guardan: los recuerdos que tienen y las fotografías de la calle oscura. Algunos traen sus sillas y se sientan, a veces en silencio, a contemplar la cortina de la panadería. Leen el letrero una y otra vez: P-A-N-A-D-E-R-Í-A y ven sus candados inviolables. Nunca pensé que un lugar cerrado pudiera ser tan importante. Jamás había visto las farolas tan tristes y la calle tan desolada a pesar de que diariamente se reúne la gente. Sin embargo, hay algo que me llama la atención. Cuando llueve, el agua que corre por esta calle no es normal. Se ve diferente. Corre distinto. Me sorprende ver a la gente bebiendo de ella. La toman como si estuviera fresca y fuera cristalina. Hasta traen sus vasos para llevar a sus casas esa agua de lluvia. También me sorprende ver que la cortina de fierro de la panadería y su letrero parecen ser invencibles. Lucen siempre bien. La lluvia sucia que cae en esta calle, y sólo en esta calle, no parece hacerle nada a la vieja panadería. Cada vez tengo más tentación de probar esa agua.

Anoche escuché decir a una jovencita lo bien que se ha sentido desde que bebe el agua de la lluvia sucia en la calle de las farolas casi sin luz. Ella es de 1923 y la verdad luce muy bien para ser ahora el año 2018, como todos los demás, tan joviales siempre. Nunca he visto a un anciano aquí. Ya son muchos los jóvenes que se reúnen en la panadería los que me han insistido que beba del agua de la lluvia sucia, pero me han pedido que lo haga hasta que toque la tierra, que la coloque en un vaso. *No abra la boca para que le caiga la lluvia*, me han dicho.

Desde hace unos días he notado mis manos más temblorosas y las he visto más ancianas. Apenas pudieron sostener el bolígrafo con el que he escrito esta historia. He visto las manchas en mis manos, las venas saltadas y los dedos largos y huesudos. No tengo un espejo, pero por lo que me han dicho el resto de mí debe de verse bastante mal. Quisiera continuar este relato, pero ya casi es hora de ir con los chicos para platicar sobre el pasado, sobre los años en que la panadería abría sus puertas. Hoy anuncian que lloverá intensamente. Mi vaso está listo para recoger el agua de la lluvia que caerá sobre el terregal en la calle de las farolas que ya casi no iluminan. O quizá son mis ojos los que ya no alcanzan a ver aquello que los chicos me platican de este sitio que constantemente lo llaman ciudad.

© Ramón Araiza Quiroz

Ramón Araiza Quiroz. Escritor mexicano. Su página es www.ramonaraiza.com. También lo encuentras en [facebook.com/ramonaraizaquiroz](https://www.facebook.com/ramonaraizaquiroz). Este relato fue seleccionado para formar parte de una antología.

EL TESORO

por Daniel Romero Vargas

Tendría que vencer al cansancio. Debería olvidar que mi carne es humana y que puede sucumbir al dolor. Debería surcar estos terrenos como si fuera una de las lanzas luminosas con que el cielo descarga su ira. Mi paso habría de igualarse al viento que azota a fortalezas y sembrados, porque en mi horizonte se van perfilando las escaleras del reino de la eternidad. Sus peldaños se me aparecen teñidos por el incorruptible rojo de la sangre de los héroes, y se yerguen, con orgullo, pues son el tapiz por donde transcurre el Espíritu Celestial. Hacia allí corro ahora, llevando entre mis manos el gran tesoro, al que protegeré del ultraje de los extranjeros.

Llevo la escritura de mi civilización, que los invasores pretenden conquistar y destruir, para afianzar su particular filosofía de la divinidad. Quizá ahora yo sea el único sobreviviente de mi pueblo. Se me dijo correr sin mirar atrás, porque el horror, como una espiral hediente, sería un espectáculo insoportable. Nuestros invasores son crueles y han sometido a sus vecinos perpetrando matanzas y humillaciones. Sus huestes destruyen cosechas y devastan las construcciones, incluidos los acueductos, cementerios y bibliotecas. Ellos no permiten que florezcan las artes y odian el progreso de las ciencias. Pero, por sobre todo, reservan un especial sentimiento destructivo contra la escritura. Los pueblos que la alcanzaban, humanizando así el pensamiento, han sido arrasados. Las crónicas de la historia se han conservado en las mentes, pero todo, tarde o temprano, deriva hacia el olvido, y la tendencia natural es modificar los recuerdos.

Conscientes de esto, los invasores pretenden borrarlos de la historia. Nuestra escritura representa, más que un cuestionamiento, un peligro para la evolución de su sociedad, cuya divinidad se basa en las armas. Son, uniendo a sus hordas con su poderoso armamento, como una gran ave de rapiña de garras y pico aniquiladores. Y como tal invadieron nuestros territorios y asediaron nuestras ciudades hasta someterlas. Degollaron a los ancianos sabios y, en ritos extraños, sacrificaron a mujeres y niños. Los pocos líderes nuestros que no huyeron y pretendieron negociar la paz, hallaron la muerte. El último reducto de nuestro gobierno cayó esta mañana y entró en el vértigo del horror extranjero. Yo, habitante de la periferia, huí hacia los bosques. Allí encontré a los sacerdotes ancianos que, por alguna razón, me encomendaron la protección del tesoro.

Llevo la escritura de mi civilización, que los invasores pretenden conquistar y destruir, para afianzar su particular filosofía de la divinidad.

Las tablillas en las que se fijan nuestras claves de pensamiento parecieron entonces arder como ahora, cuando presiento que mi pueblo ya ha sido exterminado. Lo irónico que a mí, el más cobarde de la ciudad, se me haya encomendado semejante misión. Como parte de una saga que alguien escribirá en el futuro, corro ahora por los bosques próximos a las montañas, luchando aún por que el frenesí del supuesto heroísmo no me abandone. Mi sentido de orientación es nulo, por lo que no puedo ubicar el santuario donde debo depositar las tablillas. Hay señales camufladas (el santuario es inaccesible para los profanos), pero no puedo detectarlas, como tampoco puedo distinguir una piedra volcánica de un guijarro ni una hoja señalizada de una hoja carcomida por el hongo. De pronto tengo la sensación de correr por correr, como efecto de la desesperación, y apenas percibo que la geografía ha cambiado: ingreso, sofocado, en una hondonada que se eleva hacia el cielo como un tubo transmisor de las sensaciones terrenas. Me convengo de que soy vulgarmente imperfecto y de que el destino me ha colocado en una cámara de suplicios. Miles de ideas empiezan, abruptamente, a horadarme la mente, y me reconozco incapaz de extraer el sentido de alguna de ellas porque todas se atropellan sin cesar. Algo intenta revelármese, y no me queda más sino envidiar la perfección que, decían en la ciudad, ha alcanzado nuestra escritura. Con ella se afirmaba que se aprende a comunicarse con el Espíritu Celestial; a entender, en consecuencia, sus designios y sus razones. Dirijo

entonces mi mirada al cielo, como en un acto de postración, e identifico el vuelo ominoso de los buitres, picoteando incansablemente el alma de mi pueblo. Me detengo, creo, o quizá lleve mucho tiempo detenido. Arriba, los buitres siguen desplegando una densa sombra, como si tejieran pacientemente un envoltorio para asfixiarme. He trajinado de tal modo que me duele hasta el menor músculo del cuerpo. Tengo encima a la intranquilidad, y siento como si mi pasado y mi futuro fueran un tumor a punto de reventar. Al mismo tiempo, me parece que los próximos pasos me conducirán a un abismo de donde no podré retornar.

Tal vez sea éste el martirio que, según la leyenda, sufren los iniciados en los secretos del santuario. Pero estoy perdido. Todos los elementos me han seguido —los buitres, las zarzas, el polvo, el aire cargado de olores— y, sin embargo, me he desprendido de la amenaza de los invasores. Quizá hasta se haya difuminado la idea del exterminio de mi gente, como si la lejanía pudiera forzar olvidos. Jadeando, caigo de bruces, y poco parece importarme no tener las tablillas, que debieron perderse en uno de los traspiés que di durante mi trayecto.

Por primera vez experimento el llamado reencuentro con el propio espíritu, y hasta se me hace intrascendente el olor de la sangre vertida por los sacerdotes, en su suicidio. Solo pienso que la escritura poco representó para mí. Yo era un rústico alfarero de la periferia pobre, y mi uso de la escritura se había circunscrito a dos solitarios rasgos que representaban el nombre de mi pueblo en mis cerámicas. Ignoro todo lo demás; no llego a intuir los misterios que han de generarse tras la escritura. Me obligo a preguntarme si se justificaban mis esfuerzos por proteger a las tablillas. Por alguna razón revivo la expresión de horror de los sacerdotes al entregármelas. Aquel horror se me reinterpreta como su horror a desligarse de algo a lo que nadie, excepto ellos, debía acceder. Intensamente, recuerdo la mirada que me dieron, exactamente la que se concede a un ladrón. Casi besando la tierra, me dejo invadir por un goce desconocido hasta ahora: he ascendido a ladrón de la propiedad de dios. De ese dios que abruptamente se presenta tan distinto al mío. De ese dios oficial sobre el que se han urdido mitos intrincados y que no puede coexistir más con el mío. Hago mío el sentimiento de orgullo y río. «Por lo tanto —me digo—, he de renegar de mi pueblo, hasta el punto de menospreciar el valor del tesoro.» Concibo así que las grandes verdades no precisan de intermediarios. He allí la falla de la escritura. Hundo mis dedos en la tierra, preguntándome: ¿Qué clase de historia registrarían quienes poseían el conocimiento de la escritura? ¿Acaso no cederían a la tentación de crear una verdad vertical? ¿Es la escritura el pretexto mítico para conservar el poder de la forma más sutil y perfecta, es decir, reprimiendo la voluntad de los sometidos? Pretendo incorporarme, pero mis fuerzas no son suficientes y caigo. De cara al cielo, observo el mismo tejido lento de los buitres. Me digo que celebraría, gozoso, el advenimiento de millones de extinciones de pueblos. Los invasores no parecen peores que nuestros gobernantes. Debo descender a la ciudad, entregarme a los asesinos y decirles que la escritura es una farsa. Les besaré los pies, me uniré a sus ejércitos y arrasaré con los restantes pueblos del mundo.

© Daniel Romero Vargas

Daniel Romero Vargas. Peruano. Traductor e intérprete. Actualmente docente en la Universidad del Pacífico de Lima. Lector de diversas formas de literatura y admirador del buen cine.

EL CUADERNO

por Ivanna Zambrano Ayala

Retumbó un trueno. La niña miraba al hombre que la observaba de manera amenazante en el pasillo.

Ella tenía los ojos desorbitados, rojos como la cólera. Él trataba de arredrarla, mas no lo lograba. Entonces le gritó.

Rugió el cielo oscuro nuevamente. La joven víctima se alzó.

—¡Serpiente!

Todo sucedió rápido. La jovencita intentó asestarle algunos golpes, pero falló. El cabello amarrado se soltó y cayó cual cascada de granos de café. El enemigo la tumbó al suelo como a una criminal. Su impotencia se transformó en sabia que se escurrió por las ventanas caobas de su alma.

Un trueno más.

Terminó encerrada en su habitación. Se miró en el espejo del tocador. Contempló el desastre, melena despeinada y ojos que escupían fuego.

No había escapatoria, eso resonó como un eco siniestro dentro de las paredes del dormitorio.

Advirtió que su reflejo sonrió.

—No hay escapatoria.

La tormenta se hizo más intensa. Un relámpago iluminó las alturas.

Tomó un frasco de perfume y lo arrojó contra el cristal, que estalló en miles de pedazos cortantes. Se sentó en la cama vestida de blanco.

Volteó la cabeza y observó una mesita que estaba atiborrada de libros. Admiró el cuaderno amarillo que se hallaba encima de todos ellos. Lo miró largamente como si fuera una especie de salvación. Tenía que hacerlo...

Permaneció así hasta que se sintió lista. Le contaría todo a su amigo cubierto de esperanza dorada. Buscó un lápiz.

Retumbó otro trueno.

© Ivanna Zambrano Ayala

Ivanna Zambrano Ayala (Caracas, Venezuela, 1997). Cursa estudios en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Ha colaborado en la revista digital Letralia, Tierra de Letras (Venezuela), en el blog de escritura Cafetera de Letras (Chile), y en la revista literario-artística Pluma y Tintero (España).

**«SI ELLOS PARA NACER NECESITAN LA MUERTE
NUESTRA; NOSOTROS PARA VIVIR REQUERIMOS
QUE ELLOS NO NAZCAN».**

(LA CASCARAÑA. Sexta Parte)

por Edgardo Hernández Mejía

El cielo nunca se había visto tan intensamente azul y radiante, en San Juan de la Maguana, como lució aquel inolvidable veintisiete de enero.

La totalidad de los alrededores del alto monumento en forma de arco, construido en la entrada del pueblo, fue masivamente ocupado por los airados manifestantes que protestaron por la recomendación del Ministro de Energía y Minas para que el Estado Dominicano conceda a la empresa Gold Quest la explotación del yacimiento minero de Hondo Valle de la Provincia San Juan, en la parte Sur de la Cordillera Central.

El argumento de quienes protestaron entonces fue contundente y persuasivo: elegir entre las opciones de la prosperidad personal de los integrantes de un sector gubernamental, mediante la contratación de la referida empresa minera de capital privado Suizo, Canadiense e Inglés, o la supervivencia de los predios agrícolas sanjuaneros y la preservación de las fuentes de agua de toda la región Sur del país.

El coro ensordecedor de las masas, repetían una y otra vez: «El agua es un tesoro y vale más que el oro... Agua sí, oro no... La agricultura es comida y el oro es nuestra ruina». Consignas que llenaron todos los espacios durante las largas horas de aquella mañana de invierno.

El día siguiente, domingo veintiocho, parte de aquellos manifestantes se presentaron a la Taberna *La Cascaraña*, a fin de confrontar a los promotores de la explotación minera, quienes se encontraban reunidos en aquel lugar. Logrando así un debate que puso al descubierto las verdaderas intenciones y propósitos de las personas y sectores empeñados en impulsar el proyecto minero en cuestión.

Desde la caída de la luz del sol abrió sus puertas *La Cascaraña*, famoso lugar de expendio de ron añejo, vino tinto y cerveza rubia, donde el bajo volumen de la música siempre posibilita disfrutar su agradable ambiente.

El día siguiente, domingo veintiocho, parte de aquellos manifestantes se presentaron a la Taberna La Cascaraña, a fin de confrontar a los promotores de la explotación minera, quienes se encontraban reunidos en aquel lugar.

En el salón más amplio de aquella taberna se destacaban cinco largas mesas sin mantel; siendo ocupada la menos iluminada de ellas por dos funcionarios gubernamentales, tres ingenieros civiles, un técnico minero de nacionalidad española y un ejecutivo bancario.

En torno a las cuatro restantes mesas del gran salón, se fueron sentando de manera espontánea y no planificada, diversos participantes de la ruidosa manifestación popular del día anterior.

Al marcar las manecillas del reloj las nueve y treinta de la noche, se puso de pie uno de los ocupantes de las mesas de los contestatarios que llenaron aquel conocido lugar, quien dijo llamarse Lucas, y se autodefinió como agricultor de los pies a la cabeza, las veinticuatro horas del día. Éste expresó con muy alto tono de voz que indudablemente para poder nacer una élite económica fundada en los recursos derivados de la extracción del oro, se necesitaría deforestar, agotar las aguas y contaminar el ambiente de la zona del Valle de San Juan; con lo cual desaparecería el denominado «granero del

Sur», puesto que se exterminarían los cultivos de sanos frutos que hoy hacen que sean productivas esas tierras.

Al parecer, uno de los ingenieros de la mesa con menos luz interpretó que las palabras pronunciadas por Lucas constituían una provocación. Razón por la que se puso de pie y con tono de voz alto, pero amigable, expuso con firmeza que la empresa Gold Quest practica, a nivel mundial, el sistema de la minería responsable, el cual no permite ocasionar daños a la agricultura ni contaminar las aguas, la tierra ni el medio ambiente. Agregando que las poblaciones donde existen minas, si éstas se explotan, pasan a ser muy desarrolladas y prósperas.

En aquel momento tomó la palabra Tarquino, un dirigente del sector agrario, quien llamó a sus compañeros a ponerse de pie. Éste manifestó que ese gran desarrollo y esa prosperidad que mencionó el ingeniero no serían para beneficio de ellos, sino para la empresa minera extranjera, así como para un sector del gobierno y para una nueva élite económica que surgiría con la desaparición de los pequeños y los medianos productores agrícolas sanjuaneros. Como consecuencia de estas palabras se inició un estruendoso palmeteo y la pronunciación de la muy conocida consigna: «Agua sí, oro no... La agricultura es comida y el oro es nuestra ruina».

Entonces levantó la mano pidiendo hacer uso de la palabra, el joven técnico español, quien cubría su cabeza con una gorra color rojo, alusiva a un equipo de beisbol norteamericano; pero éste condicionó explicar el tema de la explotación minera, desde el punto de vista científico, a que se apaciguaran los ánimos y se observara silencio.

Sostuvo el técnico extranjero que la mencionada empresa no utilizaría materiales químicos para la extracción del oro, sino que únicamente usaría aceite, el cual no es contaminante.

A pesar de que el bullicio del público no cesó completamente, el joven profesional español inició su exposición, asegurando en primer lugar que la empresa Gold Quest no emplearía cianuro ni mercurio en la explotación de la mina de oro de San Juan, por lo que no se contaminarían las aguas de los ríos San Juan y La Guama, y por consiguiente no se afectarían las fuentes acuíferas de la Presa de Sabaneta de aquella región.

Sostuvo el técnico extranjero que la mencionada empresa no utilizaría materiales químicos para la extracción del oro, sino que únicamente usaría aceite, el cual no es contaminante. Añadió que el sistema que se implementaría sería el de la construcción de un túnel vertical, con

una profundidad de doscientos metros, aproximadamente, al que se le instalaría un ascensor especial. Concluyendo con la aseveración de que la explotación de oro que harían ellos no sería por medio del sistema denominado «de cielo abierto», y por tanto no se arruinaría la agricultura, porque los explosivos sólo se aplicarían en la profundidad de los suelos. Además, sostuvo el referido técnico minero, que la empresa extractora de oro no consumiría agua de los ríos ni de los manantiales de la zona, sino agua de lluvia.

Luego de algunos minutos de diálogo anárquico y voces simultáneas, logró la atención de los presentes Don Colombino. Este mediano productor de habichuelas, maíz y arroz, ripostó la afirmación hecha por el técnico extranjero, argumentando que la Academia de Ciencias de la República Dominicana ha sostenido que la explotación de la mina denominada «Romero» sí contaminaría las aguas y el ambiente de toda la región Sur del país, y que de captarse y desviarse en las montañas el agua de lluvia, se mermaría considerablemente el caudal de los ríos de toda aquella región. Finalmente resaltó que el gobierno central engavetó el proyecto de construcción de la necesaria y muy anhelada carretera Cibao-Sur, alegando que para la ejecución de aquella obra se necesitaría talar muchos árboles, lo cual resultaría inaceptable; sin embargo, ahora ese mismo gobierno auspicia y promueve la explotación de la mina de Hondo Valle, con cuya materialización no sólo se talarían muchos árboles, sino que también se agotarían y se contaminarían los principales ríos de esta empobrecida zona.

La intervención de Don Colombino produjo un entusiasmo de tal magnitud, que los aplausos se extendieron durante más de diez minutos.

Ya los comensales de la larga mesa de menos iluminación empezaban a retirarse de la muy concurrida taberna, cuando uno de los funcionarios del gobierno que se encontraba en el grupo decidió

dirigirse al público allí presente. Éste pidió silencio y manifestó con actitud amigable que el sector oficial ya tiene redactado un proyecto de ley que regularía el uso e inversión de los recursos producidos por la minería, para asegurar que éstos se destinen a programas que desarrollen y protejan a las comunidades donde se encuentran ubicados los yacimientos de oro o de cualquier otro metal precioso que se extraiga del subsuelo. Finalizando sus palabras este emisario del oficialismo, dando seguridad a los congregados en aquel lugar, de que se va a terminar la práctica tradicional de nuestro país, de actuar con irresponsabilidad y carencia de justicia con el dinero producto de la extracción de metales, ya que esa manera de actuar afecta la legitimidad y la confianza en los emprendimientos vinculados a la explotación minera...

Cuando este funcionario gubernamental se disponía a abandonar el amplio salón central de *La Cascaraña*, junto a sus acompañantes, un agricultor que dijo ser apellido Checo, pidió al referido promotor de la extracción del oro de San Juan y a los demás ocupantes de la mesa con menor grado de iluminación, que aguardaran unos minutos para que tuvieran oportunidad de escuchar una muy breve lectura que realizaría en alta voz. Checo, inmediatamente el grupo detuvo la marcha, sacó del bolsillo de la camisa que vestía, un recorte de periódico con la noticia de lo declarado sobre la citada explotación minera por el Obispo de San Juan de la Maguana. Bastó con leer el titular alusivo al rechazo de Monseñor Grullón al proyecto minero, para que se produjera una extremada algarabía que se extendió durante varios minutos. Luego el agricultor expresó que la Diócesis de San Juan, por medio de un documento, ha propuesto un plan alternativo de tres puntos, el cual cerraría cualquier posibilidad de concesión minera en aquella región; enfatizando que las sugerencias de la iglesia católica, las que recibieron el respaldo de la Unión de Iglesias Evangélicas, son: el reforzamiento de la agricultura y la ganadería en la zona del Valle de San Juan; también la promoción de San Juan de la Maguana como destino ecoturístico, de gran riqueza boscosa y cultural; así como la implementación de un efectivo programa de reforestación en esta extensa provincia del Suroeste del país.

Todo lo cual, según sostuvo Checo, se podría lograr con el auspicio del gobierno central y con aportaciones provenientes de un porcentaje de los recursos producidos por la central hidroeléctrica de Sabaneta.

De inmediato se reinició con enorme entusiasmo colectivo, la entonación estridente de las consignas: «Agua sí, oro no... El agua es un tesoro y vale más que el oro... La agricultura es comida y el oro es nuestra ruina... Agua sí, oro no...»

El bullicio no cesó hasta después de transcurrir alrededor de treinta minutos de la veloz partida del grupo de la mesa de menos luz en *La Cascaraña*. Al calmarse los ánimos en aquel abarrotado lugar, Don Colombino dijo entre dientes: «Si ellos para nacer necesitan la muerte nuestra; nosotros para vivir requerimos que ellos no nazcan».

© Edgardo Hernández Mejía

Edgardo Hernández Mejía nació en Santo Domingo, República Dominicana. Es Abogado, escritor e investigador de temas históricos. Actualmente es miembro de la Corte Suprema de la República Dominicana, Profesor de la Pontificia Universidad Madre y Maestra, miembro colaborador de la Academia Dominicana de la Historia y miembro de número del Instituto Duarte. Dentro de sus obras más conocidas se encuentran: *A Partir de Nuestros Designios*; *El Contenido de la Patria*; *El Arte Durante la Guerra de Abril*; *La Vida en Marcha*; *Choque de Luces*; *Liborio entre Flores y Fuego*; *El Día que Quitaron la Frontera y Nochebuena en Santo Domingo Viejo*. Dentro del campo jurídico ha publicado seis libros sobre temas de Criminología, Derecho Inmobiliario y Jurisprudencia. Correo electrónico: edgarhernandezm@hotmail.com.

TRES RELATOS

por Carlos Llaza

DANIELA MORGAN

Daniela y yo estábamos camino a su casa en Challapampa, donde sus padres nos esperaban para una tarde de carnes y vinos. En aquel entonces, apenas teníamos un mes juntos. A sus padres los conocía sólo de vista y la idea de pasar toda una tarde con ellos me aterrorizaba. Yo crecí en José Luis Bustamante y Rivero y en mi barrio nunca existieron casas como en la que ellos vivían. Tampoco había gente que hablase o se vistiese como ellos. Nosotros éramos simples. Gente menuda.

«Tranquilo, amor». Daniela aceleró y, sin mirar, cambió de carril para sobrepasar un auto. Cuando estuvo a su costado, miró al chofer como si éste llevase excremento en la cara. «Cholo de mierda», pronunció con rabia. «¿Lo viste, amor?»

«Te digo que no me siento bien. ¿Por qué mejor no venimos otro día?»

«Ay, relájate, gordo, no seas niña. Todo va a estar bien. Te tomas un par de cervezas con mi papi y vas a ver que se llevan de lo mejor.»

«Como si fuera tan simple.»

«Sólo los estás conociendo, por Dios; ni que estuviera embarazada.»

«¿Cómo que embarazada?»

«No seas idiota, Ricardo, ¿quieres?». Sentí la gravedad de sus ojos. «No sé con quiénes habrás salido antes, pero yo sé perfectamente lo que hago con mi cuerpo.»

Al cabo de unos minutos, los nervios se fueron disipando y la conversación se tornó más cómoda. Incluso soltamos carcajadas e intercambiamos algunas ideas para la próxima vez que me trajese de visita, aunque sin éxito. Según Daniela, su papá era fanático de los autos, el golf, el tenis y la pesca. A mí sólo me gustaba el fútbol.

Cuando llegamos al caserón de Challapampa, Feli, la nana que prácticamente crio a Dani, salió a recibirnos. Pobre señora, tenía la cara como un muñón y agitaba los brazos por los aires. Por un momento pensé que tenía problemas mentales, lo cual hubiese explicado mucho acerca de Daniela. La fachada de la casa era blanca, enorme y asimétrica. Tenía balcones y terrazas en lugares inesperados, además de puertas, ventanas y barandas de madera. La puerta del garaje parecía custodiar por lo menos cuatro autos. Cuando Feli llegó hasta nosotros, el perro de un vecino comenzó a ladrar.

«Rápido, Dani». Feli la tomó del brazo con urgencia.

La puerta principal estaba hecha en proporción al tamaño de la casa. Desde el umbral podíamos ver al señor Morgan con un vaso de whisky en una mano. Con la otra empujaba a su esposa, mientras vociferaba que cómo era posible, que no sé qué indio de mierda, arribista, muerto de hambre... Apenas nos vieron, el señor Morgan guardó silencio por unos segundos. Daniela se adelantó un par de pasos y su padre le salió al encuentro. Después la puso detrás de sí y se dirigió hacia la puerta, donde yo estaba.

«Quiero que te vayas de mi casa en este momento». Acercó su cara a la mía.

«Pero, papá», sollozó Daniela.

«Quiero que te largues, ¿me oyes?». Gotas de saliva cayeron sobre mis pómulos. Su aliento me hizo desear un trago en ese preciso instante.

La señora Morgan, visiblemente mortificada, se dejó caer en un sillón. A pocos metros de ella, Daniela lloraba en silencio. Feli estaba no habida. Y los ojos del señor Morgan atravesaban los míos como una espada incandescente.

De donde yo vengo, señor Morgan, esto es una falta de respeto, pensé justo antes de clavarle un derecho en pleno mentón, para luego tirarlo al piso y golpearlo sin parar hasta que la nube roja hubo desaparecido. Ahora guardias de seguridad me sujetaban de brazos y piernas, mientras la familia entera me observaba, atónita.

* * *

ALGO INTELIGENTE, MEMORABLE

Lo despidieron hace varios meses por «asistir al centro educativo en evidente estado de ebriedad». Eso decía la carta, letra por letra.

Hoy, al volver del trabajo, Marina una vez más lo encuentra con varios tragos encima. Juan Carlos, con la cara enrojecida y los ojos fuera de órbita, discute con Diego, el hijo de diecisiete años, en la mesa de diario. Juan Carlos toma compulsivamente una cerveza, mientras Diego da sorbos delicados a su té verde. Marina cuelga la cartera en una silla.

«Si no, preguntémosle a mi mamá, a ver qué piensa». Diego sonríe.

Juan Carlos tira la cabeza para atrás y de un sorbo largo termina su bebida. Luego se pone de pie, saca otra botella del refrigerador y vuelve a su sitio. Marina no entiende y eso la llena de rabia.

«¿Qué le vas a preguntar?, si acá el asunto es clarísimo: no sólo no sabes, sino que no entiendes», dice Juan Carlos. «¿Quién te va a tomar en serio si vas vestido como una loca y con el pelo pintado?»

«Claro, insúltame», Diego responde. «Sólo demuestra que no tienes argumentos.»

Desde que terminó el colegio, Diego está decidido a largarse de Arequipa a como dé lugar. No piensa ir a la universidad ni conseguir empleo a menos que sea en Lima o, mejor aún, Santiago o Buenos Aires.

«¡Cállense la boca por el amor de Dios!», interviene Marina. «¿Dónde está el Excedrin?»

«¿Si o no, má, que ya hemos hablado sobre esto, que ya está todo arreglado?»

«¿Así de fácil?», responde Juan Carlos. «En todas partes se van a burlar. Siempre te van a agarrar de punto.»

«Así de fácil». Diego vuelve a sonreír. «Los más retrógradas son tus paisanos.»

«O sea, según tú, en Lima todo va a ser color de rosa, literalmente...», agrega Juan Carlos.

Jura que de ésta su hijo no sale. Sonriente, pone los ojos en Marina.

«Color de rosa», Diego apuntala. «Literalmente.»

«¿No te digo?, no entiendes una mierda». Juan Carlos golpea la mesa con la palma de la mano. La botella salta, cae de costado y rueda unos centímetros.

«¡Putra madre!». Juan Carlos se pone de pie y va en busca de un trapo. Como una serpiente, el líquido se abre camino sobre el mantel de plástico y tras caer forma un pequeño charco rojo en el piso. «¿Ves lo que me haces hacer, carajo? ¡Mira!».

«¡Basta, Juan Carlos! ¡Basta!», Marina revienta. «Cállate. No te soporto. No te soportamos. Nadie te soporta. Creo que lo mejor es que te vayas de la casa. Lo vengo pensando desde hace meses.»

«¿Por qué no se van ustedes si tanto les jode mi presencia?»

«¿Y con qué vas a pagar el alquiler, dime; con tus ahorros o con tu sueldo?»

Juan Carlos entonces toma la botella medio vacía entre sus manos y la estampa contra la pared.

Diego se levanta al instante, se para junto a Marina y, sin que nadie se dé cuenta, sacude una esquirola de su antebrazo. Hay trozos de vidrio desperdigados por todo el piso. Las pulsaciones de madre e hijo se aceleran.

«Si no te largas en este momento, llamo a la policía». Marina se pone firme. «Dieguito, vete a tu cuarto.»

En sincronización y tomados del brazo, Diego y Marina retroceden un par de metros, hasta la puerta de la cocina.

«Me largo». Juan Carlos se levanta y acomoda la silla debajo de la mesa. «Tienes razón, es lo mejor que podría hacer. Total, esto es una mierda, es una locura.»

Siente una astilla de vidrio desprenderse de su cara.

«Me largo, vas a ver. Hasta la calle es preferible.»

«Perfecto», Marina asiente.

«Perfecto». Juan Carlos hace lo propio. «No me vuelves a ver en toda tu vida.»

«Con lo que he visto me basta». Marina se cruza de brazos. «Ahora, lárgate.»

«Me voy cuando *yo* decida», Juan Carlos se golpea el pecho con un puño.

Se dirige entonces a la habitación principal y en su maletín de deportes, un Adidas que Marina le regaló en su último cumpleaños (con la esperanza de que cambie la botella por la pelota), pone un poco de ropa, lo fundamental: calzoncillos, medias, polos, pantalones, una que otra chompa y alguna camisa. De la mesa de noche se lleva el libro que supuestamente lee desde hace semanas, además de algunos blísteres de clonazepam y analgésicos. Del baño empaca su cepillo de dientes, la máquina de afeitar y dos cajitas con cuchillas de repuesto.

Puede oírlos cuchichear. Aprovecha, entonces, para buscar plata entre las cosas de Marina, y en la parte superior del ropero encuentra mil soles, que al instante y sin dudarlos guarda en su bolsillo. Luego se calza su mejor saco y vuelve a la cocina.

Apenas aparece, Marina y Diego se toman del brazo.

«Ahora sí». Juan Carlos pone el maletín en el piso. «Ha llegado el momento. Una vez que salga de esta casa no me vuelven a ver. Y tú tampoco», se dirige a Diego. «Que seas feliz con tus arcoíris y tus unicornios y la mariconada.»

«Vete». Marina da un paso adelante. «Por favor, vete y déjanos en paz.»

«Color de rosa». Diego sonrío. «Así de fácil.»

«Me voy, entonces. Total, esto es una locura». Juan Carlos mira alrededor por última vez. Luego levanta el maletín del piso.

«Ya nos veremos, Dieguito. Y tú Marina, deberías irte a Estados Unidos, o a Canadá con tu hermana, o mejor a Australia o Fiji. Lo más lejos que puedas. Te va a hacer bien. Esto es una locura.»

«Claro, ¿qué otra cosa puede ser la casa de un alcohólico-drogadicto?»

Juan Carlos otra vez deja caer el maletín sobre el piso de la cocina y los mira fijamente. Marina y Diego retroceden unos pasos.

Sin despegarles la mirada, Juan Carlos alza nuevamente su equipaje.

«Eso sí, nunca se olviden...», señala a ambos con el índice, «nunca se olviden...», intenta decir algo inteligente, memorable, pero no sabe qué.

* * *

FUTURO

Según él, peleaban demasiado, más que de costumbre. Mientras hacían las compras de la semana sin tocarse y sin hablar, él pensaba en cómo sería la vida si se divorciaran, cuánta libertad de pronto. A medida que fantaseaba sobre su propio cuarto, su propio tiempo, sus propias aventuras, lo invadía un calor emocionante. Sabía que los chicos, el auto, la casa serían algunas de las dificultades, ¿pero eran éstas acaso motivo suficiente para permanecer juntos?

Estaba recordando el fin de semana anterior; cómo él la había invitado a almorzar a la calle y ella lo había rechazado.

«¿Para qué? ¿Para que después de dos cervezas me traigas a la casa y no regreses en dos días?», ella le había dicho.

Estas pequeñas discusiones, además de carcomer sus vínculos, a él lo dejaban intranquilo durante días, y las reproducía en su mente una y otra vez, como quien se frota un afta con la lengua.

Ahora, mientras hacían las compras en El Palomar, a dos metros de distancia —él adelante y ella atrás—, él pensaba en el partido de fútbol que jugaría con sus amigos aquella tarde, en lo calurosa que estaba la mañana incluso bajo el techo del mercado, en qué estaría haciendo un sábado como éste si fuese divorciado, o soltero, da lo mismo.

De pronto, la violencia de unos pasos y de un grito lo alertó. Un hombre pasó corriendo a su costado y lo hizo tambalear hasta caer. Cuando logró reincorporarse, vio que su esposa estaba sentada en el piso con los pelos en la cara, mientras, casi sin aliento, pedía su cartera. Él se sintió débil; quiso acercarse a ayudarla, pero ya otros dos hombres la estaban auxiliando y consolando.

Sin terminar las compras y ante la mirada de los otros compradores, caminaron hacia el auto en silencio. Al salir del mercado, el sol les calentó los hombros y la parte superior de la cabeza.

«Me siento violada», murmuró ella.

Él no alcanzó a escucharla.

A pocos metros del auto, él abrió los seguros y ella subió enseguida. Mientras él ponía en la maleta el par de cosas que alcanzaron a comprar y le daba un sol al cuida-coches, ella pensaba en cómo sería si estuviesen divorciados; compromiso, paz, armonía. En una palabra, futuro. Él, entonces, se sentó al volante y la miró enternecido. Después encendió el auto y le puso la mano sobre la pierna. Ella lentamente la retiró.

© Carlos Llaza

Carlos Llaza (Lima, Perú; 1983). Poeta, narrador y traductor literario. Graduado de las universidades de Edimburgo y de Oxford. Preseleccionado para el Bridport Poetry Prize (Manchester, 2012). Autor del libro *Brame el fuego* (Buenos Aires, 2009). Su trabajo ha aparecido en publicaciones como Periódico de Poesía, La Raíz Invertida, Buenos Aires Poetry, Revista Literaria Monolito, Digo Palabra, Letralia, Circumference, entre otras. Su último libro, *Naturaleza muerta con langosta*, será editado y publicado por Buenos Aires Poetry en 2018. Actualmente trabaja como profesor universitario en Arequipa.

RELATOS

por Alejandro Bentivoglio

LOS RESTOS DEL DIA

Las sirenas dejan de cantar. Aun así, seguimos rumbo hacia ellas. Son hermosas. Anclamos los barcos y las besamos.

Hay breves romances y discusiones sobre aletas. Con el tiempo ya nadie las soporta. La pasión se hunde junto con el mar. Alguien prende fuego a los barcos.

Sin saber por qué, comenzamos a cantar.

*

LÍNEA

Aún recuerdo el perturbador sonido del teléfono, su desmesurada estridencia. Fueron muchos los que me sugirieron arrancar la línea y, aunque lo había tomado en cuenta, me parecía imposible acercarme a ese largo cable que como una cola coronaba al ruidoso animal y que, cuando yo iba y atendía, se movía de un lado al otro, feliz por mis tiernas caricias y por la atención que podía brindarle.

No, yo no hubiese sido capaz.

*

EL ENEMIGO OCULTO

Supongamos que el reloj está embrujado y por eso nunca da la hora correcta. Supongamos que nadie puede romper el hechizo.

Supongamos lo contrario. Supongamos que se trata de un simple desperfecto mecánico. Alguna falla del todo explicable.

¿Acaso alguna de estas teorías podría decirnos porque nadie ha encontrado ese reloj oculto que despierta día tras día a toda la casa con sus impredecibles trece campanadas de medianoche?

*

EL ACTO

Suspendido en el aire se balancea buscando llegar al otro lado. Nadie sabe que no hay cuerda floja que lo sostenga. Que no hay red.

Él no sabe que nadie lo ve. Piensa que el público lo aclama.

El público piensa que el acto aún no ha comenzado.

Él no está allí. Bebe una copa en un café de París y contempla un grupo de palomas que se balancean en el aire, imposibles.

*

LOS FRACASADOS

Cruzamos el río y nuestro amigo desapareció. Nos dimos vuelta para buscarlo y el río se esfumó.

Quisimos regresar, pero ya otra vez estábamos en la oficina, en la hora del almuerzo, hablando de cosas de oficina.

*

LA ÚLTIMA MILLA

El agujero en la pared se agrandó en los últimos días. Sospecho la inevitable presencia de invasores. Soldados saliendo con sus fusiles por la noche. Seres mutantes agazapados listos para saltar sobre mí.

Pero a los pocos días, por el agujero emerge un caracol. Me tranquilizo y pienso que fui un tonto al preocuparme tanto. Quizás los gruesos dientes que le asoman en su pequeña boca sean el único detalle fuera de lugar.

*

FUERA DEL PECADO ORIGINAL

Por pura curiosidad decidió dar la vuelta para ver qué es lo que había al otro lado de su sombra. Descubrió que se trataba de pequeños seres oscuros. Diminutas criaturas que cometían actos atroces a sus espaldas y que se divertían con todas aquellas fechorías, sintiéndose invisibles ante las miradas de la culpa. Él se sintió horrorizado al encontrarse con tal descubrimiento, pero luego suspiró aliviado. Ya tenía a quién culpar en caso de decidirse a vivir una vida de vicio y depravación. Por primera vez estaba libre de pecado y podía arrojar el primer cascote.

*

COMPLIT

Llamé a un servicio telefónico que me permite hablar con la mujer de mis sueños por un precio módico. Ahora permanezco estático junto al aparato, embebido de romance y palabras. Una voz sensual en el teléfono promete amor y placeres insospechados.

Mientras tanto y con calma profesional, unos hombres desconocidos, proceden a desvalijar mi casa.

*

HILOS QUE SE VEN

Sus pies no tocan el suelo. Pero no hay nada mágico en el asunto. Sólo se trata de saltos excesivos. Cuando él lo explica, no puede evitar que la gente lo mire con menos aprecio.

Como cuando cruzamos en la calle un mimo y nos invita a hablar de nosotros.

*

EL CRIMEN

Un descomunal ojo nos vigila inamovible y silencio en el cielo. Tratamos de pasar desapercibidos, pero nos sabemos condenados.

El ojo baja su párpado; comenzamos a correr. Pero al llegar a la avenida, una enorme mano nos aplasta contra el suelo.

Más tarde, los gigantescos pies se encargarán de la escapatoria.

© Alejandro Bentivoglio

Alejandro Bentivoglio (1979) ha publicado hasta el momento 12 libros de microficción, incluyendo la antología personal *Transego*, que reúne una selección de sus mejores textos. Sus microficciones han sido traducidas al inglés, griego e italiano y han sido publicadas en diversas antologías, blogs, revistas y periódicos de América y Europa. En la actualidad publica textos breves en su blog: ultraficcione.blogspot.com.ar y en su twitter: @ultraficcione.

DOÑA EFIGENIA

por Nechi Dorado

Todos los días cuando el calor más apretaba y el sol parecía convertir en estacas de fuego cada rayo; o cuando el frío ponía rojas las narices y la base de las orejas, la mujer pasaba por el filo de la calle angosta bordeando la orilla del riachuelo sin contaminación en ese tiempo de vendedores de a caballo y pilas de valores ahora desvalorizados.

Éramos muy pequeñas mi amiguita y yo y esperábamos su aparición con nuestros corazoncitos al galope estrenando los primeros temores ante lo diferente. A lo que se alejaba de los parámetros de normalidad impuestos socialmente. El motivo de nuestra espera decían que se llamaba doña Efigenia y el nombre en sí mismo nos sonaba a algo extraño, como si no fuera propio de esta tierra. Creo que los adultos tampoco sabían mucho de esa persona que hoy, con varias décadas más sobre mis hombros, aparece como una visión muy fuerte, casi como si fuera un personaje atemporal.

Si tuviera que hacer un retrato de esa mujer de andar exhausto diría de ella que parecía penitente de auroras enlodadas, como si pasara sus horas entre nubes oscuras de veneno derramado en su linfa. La imagino como arrojada a un vacío repleto de guijarros.

Diría sin temor a equivocarme que doña Efigenia pateaba desencuentros de arcángeles dormidos, asemejándose a un bodoque; a estrella deformada; a un árbol sin tutores; a una aguja sin ojo incapaz de enhebrar el hilo de la vida.

Su mirada esquiva parecía ser el resultado del salto imperceptible de un resorte; sin escuchar el tono de su voz lo imaginábamos áspero; elucubraciones propias del desconocimiento, del exceso de fantasía que nos hacía imaginarla como un ser de otra era entre los rumores de un barrio chato, aburrido, donde resultaba más divertido presuponer que callar.

Si tuviera que hacer un retrato de esa mujer de andar exhausto diría de ella que parecía penitente de auroras enlodadas, como si pasara sus horas entre nubes oscuras de veneno derramado en su linfa.

En una oportunidad, mientras esperábamos ansiosas su paso, las vecinas la mencionaban haciendo una especie de vaticinio histórico de la vieja, de su pasado, de su destino vetusto:

—Ella tuvo una infancia desgraciada, decía doña Blanca, la mamá de Sofía, era hija de padre bebedor que golpeaba hasta a su propia madre en cada exceso etílico. La cargó de hijos, no se cuántos, pero eran muchos.

—Si, eso me dijeron, asentía doña Clorinda agregando detalles quién sabe si con fundamento; además, continuó, estaba para casarse y el novio la plantó en la iglesia, la pobre enloqueció.

Mi amiga y yo íbamos recopilando datos que por supuesto la imaginación se encargaba de inflar como masa con levadura.

—Además tuvo otros amores, comentó doña Anita con la seguridad de un abogado carancho que pretende imponer su tesis falsa, agregando unas gotas más a una especie de alquimia barrial que pretendía dibujar un perfil al que nadie nunca tuvo acceso.

—Dicen que perdió un hijo, agregó doña Luisa persignándose, a lo que doña María sumó su «Dios lo tenga en la gloria, pobrecito, dicen que era deforme».

Doña Efigenia siguió pasando muchos años con su marcha de madre selva herida; mientras nosotras nos deteníamos en su mirada de ángel en exilio, dentro de las posibilidades que brindaba al dar los buenos días tímidos, sin voz audible, con un simple movimiento de su cabeza siempre cubierta por un pañuelo de colores devorados por el sol y las lloviznas.

Lo que hoy pienso cada vez que la recuerdo es que cargaba un estigma que no tuvo ni quiso y aun así, de ser cierto lo que se decía de ella, fue capaz de carcomer el odio irracional de la ira. Jamás tuvo un gesto irrespetuoso pese a tanto desprecio que sin dudas podría percibir en el entorno.

A pesar de su parquedad doña Efigenia fue capaz de desplegar alguna sonrisa efímera que no tenía sentido, empalideciendo al sol, encandilándolo con ganas locas de perseguir su día.

Hoy sigo recordando a esa mujer opaca, imaginando que mientras sueña su sueño —tal vez y por los años pasados, ya podría ser eterno, no sé—, habrá de andar susurrando alguna frase encendida, inconexa, como quién murmurara en un oído tibio una canción de amor para dormir al niño que decían.

Siento que tal vez depositó su aliento, dio su vida, por esa mariposa que hizo nido en su ombligo y quisiera decirte que si alguna vez, por esas cosas extrañas de la pervivencia se cruzara por tu camino, ya vencida, observes dulcemente como carga tormentos. La mujer era un canto de amor en esta vida, aunque fuera lacónica, hirsuta, desteñida.

© Nechi Dorado

Nechi Dorado. Nació en Buenos Aires, es docente, periodista en prensa alternativa, escritora, "poetastra". En la actualidad escribe cuentos, relatos y poemas todos con fuerte contenido social que son difundidos por muchas revistas literarias virtuales y escritas. Participó en varias antologías. Miembro de PCsur, REMES —red mundial de escritores en español—, adherente y colaboradora del World Festival of Poetry y otros espacios culturales. <http://textosnechidorado.blogspot.com/>. Correo electrónico: nechi.dorado@gmail.com. <https://www.facebook.com/nechi.dorado>.

GRADIVA

por Ernesto Juárez Rechy

A la mitad de una junta la distracción abrió una ventana y la vi. Estaba agachada, trataba de amarrar el broche de su zapatilla, con la espalda descubierta en medio de los lápices de colores, perdida en un bote con escuadras y otras cosas para escribir. Le extendí la mano, se acercó con reservas. Le dije que podía confiar en mí, que por mi trabajo yo sabía quién era ella. Le quité la tapa, miré su pierna torneada y su pie afilado, como si fuera a bajar un escalón. Se lo hubiera besado, pero no quería arriesgarme tan pronto a sellarme los labios con un punto.

Había algo particular en su manera de andar. Donde pisaba la noche comenzaba a extenderse, un hoyo negro se abría, crecía y terminaba incluso por abrir en el suelo una puerta a otra dimensión.

Se suponía que estaba prohibido amar en horas de trabajo, pero no tardé mucho en romper esa regla. Nada de lo que hacía quedaba ignorado: sus avances, sus tropiezos, sus dudas. Aunque apenas nos conocíamos, quería abarcar mi vida completamente. En las páginas de mi diario, cada día era importante por estar con ella y el futuro tenía celos del pasado. Yo era diferente, ahora era seductor, era creativo, elegante, iba a lugares a los que no fui. Pronunciaba por su medio los deseos que callé.

Siempre andábamos de la mano y podíamos platicar mientras los demás bailaban y bailar mientras los demás hablaban; a veces ni siquiera necesitaba palabras, bastaban señas, trazos; otras, reposaba entre mis dedos como acostada de lado esperándome en una habitación de hotel. Le gustaba cómo la quería, estrujándola, las lágrimas de su rímel me escurrían por los dedos y yo la apretaba hasta que dolía.

Siempre andábamos de la mano y podíamos platicar mientras los demás bailaban y bailar mientras los demás hablaban.

El tiempo que estuvimos juntos fue corto. Justo cuando la dejé de ver me había quejado de que la gente pasaba por mi escritorio y tomaba mis bolígrafos. Ese día llegaron unos trabajadores a instalar una puerta. Todavía recuerdo su afilado pie asomándose entre las sábanas de mi cuaderno. Cuando noté la pérdida, desconfié de ellos, imaginé que la ocuparían para hacer cuentas y escribir sobre superficies bastas, que la llevarían sobre la oreja y sus compañeros mirarían con el rabo del ojo aquella pierna torneada y fina; me atormentaba pensar que fuera tan dócil, que los inspirara...

Me enfurecí y me volví imprudente, la busqué por todos los lugares sin pedir permiso. Estaba borracho de ardor, no me pasó por la cabeza que la perdería, ¿cómo pude sentirme dueño de algo que yo también había robado?! Aunque quizás pensar en ladrones es la soberbia de sentirse dueño de algo, tal vez era ella la que de repente aparecía o se escapaba a lugares tan raros incluso como Pompeya o un bote lleno de escuadras y otras cosas para escribir.

Desafortunadamente no puedo acusar a nadie, y no serviría de nada, no puedo asegurar que la tomaron mientras me ausenté; tampoco a ella puedo culparla, tal vez estaba agachada, descuidada, amarrándose el broche de la zapatilla, cuando en su espalda descubierta se reflejó un rayo de sol que alguien consideró un guiño.

Ese día tenía clase de yoga, por buscarla llegué tarde –cosa que no hago–, toda la tarde me quedé pensando en qué habría pasado con ella. Ahora escribo con otra tinta las líneas de aquella separación.

© Ernesto Juárez Rechy

Ernesto Juárez Rechy (Xalapa, 1979) estudió Letras Españolas en la Universidad Veracruzana, México, y forma parte del grupo de danza contemporánea *Compañía de Vuelo*.

VUELVE KONTIKI

por María Gladys Estévez

A mediados del siglo pasado supe que Raúl era familia nuestra. Un primo segundo, que mis padres habían conocido casi por casualidad, en Tabarca, en su viaje de bodas. Fue en una de esas calles en las que durante todo el año olía a mar, mejor dicho, toda Tabarca llevaba impregnado el fastuoso aroma del mar; por aquel entonces yo no había nacido, pero ya estaba en camino, mi madre me llevaba dentro: Una preciosa tripita, redondita como un globo. Raúl había sobrevivido a la guerra, había sobrevivido a unas cuantas balas que zigzaguearon alrededor de su cuerpo joven y delgado, mientras unos compañeros de batalla se habían dejado las tripas en aquella esperpéntica escena. Llegaron a primera hora de la mañana unos cuantos militares y se llevaron a los muchachos, así, sin más. Quedaron las madres con el silencio en sus bocas y en sus ojos, detrás de aquellas balastradas. A Raúl le habían preparado un macuto con dos latas de sardinas y una hogaza de pan, sin tiempo a añadir nada más que fuera lo dicho.

Las botas se las dieron en el barco rumbo a la guerra, porque él llevaba unas alpargatas, las alpargatas que llevaron sus pies desde siempre. Aquellas botas le habían encarnizado la piel, porque no era costumbre llevarlas, siquiera las había visto en la vida; pero terminó acostumbrándose, igual que se había acostumbrado más tarde a matar hombres.

Por aquel entonces, Raúl llevaba una vida apacible, sin más pretensiones, y sin tener un mínimo de interés en salir de aquella isla; además de todo eso, nada sabría más allá de la infinitud de aquel horizonte, que miraba sin ver y que se definía perfectamente como una fina y delgada línea que separaba el cielo de la tierra.

Las olas lanceoladas rompían en la tapia de balastrados que rodeaba el muelle, cada cual a sus asuntos, esquinas con balcones en floración; calles estrechas y perfumadas de incienso: Costumbres. Aquel espacio en medio del mar es de Yemayá, decía la señora de los corchetes, y de los dedales, y pedrerías playeras.

Pescado frito, decía alguien. Pasen y vean, decían otros.

Pero el muchacho subió al barco con pasos inseguros, con los ojos llenos de miedo, él y unos cien chicos más. Pronto las gaviotas dejaron de seguir al buque, se quedaron revoloteando, arriba, por si algún rastro, aunque fuese nimio, las hiciera bajar en picado enterrando sus picos en el frondoso mundo marino.

A deshora llegaron a la guerra, a unas horas perdidas del tiempo, como si los relojes no existieran.

Pero eso poco importaba ahora, cuando ya habían desembarcado, todo estaría perdido. Vidas que latirían poco tiempo, un tiempo inestimable, pero allí valdría poco, tan poco como una vida.

Las noches frías como témpanos de hielo envolvían los cuerpos de los muchachos ateridos: Manos, pies, rostros. Quijadas temblorosas, porque el lobo acecha fuera. El espectáculo de la barbarie azotando latigazos de fuego. Aquellas noches que Raúl nunca pudo olvidar, porque las llevaba todas en su cabeza. Porque ya nada tendría importancia alguna después de todo eso, siquiera aquel cura, mala persona, que le guiñaba un ojo cuando era chico. Un cura obeso, un cura molesto y cruel. Las viejas rezando enfrente y santiguándose, para que el párroco les diera el perdón y les guardara el secreto de cuando se deshacían de los fetos; o cuando confesaban la pestilencia de las bocas de sus esposos borrachos, y aún así, tenían que cumplir la vida marital. Hombres rudos llegados del mar.

Hombres cansados, con la piel curtida como el cuero, con las manos agrietadas de la sal. Insomnio, de noches negras y aguas turbulentas. Más que hombres venían como auténticas pirañas, con dientes

Las noches frías como témpanos de hielo envolvían los cuerpos de los muchachos ateridos: Manos, pies, rostros. Quijadas temblorosas, porque el lobo acecha fuera.

que se clavaban en las espaldas de ellas, mortificando los muslos, y arremetiéndolo entre ellos. La sábila caía como una baba y resbalaba en los pechos de ellas, que, con mucho esfuerzo disimulaban el asco. Por eso recurrían a la iglesia, al párroco que las aconsejara, que les guiara para ser buenas esposas; también por los fetos arrojados al mar, niños que fueron de otros padres, que quedaron en tierra, que no pudieron salir a la pesca por su fragilidad, o, por tener dificultad al andar.

Quedaron los inválidos, para resumir...

De modo que, todo tenía un porqué, y todo era santificado, y resuelto. Así eran damnificadas las esposas que llevaban embriones no deseados; así eran damnificadas, las que recurrían por deseo a la cama de alguna otra.

(Y es que a las personas se las llevan los demonios, y se las llevan los prejuicios. A las personas se les prepara desde chicas para obedecer, para tener que seguir con las costumbres; con las penas de otros, también. Al fin y al cabo, es difícil tirarse al vacío, y abrir las puertas de la libertad. Abrir los ojos y ver claro).

La noche más cruenta fue el día once, en la madrugada. Raúl no dormía apenas, estaba enfermo de los nervios, estaba tullido de pavor, de desesperanza, y las malditas botas, que arañaban por dentro como bichos hambrientos. Cayeron bombas aplastándolo todo, igual que un gigante devastando bosques y casas. Un grito, luego, otro, era uno de los chicos, que de golpe, le desaparecieron las piernas, trozos de piel y huesos esparcidos, como si fueran confetis. Tenía que arrastrarse hasta llegar al desafortunado, tenía que intentar al menos, darle un poco de calor humano, besar su rostro muerto, que sintiera por última vez algún resquicio de humanidad. De modo, que llegó, con dificultad, pero ahí estaba Raúl, pegado al cuerpo sin piernas, pero con un pequeño hálito de vida.

Después de todo, una vez acabada la contienda, pudo regresar, vivo, con alguna esperanza para los años venideros. De regreso a sus orígenes.

Fue la primera vez que besó a un hombre. Le besó las manos. Le besó la frente, los labios, porque en ellos algo tibio quedaba, luego nada. Lloró lo que quedaba de oscuridad, lloró junto a ese manojito de tripas. Maldijo mil veces, luego quedó dormido por unos instantes, sin saber siquiera qué hacía allí, sin saber el motivo por el que estaba en ese lugar, y porqué moría tanta gente.

Solo el estruendo de las bombas. Aquello no era de Ley, no. Aquello era una tropelía, había que destruirlo todo. Las campanas de las iglesias quedaron mudas, porque el rugir de los tanques, de la gran pirotecnia, solapaba todo, los gritos de los muchachos avanzando entre

suelos atestados de rostros desdibujados. Una contemplación de aullidos despreciable.

En algún momento de calma, que no pasaba de unos minutos, o quizás media hora, se evadía para volver junto a sus seres queridos. Quiso imaginar a las gaviotas con giros asombrosos y el modo en que se lanzaban en busca de comida, eso le provocó una leve sonrisa. Se giró al otro lado del camastro: Ahora su madre le regalaba una sonrisa, amor de madre, balbuceó.

Un brote de fiebre le hizo despertar, el frío se lo comía, se había metido los dedos en la boca buscando algo cálido. Pero no había.

Después de todo, una vez acabada la contienda, pudo regresar, vivo, con alguna esperanza para los años venideros. De regreso a sus orígenes: Aspiraría el perfume del mar, de cada ola, de la espuma de ellas cuando se dejaban mecer en la arena. Caminaría por la playa, admiraría el hermoso espectáculo de los rayos del dorado al amanecer. Incluso tenía pensado en dormir en ella, una noche, y otra; trastabillar a consciencia, como si por una delgada línea caminase. Volar como los pájaros, libre y agradecido de poder sentir el pulso en sus venas, en la sien. Podría pellizcarse y sentir ese escozor, que casi da gusto. Le esperaría su madre, su perro Chusco, algún que otro vecino, o vecina del pueblo. La viejita de las chapas y las caracolas y las pedrerías de mar.

En el extremo sur de la isla se hallaba el faro: Un guardián iluminando los caminos del mar, donde se desplazaban los barcos, las chalupas, y el ferri. El farero duraba lo que su salud, y sus años. Luego le seguiría algún hijo, o sobrino. Pero era como ver al mismo siempre. Con la sopa en el cuenco, con los ojos fijos en el mar, cuidadoso de que la mecha de luz que se esparcía más allá de la línea del

horizonte. Iría también a visitarlo, recorriendo la escalera de caracol a zancadas, y gritando que ya estaba allí, que la guerra había terminado. ¡La guerra se terminó!, habría dicho. ¡Estoy aquí, farero, estoy aquí!, volvería a decir. Se abrazaron, se conmovieron. El cuenco de sopa saltó por los aires, al ver a Raúl, que aunque con los huesos pegados a la piel, se acercaba contento. Pasaron toda la noche hablando de esto, y aquello. Raúl le contó lo que pudo de aquellos años atroces. Le contó lo que pudo, porque el farero ya no tenía edad para tanta pena junta. A esas edades el sufrimiento y la ingratitud, y el poder para aniquilar a las personas, sobrepasa la mente de alguien que tenga muchos años. Le dejó una estrella de cuatro puntas. No por lo que significaba, era porque se veía hermosa, como si estuviera recién salida del firmamento. La plateada vendría como cada noche y el farero tendría una estrella en sus manos, y sonreiría. Ignorando lo que no pudo contarle Raúl, porque habría muerto de agonía.

Chusco no paró de ladrar y correr, hasta el día de su muerte. Era el perro más bueno jamás conocido. Era Chusco y Raúl, uno solo. Eso le valió al muchacho para poder cerrar los ojos y no tener aquellas horrendas pesadillas...

Mis padres habían elegido Tabarca para pasar su luna de miel. Ellos venían de Madrid. Un Madrid lleno de vida, con coches, a un lado, y al otro de las vías. Con tranvías. Con el jolgorio de las fiestas patronales. Tiendas de sombreros, tiendas de ultramarinos, algún escaparate con la última moda venida de París. Pero en el cielo, una vez que la noche tendía su manto, siquiera se podría atisbar alguna estrella, por muy fugaz que esta fuese. Por ese entonces era raro que las personas viajaran desde la capital, hasta aquella isla rodeada de un mar limpio, que regalaba olas, regalaba espuma blanca. Solo los vecinos nacidos en Tabarca ocupaban el ratio de población.

Y es que a veces las casualidades son casuales, y mucho. Porque mi madre, al cruzarse con Raúl, ya sabía que algún parentesco les unía. Por el modo en que caminaba, con un hombro más alto, que el otro, igual que uno de sus tíos emigrantes a Cuba. Sobre todo, porque la sonrisa era un calco de él. Mamá se sorprendió. ¡Eres tú!, le dijo. Yo soy Raúl, no soy tú, dijo con sonrisa pícaro. Ella entendió. Ahora sabía que era el hijo de su tío, tenía que serlo, porque era una copia.

Papá murió en Cuba, dijo Raúl. Yo me regresé, no me gustaba la vida allí. Además, mamá no podía estar con nosotros. El día que nos fuimos se me rompió el corazón al verla tan sola, llorando. Volví con unos dieciocho años de Cuba. Fueron cuatro años de duro trabajo, y papá no pudo resistirlo, aunque era joven, la anemia se lo llevó. Duro trabajo y escasa comida.

Pero pude traerme unos ahorros, que solo quedaron para una pequeña chalupa, alguna red, un par de herramientas. Gracias a eso, no faltó algo de comer. El caso es que, mis padres estuvieron en la isla unos siete u ocho días.

Han pasado muchos años de esos acontecimientos, ahora recuerdo todo aquello con mucha ternura. Con ilusión. Hace dos días que estoy aquí en esta isla con faro y farero perpetuo. Hoy he visitado la tumba de Raúl y la de Chusco. Hoy pude ver, y oír claramente las historias de él, de cuando la guerra, de cuando de chiquito el viaje a Cuba...

Una hermosa tumba con mármoles, sin flores, con un pequeño crucifijo en una esquina, tallado.

Sin duda a veces los lugares unen a las personas, una unión que, en este caso, también era de sangre.

Y yo, aquí esperando a Kontiki. Esgrimiendo hasta la última gota de aire perfumado del mar.

© **María Gladys Estévez**

María Gladys Estévez Acosta. Actualmente estoy escribiendo una novela corta, espero publicarla. Aunque reconozco que no es nada fácil, la narrativa de una novela no es lo mismo que un relato, pero tengo ilusión. Tengo un blog: <http://aniagua.blogspot.com.es/> donde publico relatos y poemas. Soy tertuliana y colaboradora de Radio Manises, en el programa Gente Corriente. (Valencia). Tengo textos leídos por José Francisco Díaz Salado. en su emisora de radio: La Voz Silenciosa Radio, que se encuentran en la plataforma de Youtube. Mi interés por escribir despertó tarde, pero dicen que, si la dicha es buena, nunca es tarde.

AL OTRO LADO DEL TABIQUE

por Ramón Zarragoitia

Nochevieja en el asilo municipal. Gorros de cartón, uvas peladas, cava en vasos de plástico, mata-suegras, futuros puñados de confeti por el suelo, silicona y lentejuelas en el canal autonómico y algunos empleados de guardia en un cuartucho. A las once cincuenta, todos hacen un alto en su camino con tal de representar la gran Farsa.

Al otro lado del tabique un inmenso salón. Justa y Angustias se encuentran sentadas sobre sus sillas de ruedas. Octogenarias. Creyentes por educación. Semejan dos islas maquilladas y bien peinadas en mitad de la estancia vacía. El resto de huéspedes, con permiso de la dirección del centro, disfruta de unas breves vacaciones en compañía de sus respectivas familias. Por desgracia, las pobres hermanas impedidas no tendrán a nadie que pueda “reclamarlas” en tan señaladas fechas.

Se acerca la hora. El insoportable volumen del televisor que tienen enfrente no impide que sus lúcidos cerebros recobren imágenes del pasado. Por ejemplo, un pliego de papel timbrado sobre el que rezaba un lema: “Participaciones Preferentes del Banco...”. Al pie, entre filigrana, pan de oro y arabescos, sentenciaron con sendas rúbricas su avaricia. Cómo no, invertirían también en bolsa e incluso en ladrillo. Ahora, merced a la nefasta crisis que nadie fue capaz de descubrir a tiempo, nada de aquello les queda.

Dan las doce y llegan los lejanos ecos de la euforia desde el cuartucho. La misma liturgia de cada final de año: júbilo impostado, besos de atrezo, chilliditos de falsa alegría y parabienes con forma de puñal. Los mismos oficiantes. El mismo fraude doméstico. Nadie que lo remedie.

Las ancianas, por su parte, pretenden ser fuertes. Sin embargo, unas lágrimas amargas escapan de sus ojos azules. Angustias se saca un pañuelo bordado de la manga. Enjuga con él el amado rostro de su melliza. Tufo a colonia de ir a misa. Después se cogerán las manos y tomarán aliento. Han comenzado ya a imaginar la tortura de una nueva Navidad.

Las ancianas, por su parte, pretenden ser fuertes. Sin embargo, unas lágrimas amargas escapan de sus ojos azules. Angustias se saca un pañuelo bordado de la manga.

—Tranquila, cariño —comenta Justa con cínico aplomo. A renglón seguido matiza—, ya verás como las cosas mejoran de aquí a poco. Lo mismo hasta nos echamos unos novios de posibles o nos toca el cupón. Vete tú a saber...

«Pues, oyes, a lo mejor sí. Cosas más raras se han visto.» —piensa Angustias. Su mirada desafiará con orgullo tanta risa y tanto júbilo tras el mugriento tabique amarillo. Daría la impresión de que aquellos otros buenos tiempos del pasado (porque también los hubo) hubiesen regresado ahora para reclamarle que se rebele, que haga acopio de las cenizas de su dignidad, se alce sobre sus piernas inútiles y se enfrente por fin a tanto jolgorio de pacotilla.

Un segundo más tarde se sabrá derrotada por la realidad—: «... ¿Y con qué dinero íbamos a jugar a los ciegos?; si no nos queda ni para comprar una triste muda».

Para colmo de males, ambas desconocen que el asilo (o la “Residencia de Mayores”, que es como la vienen llamando los politicuchos) va a cerrar por falta de fondos en apenas un par de meses. Y todo ello, aun a pesar de las tenaces demandas de ampliación y reforma por parte de la alcaldesa. Incluso, de los buenos propósitos y conciliadoras palabras del Consejero de Bienestar Social, vertidas *vox populi* ante la Prensa medio año antes; aquí te quería yo ver ahora, simpático.

Sí, qué contrariedad, ¿verdad? Pero así es la vida. Y así el mundo que cada día nos empeñamos en cimentar. Guardemos pues el aciago secreto: Justa y Angustias quedarán en la calle con el correr de

este nuevo ejercicio. En fin, que como solía decir el maestro Azcona: “No somos nadie”... y los débiles, menos.

P. S.: Se crea o no, esta historia está basada en hechos reales.

© Ramón Zarragoitia

Ramón Zarragoitia (Gorliz, Vizcaya, 1970). Urbanista de formación, reparte su tiempo entre la Literatura y la Filología. Ha publicado la novela breve *Me miro al espejo... y me gusta lo que veo* (Groenlandia, 2013) y el libro de cuentos *Epistolario de un soñador* (Letras Cascabeleras, 2014). Su obra ha recibido algunos reconocimientos, como el Fundación Imprimátur o El Encierro de San Sebastián de los Reyes de relato. Entre otras, ha colaborado con las revistas literarias: *Fábula*, *Periplo*, *Excodra*, *Entropía*, *Yzur*, *Agitadoras.com* o *La Bolsa de Pipas*. Mantiene el Blog **SCRIPTUM**, *Despacho de letras*

ÚLTIMA NOCHE EN LA HABANA

El fin de una era: un relato de gánsteres y desenfreno

por Jesús Greus

“Nos salimos del Ruedo Ibérico, pero fue para caer en una Ruleta Made in U.S.A.”

Alejo Carpentier

Noche Vieja del año 1958. En las salas de fiesta de La Habana, una clientela florida brinda con champán al compás de las doce campanadas de la media noche. Los últimos latidos del año. En toda Cuba, ésta es la noche más esperada, más arrebatadora. La capital está engalanada con adornos navideños y árboles con bolas y luces. No cabe un alfiler en ningún *night club*, mesas reservadas, aparcamientos abarrotados de bellos carros americanos, glamur por doquier, vestidos de gala, joyas luciendo sobre los escotes de damas emperifolladas. Las salas de juego más emblemáticas de la ciudad están colmadas por una sociedad enfebrecida y jaranera. Nadie presagia, en el espeso aire viciado de humo de habano, afeites caros, efluvios alcohólicos y humedad caribeña, que ésta no sólo será la última noche del año, sino de toda una era. Que esta madrugada supondrá el fin de un mundo, el ocaso de dos décadas de excesos, la caída de los dioses. Muchas de aquellas risas pintarrajeadas terminarán la velada con una mueca retorcida de espanto e incredulidad.

Meyer Lansky ha resuelto no celebrar la velada con su mujer y su hija adolescente, invitadas en casa de un amigo. En lugar de ello, y aludiendo verse obligado por sus múltiples negocios, lo hará en compañía de su joven amante cubana, Carmen. Lansky, uno de los capos de la mafia norteamericana instalada en Cuba, es uno de los fundadores de la industria del juego en la ciudad. Norteamericano judío de origen bielorruso, Meyer es menudo de talla, delgado, de nariz pronunciada y labios carnosos, atezado de piel y mirada zorruna. Es hombre con fama de frío, que no se altera con facilidad. Ante cualquier revés, reacciona con calma y prudencia. Jamás se precipita. Y detesta hablar por teléfono. Nunca se sabe quién más escucha al otro lado de la línea. Por eso nunca sostiene conversaciones delicadas por teléfono; sólo en persona.

En toda Cuba, ésta es la noche más esperada, más arrebatadora. La capital está engalanada con adornos navideños y árboles con bolas y luces.

Esta noche, al salir de casa de su compadre Joe Stassi, Lansky ordena a Jaime, guardaespaldas y confidente, que pase primero a recoger a la amante de éste, Yolanda, en la calle 25 esquina a la Avenida de los Presidentes. De camino al Paseo del Prado, donde vive Carmen, Lansky y Jaime descienden, en un *Oldsmobile* color merengue y chocolate, por la calle 23 en dirección a La Rampa. No se detienen en la esquina de la calle P, donde se haya el concurrido *Montmartre*, uno de los complejos recreativos de Lansky, que ocupa toda esa manzana hasta la esquina de la calle Humboldt. Se trata de uno de los más célebres locales de la ciudad. Hoy, más que nunca por ser fin de año, allá dentro se congrega un *monde fou*. El *Montmartre* es un edificio imponente. La esquina albergó en su día la agencia de los autos Dodge. El resto fue una antigua pista para carreras de galgos. Enteramente reacondicionado por Lansky, su vasto recinto incluye hoy un lujoso cabaré —decorado con grandes esculturas de ninfas desnudas, escayolas y un caballo rampante—, un casino y dos restaurantes con bar. La decoración de uno de éstos es clásica, de estilo francés, con muros entelados, grandes espejos barrocos, sillas Thonet y lámparas antiguas de tulipa. Dada su céntrica ubicación, muy cercano al Hotel Nacional, el *Montmartre* es visita obligada de celebridades. Cuando, en 1947, Ava Gardner y Frank Sinatra viajaron a Cuba en viaje de novios, el *Montmartre* les ofreció un gran pastel de boda.

Cada día, Lansky se ve obligado a estrechar manos aquí y allá en el *Montmartre*, a cumplimentar a políticos, militares y senadores de la República que acuden con sus amantes —algunos de ellos incluidos en su nómina secreta—, a ricos terratenientes y a artistas de toda índole. Entre otros, por ahí cae a menudo Santiaguito Rey Pernas, ministro de Gobernación. Jaime y Lansky pasan de largo y se dirigen, Malecón adelante, hacia Habana Vieja. El mar salta furioso por encima del muro y salpica la avenida de salitre.

Lansky posee otras lucrativas instalaciones en La Habana. Numeroso público se aglomera esta noche en los salones del flamante Hotel Riviera, inaugurado por el gánster, hace tan sólo dos años, en el Malecón, al cabo de Avenida Paseo. El Riviera despliega un lujo modernísimo. Todo en él, hasta el mínimo detalle, fue diseñado a propósito: el vestíbulo con sus estilizados muebles laqueados en color hueso, sofás tapizados en rojo sangre junto a *chaises longues* en azul, suelos de mármol blanco, mesas de diseño exclusivo, celosías, esculturas de bronce y de mármol realizadas por reconocidos artistas, así como murales costumbristas, arañas y apliques estilo Deccó en el salón *L'Aiglon* y en el bar en rotonda frente al océano, semejante a la proa de un buque. La acústica del casino se diseñó adrede de suerte que el rumor de las fichas y de las máquinas tragaperras alcance los salones del Hotel, con el fin de tentar a los clientes. ¡Perverso rumor!

El día de su inauguración cantó en el *Copa Room* la gran estrella de music-hall Ginger Rogers, y actuaron los famosísimos comediantes de Hollywood Abbot y Costello. Esta noche infausta de 1958, las extravagantes arañas de lágrimas rectilíneas refulgen sobre damas cargadas de brillantes y de zafiros, así como sobre *croupiers* vestidos de esmoquin blanco. Aquí no hay espacio para el mal gusto.

* * *

Lansky posee otras lucrativas instalaciones en La Habana. Numeroso público se aglomera esta noche en los salones del flamante Hotel Riviera, inaugurado por el gánster, hace tan sólo dos años, en el Malecón, al cabo de Avenida Paseo.

En el Hotel Nacional, el metre Ramón apenas tiene tiempo para reposar. Debe supervisar la exquisita cena que hoy se sirve, en el salón de banquetes 1930, a una clientela engalanada y festiva. Bajo un techo pintado al fresco, que imita un cielo surcado de nubes albas, y entre los pesados cortinajes de raso dorado, están dispuestas mesas redondas cubiertas por manteles blancos. Este Hotel, una institución en la ciudad, representa un glamur más tradicional que los modernísimos Capri y Riviera. Aquí se reúne hoy una clientela de más solera, o, al menos, así piensa ufano Ramón mientras da un toque acá y una orden allá. Los comensales forman parte de la burguesía adinerada de los ingenios de azúcar, café y tabaco, junto a la estirada aristocracia de origen español. Todo debe salir hoy a la perfección. Ramón recuerda bien, por cierto, cuando, allá por el año 1946, se inició en este mismo salón un congreso secreto de la mafia convocado por Meyer Lansky. Ramón tuvo el peculiar honor de servir aquella noche a la crema y nata del hampa norteamericana en el transcurso de un banquete pantagruélico. Allí estaban, delante mismo de sus ojos, Vito Genovese, Albert Anastasia, Frank Costello (en representación de Lucky Luciano, desterrado en Sicilia), Doc Stacher, Santo Trafficante y el susodicho Lansky. Eso fue para abrir boca, pues, en cuanto a las reuniones de aquellos caballeros, se mantuvieron en los dos pisos altos del hotel, reservados por entero a tal efecto, bajo la supervisión de sus propios guardaespaldas. Ramón tuvo oportunidad de acceder allá arriba en algún momento, so pretexto de servir refrigerios y alcoholes a los capos. No pudo, sin embargo, discernir el objeto de tan pasmosa reunión. No era éste otro sino concretar el ambicioso plan, concebido por Lansky, cuyo fin era hacer de la capital cubana el mayor centro internacional de juegos de azar. A partir de aquella fecha, la mafia puso en marcha una red de sobornos para cubrirse las espaldas, por medio de la cual comprometió a miembros del congreso, senadores, políticos y funcionarios de alto nivel en el estado cubano.

También en este mismo salón dorado, Ramón ha escuchado más de una vez a La Voz. Un jovencísimo Frank Sinatra, vestido con chaqueta blanca de dril, canta a veces para sus amigos del hampa. Sólo los sectarios saben, claro está, que el cantante ejerce en ocasiones, por cuenta de los hermanos Rocco y Charles Fischetti, de porteador de maletines de dinero a la isla. Ramón ha escuchado decir

que el propio Lucky Luciano, que residió un tiempo en La Habana, y a quien también él sirvió más de una vez en el comedor 1930, reveló que él y otros compadres gánsteres invirtieron en la carrera del cantante en sus inicios. De ahí la lealtad de Sinatra hacia ellos por el resto de su vida, así como sus inversiones en sus negocios.

* * *

George Raft deambula por la discoteca del Hotel Capri, el *Salón Rojo*. Actor de Hollywood que encarnó papeles de gánster en los años 1930 y 1940 junto a Humphrey Bogart y a otros actores de renombre, Raft ejerce ahora como relaciones públicas por cuenta de su jefe, Santo Trafficante, capo de la mafia de Tampa. Éste posee, además, el Hotel Deauville, en el Malecón, y, alejado de las bulliciosas avenidas del centro, el *Sans Souci*, otro de los *night clubs* y casino más frecuentados de la ciudad, donde festeja el fin de año, al aire libre, una porción de gente gallarda. El nuevo papel de Raft consiste en deambular por el *Salón Rojo* y dejarse ver tomando un trago en la barra, saludar a unos y a otros y, evidentemente, cortejar a bellezas femeninas. Es un hombre carismático, encarnación cinéfila del malo de película.

El Patrón, Santo Trafficante cuenta, entre sus numerosos asociados en los negocios de la noche habanera, a Martín Fox, propietario del celeberrimo cabaré *Tropicana*, otro lugar mítico donde, esta Noche Vieja de 1958, no cabe un alfiler. Todo aquí es algazara, júbilo, entrechocar de copas de champán. Los presentes se contonean en la pista, delirantes, al son de la rumba y del cha-cha-chá. ¡Tremenda gozadera!

* * *

Llegados al Paseo del Prado, Lansky y Jaime circulan frente al Hotel Sevilla Biltmore, vecino a Habana Vieja. Es un enorme edificio clásico español. Su bar, de estilo andaluz, está alicatado con azulejos traídos de España. Amletto Battisti, otro miembro de la mafia habanera, es el creador de este otro gran templo del juego y el vicio nocturno en una ciudad pletórica. Su despacho, como bien consta a Lansky, se halla a la altura del *Roof Garden*, a buen cobijo de miradas indiscretas. En su refinado restaurante *Longchamps* se vende cocaína traída en avión cada semana desde Madrid.

Tras recoger a Carmen en su apartamento de Prado esquina a la calle Virtudes, el grupo sube al carro y, de camino, pasa, en los alrededores del Hotel Sevilla, frente al *Sloppy Joe's*, bar de moda adonde acude la sociedad local a tomar el aperitivo, alternándolo con el cercano *Floridita*. Lansky rehúsa detenerse allí. Prefiere festejar este fin de año en un lugar discreto, modesto y alejado de la farándula. Por eso ha decidido invitar a cenar a su amante a la cafetería del Hotel Plaza, frente a Parque Central. Es un lugar tranquilo, donde siempre tiene reservada una mesa, y donde no habrá periodistas. A las diez de la noche, el grupo ocupa su mesa, en la que de inmediato se sirve el mejor vino de la casa. Las mesas a su alrededor están ocupadas por gente alegre, risueña y bulliciosa. Es temprano, y el gerente del casino, Milton Side, aún no ha llegado.

* * *

Toda la ciudad es hoy un estallido de rumbeo y de guaracha. Como cada noche, Jack Dempsey, antiguo campeón de boxeo, vigila el casino del Hotel Presidente, casi al extremo de la Avenida de los Presidentes, en El Vedado, el bellissimo barrio que fue en su día una enorme finca «vedada» y luego urbanizada en el siglo XIX. El jefe de Dempsey es otro miembro del hampa habanera llamado Frank Costello, representante, como ya se dijo, de Lucky Luciano. En su casino, un público empaquetado y burgués arroja fichas con delirio sobre las mesas de juego. Esto forma parte de la diversión de la noche: la excitación del azar. Mientras un grupo juega al Black Jack, Dempsey se arrima al croupier y le susurra al oído: «Ese punto está ganando demasiado. ¡Frénalo!» El mensaje es claro. ¿De verdad ninguno de esos jugadores de pacotilla sospecha que todas las mesas de juego de la ciudad están trucadas? En el argot del casino se denomina *palomos* a todos esos incautos que se dejan desplumar

A las diez de la noche, el grupo ocupa su mesa, en la que de inmediato se sirve el mejor vino de la casa. Las mesas a su alrededor están ocupadas por gente alegre, risueña y bulliciosa.

cándidamente. Al amanecer, Dempsey deberá abandonar el casino portando un maletín repleto con las ganancias de la velada.

* * *

Jimmy y Carol, dos jóvenes norteamericanos recién casados, admiran extasiados la moderna escalinata con barandilla de cristal que asciende, en el gigantesco vestíbulo, hacia una bóveda de obra esclarecida de día por luceras redondas. El matrimonio, vestido de etiqueta, acaba de descender al *lobby* del nuevo Hotel Habana Hilton. Inaugurado hace tan sólo un año, es éste otro marco selecto para celebrar la última noche del año. «¿No es un sueño, Jimmy?,» comenta la chica con arrobo mirando a su alrededor. Esas celosías modernistas, esas lámparas, esos sofás con tela de mezclilla. Y es que el Hilton es el último grito en decoración de interiores, aparte de ser el hotel más espacioso de la capital.

Jimmy y Carol, mientras toman un primer daiquiri en uno de los bares, desconocen las tortuosas circunstancias que rodearon la fundación del nuevo hotel. Resultó que Albert Anastasia, un gánster de Brooklyn particularmente sanguinario, no tenía negocios en Cuba, así que intrigó, junto a varios compinches, al objeto de hacerse con la concesión del casino del nuevo Hilton. Anastasia era conocido por haber fundado en Nueva York un grupo de asesinos a sueldo llamado *Murder Inc.* Se calculaba que el salón de juego del Hilton reportaría alrededor de un millón de dólares, aparte otros dos millones destinados al bolsillo del presidente Fulgencio Batista: el equivalente a unos 28 millones de hoy. Permitir a Anastasia quedarse con dicha concesión iba a suponer una pérdida considerable de ganancias para la mafia habanera. No obstante, reunidos en conciliábulo, Lansky, Joe Stassi, Santo Trafficante y otros varios asociados optaron por plegarse, de momento, a las exigencias del Loco Furioso, según apodaban a Anastasia. Era éste un tipo grueso, de mirada ceñuda y con cara de pocos amigos bajo su *Stetson* de fieltro. Convenía aplacar sus iras. Anastasia era un mal bicho, sí, pero no calculó que, con su interferencia en los negocios locales, había introducido un desequilibrio en la hasta entonces bien avenida mafia cubana. Y pagaría pronto las consecuencias de ello.

Jimmy y Carol, mientras toman un primer daiquiri en uno de los bares, desconocen las tortuosas circunstancias que rodearon la fundación del nuevo hotel.

El siciliano Joe Stassi, hombre diplomático, es el encargado de mantener las buenas relaciones entre los capos mafiosos de la ciudad. Estos le otorgaron, dadas las circunstancias, el papel de mediador con Anastasia y sus socios. Quienes andaban en el ajo sabían bien que Stassi solía ocuparse, así mismo, de arreglar cuentas pendientes. No en vano, de joven había perpetrado diversos asesinatos por cuenta de la mafia en Nueva Jersey. Joe Stassi voló, pues, a Nueva York, donde se reunió con Trafficante, Anastasia y varios otros mafiosos que operaban en Cuba. En principio, se llegó a un acuerdo satisfactorio para todas las partes acerca de la concesión del casino del nuevo

Hilton. No sospechaba Anastasia que su suerte estaba echada. Dos días después, el 25 de octubre, el gánster acudió, a las diez y veinte de la mañana, a su peluquero habitual en el Park Sheraton Hotel. Mientras yacía repantingado, con la quijada cubierta por una servilleta caliente, no tuvo tiempo de ver el rostro de sus asesinos: seis balas acabaron con su vida. Así terminó sus días el patrón del temible *Murder Inc.*

Nada de esto sospechan Jimmy y Carol mientras brindan enamorados. Nadie imagina tales cuentos entre todo ese turismo norteamericano que los rodea, vestidos ellos de esmoquin blanco, y ellas con trajes largos y estolas de piel, a pesar de la cálida humedad reinante.

* * *

Tampoco se preocupan por semejantes bagatelas quienes, en el Plaza, se codean con la mesa de Meyer Lansky y su amante Carmen, más ocupados en divertirse que en ocuparse de los enredos del hampa local. Claro que es *vox populi* que ésta maneja la vida nocturna de la ciudad: todo el mundo sabe que el juego proporciona la mayor fuente de ingresos del país. ¿Pero a quién le importa? Estamos aquí para pasarlo bien. ¡Es Fin de Año!

Precisamente dos días antes, Lansky ha acudido a la reunión semanal que tienen por costumbre celebrar los capos, una vez por semana, en la residencia de Joe Stassi. Está ésta situada en la estrecha y sinuosa carretera que bordea el río Almendares. Es un lugar muy conveniente, apartado y discreto. Allí, bien en la biblioteca o en el porche, se juntan Meyer y Jake Lansky, Santo Trafficante, los hermanos Cellini, Norman Rothman y Wilbur Clark. Ningún representante del gobierno asiste jamás, por supuesto, a estas reuniones confidenciales. A ellos se les transmiten, después, las pertinentes consignas.

Todo este aparatoso y lucrativo negocio de los casinos se gestó, hace unos años, gracias a la antigua amistad existente entre Meyer Lansky y el expresidente Fulgencio Batista, quien, tras su primer mandato logrado mediante un golpe de estado militar, vivía exiliado en los Estados Unidos. El Lindo Mulato, como apodan a Batista, figuró entre los escasos invitados a la boda de Lansky, en La Habana, en diciembre de 1948. Cuatro años después, Batista anunció su intención de presentarse a las elecciones generales en su país. Mucho antes, Lansky y él habían ya urdido el ambicioso proyecto de convertir a Cuba en un imperio del juego. En un acuerdo inicial, Lansky y el mafioso neoyorkino Doc Stacher ofrecieron a Batista unos ingresos de tres a cinco millones de dólares anuales a cambio de garantizarles, si ganaba las elecciones, las concesiones de los casinos. Ya se encargarían ellos de atraer a la isla a turistas norteamericanos. Sus cálculos se quedaron cortos.

Para su regreso a la presidencia de la República, Batista contaba con el apoyo del ejército y del temible SIM, el Servicio de Información Militar. Y también, con un tal Rolando Masferrer, gánster y senador cubano, oriundo de Santiago de Cuba y director de los llamados *Tigres de Masferrer*, escuadrón dedicado a la extorsión, robo y asesinato en relación con el juego. Era una banda de pistoleros. En 1952, Masferrer se sirvió de toda su influencia para apoyar el regreso de Batista al poder mediante unas elecciones amañadas. Para Lansky, esto no podía suponer sino la más grata de las noticias.

En La Habana hay público para todos los gustos, y la oferta nocturna de esta última noche del año está a la altura de ello.

El negocio resultó mucho más fructífero de lo jamás imaginado. A día de hoy, Lansky envía al palacio presidencial, cada lunes a mediodía, un mandadero con una maleta repleta de dólares contantes y sonantes. Entra aquél a palacio por una puerta reservada. Jamás es recibido por el presidente en persona, por supuesto. Al mes llega así, a las arcas privadas del Lindo Mulato, 1.28 millones de dólares. Claro está que Lansky y Batista tienen la prudencia de no dejarse ver juntos en público. De hecho, sólo existe una foto anticuada de ambos hombres codo con codo.

Pero Meyer Lansky es un tipo previsor que gusta de anticipar el futuro. Así, no contento con toda esta lucrativa bicoca que, en gran parte, ha sido obra suya, fundó hace un tiempo en la calle 23, principal arteria comercial del Vedado, en la llamada Rampa, una escuela de *croupiers*. Su intención era, por una parte, dar así oportunidad y trabajo a numerosos jóvenes cubanos, pero, por otra, lo hizo movido debido a que los sueldos son más bajos en Cuba que en Las Vegas. Resulta mucho más barato contratar a un cubano que traerse a un profesional de los Estados Unidos.

* * *

En La Habana hay público para todos los gustos, y la oferta nocturna de esta última noche del año está a la altura de ello. Muchos acuden a guarachear en los centenares de cabarés y restaurantes de lujo repartidos por toda la ciudad. Unos y otros anuncian esparcimiento a una sociedad ávida de novedades: el *Club 21*, frente al Hotel Capri, el *Mocambo*, el *Pigalle*, el *Club 23*, el *Pico Blanco*, en los altos del Hotel Saint-John, el *Parisien*, en el Hotel Nacional, el *Ali Bar*, club preferido de Beny Moré, o el *Club Zombie* donde canta la bella Zulema. Aún hay otros tantos locales rumbosos, incendiados de ron y son cubano.

La noche habanera, para quienes pueden permitírselo, es un incendio de vida social, de lujo y lentejuelas, de juegos de azar y pasiones secretas. Un frenesí de bailes delirantes, música por doquier, espectáculos inauditos, percusión de congas y tumbadoras, sexualidad desbordante.

La Habana brinda, además, uno de los escenarios culturales más chic del planeta. Aparte los estrenos teatrales, el ballet clásico y la danza contemporánea, hay una gran competencia en cuanto a la oferta artística de los cabarés. En el Tropicana y en otros *night clubs* puede oírse cantar, a menudo, a Nat King Cole, Frank Sinatra, Sarah Vaughan, Ella Fitzgerald, el gran Benny Moré, apodado el *Bárbaro del Ritmo*, Dorothy Dandrige, Johny Mathis o la orquesta *Mambo King* dirigida por el gran Pérez Prado. En otros locales baila el famoso grupo *Las Mulatas de Fuego*. El *Monmartre* contrata, en 1949, al artista negro más cotizado de los Estados Unidos, Cab Calloway. Otra temporada, y por hacer la competencia al Tropicana, donde obtienen un gran éxito los llamados *Chavales de España*, la sala de Lansky contrata a *Los churumbeles de España*. En el verano de 1952 anuncia al aplaudido músico mexicano Agustín Lara y su orquesta. En 1955, dos estrellas internacionales figuran sucesivamente en cartel: Maurice Chevalier y Lola Flores. Otros artistas que levantan pasiones son Olga Guillot y Eliseo Grenet, autor de «Ay Mama Inés». Dos años después desembarca en el reputado cabaré nada menos que Edith Piaf. Otras noches surge en escena la bellísima María Félix, a quien por cierto retiran cada noche ebria como una cuba. También canta allí, a temporadas, el tenor de ópera italiano, e incipiente estrella cinematográfica, Mario Lanza. Su canción fetiche, *Arrivederci Roma*, enardece los espíritus de damas y caballeros, caldeados por mojitos y por ron añejo Baccardi.

* * *

Otro de los shows más cotizados del Shanghai lo protagoniza el apodado Superman, un mulato dotado de un enorme miembro, que, según los días, se balancea desnudo en un palanquín sobre las cabezas del público.

Jorgito es un camarero joven que sirve en uno de los locales renombrados por presentar los espectáculos eróticos más atrevidos de la capital: el Teatro Shanghai, situado en pleno Barrio Chino. Sus revistas de desnudos han sido calificadas, según leyó el propio Jorgito en la revista *Cabaret*, como «las más osadas del mundo.» El Shanghai es un vasto recinto con capacidad para quinientas butacas en el piso bajo, más otras trescientas en el balcón. Entre otros *sketches* muy solicitados, una famosa pareja de bailarines, Conchita López y Alfred Romero, danza frenética en escena, para concluir haciendo el amor en vivo y en directo ante el pasmado público que toma tragos de ron añejo y daiquiris.

La obscenidad desbordante a que puede llegar el espectáculo no se ve ni en las más atrevidas *boites* de París. Otro cotizado sketch es el titulado «café con leche», protagonizado por una bellísima vedette que, sentándose a una mesa en el escenario, solicita un café a un apuesto y fornido camarero. ¿La señora desea azúcar? Ella asiente, pero pide en seguida: «Y leche, por favor». Puede suponerse la conclusión del espectáculo en vivo, que hace las delicias de los asistentes, provoca risas, aplausos, una carcajada colectiva. El público presente en este peculiar local no hace melindres. Jorgito, por su parte, apenas presta atención a la escena. Anda demasiado atareado entre las mesas. ¡Acá la gente tiene una sed insaciable!

Otro de los shows más cotizados del Shanghai lo protagoniza el apodado Superman, un mulato dotado de un enorme miembro, que, según los días, se balancea desnudo en un palanquín sobre las cabezas del público. Las mujeres lo admiran con arrobos. Otros días, Superman hace el amor en el escenario con dos o tres muchachas a la vez. Galas estas, en fin, de un libertinaje erótico sin límites. Pero las cosas no son siempre como aparentan, y así, muy pocos sospechan que el garañón más codiciado por las mujeres de la ciudad mantiene, en secreto, relaciones íntimas con Jorgito. ¡Sorpresas de la vida!

* * *

Quien sí lo sabe es cierto amigo de Jorgito, el *pinguero* homosexual más conocido de la ciudad, un tal Pepe Rodríguez. Y es que Pepe, que se conoce La Habana nocturna como la palma de la mano, sabe bien que la oferta de la capital es mucho más versátil de lo que dejan adivinar las apariencias. Aunque no de manera evidente, por supuesto, algunos cabarés cuentan con reservados, disimulados tras discretas cortinas, para pájaros y amujerados. La realidad es que la frontera entre ambos mundos no es siempre tan rígida como cabría suponer. Muchos de los personajes más encopetados de la ciudad traspasan en ocasiones esa simbólica barrera. El mundo de la noche, bien le consta a Pepe, tiene

sus intrínquilis. Así, quienes se atreven a adentrarse en ciertos antros recónditos saben que hay que andarse con ojo con cierto personaje, especie de fantasma que puede surgir sin previo aviso entre las sombras procelosas. Se trata, nada menos, de Papo Batista, uno de los hijos del mismísimo Presidente. Y es que Papo, cuando se achispa en exceso, puede dejarse caer de súbito por alguno de esos reservados secretos y posar sus ojos, nublados por el alcohol pernicioso, en algún joven en particular. El problema, como bien advierte Pepe a más de un incauto, es que, siendo quien es el pollo, no se le puede contrariar fácilmente. Las consecuencias, es innecesario decirlo, podrían resultar nefastas para la víctima de sus avances.

Según Pepe, que de esto sabe, la oferta erótica de la noche habanera no se detiene ahí. Como no podría faltar en estas veladas de desenfreno tropical, el Hotel Comodoro, allá en el distinguido barrio de Miramar, brinda cada noche, sólo para algunos iniciados, y en una enorme suite a puerta cerrada, un espectáculo lésbico.

* * *

Mientras este último día del año 1958 la ciudad se inflama en festejos y pasiones desatadas, la mulata Dalia termina de pomponearse antes de descender las escaleras hacia uno de los salones de la casa. Dalia trabaja en la mancebía de mayor éxito y relumbro de La Habana: *Casa Marina*, el lugar ideal para hombres que, huyendo de la bulla general, prefieren consolar su soledad en los brazos de una bella cubana. Esta es casa para quienes buscan calidad y no son de bolsillo agarrado. La propietaria española, doña Marina, es estricta con sus pupilas, aunque generosa. Dalia le tiene un afecto mezclado con respeto. Doña Marina ha sido como una madre para ella. *Casa Marina* ocupa un edificio de tres pisos en Habana Vieja. Ya de entrada, acoge al cliente una decoración refinada, muebles de época y cortinajes de terciopelo. En el interior hay cuartos que reproducen ambientes específicos, exóticos, con camas redondas y artilugios para satisfacer todos los gustos. Doña Marina sabe complacer la imaginación de sus clientes. Muy orgullosa, muestra a algunos de ellos un ejemplar de la revista norteamericana *Stag*, que le dedicó un artículo, titulado *Pecado a ritmo de rumba*, en el que se describía *Casa Marina* como «uno de los prostíbulos más lujosos del hemisferio occidental.»

Aquí dentro todo es escogido, discreto, exquisito. Doncellas ataviadas con blusa blanca sirven refrescos o licores a los clientes. La casa hasta cuenta con una pequeña enfermería privada, atendida por dos enfermeras diplomadas, por si hubiera que asistir a algún cliente talludo en caso de alifafe. Esto ya le sucedió una vez a la propia Dalia cuando casi la palma un vejete en sus brazos. ¡Protégeme Changó!

Algunas otras noches, Dalia es enviada a trabajar, a dos pasos del Hotel Sevilla, en una bocacalle del Paseo del Prado donde la Señora tiene otro prostíbulo llamado *Templo de Marina*. Por supuesto, también le toca a Dalia, a veces, ir a prestar sus servicios a domicilio o en hoteles. La Jefa no pierde oportunidad, mami. Está bañada en oro la vieja, piensa Dalia con cierto desdén. A ver cómo se nos da hoy la noche.

*Algunas otras noches,
Dalia es enviada a trabajar,
a dos pasos del
Hotel Sevilla, en una
bocacalle del Paseo del
Prado donde la Señora
tiene otro prostíbulo
llamado Templo de Marina.*

* * *

Al tañer las doce campanadas que señalan la entrada en el nuevo año, en el cabaré *Tropicana* se sueltan doce palomas blancas sobre el escenario abierto al cielo estrellado. Alrededor se descorchan botellas, se canta, se ríe, se baila a ritmo de rumba y de salsa. El cielo de La Habana se alumbra con un resplandor de colorines de fuegos artificiales, multiplicados en las aguas del mar Caribe. Y la diversión prosigue inconsciente y jovial. Nadie presagia la hecatombe que se les viene encima.

* * *

Meyer Lansky, hombre avisado y prudente, sabe bien, sin embargo, que no todo es glamur en esta Noche Vieja. Cierto, la vida sonrío a la mafia habanera, que llena sus bolsillos a espuestas. Pero, a

esta hora, la guerrilla castrista gana terreno. De hecho, hoy mismo combate a las afueras de Santa Clara, a tan sólo 281 kilómetros de la capital. Esta información se rumorea hoy con cierto desasosiego, a pesar de la celebración, en todas las salas de fiesta.

Además, ya ha habido algún que otro aviso desagradable de que las cosas pueden cambiar en cualquier momento. Hace dos años, Manuel Blanco Rico, jefe del SIM, pasó una encantadora velada en la sala *Monmartre* junto a varios acólitos. Corría el año 1956. Lansky no se encontraba en la sala aquel día. Cuando Blanco Rico iba a abandonar el local, varios tipos armados irrumpieron en el vestíbulo y abrieron fuego contra su comparsa. Estallaron con estrépito espejos, lámparas y tarcos de porcelana, entre chillidos aterrados de mujeres, alaridos, órdenes apresuradas. Blanco Rico cayó fulminado en el acto, en medio de un baño de sangre. Los atacantes huyeron aprisa y se esfumaron en la noche tropical, dejando tras de sí decenas de heridos. El atentado fue reivindicado por una organización clandestina llamada *Directorio Revolucionario*. Fue un ataque audaz y directo al corazón de la mafia norteamericana en Cuba. Y fue, por cierto, la primera refriega contra aquélla por parte de la incipiente Revolución, que la consideraba símbolo indiscutible de la explotación capitalista. Poco después de aquel atentado, la pandilla de Fidel Castro y el Che Guevara acampaba en los vericuetos de Sierra Madre, al Oriente de la isla.

Lansky es muy consciente de hasta qué extremo se ha ido degradando, desde entonces, la situación política. Mientras la ciudad revienta en saraos y vicio desbordante, ese desarrapado de Castro avanza ahora mismo hacia la capital, arropado por su pandilla de barbudos.

* * *

A la una y media de la mañana, mientras Milton Side, gerente del casino, acude a complimentar a Lansky, sorprende a Jaime ver entrar en la cafetería a Charles White, miembro de la mafia habanera.

El Lindo Mulato, el Hombre, está solo. Fulgencio Batista se ha desgañitado ante los micrófonos, en los últimos meses, alardeando en público de que aplastará en breve a los insurrectos. Pero, más bien, la situación se le ha ido hace tiempo de las manos. Ese hombre que un día escribió: «Desde el fondo de mi alma grita la voz de la historia,» cada día está más aislado de su propia sociedad. Hasta miembros de la burguesía local apoyan sin reservas a Fidel Castro, por considerar insostenibles el despotismo y el caciquismo del Mulato. Se rumorea incluso que el Presidente actúa bajo el dictado de su amigo Meyer Lansky. No saben ellos hasta qué punto es la suya una actitud suicida. El Presidente, sintiéndose rechazado por muchos de quienes antes lo adulaban, pasa las veladas viendo películas en solitario en su sala privada de proyecciones. Películas de terror y de vampiros. Admira a Boris Karloff. No quiere ser consciente de hasta qué extremo es odiado por el pueblo llano por culpa de la represión de su gobierno, de su ilegitimidad, de su absoluta falta de escrúpulos y de sus relaciones con los mafiosos norteamericanos. Él se ampara en sus mundos de celuloide para no ver la realidad. Y, entretanto, la Revolución avanza.

* * *

En el Plaza, la velada transcurre apacible. Tras los brindis de la medianoche, los vecinos de mesa, muy emperchados, festejan despreocupados, ajenos a toda nube que pueda oscurecer el horizonte de sus vidas. ¡Qué carajo! Todo el mundo tiene derecho a una noche de diversión.

A la una y media de la mañana, mientras Milton Side, gerente del casino, acude a complimentar a Lansky, sorprende a Jaime ver entrar en la cafetería a Charles White, miembro de la mafia habanera. White se dirige directo a su mesa y se inclina para susurrar algo al oído de Lansky. Esta irrupción escama a Jaime. Su instinto le anuncia que algo grave ha sucedido. Sin descomponer la expresión, Lansky murmura con voz grave: «Vamos a hablar afuera.» Se pone en pie y sigue a White hacia la puerta del hotel. Jaime se apresura tras ellos, dejando a las mujeres a cargo del gerente del casino, pero Lansky le hace una seña indicando que desea hablar a solas con su compadre. Jaime aguarda a la puerta del hotel, vigilando mientras los dos mafiosos se detienen bajo las arcadas que dan a la calle Neptuno. Prenden cigarrillos y fuman. El mensaje de White es escueto: «Él ha huido. Los bar-

budos han ganado la guerra.» Lansky comprende que se refiere a Fulgencio Batista. Mientras el país entero celebra el fin de año, el Presidente acaba de fugarse, sin previo aviso, en un avión militar con destino a República Dominicana. Según se sabrá después, la operación se ha realizado a bordo de seis aviones. Acompañan a Batista su familia y buena parte de su gobierno, a quien su amigo el Presidente Leónidas Trujillo ha ofrecido asilo. Se rumorea que Batista se ha llevado consigo unos cien millones de dólares en efectivo. «¡La hemos jodido!,» añade Charles White. Su principal socio, quien garantizaba el statu quo de la isla, les ha fallado, ha huido como una rata. White asegura que Stassi ya está avisado, se despide y se retira en busca de su carro para hacerse cargo de sus asuntos.

Aunque el hecho plantea un sinnúmero de incertidumbres, Lansky, fiel a su carácter sosegado, no pierde los estribos. Regresa junto a Jaime, le informa y comenta: «No hay tiempo que perder. Tenemos mucho que hacer antes de que amanezca.» Tras considerar el asunto brevemente, decide que lo más sensato es enviar a Carmen, sin dilación, a su casa, a la espera de acontecimientos. No conviene que anden ambas mujeres por las calles. Nadie sabe lo que pueda suceder cuando el pueblo conozca la situación. «Jaime y yo estaremos ocupados el resto de la noche —anuncia Lansky—. Te enviaré recado en cuanto pueda.» Y, antes de sentarla en un taxi, besa a Carmen en sus carnosos labios pintados de *rouge*. Después, y dadas las circunstancias, Jaime pide permiso a su jefe para enviar también a Yolanda a cobijarse en casa de Carmen. Lansky accede. Toman los tres un taxi, depositan a la amante de Jaime en el apartamento del Paseo del Prado y, dado que el Hotel Plaza está cerca, regresan a pie. De inmediato, Lansky convoca al gerente del casino, le informa de lo sucedido y le ordena: «Reúne aprisa todo el dinero metálico del que dispongas en las cajas fuertes y en las mesas de juego. ¡Es urgente! Y cierra el casino. ¡Ciérralo!» Después le pide que separe los dólares de la moneda cubana, y que envíe todo a casa de Joe Stassi. A continuación, Jaime y él se apresuran al garaje del hotel, donde el jefe decide, por precaución, abandonar el auto en el que vinieron y tomar uno de los tantos que suelen tener a su disposición, por si acaso, en los diversos casinos. Esta vez se trata de un *Buick Invicta* último modelo, color guinda y plátano. La idea es correr a dar la voz de alarma en todas las salas de juego y recuperar todo el dinero líquido para ponerlo a buen recaudo. Conviene empezar por el *Sans Souci*. Son las tres de la mañana mientras atraviesan a velocidad la gran urbe y enfilan la Avenida 51. Cosa llamativa, calles y avenidas están anormalmente desiertas. Ni tráfico, ni peatones alegres de fin de año, ni borrachos, ni fajazones, ni siquiera policía. Nadie. Un extraño silencio se ha abatido sobre la metrópoli normalmente tan ruidosa y bullanguera. Es como si la vida se hubiera detenido en vísperas de un cataclismo.

Llegados al casino del *Sans Souci*, Lansky informa de la situación a Santo Trafficante, y le aconseja: «Corre a todos tus casinos y reúne cuanto metálico puedas. Y avisa a los demás.» No puede quedarse allí. Debe aún correr a sus locales propios: el Hotel Riviera y el *Montmartre*. Sus órdenes son las mismas en todas partes: cierren el casino, reúnan el metálico y llévenlo todo a casa de Stassi. Por desgracia para el hampa, ni Trafficante ni el director del Plaza siguen al pie de la letra las instrucciones de Lansky. No haciéndose cargo de la urgencia de la situación, no echan a tiempo el cierre a sus casinos. Ambos serán saqueados antes del amanecer.

Hacia las cuatro de la mañana, la noticia de la huida del Lindo Mulato empieza a circular por la capital. Y lo hace como corren los rumores, que nadie sabe de dónde parten.

Hacia las cuatro de la mañana, la noticia de la huida del Lindo Mulato empieza a circular por la capital. Y lo hace como corren los rumores, que nadie sabe de dónde parten. Seguramente, alguien del personal de palacio se ha ido de la lengua. Tal o cual adlátere o viceministro se lo ha contado en confianza a un pariente, y éste, a su vez... El hecho es que el secreto se propaga como un rayo por la ciudad. Y las reacciones no tardan en desencadenarse en todos los rincones de La Habana. Advertido de que al fin ha caído el reino de terror instituido por el Lindo Mulato, el pueblo no espera para echarse a la calle, riendo, cantando y armando bullicio. De repente, las avenidas se animan de camionetas, guaguas y autos, repletos de gente, que hacen sonar sus bocinas con estrépito. Como no puede ser menos en Cuba, en seguida resuena música popular en cada esquina. Alguno ha traído un tiple, otros improvisan instrumentos de percusión con latas y palos. Se bebe a gollote de pomos de ron. ¡Euforia general! Mientras, la clientela rumbosa, inconsciente aún de la situación, sandunguea en salas de fiesta y en casinos.

Pasado un cierto tiempo, la muchedumbre se entrega a la cólera: pandillas armadas de bates de beisbol y de martillos arrancan los parquímetros, lucrativo negocio del cuñado de Batista, Roberto Fernández Miranda. Estalla el desorden público, que muchos aprovechan para entregarse al pillaje. No tardan en estallar enfrentamientos entre la policía y una milicia revolucionaria surgida de golpe y porrazo de las tripas de la tierra. ¡Estaban ahí mismo, disimulados, aguardando su momento! En pleno Parque Central, un grupo de los temibles *Tigres de Masferrer*, que tanto asesinato inicuo han cometido en los últimos años, se recluye en un segundo piso de la Manzana de Gómez. Descubiertos por los milicianos, éstos abren fuego sobre los balcones. Entretanto, una multitud exaltada se entrega a destruir con rabia todas las máquinas tragaperras de bares y cafés que encuentra a su paso. Al fin se toman el desquite contra uno de los símbolos más patentes de la corrupción que reina en el país como un cáncer pernicioso. El pueblo establece una relación directa entre el régimen represor de Batista y el negocio del juego del hampa norteamericana.

La ciudad entera se sume pronto en el caos. Una muchedumbre exaltada invade el casino del Plaza, cuyas puertas permanecen insensatamente abiertas al público, aparta sin miramiento a los asombrados jugadores y arrastra a la calle las mesas de juego. Mientras los últimos trasnochadores huyen espeluznados en busca de sus rutilantes carros americanos, un genterío descamisado apila las mesas de juego frente al casino, en la calle Zulueta, y les prende fuego. Simultáneamente, el casino del cercano Hotel Sevilla es, a su vez, enteramente arrasado por una multitud vociferante. La escena es dantesca: las mesas de juego, con sus lustrosos tapetes verdes, fichas y mazos de cartas, arden en piras cuyas llamas se alzan al cielo como lenguas iracundas. ¡Es la hora de la venganza! Ruge la fiera despertada de su letargo.

* * *

A George Raft, que ha pasado la noche saludando a gente en el Salón Rojo, la noticia lo sorprende en su habitación del Hotel Capri, en brazos de Miss Cuba.

A esa misma hora, un grupo de campesinos desarrapados invade el moderno vestíbulo del Hotel Riviera, donde da suelta a una piara de cerdos. Estos ensucian de barro y excrementos las alfombras y suelos bruñidos del hotel joya de Meyer Lansky, su obra más preciada, una inversión de millones de dólares. Uno de los salones de juego más célebres del planeta es, en fin, mancillado por cerdos. El simbolismo está servido.

Lejos de allí, otro tanto sucede en el *Sans Souci*, cuyo casino es incendiado. La conmoción es general. Los clientes huyen despavoridos.

A George Raft, que ha pasado la noche saludando a gente en el Salón Rojo, la noticia lo sorprende en su habitación del Hotel Capri, en brazos de Miss Cuba. Lo interrumpe una llamada de la recepción pidiéndole que acuda aprisa. George se viste lo más rápido que puede y toma el ascensor. Al llegar al piso bajo observa, atónito, que en el vestíbulo se ha desatado el infierno. Entre otros, el lindo y sonriente portero multilingüe, mulato «de adorno» del hotel, apodado Sabor, intenta apaciguar los ánimos, revestido de su casaca color verde botella con entorchados dorados. Pero la gente, aterrorizada, aúlla: «¡Que llegen los bandidos! Huid.» Cunde una histeria colectiva. En ese instante, un grupo de revolucionarios hace irrupción en el *lobby*, se dirige al bar, situado al fondo, y lo ametralla, haciendo estallar en mil pedazos las estanterías de cristal repletas de carísimas botellas de ron añejo, güisqui, champán y coñac. Las mujeres chillan y corretean de un lado a otro como gallinas despitoladas. Por fortuna, los guerrilleros se retiran, oportunidad que Raft aprovecha para encaramarse a una mesa y gritar: «Cálmense todos. Cálmense. No es nada. Ya pasó.» El público no le hace caso, no sabe qué hacer, miran aterrados por las cristaleras. Las señoras lloriquean. Los hombres se deshacen los nudos de sus blancas pajaritas y apuran sus tragos con manos temblorosas. Aventurarse en estas circunstancias en las calles es demasiado azaroso. Por las vías aledañas se oyen tiros y ráfagas de metrallas. ¿Adónde ir? ¿Cómo regresar a casa? «¡Mis hijos! —chilla arrebatada una dama—. ¡Quiero ir con mis hijos!» Un vejete teñido y peripuesto aúlla desconsolado: «¡Señor! Esto es el final. Moriremos todos asesinados por el populacho.»

* * *

En el Hotel Hilton, Jimmy y Carol ven interrumpida su celebración por el desconcierto general: la gente corre, grita, algunos salen en busca de sus carros, más de una mujer pierde los zapatos dorados en la carrera despendolada. El joven matrimonio, horrorizado por lo que ve a su alrededor, decide retirarse a su habitación, en el piso doce. Aquella espectacular vista a vuelo de pájaro sobre la ciudad y el malecón se les antoja ahora pavorosa. Intentan comunicar por teléfono con los Estados Unidos, pero la operadora les anuncia que las comunicaciones están saturadas. Carol explota en sollozos: «¿Qué será de nosotros, Jimmy? Pero ¿dónde hemos ido a caer, Dios mío?»

En el Hotel Nacional, el metre Ramón, impertérrito, ofrece a un antiguo cliente que peina canas un último trago de bourbon. Alrededor, los camareros terminan de recoger, apresurados, los restos de la celebración interrumpida de golpe. El suelo del gran salón de cortinajes dorados está invadido de serpentinatas y confetis de colorines, copas rotas, sillas volcadas. Al conocerse la fuga del Mulato, se produjo la desbandada general. La gente se precipitó horripilada hacia las puertas. Incluso la orquesta ha huido, abandonando sus instrumentos sobre el escenario. Pero Ramón no pierde la compostura. Sigue a lo suyo, tratando de poner orden en el desbarajuste de un fin de fiesta imprevisto. Criado a la vieja escuela, se queda boquiabierto cuando un muchacho, al que regaña, se revuelve y le replica con desaire: «A partir de hoy, se acabaron los siervos, jefe.» Ramón le espeta: «¡Insolente!», pero el muchacho estalla en risas, se arrebató la chaqueta y la pajarita, las arroja al suelo y lo deja allí plantado.

La madrugada culmina en catástrofe. Noche de horror, de sangre y fuego, de terrores y rechinar de dientes. Los hijos de una burguesía que ya se sabe defenestrada gastan sus últimos dólares en tragos en el *Floridita* o en el *Sloppy Joe's*. Puesto que su dinero carecerá mañana de todo valor bajo un nuevo régimen revolucionario, ofrecen cualquier absurda cantidad a cambio de un buen habano, una copa de coñac francés, un ron añejo, el mejor. ¡Qué más da el precio! Mañana estaremos arruinados. Apuremos los últimos instantes de una vida de privilegios.

En ese mismo momento, Jack Dempsey, el antiguo boxeador y ahora empleado de Frank Costello, avisado por su jefe, reúne aprisa, en una valija, todo el dinero que la noche ha producido en el casino del Hotel Presidente. Después, monta en un *Chevrolet Impala*, color azul cielo, y arranca veloz en dirección a la calle 23 y al puente sobre el río Almendares. Nada más atravesar el puente, gira a la izquierda, hacia el bosque.

La madrugada culmina en catástrofe. Noche de horror, de sangre y fuego, de terrores y rechinar de dientes.

* * *

Dalia, que yace en los brazos de un viejo gallego como dicen acá, casado allá en su tierra y propietario de un provechoso negocio de explotación de esponjas de mar en Surgidero de Batabanó, salta espeluznada del catre cuando una compañera le avisa de que ha estallado la revolución. El hombre protesta, incrédulo: «Pero Dalia, mi niña. ¿Adónde tú vas?» La muchacha ni le hace caso. Alertada por el estruendo procedente de la calle, se cubre con una bata de seda china y corre a asomarse al pasillo de *Casa Marina*. El vejete gallego, resignado, termina por vestirse, deposita un generoso mazo de pesos sobre la mesilla de noche, apura su vaso de ron añejo siete años, se viste y abandona el cuarto. Según descende las escaleras, le asombra encontrarse a pupilas que suben y bajan, en combinación, a sirvientas que chillan asustadas y a clientes veteranos que escapan a la carrera escaleras abajo. Algunas muchachas lloriquean; otras ríen. Doña Marina intenta en vano poner orden. La casa se ha vuelto de pronto un loquerío. «Pero ¿qué coño pasa hoy aquí? —protesta el viejo gallego—. ¿Es que todas os habéis vuelto locas? ¡La pinga!» Se arregla el hombre el corbatín ante un espejo barroco del vestíbulo, y sale trastabillando a la calle. A su alrededor, las calles de Habana Vieja están sumidas en la anarquía. Es como si todo el mundo hubiera perdido el juicio. Por doquier hay griterío, carreras, ráfagas de armas de fuego, chusma furiosa que ataca máquinas tragaperras, roba pomos de licor en los bares abiertos, y observa pasar al viejo acicalado sin disimular su desprecio. El hombre, aterrado, se apresura hacia el Capitolio, amparándose aquí y allá en las sombras, en busca de un taxi que lo lleve de vuelta al Vedado. En *Casa Marina*, Dalia, sentada en una sala tapiada de seda roja, consuela a una amiga diciendo convencida: «Al fin seremos libres, compañera. ¡Nuestra hora ha llegado!»

Dalia se desmaquilla y se viste aprisa, no de mujer de la vida, sino con pantalones anchos y pañuelo al cuello con las siglas del movimiento revolucionario *26 de Julio*. De esa guisa, se echa a la calle y se suma a la multitud enardecida. «¡Mira la mocosa!», exclama con sorpresa doña Marina al verla abandonar la casa.

* * *

Al amanecer el día primero del nuevo año 1959, La Habana es otra ciudad. Carros militares, repletos de milicianos barbudos y descosidos, patrullan las calles de la capital mientras aúllan arengas revolucionarias y proclaman su victoria. La ciudad se ha cubierto de banderas con las enseñas de la guerrilla castrista. Que se sepa, no ha habido muertos, por ahora. Lansky y Jaime, culminado de madrugada su recorrido por los casinos, se refugian en el apartamento de Carmen, desde cuyos balcones observan a la turba que hormiguea por el Paseo del Prado, ebria y eufórica. Las mujeres siguen la escena aterradas. Lansky, como siempre, permanece impasible.

Cuantos fueron cómplices del régimen de Batista permanecen ocultos en sus residencias. No les llega la camisa al cuello. Esta mañana de primero de año ninguno de ellos asoma la geta a la calle, por si acaso. A la resaca alcohólica se suma ahora el pánico. Las calles de los barrios elegantes están anormalmente desiertas y mudas.

Lansky envía a Jaime en un auto a hacer un recorrido discreto por todas las salas de juego, para que le informe de la situación. A su regreso, Jaime le comunica la devastación de varios de los casinos, incluidos los del Chateau de Miramar. En cuanto al Tropicana, no ha podido acceder a él debido a que a sus puertas hay apostada una guardia obrera armada hasta las cejas. Esto pinta mal.

Hacia las nueve de la noche del día primero de año, los capos norteamericanos se reúnen en casa de Joe Stassi, frente al río Almendares, a fin de discutir la situación.

Hacia las nueve de la noche del día primero de año, los capos norteamericanos se reúnen en casa de Joe Stassi, frente al río Almendares, a fin de discutir la situación. Allí están el propio Stassi, Lansky y su hermano, Trafficante, Norman Rothman y Charles White. Sus asistentes van y vienen llevando y trayendo recados. Nadie ha pegado ojo durante esta larga noche atroz, inesperada, delirante. Sobre la mesa del comedor se apilan succulentos fajos de billetes: millones de dólares en efectivo. Aprisa y corriendo, bajo las primeras luces de un día aciago, las ganancias salvadas del pillaje son repartidas de manera equitativa entre todos los capos. Lansky, como siempre,

permanece sereno, sorbiendo un trago de güisqui en las rocas mientras Jaime termina de llenar una maleta de billetes.

En los días siguientes, el terror se desata en la ciudad. Los ciudadanos norteamericanos, así como numerosos cubanos simpatizantes del régimen de Batista, asaltan enloquecidos la embajada norteamericana, situada en el Malecón, así como el aeropuerto y los muelles del puerto marítimo de Mariel, pretendiendo solicitar asilo y escapar aprisa del país. Es una locura general. No hay plazas suficientes en aviones ni en barcos para tanto público. Quienes logran abordar navíos con destino a Miami son insultados por el pueblo llano. Les arrojan huevos y los tildan de *gusanos*.

La guerrilla de Fidel Castro, ya vencedora, avanza hacia la capital.

Lansky, al igual que los otros mafiosos, envía por delante a su mujer y su hija a los Estados Unidos, para ponerlas a resguardo, mientras él decide permanecer en el país a la espera de lo que pueda suceder. Debe defender sus intereses. Durante esta primera semana de victoria revolucionaria, los casinos permanecen, por supuesto, cerrados. Lansky es un hombre pragmático y, como siempre, hace gala de carácter cauto y paciente. Aguarda a pie firme, durante más de una semana, la llegada de Fidel a la capital, que se produce el día ocho de enero. Los revolucionarios llegan con ruido, e instalan su cuartel general en el nuevísimo Hotel Hilton, de inmediato rebautizado como Hotel Habana Libre. ¡Qué desfachatez!, se dice Lansky sin disimular su desprecio.

Tanto Lansky como Trafficante son de la opinión de que Castro se verá obligado, por pragmatismo, a mantener la actividad de los casinos, al objeto de sostener la economía del país. El Comandante ha concedido numerosas entrevistas en los días anteriores, durante su marcha triunfal hacia la capital. En ningún momento se ha pronunciado acerca del asunto de las salas de juego. Pero, como en todo

lo demás, su discurso es ambiguo. Sólo pregona, una y otra vez, que Cuba va a conocer una nueva era de prosperidad y de paz. Un mensaje vago que, en definitiva, no le compromete a nada. ¿Qué baza oculta en la manga?

Lansky aguarda impaciente, siguiendo de cerca los sucesos y las fogosas declaraciones de los vencedores. Su patrimonio está en juego. Y su futuro, pues aún está pendiente de realización un vasto proyecto para construir buen número de nuevos hoteles costeros donde expandir el lucrativo negocio del turismo y del juego. Pero él y sus socios no han contado con el hecho de que Fidel y los suyos son unos convencidos, dispuestos a transformar el país mediante su Revolución. Y así, llegado el Comandante a la capital, la situación se degrada deprisa. Pronto dan comienzo las ejecuciones sumarias de secuaces del régimen de Batista. Cuantos han dado muestras de actitudes anti-revolucionarias son fusilados frente al muro de la fortaleza de La Cabaña, allá en el Morro, sobre la desembocadura de la bahía.

En uno de sus primeros decretos, Castro anuncia por fin que, entre los objetivos del nuevo gobierno, figura el de liquidar el vicio y los juegos de azar. «Hijo de puta —piensa Lansky—. ¡Acaba de hundir la primera fuente económica del país!» Comprende entonces que su batalla está perdida, y resuelve abandonar el barco. Por mucho que cueste creerlo, ya nada se puede salvar: propiedades, inversiones millonarias, negocios florecientes, casas suntuosas. «Yo hice de La Habana el casino más importante del mundo, y me lo jode ahora este barbudo de mierda,» comenta a Jaime sin alterar su semblante.

Vencido, Meyer Lansky abandona La Habana una madrugada desde el aeropuerto de Rancho Boyeros. Durante los años siguientes, no cesará de recordar, desde su retiro en Miami Beach, su adorada Perla del Caribe y cuanto abandonó en ella. Apartado del mundo del hampa, el viejo gánster pasea a su perrita por la avenida Collins como cualquier inocente anciano. Alzado a la fama debido a la película de un impertinente llamado Coppola, es vigilado a toda hora, desde una furgoneta, por dos agentes del FBI.

*

APÉNDICE

Acaso lo más increíble de esta peculiar historia de boato, podredumbre y corrupción es el misterio que rodeó el destino de la fortuna de Meyer Lansky, estimada por los medios de comunicación en unos trescientos millones de dólares. La familia sabía que dicha cifra era exagerada, y ello debido al enorme patrimonio perdido en Cuba. Cuando los herederos del mafioso se reunieron ante un juez para proceder a la lectura del testamento, atónitos quedaron al descubrir que sólo restaban en su cuenta bancaria cincuenta y siete mil dólares. Aunque emprendieron una investigación en busca de la famosa fortuna perdida del abuelito gánster, ésta jamás fue hallada. Incógnitas de la historia.

*

NOTAS:

- Este relato está basado en la obra de T. J. English titulada *Havana Nocturne. How the Mob Owned Cuba... And Then Lost It to the Revolution*, así como en la narración de las andanzas de Meyer Lansky que hace Enrique Cirules en su libro *La vida Secreta de Mayer Lansky en La Habana*.
- El congreso de la mafia, celebrado en 1946 en el Hotel Nacional de Cuba, así como los espectáculos eróticos del Teatro Shangai, fueron ambos parodiados por Francis Ford Coppola en su filme *El Padrino II*.
- Hoy se sabe, por documentos desclasificados, que el avance de la guerrilla castrista fue en gran parte posible tras haber recibido armas, por intermediarios, procuradas por la CIA.
- De todos aquellos míticos cabarés y *night clubs* de la época, unos pocos siguen hoy en activo, como el *Tropicana*, el *Salón Rojo* y el *Parisien*. En cuanto al enorme *Montmartre*, fue reconvertido, a finales de la década de 1960, época de los rusos, y tras dismantelar su exquisita de-

coración, en el restaurante *Mosciú*. Es uno de los pocos inmuebles que aún queda en pie, en estado ruinoso tras su incendio en 1990. Semeja una fábrica abandonada. Residí un tiempo a la vuelta de la esquina.

© **Jesús Greus**

Jesús Greus Nació en Madrid. Licenciado por el Institute of Linguists de Londres. Fue colaborador de los periódicos ABC, Diario 16 de Baleares, El Día del Mundo, Libération du Maroc y, actualmente, de diversas revistas literarias digitales. Trabajó, además, como traductor para editoriales de Madrid. Es conferenciante, músico, gestor cultural y guionista. Como escritor, ha publicado: *Ziryab*, 1988. *Junto al mar amargo*, 1992. *Así vivían en al-Andalus*, 1988. *Claro de luna*, poesía. *De soledades y desiertos*, 2001, teatro. *Laberinto de aljarafes*, 2008, relatos. *La palabra perdida*, ensayo. *The Tower of Babel*, 2012, ensayo. *Las 1001 Noches, ese fantasma literario*, 2013, ensayo y *Aquella noche en el mar de las Indias*, 2015, novela.

Antonio Tejedor García

Fuentespreadas, Zamora (España), 1951

<http://lagartosquebrada.blogspot.com.es>

* * *

Ha trabajado como maestro en Sabadell y Pedrola (Zaragoza), donde también ejerció como profesor en el Instituto Siglo XXI. A pesar de que la afición por la escritura le acompaña desde la infancia, solo a partir del 2008, año en que publicó su primera novela, *Hijos de Descartes*, se decidió a dar a conocer sus textos. Una salvedad que quedaba circunscrita al ámbito escolar con las obras de teatro y los cuentos. De ahí salieron *El Mercancías* y *Sentados en el borde de una nube*, aunque este último había sido concebido en la infancia, durante una tarde de sueños y quimeras con su amigo Ángel. Ambos fueron publicados por la editorial La fragua del trovador, de Zaragoza, en 2010 y 2012, respectivamente. Asimismo, los dos fueron ilustrados por Andrés Miguel Pardo.

Tras *Hijos de Descartes* que publicó la editorial BCYH de Aiguafreda, Barcelona, vio la luz *Los lagartos de la quebrada* (Mira Editores, colección Sueños de tinta). Era una vieja aspiración que por fin pudo concretarse en una novela y que sirvió, a la postre, como espaldarazo definitivo para dedicar más tiempo a la escritura. *No me cuentes mi vida* es una colección de relatos (La fragua del trovador, 2014) que recoge una amplia trayectoria de su narrativa corta y en el que está incluido el relato «Zaragoza», que obtuvo el primer premio de relato corto *Heraldo.es*. Muchos otros relatos han sido publicados en diferentes revistas literarias (*Albero, Ágora, A contrapalabra, Almiar...*) y ha colaborado en dos libros colectivos de relatos, *Palabras contadas* (La fragua el trovador) y *Relatos de Zamora* (Semuret). Participa en las redes sociales a través de *Facebook* y también mantiene un blog sobre literatura y sociedad lagartosquebrada.blogspot.com con entradas casi diarias.

Su última publicación ha sido la novela *Todos los espejos, rotos* (Mira Editores, Zaragoza, noviembre 1017).

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

ANTONIO TEJEDOR: Como un soñar, un atreverse solo a soñar. Sueñas y escribes un cuento, una sensación, un recuerdo, sientes la necesidad de hacerlo aún a sabiendas de lo imposible de su publicación, pero lo haces. Años llenando cuadernos, amontonando ideas. Algunas encontraron salida en forma de cuentos infantiles o piezas breves de teatro para los alumnos. De la misma manera, otros relatos se enredaron en torno a un tema y dieron forma a una novela: en un arrebató la envié a un concurso. No ganó, pero a Víctor Pozanco, poeta y editor de BCYH, le gustó y apostó por su publicación: *Hijos de Descartes*, mi *opera prima*. Si difícil es empezar, mantenerse supone todo un reto; pero ahí estamos. Con un único objetivo: disfrutar.

N.: *Escribes tanto relato como novela. ¿Cómo te planteas desde un punto de vista formal cada uno de estos géneros? ¿Qué dirías que te aportan personalmente como escritor?*

AT.: Como decía antes, yo escribo porque me divierto, es un placer. Al mismo tiempo, una forma de contar historias y de formular ideas, de comunicar. Y de recibir respuestas de los lectores. Esta es la principal aportación de la escritura y la más agradable, y no encuentro diferencias si lo hago a través de un relato o de una novela. Además, desde un punto de vista formal, la génesis es muy parecida.

La escritura te ayuda a posicionarte en el mundo, a observar unas conductas y otras, a valorarlas. Esto es primordial. Ves a los otros y por reacción natural miras al espejo y te ves tú, uno más de ese mundo. ¿Qué haces ahí? Puede sonar extraño, pero tanto el relato como la novela ayudan al conocimiento de uno mismo. Son muchas horas de reflexión, de análisis, de ponerte en la piel del otro, aunque sea imaginario. Eso aumenta la capacidad de empatía, de respeto a los demás.

N.: *También has escrito libros de literatura infantil. ¿Qué importancia ha tenido tu experiencia profesional como educador a la hora de escribir?*

AT.: La profesión de maestro sirve como entrenamiento para un escritor, un entrenamiento diario aunque ese no sea el objetivo. Por los cuentos que cuentas, por los que inventas, por los que obligas a que inventen. *El Mercancías*, por ejemplo, nace de la necesidad de que los propios niños lean y reflexionen sus propias experiencias y, de paso, se aficionen a la lectura al verse reflejados como personajes del cuento. Además, son críticos sin pelos en la lengua, sinceros a la hora de decir lo que les gusta y lo que no.

N.- *En tu último libro, Todos los espejos, rotos, además de abordar una novela de género, entras a fondo en la realidad económico-social española de los últimos años. ¿Podría decirse que en esta novela hay también cierta intención de hacer crónica social?*

AT.: Intención, no; realidad. La crónica social es la auténtica literatura de nuestra época; eso sí, con un fuerte componente crítico. Porque a nadie se le escapa que es necesario desterrar las conductas que producen tensiones en la sociedad. La corrupción es una de ellas, y en este caso me sirve como telón de fondo de la novela. La trama, situada en Zaragoza como podría estar en cualquier otra ciudad, permite un recorrido por las diferentes clases sociales y su respuesta ante algunos hechos cotidianos y otros más específicos; todos ellos tocados por la varita de esa fea dama. Un tema de actualidad absoluta, el postre de cada comida en casa o con los amigos, y que, de alguna manera, define a nuestro país. Digo país e incluyo a todos, —de ahí el título—, aunque haya quien solo se entere de la corrupción política y empresarial. Quiero resaltar, no obstante, que estamos hablando de una novela, no de un telediario, y en la novela lo fundamental, más allá de los hechos, es el ambiente, la atmósfera que creas, los personajes, los giros en la trama, el final inesperado.... Todo esto, importante en cualquier ficción, en la novela negra es la esencia.

N.: *¿Qué te gustaría que el lector encontrase en tus libros?*

AT.: Un chispazo. Más allá de la belleza formal, si una obra no provoca un sentimiento es una obra fracasada. Algo ha de hacer crujir al lector, le ha de entusiasmar, crispar, conmover, relajar, sacar una lágrima... Lo que no tengo claro es el límite, si es que lo hay. Porque el escritor puede llegar a sentirse un poco responsable: ¿qué ha de pensar si un lector dice que tal obra le cambió la vida, que le hizo reflexionar sobre el tema tratado y le borró la visión que tenía? Entre los relatos incluidos en *No me cuentes mi vida*, hay uno titulado «La fraternidad de los restos» cuya violencia ha provocado reacciones de rechazo y hasta malestar físico. Perfecto, es lo que intentaba. Lo peor noticia es la indiferencia tras la palabra fin.

N.: *¿Qué importancia le das al estilo a la hora de escribir?*

AT.: Máxima. En realidad, hay tres o cuatro historias que se repiten continuamente, con los matices que se quiera, pero las historias apenas difieren: muerte, poder, amor... ¿Qué las hace diferentes? La forma, el estilo, el cómo. Hay buenas historias que son insoportables de leer de la misma manera que hay historias aburridas que las salva una buena prosa. De ahí la importancia del estilo. Cada escritor busca el suyo propio, algo que lo identifique incluso a la hora de escribir para los niños. Puedes cambiar el vocabulario, las descripciones, los diálogos, pero el estilo, el sello de identidad del autor, siempre aflora de una forma u otra.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Antonio Tejedor antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

AT.: Antes de enfrentarme a la hoja de papel, las ideas llevan rondando días y semanas. No sue-

lo escribir hasta que tengo un porcentaje de la historia pensado y analizado. Otra cosa es que en el transcurso de la escritura se produzcan cambios. O después de haber escrito la palabra fin.

Tanto en el relato como en la novela, parto de una idea, de algo que —bajo mi punto de vista— merezca ser contado. Puede surgir de un hecho, de una anécdota, de una conversación. De la observación de la realidad. En alguna ocasión, muy pocas, el principio ha sido suficiente. Por el contrario, hubo un relato que lo escribí a semejanza de Poe, conociendo el final y construyendo la historia en función de ese final. Pero no es lo habitual. Como norma, tras la idea, acumulo información. Decido el punto de vista, los personajes, algunas escenas. Escribo. Después, corrijo, cambio, reescribo, vuelvo a corregir...

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en español y tus autores favoritos?*

AT.: Por encima de todos, Cervantes. Tuve la suerte de no verme obligado a leer las aventuras del ingenioso hidalgo durante el bachillerato y, cuando lo hice, ya con 20 años, supuso un deslumbramiento. Y en él sigo, releyéndolo con frecuencia. Tendría que nombrar a los clásicos, que si los siguen leyendo gentes de todas las culturas y todos los tiempos será por algo. No obstante, me voy a circunscribir a la literatura más moderna. Ahí, en el pedestal, sigue estando García Márquez, una fuente continua de inspiración. La tierra también tira, y en ese podio no puede faltar Miguel Delibes. De vez en cuando es obligatorio un relato de Borges, Cortázar o Tizón; una novela de Rafael Chirbes, Bolaño, Almudena Grandes, de Landero, de Aramburu, de mi paisano Jesús Ferrero, de Benítez Reyes... O la ternura de Marian Izaguirre. La lista sería larga e incluiría algún amigo que, por pudor, no nombro. Entre mis favoritos hay otros que no siempre aparecen entre los más conocidos y que para mí son imprescindibles, como Laura Restrepo, Manuel Rivas, Jaime Cabré, Erri de Luca, Kawakami... En mi blog, lagartosquebrada.blogspot.com, en el apartado «Cada fin de semana, un libro» dejo mi opinión sobre el último leído.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Antonio Tejedor?*

AT.: A pesar del mucho tiempo que ocupa la promoción de *Todos los espejos, rotos* a través de presentaciones y entrevistas en diversos medios de comunicación, la afición se resiste al descanso y no para quieta. Sin haber nada definitivo, dos ideas apuntan en la buena dirección: un libro de viajes sobre Zamora, algo desde el punto de vista personal en el que pesen más las emociones que la guía turística y otra crónica social en forma de novela para la que estoy en período de acumulación de datos. Si llegarán a ver la luz o no depende de demasiados factores, así que ni prometo ni puedo prometer nada. Pondré todo mi empeño, eso sí.

* * *

Relato

FUNÁMBULO

por Antonio Tejedor García

6:59. Soy Marco, trabajo como funámbulo y de momento estoy vivo. En un minuto comienzo la jornada laboral y a partir de ahí, en cualquier segundo o fracción, la primera frase puede convertirse en historia y mi hijo —todavía hecho de sueños y hadas, de elfos y gigantes— quedarse sin ver la televisión mañana.

Un trabajo peligroso, lo sé; pero no tengo otro: elegir sería un lujo. Un trabajo a tiempo parcial, como tantos. Corto, pero intenso. Unos minutos y a casa. Espero que sea por mi pie y no en ambulancia. Al menos ya he cobrado por la actuación, soy de los pocos que ingresan el sueldo por adelantado.

Estas gracias me relajan, me hacen olvidar que el futro pende de un hilo. El que sea de acero no es lo de menos. Bien, Marco, deja eso ahora y concéntrate en el trabajo. Como decía el poeta, aunque no esperes mucho de la vida, disimula y cruza la calle. Olvida que estás en lo más alto, muy por encima de los humanos. Esos solo te miran. Algunos, incluso te admiran. Pero olvídalos. Concéntrate, respira hondo y temple los nervios hasta que se aceren.

Que se hagan cable. Sobre él he de cruzar la avenida. Cincuenta metros de longitud sobre cincuenta de altura. Un ángulo recto. La muerte espera colgada del larguero durante cincuenta metros. En cada actuación hace acto de presencia, se viste de ráfaga de viento o baila ante cada uno de mis pasos con una radial envuelta en chispas. Por eso me pongo una venda en los ojos, para no verla. Quiero caminar yo solo. Yo y la barra. El mundo a mis pies. Un romántico diría que este es el más alto concepto de libertad. Lo de alto, lo entiendo; lo de libertad... El funambulismo es mi trabajo, una necesidad. Por eso vamos a cruzar la calle mi barra y yo. Nada más, sin arneses ni cuerdas de seguridad. Todo es cuestión de precio, y el morbo exige una cuota de riesgo. El fallo está prohibido, el accidente no forma parte de la representación.

Ahí abajo se palpa el vértigo. Malena, mi compañera, no es creyente, pero reza. Al dios del acero, supongo. El niño juega: solo verá a su papá por televisión mañana. Si no hay percance, claro. Miro la calle, al público que espera. Los hay que unen las manos en una oración, tensan los músculos, cruzan los dedos. Es de agradecer esa empatía. Se muerden los labios, los pies cosquillean, sufren mis miedos. Los niños se agarran a la pierna del padre y ponen la mano delante de sus ojos a modo de venda. Pero separan los dedos de vez en cuando. Entre los adultos, algunos hacen la señal de la cruz. Me dan por muerto. Ante mí, la línea de la vida, la que he de seguir para poder ser y que también sean ellos, mi mujer y mi hijo.

7:00. Allá voy. Un pie tras otro, despacio, los ojos ciegos al frente. Calculo con exactitud la posición, tanteo antes del apoyo definitivo. La barra en las manos, la ciudad a mis pies. Mana un sudor frío de las sienes. El primer sudor. Huele a miedo. No importa, ya lo conozco, sé que camino en la cuerda floja. Una sonrisa para la televisión, que para eso paga.

Ahí abajo se palpa el vértigo. Malena, mi compañera, no es creyente, pero reza. Al dios del acero, supongo. El niño juega: solo verá a su papá por televisión mañana.

Sigan el espectáculo, señores, liberen un par de kilos de adrenalina sin necesidad de dieta. He dejado atrás unos veinte metros. Y sigo. Hagan sus apuestas. ¿Caerá el funámbulo o levantará los brazos en triunfo? Cien euros por lo primero. Esta mañana, en Bedween se pagaba 6 a 4 y subiendo. Por simple cálculo de probabilidades, algún día ha de llegar el error. Y han apostado por hoy. Me esforzaré en no darles ese gusto. Cada pie que adelanto es un sufrimiento para su bolsillo, disminuyen las posibilidades de ganancia. Dicen que la situación de una persona en un lugar elevado significa dominio, poder. Mienten. Aquí estoy, en lo más alto y solo se siente vacío. El vacío de poder incluido. Ni miedo doy, que me lo quedo todo. Solo espectáculo, un rato de entretenimiento que pagan y en paz. ¿Cuántos son conscientes de que una vida cuelga del alambre (y nunca mejor dicho)?

He llegado a la mitad del recorrido y escucho el ooooooh de asombro cuando me apoyo en un solo pie. Guardo el equilibrio a duras penas, los músculos de la pierna se confunden con el acero. Vuelvo a caminar sobre el cable. Salva de aplausos que no debiera escuchar. Dan ánimos y debilitan las defensas, distraen la tensión. Olvídalos, Marco, sigue tu camino, tu único camino. Porque las posibilidades se cierran ahí, no hay bifurcación de senderos. Piensa solo en la meta, en que ya queda menos para concluir esta locura.

Esta es una de las definiciones más repetidas que hacen de mí: «Estás loco», me dicen. La última locura que se perdonó fue la de Don Quijote y así y todo acabó besando la arena de la playa de la Barceloneta. Pudo contarle, que no fue poco. Los locos no están bien vistos en sociedad: muestran las debilidades de los cuerdos y eso no gusta. Hacen ¿hacemos? lo que los demás no se atreven, y esconden su cobardía pagando por el espectáculo. También pudiera ser que la locura esté demasiado cerca de la genialidad, y la genialidad, lo sabemos muy bien, se adula. Pero no se perdona.

¡Aaaaahhh!, un grito de pánico. Muchos gritos repetidos en el eco de un edificio a otro. La calle se

ha llenado de *aaaaahhs*, de ojos tapados, de hombros encogidos, de manos que protegen los rostros. Esa es la escena que imagino. Que una barra de equilibrio se rompa es de todo punto incomprensible y raramente visto. Ha sucedido, sin embargo. Un trozo de la barra cayó al suelo y al equilibrio no le ha quedado más remedio que abrazarse al milagro. Con mucha paciencia y no poco tiempo he logrado estabilizarme. «Has estado a punto de quedarte sin tele, hijo. No hubieras visto cómo los espectadores dan unos pasos atrás a toda prisa y hacen hueco para la caída de mi cuerpo a plomo, que ningún obstáculo impida que se estampe contra el asfalto». Las apuestas habrán subido a 8 / 2, seguro. ¡Qué duro es este pan!

Resoplo, tengo que sacar tanto calor del cuerpo. Cincuenta metros de gritos han subido como un fognazo, una llamarada de las que permiten la flotación, el paseo entre las nubes. Eso es lo que me ha mantenido sobre el cable. Ahora, el público se ha dejado atrapar por un silencio que aterra, de los que muerden. Solo ante el peligro. Una vida en juego para espectáculo de mayores y pequeños. ¿Cuánto vale una caída al vacío en directo?

Vamos, Marco, tienes que cumplir. Ya has cobrado por el trabajo, no puedes dejarlo a medias.

—Diez metros, Marco. Un esfuerzo más y llegas —grita mi ayudante.

Llegaré, no tengo plaza reservada en el manicomio ni en la sala de la morgue. Sigo. Paso a paso, con precisión, sin confianzas. Si no le tuviera pánico al viento pediría un soplo suyo, una ligera brisa que suavice las llamaradas que envuelven el cuerpo. Me asfixio. Los últimos metros se hacen eternos; hoy, más que nunca. Esta media barra no da más que sustos, juega al equilibrio inestable. Ante mí, cinco metros en línea que ordenan mi mundo.

—Cinco metros y fuera —vuelve la voz de mi ayudante.

Exacto, tal como pensaba. Últimas oportunidades, señores. Las apuestas van a cerrar. Se ven algunas debilidades en las piernas del funámbulo, mínimas flexiones inesperadas, tics de cansancio extremo. Y sudor. Bañado en sudor. Escasos metros le separan de la torre, pero nada hay decidido. Hagan juego, señores.

Ahí abajo los hay con el corazón que no les cabe en el pecho, golpeando en tic tacs fuertes. La emoción les puede. También habrá quien se marche desilusionado ante la ausencia de tragedia. O la pérdida de la apuesta. Último paso. ¿Y si ahora me soltara con la chulería de caminar hacia atrás? No, no quiero oír los aplausos ni el silencio de la sorpresa. Me conformo con que mañana por la mañana mi hijo me vea en la televisión.

© Antonio Tejedor García

MEDARDO FRAILE O EL ARTE DE CONTAR

Madrid, 13 de marzo de 1925, Madrid- Glasgow, 9 de marzo de 2013

por Pedro M. Domene

Medardo Fraile ensayaría y llevaría a cabo, a lo largo de su fecunda obra, seis aspiraciones en su narrativa breve: «Un estilo llano y natural, la carencia de un artificio —tanto en el lenguaje como en la escritura—, la brevedad (cuanto más cuento, más breve), la humanidad y sensibilidad en el tratamiento del tema, unidad de fondo y forma, y amenidad»

LOS NIÑOS DE LA GUERRA

La década de los cincuenta proporcionaría a la literatura española, acabada la Guerra Civil y asentada una humillante posguerra, una promoción de escritores bautizada como «Los niños de la guerra»¹. Universitarios o con intención de serlo, en sus primeras publicaciones apuestan por una literatura reivindicativa, y otorgan al cuento el respeto por un género distintivo, convertido en peculiar para los nuevos tiempos que se aproximaban en literatura. Los integrantes del grupo se erigen como adalides de un género de escaso prestigio y, transcurrida esa euforia inicial, la década siguiente, del «experimentalismo», devolverá al relato a su lugar previo, porque los cuentos, escritos y publicados por la mayoría de sus componentes, sirvieron de entrenamiento para la novela, género de la década siguiente.

El grupo generacional estaba compuesto por Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Alfonso Sastre, Josefina Rodríguez y Medardo Fraile, aunque la historia literaria incorporó a Juan Benet, Ana María Matute, Juan García Hortelano, José María de Quinto y José Manuel Caballero Bonald, entre otros. Conviven con la generación posterior a la contienda, Camilo José Cela, Gonzalo Torrente Ballester, Juan Antonio Zunzunegui, Álvaro Cunqueiro, Darío Fernández Flórez y Miguel Delibes, autores que procedían de un realismo tradicional y se encontraron con una nueva percepción en la forma y un sentido específico de la literatura. Los influjos estéticos provienen del compromiso sartriano, la actitud crítica de la generación maldita norteamericana y del neorrealismo italiano. Solidarios con los problemas del hombre, vehículo esencial de la promoción fue *Revista Española*² en cuyas páginas el erudito Antonio Rodríguez Moñino publicó a casi todos los autores jóvenes de la época. Coincidieron en las aulas universitarias de Salamanca y Madrid, y su literatura se relacionó con una problemática intimista sin optar por complejas formas de experimentación, aunque culturalismo y un sentido personalista del relato provocarían ese distinto arte de narrar de la generación.

LOS AÑOS DE MADRID

Medardo Fraile nació en Madrid el 21 de marzo de 1925, ciudad donde transcurrió su infancia y vivió la Guerra Civil³; estudió Filosofía y Letras en la Universidad Complutense y se doctoró en 1968. Sus comienzos literarios fueron teatrales, formó parte del grupo de vanguardia experimental de posguerra *Arte Nuevo*, que fundó, en 1945, con Alfonso Sastre, Alfonso Paso y Carlos José Cos-

¹ Josefina Rodríguez de Aldecoa, *Los niños de la guerra*; Madrid, Anaya, 1983.

² Publicada por Rodríguez Moñino entre 1953-1954, un total de seis números.

³ Fraile escribió, *El cuento de siempre acabar* (Valencia, Pre-Textos, 2009). Memorias, donde ofrece una estu-
penda visión de estos años y de su vida posterior.

tas, dirigidos por José Gordón, un periodista apasionado del teatro. En dos años estrenaron veintitrés obras breves, entre ellas cuatro de Fraile: *El hermano*, fue su mayor éxito.

El grupo se matriculó en la Facultad de Filosofía en el curso 1946-1947, y allí coincidieron con el resto de la generación, un círculo de amistad aglutinado en las tertulias del Madrid tabernario y cafetero: Café Gijón, Café Lyon D'Or (La Ballena Alegre), Café Teide. Los primeros relatos de Aldecoa y Fraile aparecen en *La Hora*, *Alcalá*, *Clavileño*, *Ateneo*, *Correo Literario*, *Revista Española*, *Cuadernos Hispanoamericanos*. Fraile redescubre su vocación de narrador, iniciada a los cinco años en un banco de la calle Princesa de Madrid. El profesor y crítico Sanz Villanueva afirma que «su obra narrativa refleja, en términos generales, una realidad exterior y, en cierto sentido, puede hablarse de un escritor testimonial». Sus relatos muestran un profundo sentimiento de tristeza, de nostalgia y de soledad, paliados casi siempre con humor. Alguna vez irrumpe la alegría, pero lo normal es que sus personajes se sientan incomunicados, queden reducidos a un presente poco satisfactorio y limitado, quizá porque Fraile ha preferido ceñirse a la dimensión personal de los individuos desde una postura humanitaria, muestra de esa actitud entrañable del desvalimiento de las personas.

Los doce relatos de *Cuentos con algún amor* (1954)⁴ muestran muchas de sus características: la frase corta, sencilla, de notable adecuación al relato, prosa descriptiva animada por el vigor de las imágenes, estructura simple, narrado en tercera persona, no se excluye la aparición esporádica de un narrador protagonista o testigo en primera persona. En 1956 obtiene el Premio Sésamo por «La presencia de Berta» y sus relatos aparecen en otras revistas como *Monteagudo* de la Universidad de Murcia, creada y dirigida por el gran conocedor del cuento Mariano Baquero Goyanes, y en *Ágora*, fundada por Concha Lagos en 1958, de la que fue subdirector. En 1959 aparece su segundo libro, *A la luz cambian las cosas*, en la Colección Cantalapiedra, de Torrelavega (Santander), y el mundo narrativo del escritor madrileño se confirma en esta nueva colección.

LOS AÑOS DE GLASGOW

«Una mañana me fui al Ministerio de Asuntos Exteriores y un poco neurasténico de no sabía qué, quizá de todo, solicité un lectorado en Europa (...) Poco después surgió Southhampton y, sin pensarlo dos veces, hice la maleta y me fui». Ocurría en 1964, y en aquella Universidad permaneció durante tres años. Desde su llegada a Inglaterra, Fraile escribe nuevos relatos, su obra se expande por el ancho mundo: *Cuentos de verdad* (1964)⁵ recibió el Premio de la Crítica, la noticia le sorprende al autor al volver de un paseo por el Jardín Botánico de Londres. En 1967 se traslada a la Universidad de Strathclyde, en Glasgow, donde vivirá las reediciones de su obra y escribe la mayor parte de ella: *Descubridor de nada y otros cuentos* (1970)⁶, *Con los días contados* (1972)⁷, *Ejemplario* (1979)⁸. Y nuevos premios se sumarán a su historia literaria: el de «La Estafeta Literaria» en 1970 por «Yo no soy un ovambo» y el «Hucha de Oro» de la Confederación Española de Cajas de Ahorros por «El Mar», en 1971. Los *Cuentos Completos* (Alianza Editorial 1991) incluían todos sus libros de relatos hasta el momento, y veinte más aparecidos en publicaciones periódicas.

Fue catedrático y dirigió durante cuatro o cinco cursos los Estudios Hispánicos en Strathclyde y, desde 1987, nombrado *Emeritus Professor*. La gran innovación de Fraile ha consistido en la creación de un tipo de cuento distinto y ajeno al realismo social de los años cincuenta. Es más, su preocupación literaria por el hombre como ser individual le apartaría de la problemática histórica y colectiva del momento sin que por ello impliquemos su ausencia social o ética, en la vida de esos años; pero sus cuentos no postulan, al menos en su mayoría, secuencias políticas del momento.

Publicó *Autobiografía*⁹, en 1986, su primera y única novela; texto que el lector puede leer de varias formas, siguiendo a Fraile: pensando, más o menos, en el autor; pensando, más o menos, en él mis-

⁴ Madrid, Colección Literatura de Juglaría, 1954.

⁵ Madrid, Editora Nacional, 1964.

⁶ Madrid, Prensa Española, 1970.

⁷ Madrid, Doncel, 1982.

⁸ Madrid, Magisterio Español, 1979. Col., Novelas y Cuentos.

⁹ Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1986.

mo, o las dos cosas porque cualquier español podrá reconocer a muchos de los tipos y personajes que desfilan por estas páginas. Sin embargo, el resultado es un relato eminentemente novelesco, no autobiográfico. El narrador no hace ostensible su intención de contarnos su vida, utiliza esta para construir una novela, es decir, una obra literaria que se sostiene por sí misma. El profesor López Rueda ha escrito de *Autobiografía* que «el escritor utiliza los recuerdos de su infancia anteriores a su época de colegial. Sin embargo, el resultado es un relato eminentemente novelesco— y no autobiográfico—, el narrador no hace ostensible su intención de contarnos su vida, sino que utiliza ésta para construir una novela, es decir, una obra literaria que se sostiene por sí misma».

De sus casi cincuenta años de estancia en Inglaterra ha dejado constancia en *La penúltima Inglaterra*¹⁰, publicado en 1973, las impresiones de un español en aquel país; y *La familia irreal inglesa*¹¹ en 1993, que no es una crónica de la Familia Real, sino como esa otra familia, irreal y distinta, que forman los británicos. No dejará de mirar a su país, y en 1988, publica *Entre paréntesis*¹², una antología de artículos sobre la realidad española, sus inquietudes y la visión que le otorga la lejanía escocesa. El escritor afirma que sintió una desmedida ilusión por su país, seguido de un desencanto ante el devenir de la Historia reciente, sobre todo por esa «democracia que hace años ha iniciado un fuerte tirón hacia abajo, con una vulgaridad y una normalidad que no concibe discusión alguna sobre sí misma (...) Vulgaridad, mediocridad..., todo ello como síntoma de una corrosión moral». Esta denuncia de una amoralidad, de una corrupción social es lo que se transparenta de los casi cien artículos reunidos en *Documento nacional* (1997)¹³, libro de protesta y testimonio que alude a la identidad personal del autor y a la variable circunstancia en la que han vivido y viven los españoles en la actualidad.

LOS CUENTOS

«Los cuentos de Fraile constituyen, según José López Rueda, uno de los conjuntos narrativos más valiosos de la segunda mitad del siglo XX en España, y, por otra parte, un testimonio imprescindible de lo vivido por las mujeres y los hombres de la generación de los niños de la guerra». Sus relatos surgían «bellísimos, implacables, finos, perfectos, es decir acabados, escribe Josefina Rodríguez de Aldecoa en *Los niños de la guerra*; eran como tesoros, tan ajenos a los modos y modas sociales, no sociales (...) Cuando leíamos sus cuentos (...) teníamos sensación de *extrañeza*, en el sentido de una originalidad, diferencia, peculiaridad literaria difícil de encontrar». Medardo Fraile se había propuesto escribir un tipo de cuento que trascendiera la anécdota, y concebido de esta forma se sitúa en el extremo mismo de la expresión narrativa donde no cabe error posible. Su cuentística oscila entre el realismo de Chejov y el minimalismo de los cuentos de Carver, ese denominado realismo sucio norteamericano. «Los cuentos se acercan (...), más que a la *historia*, a la confidencia fugaz angustiada o ilusionada, al *timo* de la entrega, al ser del hombre, al último reducto humano de esperanza o protesta, a la euforia o frustración colectiva, al momento raro, pero real, a la soledad pensante al servicio de todos», teorizaba Fraile en una nota «Al lector» en su libro *Cuentos de verdad*. Posteriormente, y con el paso de los años, ha seguido insistiendo en estas reflexiones teóricas sobre el cuento, y citaba seis aspiraciones para su narrativa: un estilo llano y natural, la carencia de un artificio, tanto en el lenguaje como en la escritura, la brevedad, la humanidad y sensibilidad en el tratamiento del tema, unidad de fondo y forma, y amenidad. En la textura de sus cuentos se muestra su especial capacidad para la evocación y su aptitud sugerente que nos lleva más allá del relato; elude la descripción directa y explícita de emociones, sensaciones o sentimientos fuertes, todo está implícito para que el lector se embarque en la imaginación y la sensibilidad adherentes al cuento, y cuando el escritor se ve descubierto, emplea el humor y la ironía como armas distanciadoras.

Contrasombras (1998)¹⁴ ofrece recuerdos de melancolía inevitable, historias de soledad y decadencia. Producen el efecto de la espontaneidad y de la integridad, características que siguen emocio-

¹⁰ Madrid, Sala Editorial, 1973.

¹¹ Pamplona, Hierbaola, 1993.

¹² Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1988.

¹³ Madrid, Huerga & Fierro, 1997.

¹⁴ Valencia, Pre-Textos, 1998.

nando al lector por su eficacia. La lucha por la libertad es lo que pregonan las buenas y pobres gentes de *Ladrones del paraíso* (1999)¹⁵, meros aprendices en el arte de sobrevivir, delincuentes «voluntarios e involuntarios», como afirma el autor, de ciudades tan dispares como Madrid, Murcia, Nueva York o París, las raterías de ladrones de poca monta. El humor y la ironía traspasan la crítica implícita que, como en otros casos, quieren ser fragmentos de una realidad marginal a la que vivimos cada día, tan efímeras como intemporales. *Cuentos de verdad* (2000), que edita la prestigiosa colección «Letras Hispánicas», de la editorial Cátedra, se recoge una variada muestra de los libros publicados por el autor desde 1954 hasta 1999, el último volumen publicado por el autor tan solo hace unos meses. La edición de María del Pilar Palomo es ejemplar, aunque ella misma señala que la selección ha sido realizada por el autor expresamente, lo que añade aún más interés al libro mismo. En la amplia introducción, la profesora Palomo hace un repaso exhaustivo de los primeros pasos literarios del autor. Hay un excelente recorrido por la etapa infantil del escritor, plasmada en muchos de sus cuentos posteriormente. A propósito del autobiografismo contenido en sus relatos, el autor, ha advertido siempre escribir narrativamente y no literariamente, porque las evocaciones biográficas son una auténtica creación literaria. Después han seguido, *Años de aprendizaje* (2001)¹⁶, sus memorias, *El cuento de siempre acabar* (2009) y *Antes del futuro imperfecto* (2010)¹⁷. La editorial Páginas de Espuma publicó *Escritura y verdad. Cuentos completos* de Medardo Fraile en 2004, en una cuidada edición y un excelente prólogo-estudio de Ángel Zapata, que recogía la totalidad de las colecciones publicadas por el madrileño en los últimos cincuenta años, entre 1954 y 2004; es decir, el conjunto de la totalidad de su obra breve, y el mismo Ángel Zapata, ha sido, también, el editor de la segunda edición de los definitivos *Cuentos completos* (2017)¹⁸, en cuyo estudio previo afirma, una vez más, que Medardo Fraile es uno de los grandes estilistas en castellano del siglo XX.

En su atalaya escocesa donde vivía con su esposa Janet y su hija Andrea, con sus libros y los pájaros y ardillas que se asoman por su jardín, una mañana de sábado, un 9 de marzo de 2013, el escritor se durmió para siempre de una manera apacible, pero mientras sus libros y sus personajes continúan viajando por este singular mundo de la literatura, y su presencia se perpetúa en lugares como España, Portugal, Reino Unido, República de Irlanda, Francia, Suiza, Canadá o Estados Unidos porque Medardo Fraile cinco años después sigue siendo el indiscutible maestro del cuento en un universo literario.

© Pedro M. Domene

Pedro M. Domene. Nació en Huércal Overa (Almería) en 1954. Profesor de Lengua y Literatura. Colabora asiduamente en publicaciones literarias especializadas de España, México y Estados Unidos. Crítico literario en el suplemento Cuadernos del Sur del diario Córdoba y en las revistas Mercurio, Turia y Literal, Latin American Voices (Houston). Autor de varias antologías y publicaciones sobre narrativa contemporánea, *Narradores españoles de hoy* (1997), *Lo que cuentan los cuentos* (2001), *Microrrelato en Andalucía* (2008) y *Disidencias (en la literatura española del siglo XX)* (2010). Ha reunido sus ensayos en el volumen *Imposturas* (2000) y publicado obras de ficción para jóvenes como *Después de Praga nada fue igual*, II Premio de Narrativas Juvenil *Los Pedroches*, *Conexión Helsinki* (2009) y *Las ratas del Titanic* (2014). Su última novela es *El secreto de las Beguinias* (Editorial Trifaldi, 2016).

¹⁵ Madrid, Huerga & Fierro, 1999.

¹⁶ Caracas, Ediciones Pavilo, 2001.

¹⁷ Madrid, Páginas de Espuma, 2010.

¹⁸ Reeditado en una edición ampliada por Páginas de Espuma, 2017.

«TENGO QUE PONERLO SOBRE PAPEL». CONVERSANDO CON AURORA ARIAS

por Gabriela Tineo y Mariana Barbero

La obra de Aurora Arias es, sin dudas, una de las más destacadas en el horizonte de las letras caribeñas contemporáneas. Las líneas que siguen recogen algunos pasajes de una larga conversación que fue hilvanándose, en segmentos, durante el *II Congreso El Caribe en sus literaturas y Culturas* y el *II Diálogo de Buenos Aires*, eventos donde se presentó la edición argentina del volumen de cuentos *Emoticons* (Corregidor, 2015) y en los que Aurora Arias participó como escritora invitada. Luego, a través de la red, la disposición generosa de la autora permitió continuar el intercambio, siempre enriquecedor y abierto a nuevas interrogaciones. Si bien los tramos seleccionados orbitan primordialmente en torno de sus relatos, el derrotero que conduce a ellos o que a partir de ellos traza la entrevista, repone aspectos de la formación de la escritora y su posicionamiento sobre diversas cuestiones, vectores que pretenden no solo poner en escena sus convicciones sino también convocar a nuevos lectores, invitarlos a recorrer una escritura incisiva y potente que se hunde en los pliegues más lacerantes de la sociedad dominicana de nuestro siglo.¹

¿Cómo fueron tus inicios como escritora? ¿Cómo llegaste a la literatura?

A veces es difícil establecer un inicio formal como escritora, pero creo que llegué a la literatura de una manera muy natural, debido a la presencia en mi vida de dos figuras importantes que fueron mi tía abuela Aurora Tavárez Belliard, una maestra, escritora y feminista de la generación de Gabriela Mistral (con quien, según me contaba mi abuela paterna, mi tía Aurora se carteaba). Tía Aurora fue importante porque forjó en mí el amor por la lectura y reconoció cierta sensibilidad para la escritura. La otra figura importante fue mi padre, quien también era escritor y periodista. Pasé toda mi infancia, adolescencia y primera juventud (hasta su muerte en el 2008), viendo a mi padre sentado en una máquina de escribir, en un medio que no otorgaba muchos alicientes, pero para mi padre escribir era una gran pasión.

Así que llegué sin darme cuenta a la literatura, leyendo mucho, y escribiendo desde la pubertad unos poemas y cuentos que nunca mostré a nadie. Al final de mi adolescencia, entre los 17 y 18 años de edad, escribí mi primer poemario, *Vivienda de pájaro*, que publiqué a los 24 años de edad.

¿Qué textos forjaron tu universo literario durante la infancia, la adolescencia o la juventud?

Mi tía Aurora tenía en su casa una biblioteca que tomaba toda una habitación, donde yo me internaba a leer a Emilio Salgari, Julio Verne, los cuentos de los hermanos Grimm, las novelas de Charles Dickens, Emily Bronte, Gabriela Mistral, y todos los libros que una niña de 11 años podía degustar.

En la escuela también tuve la fortuna de tener una profesora de Gramática y Lengua Española, la profesora Carmen, que nos animaba mucho a leer. Gracias a ella, en mi adolescencia, conocí la obra de varios autores dominicanos, tales como Juan Bosch, Pedro Mir, Aída Cartagena, Domingo Moreno Jiménez, e Hilma Contreras. Esa profesora también me abrió el apetito por las obras de autores clásicos como Dostoyevski, por ejemplo, que leí con mucho interés en aquella época.

¹ Comienza su carrera como poeta en la década del 80, con la publicación de *Vivienda de pájaros* (1986), colección seguida por *Piano lila* (1994). Su texto "Invi's paradise" obtiene, en 1994, el Premio Casa del Teatro, incluido luego en *Invi's paradise y otros cuentos* (1998). *Fin de mundo y otros relatos* (2000) y *Emoticons* (2007) completan, hasta hoy, su producción narrativa. Cabe destacar que el último volumen, reeditado en Buenos Aires por Ediciones Corregidos, fue seleccionado para inaugurar la presencia de la literatura dominicana en la colección *Archipiélago Caribe*. La obra de Arias ha sido traducida al italiano, alemán, francés, inglés, islandés y bengalí.

Un poco más adelante, en la primera etapa de los años universitarios, comencé a interesarme por los libros de autores latinoamericanos, especialmente, los del *boom*. De todos, adoré desde un principio a Cortázar.

Si tuvieras que seleccionar, ¿qué obras incluirías en un archivo decididamente estimulador de tu imaginación y de tu práctica literaria?

Rayuela, de Cortázar, los poemas de Sylvia Plath y su novela *La campana de cristal* que me impactó mucho e hizo que me interesara más por la literatura escrita por mujeres. También la obra poética de Julia de Burgos, la cuentística de Guy De Maupassant, Juan Bosch y Horacio Quiroga, con quienes aprendí mucho sobre el arte de escribir cuentos. También me impactó la obra de un escritor dominicano llamado René del Risco Bermúdez, con quien siempre me sentí muy afín, y los poemas de otro dominicano llamado Juan Lamouth, un poeta pobre que fue muy marginado por cierta élite cultural dominicana, pero para mí, un gran poeta, de esos que te inspiran a escribir con más libertad.

¿Cómo gravitó la figura de Juan Bosch en tu quehacer?, ¿fue difícil abrirse paso frente a su magisterio y su legado en la tradición cuentística dominicana?

En principio, sí, pues Juan Bosch era el maestro por excelencia de la narrativa, alguien a quien los más noveles debíamos imitar. Pero cuando se es muy joven y se tienen muchas ganas de escribir, vas aprendiendo lo que tengas que aprender mientras sigues tu camino. Algo que ayudó mucho en esto fue la propia generosidad de Bosch, que en varias ocasiones se tomó la molestia de asistir a las lecturas que hacíamos un grupo de escritoras incipientes y yo, dándonos ánimo para continuar escribiendo. Eso hizo que la figura del «escritor sagrado» se hiciera más humana ante mis ojos.

Tu obra aparece en muchos ensayos dedicados a la literatura dominicana de las últimas décadas, especialmente se subraya entre las que le dieron visibilidad a la literatura isleña fuera de la isla. Se trata de ensayos en su mayoría escritos por dominicanos de la diáspora (académicos estadounidenses) o europeos. ¿Cómo llegaron tus textos a lectores de otras latitudes?

Es difícil saber con exactitud cómo llegaron mis libros a otras latitudes. Ahora existen las redes sociales y hay un montón de maneras de promover los libros y darle más o menos seguimiento al camino que siguen luego de ser publicados, pero en 1998, cuando publiqué *Invi's paradise*, mi primer libro de relatos, lo único que hacía era escribir el libro y buscar la manera de publicarlo, por lo general, con dinero de tu propio bolsillo. Luego, lo presentabas en un acto local donde podía ir poco o mucho público, mandabas una nota de prensa sobre el acto a un periódico, y prácticamente, ahí terminaba la cosa.

Tal vez, haciendo un ejercicio de memoria, creo que ese primer libro de relatos que publiqué en el '98 pudo ser conocido gracias a que, sobre finales de ese año, lo presenté en la feria internacional del libro de Puerto Rico. Ahí, un distribuidor de libros llamado René Grullón, que junto a Darlene Hull, su esposa, llevan décadas colocando libros de autores del Caribe Hispano en bibliotecas y universidades de EU y Europa, se interesó en comprarme varios ejemplares de ese mi primer libro. Meses después, a principios del 99, una estudiosa, Sintia Molina, residente en New York, presentó en un congreso literario que se hizo en la Universidad de Miami, el primer ensayo que conozco sobre *Invi's paradise*, y que se titula «Des-orden y transnacionalidad, elementos de identidad en *Invi's paradise* de Aurora Arias».

Luego, en 2000, la Editorial de la Universidad de Puerto Rico publicó mi segundo libro de relatos, *Fin de mundo*. Años después, Terranova, otra editorial de Puerto Rico, publicó *Emoticons*, cuya segunda edición ha sido hecha por Ediciones Corregidor, en Argentina, en 2015. Y así por el estilo, mis relatos han ido caminando yo diría que casi por cuenta propia, encontrando a editores extranjeros que se han interesado en publicarlos, y personas estudiosas de la literatura caribeña que han escrito ensayos, tesis, artículos sobre ellos.

¿Qué te interesa destacar de la crítica en la República Dominicana? ¿Se ha ocupado de tu obra?

Algo que llama la atención de la crítica literaria en República Dominicana es que por lo general, los críticos (que no abundan) tienden a centrarse en aspectos extra-literarios, especialmente cuando se trata de una mujer; en ese caso, uno se asombra de ver que cobren relevancia aspectos como que si la

autora es de tal o cual edad y según el crítico no debería escribir cuentos eróticos o al crítico en cuestión, por sus creencias morales, por ejemplo, le parece que la autora es una cínica o una «nihilista» porque sus personajes lo son, y eso al crítico le parece mal, etc. Al menos, es lo que he notado, salvo pocas excepciones. De todos modos, para bien o para mal, los críticos literarios en mi país no han puesto mucha atención a lo que escribo.

En tus relatos, hay algunas problemáticas recurrentes: la fractura de la sociedad dominicana, la marginalidad, la ciudad como espacio donde se exhiben las desigualdades, las rémoras de un pasado insepulto. ¿Cómo operan esos problemas y, podríamos decir, obsesiones en el proceso de escritura?

Es cierto, todo eso que mencionan, no solo me obsesiona y preocupa, sino que me persigue, duele, confronta, llama la atención; algunas cosas me parecen absurdas, tragicómicas, maléficas, insufribles, interesantes, confusas, y tengo que ponerlo sobre papel, probablemente, para darle un orden, entenderlo, vomitarlo, mirarlo y sentirlo desde la perspectiva que da la escritura. Además, a los escritores nos gusta pensar que con eso contribuimos en algo, en vez de quedarnos de brazos cruzados. En el fondo es una cuestión tan egoísta como generosa.

Tus textos tematizan de modo diverso la matriz cultural negra y los desplazamientos a través de viajeros que salen de la isla para ¿salvarse? o llegan a ella buscando el «paraíso». ¿Por qué te interesan estas cuestiones y actores, posibles de pensar como constantes en la conformación histórico-política-cultural del Caribe?

Me interesan porque soy sensible a estos temas y los encuentros ineludibles. La vida, la gente, los espacios, sucesos, escenarios relativos a la isla donde me tocó nacer y vivir durante la mayor parte de mi vida (hace 10 años que emigré) son temas de interés para mí, probablemente, porque son parte de mi vida y tocan mi sensibilidad.

En varios relatos aparece la figura del haitiano como anclaje del discrimen y el estigma de la extranjería, condición que nos reenvía a la política de desnacionalización implementada por el Estado dominicano.

Sí, la figura del haitiano está presente en mis relatos porque me importa mucho todo lo concerniente a la convivencia entre dominicanos y haitianos. Como ya se ha dicho, es un asunto muy complejo, que se remonta al pasado, y cuyas secuelas estamos viviendo en el presente. Los gobiernos de ambos países, tanto los gobiernos de antaño como el gobierno haitiano y el gobierno dominicano de la actualidad han tenido un papel decisivo, así como las oligarquías de ambos países, los intereses empresariales, tanto de Haití como de la República Dominicana. En el caso de la RD, Trujillo, por ejemplo, junto a los intelectuales que le sirvieron durante su dictadura de 30 años, creó las bases de mucho de lo que está sucediendo, al sembrar en la conciencia colectiva del dominicano la idea de que debemos ser anti-haitianos para reconocernos como dominicanos y salvar así nuestra nacionalidad. Creo que en mis relatos publicados apenas he hecho un intento de retratar algunas cosas de una problemática que nos desborda.

¿Creés que tus textos diseñan una imagen particular del Caribe?

Desde los relatos de *Invi's paradise* hasta los de *Emoticons*, nunca (al menos mientras los escribía) tuve mucha conciencia de que estaba diseñando una imagen del Caribe en mis textos. Comencé a tener cierta conciencia de eso leyendo lo que escribían los críticos y estudiosos residentes fuera de la isla sobre lo que yo escribía. En todo caso, no creo que mi intención sea diseñar una imagen del Caribe, sobre todo, tomando en cuenta que el Caribe es tantas cosas a la vez, y de todo eso que lo conforma, todavía no conozco todo.

¿Qué lugar tienen la literatura y la cultura dominicanas en los estudios de la literatura y la cultura latinoamericanas en sentido amplio y caribeñas en especial?

En las últimas dos décadas se ha producido una mayor visibilidad de la literatura y cultura dominicanas. El hecho de que a varios autores nos estén publicando en editoriales extranjeras creo que ayuda a

que la literatura dominicana sea más conocida, pero todavía falta muchísimo por hacer, crear, lograr, en ese sentido.

Sabemos que tenés textos inéditos, incluyendo una novela en proceso. ¿Te gustaría pronunciarte sobre el tema?

He escrito más de lo que he publicado, es decir, que mi obra inédita es más extensa que los dos libros de poemas y los tres libros de relatos que he publicado hasta ahora. Prefiero no hablar de lo que todavía no ha visto la luz, pero en cuanto a lo nuevo que tengo entre manos, me encuentro en una etapa de mucho aprendizaje y desafío, algo que me gusta.

© **Gabriela Tineo y Mariana Barbero**

Gabriela Tineo. Argentina. Dra. en Letras por la Universidad de Buenos Aires y Magister en Letras Hispánicas por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesora de Literatura y Cultura Latinoamericanas, directora de la Maestría en Letras Hispánicas e investigadora y Vicedirectora del Centro de Letras Hispanoamericanas (UNMdP). Ha dictado seminarios y conferencias en universidades nacionales y extranjeras (Berkeley, Filadelfia, Puerto Rico, Colombia, Cuba, Perú, España, República Dominicana). Sus líneas de investigación han focalizado de modo especial la literatura del Caribe español y la poesía niuyorriqueña; actualmente desarrolla un proyecto sobre narrativa ecuatoriana. Dirige tesis de maestría y doctorado y planes de investigación dedicados a literatura y música en el Río de La Plata, narrativa dominicana, puertorriqueña y guatemalteca y poesía latinoamericana en Nueva York. Ha publicado capítulos de libros, ensayos en volúmenes colectivos, artículos en revistas nacionales e internacionales y prólogos a ediciones argentinas de obras de escritores caribeños (Eduardo Lalo, Aurora Arias). Autora de *En nuestra quimera doliente y querida: refundar la puertorriqueñidad en Luis Rafael Sánchez* (2010), editora y prologuista de *Biografía de un cimarrón: testimonio y cubanidad* (2016), coautora de *La reinención de la memoria* (1997), *Senderos en el bosque de palabras* (2006) y *Escrituras y exilios en América Latina* (2008) y coeditora de *Lecturas y lectores. Encuentros de difusión. CELEHIS* (2017). Ha publicado en colaboración los volúmenes internacionales *Grabar lo que se desvanece. Narrativas de la memoria en América Latina* (2007), *Viaje y relato en Latinoamérica* (2010), *Noticias del diluvio. Textos latinoamericanos de las últimas décadas* (2013) y *Latinoamérica entre lenguas y lenguajes* (2018).

Mariana Barbero. Argentina. Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Es docente de Literatura y Prácticas del Lenguaje en escuelas secundarias y alumna de la Maestría en Letras Hispánicas. Integra el proyecto de investigación "Latinoamérica y la contemporaneidad. Relatos de las últimas décadas" y se desempeña como adscripta en la cátedra Literatura y Cultura Latinoamericanas. Desde 2011 ha desarrollado sucesivos planes de investigación centrados en la narrativa de Aurora Arias, cuyos avances y resultados se tradujeron en numerosas ponencias presentadas en congresos nacionales e internacionales. Cuenta con varias publicaciones sobre la obra de la dominicana, entre otras: "Relatos de la ciudad: Aurora Arias", "Escucha e identificaciones: 'Ventanas'", "'Parquecito': ciudad y alteridades", "Identidades transeúntes y canción: Aurora Arias", "Entre la letra y la música: 'Bachata'".

INFORME SOBRE CUATRO VERSIONES DE *CAPERUCITA ROJA*

por Gisela Vanesa Mancuso

LOS CUENTOS INFANTILES TRADICIONALES. *CAPERUCITA ROJA*

Los cuentos infantiles tradicionales ostentan raíces históricas que han crecido en las narraciones orales de los pueblos. En este sentido, en las notas preliminares de *El cuento infantil*, Graciela Montes (1977) reconoce que la génesis de los textos escritos se encuentra en la tradición oral y parecen destinados «a desenvolverse dentro de ella, multiplicándose en infinitos narradores» (Montes, 1977: 7). Sin embargo, nos centra en el objetivo de este informe, señalando que en esta época «el cuento, más que contado, es leído en voz alta de libros que producen versiones más o menos modificadas, pero hijas todas de la fuente literaria» (8), de manera que el narrador «ya no trata al cuento como materia viviente y contemporánea sino como texto» (9). Coherentemente, en este trabajo detallaremos constantes y contrastes entre cuatro versiones textuales de *Caperucita Roja*. Aclaremos, asimismo, que entenderemos que el dato sensible de una narración es aquel que puede generar un impacto desagradable para el niño.

Por un lado, recurriremos a las versiones clásicas de Charles Perrault (siglo XVII) y de los hermanos Grimm (siglo XIX), que sintieron un gran interés por la literatura de sus pueblos, dejándonos versiones de este viejo cuento trashumante, escritas «en un estilo preciso e irónico en el caso del francés, más descriptivas y pormenorizadas cuando las tratan los alemanes», compartiendo, no obstante, «una técnica narrativa que combina hábilmente la morbosidad y el suspenso y un lenguaje directo y conciso.» (13). En el caso de Perrault, *Caperucita Roja* es el único cuento de advertencia que estuvo siempre dirigido al público infantil; en cambio, los otros cuentos pertenecían al folklore campesino adulto. Distintamente, para los hermanos Grimm, los textos no estaban destinados a los niños: querían «ofrecer una fuente académica a [los] interesados en las tradiciones alemanas.»¹

Por otra parte, recurriremos a los textos de Lief Fearn (1988) y de Juan María Pescetti (2014), titulados *El lobo calumniado* y *Caperucita Roja (tal como se lo contaron a Jorge)* respectivamente. En estos textos advertiremos un contraste importante con respecto a los clásicos y, además, una diferenciación igualmente considerable entre los elementos de estas otras adaptaciones más actuales.

Nos propondremos, entonces, señalar los rasgos diferenciables entre los textos clásicos y los textos «modernos» y, entre otros elementos de análisis, los propósitos de los recursos empleados en cada una de las versiones.

Finalmente, llegaremos a una conclusión que no será crucial, en tanto y en cuanto pretenderemos que el informe genere una apertura a nuevas observaciones.

CUATRO VERSIONES DE *CAPERUCITA ROJA*

Antes de abocarnos al objetivo de este trabajo, resumiremos someramente las secuencias narrativas de los cuatro textos que forman parte del *corpus*. Advertiremos así que en las versiones se despliega un engaño cuyas víctimas no son las mismas.

Partiendo de las versiones tradicionales, descubrimos que, en el texto de Charles Perrault (siglo XVII), el lobo solo se come a Caperucita Roja y no hay un «salvador». Además, se incluye un dato sensible cuestionable: el lobo disfrazado le pide a Caperucita que se acueste en la cama junto a él. Un repudio

¹ *Algún día en alguna parte* (2008) [en línea], *Caperucita roja según los hermanos Grimm*, España: Algún día en alguna parte, [consultado el 14 de mayo de 2015]. Disponible en: www.algundiaenalgunaparte.com/2008/02/29/caperucita-roja-segn-los-hermanos-grimm/

similar, en la actualidad, puede generar la moraleja que centra la culpa en la víctima del engaño. En la versión de los hermanos Grimm (siglo XIX), la figura del cazador cambia el devenir de las acciones y el desenlace, porque Caperucita y la abuela son salvadas y logran matar al lobo. Se relata, además, una nueva secuencia en la que Caperucita atraviesa, esta vez atenta y sin inocencia, la misma situación que había motivado el conflicto del «paseo» previo, lo que demuestra que aprendió que no debe hablar con desconocidos. Sin embargo, en esta versión los datos sensibles son más profundos: se explicita, por ejemplo, que el cazador coge las y tijeras y raja la panza del lobo con unos cuantos cortes. En este sentido, Graciela Montes (1977) entiende que el «ingrediente de sadismo parece estar presente también en el juego infantil, tal vez con una función catártica que permite conjurar miedos y tensiones.» (12).

Continuando con las otras versiones, en la adaptación de Lief Fearn (1988), las secuencias narrativas son las mismas (Caperucita y la abuela sobreviven), pero son contadas desde el punto de vista de un lobo resentido: fue engañado por la abuela de Caperucita que, junto a él, había coincidido en darle una lección a la niña para que aprendiera a cuidar el bosque y la naturaleza. En la adaptación de Luis María Pescetti (2014), se mantienen las secuencias narrativas básicas desde lo textual, pero el lobo no se come a Caperucita y el cazador saca a la abuela de la panza.

Luego de esta somera síntesis, analizaremos algunas particularidades para concluir con el desarrollo de un último elemento que cerrará circularmente la advertencia inicial de estos comentarios: la forma que adopta el engaño.

La actitud de Caperucita Roja: En los textos de Perrault, de los hermanos Grimm y en el relato enmarcado de Pescetti se presenta a una niña inocente que desatiende la advertencia de su madre y, como consecuencia, es víctima del lobo. En el texto de Fearn, en cambio, Caperucita es una niña antipática que descuida la naturaleza.

El narrador: En los textos tradicionales de Perrault y los hermanos Grimm se recurre a un narrador en tercera persona, omnisciente. Si bien en la versión de Pescetti, también se escoge un narrador en tercera persona, no hay marcas textuales que permitan concluir que sea semiomnisciente u omnisciente. Finalmente, notamos un gran contraste entre las versiones aludidas y la de Fearn, en la que el narrador en primera persona representa a un lobo feroz que pretende contar la «verdad de los hechos».

Los recursos empleados y su finalidad: En el texto de los hermanos Grimm, se apela al uso de diálogos extensos con explicaciones esenciales para el conflicto del cuento, y otras superfluas (por ejemplo, lo que Caperucita le lleva a la abuela). Entendemos que la secuencia en la que Caperucita recoge piedras para llenar la barriga del lobo y el relato de otro paseo en el que ha perdido la inocencia, mutan la visión del lector con respecto a la pequeña: al principio, inocente y añorada; al final, alguien que ha crecido y se presenta como una heroína. En efecto, en el segundo camino, la niña no solo no se distrae y desatiende la irrupción del lobo, sino que pergeña con su abuela un plan para matarlo. Luego, en el texto de Perrault se recurre a una moraleja con rasgos irónicos, en la que se pretenden señalar las consecuencias de hablar con desconocidos. En el texto de Pescetti, la moraleja no es tan clara en este sentido: a partir de las ilustraciones reconocemos que el niño acepta un pacto de lectura y sabe que irrumpe en todo momento la fantasía, lo que se confirma en la ilustración final, que cierra el marco, en la que el niño imagina un sándwich relleno con un lobo. De esta manera, el conflicto textual, leído por el padre, abre las puertas de lo lúdico: la finalidad no es tanto enseñar que es inconveniente hablar con un desconocido, como arengar la soltura de la imaginación para llegar a una versión propia de los hechos.

El mayor contraste, en este punto de análisis, se advierte en la versión de Fearn: por un lado, se utilizan comparaciones y se parafrasean los diálogos entre Caperucita y el lobo y, por el otro, como elementos de persuasión, se recurre a citas de autoridad y se incluye al lector en el relato. Hay, en definitiva, en este cuento, elementos de un texto argumentativo. Podemos pensar que lo que el narrador lobo pretende es convencer y engañar al lector, del que se hace cómplice del conocimiento de una versión anterior y tradicional de Caperucita. El lobo se coloca en situación de víctima, también para lograr que el lector le crea: «He sido insultado antes, así que traté de ser amable». Entonces, el propósito del narrador es que le crean a él. A diferencia de las versiones de Perrault, los hermanos Grimm y Pescetti, con respecto a esta adaptación, sostenemos que el lector destinatario es un adolescente o un adulto.

Oraciones utilizadas. Vocabulario: En la versión de los hermanos Grimm el vocabulario es sencillo,

con la salvedad de los términos «artesa», «encina» y «setos»; las oraciones, en general, son largas y contienen acotaciones. Nos llaman la atención frases tales como «la pobre Caperucita», «mal bicho», «pinta extraña», pero entendemos que esto ratifica que el texto está narrado desde el punto de vista del propio narrador. En la versión de Perrault, en cambio, las oraciones y los diálogos son breves. Sí nos llaman también la atención las frases «pobre niña» y «la devoró en menos que canta un gallo», lo que igualmente confirma que el punto de vista adoptado es el del narrador. Más asombro nos genera la expresión «compradre lobo»: nos permite sospechar que el narrador es un lobo. En la versión de Pescetti, el vocabulario es muy sencillo; al comienzo, las oraciones son muy breves y finalizan con puntos suspensivos; y, para las citas directas, no se utilizan las rayas de diálogo, sino las comillas. Finalmente, en la versión de Fearn, el vocabulario es simple; las oraciones, complejas y extensas, pero es distintiva por el registro utilizado por el lobo, característico de una autobiografía.

Las descripciones: En la versión de los hermanos Grimm, se recurre a descripciones que no son funcionales al conflicto; por ejemplo, el material de la capa de Caperucita. En Perrault, advertimos una descripción minuciosa funcional al conflicto: la del lugar exacto en que se ubica la casa de la abuela de Caperucita. En la versión de Pescetti, en cambio, no hay descripciones textuales y se recurre a adjetivos simples. Sí es singular, la aparición ilustrada de un nuevo personaje, el mozo, cómplice del lobo. En el texto de Fearn, el narrador describe sus traumas en relación con su dentadura grande y a la niña que, en principio, parece honesta y simpática.

Para cerrar nuestro desarrollo comparativo, nos adentraremos enfáticamente en la figura del engaño. En este sentido, en el texto de los hermanos Grimm el lobo engaña a Caperucita; y un lobo, que aparece en el segundo camino, pretende engañarla también, pero esta vez es él el engañado por la abuela y Caperucita. En el texto de Perrault, el lobo simula ser atento y simpático (hay leñadores, así que no es el momento de comerse a Caperucita). El engaño se produce cuando el lobo le propone a Caperucita, casi como un desafío, que tomen caminos distintos para llegar a la casa de la abuela. Más tarde, engaña a la abuela y vuelve a engañar a Caperucita. En la versión de Pescetti, el lobo engaña a Caperucita porque se propone primero, comerse a la abuela y luego, a ella. Nuevamente, en la versión de Fearn, el engaño adopta una forma diversa: el lobo es respetuoso y amable. Se propone darle una lección a Caperucita a partir de su rol de cuidador del bosque en el que vive. En esta versión, hay un engaño lúdico, intencionalmente planificado por el escritor, que se destina a un lector con competencias mayores que las de un niño.

CONCLUSIONES. PROPUESTA PARA UN NUEVO TRABAJO

Hemos comprendido que hay una infinita cantidad de cuentos que nacen del cuento tradicional de *Caperucita Roja*, que se ha erguido como un cuento universal, que se «reescribe», con diversas imponentas, en todos los espacios y en todos los tiempos.

En un próximo informe, sería interesante conocer, a través de un trabajo de campo, el modo en que los padres les hacen llegar el cuento a sus hijos cuando todavía no saben leer; y cotejar si omiten o modifican oralmente, en el acto de la lectura, las descripciones sensibles que no alteran los elementos funcionales al conflicto.

© Gisela Vanesa Mancuso

* * *

REFERENCIAS

Libros

Corpus

Bernárdez, A. (2011), *Caperucita roja*, Buenos Aires: Artemisa.

Bornemann, E. (1991), *Lobo rojo y Caperucita feroz*, Buenos Aires: Alfaguara, 2014.

Pescetti, L.M. (1996), *Caperucita roja (tal como se lo contaron a Jorge)*, Buenos Aires: Santillana, 2014.

Marco teórico

García Negroni, M.M. (2001), *El arte de escribir bien en español*, Buenos Aires: Santiago Arcos editor, 2004.

Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea (2012), "El género narrativo: el cuento popular", *Cuadernillo de Literatura I*, Buenos Aires: Mallea, 2014.

Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea (2006), "Introducción a los estudios del taller de corrección. Dimensiones y niveles de los textos", *Cuadernillo de Taller de corrección I*, Buenos Aires: Mallea.

Montes, G. (1977), "Prólogo y notas a Andersen, Perrault, Collodi y otros", *El cuento infantil*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Recursos electrónicos

Corpus

Fearn, L. (1988), *El lobo calumniado, Educación en derechos humanos, Boletín informativo N.º 8*, Gran Bretaña: Educatio Project de la Sección Británica de A.I. Disponible en: www.algundiaenalgunaparte.com/2007/12/28/caperucita-roja-versin-del-lobo/

Grimm, J; Grimm W. (1812), "Caperucita roja", *I Cuentos de niños y el hogar*, Madrid: Anaya, 1985, [consultado el 13 de mayo de 2015]. Disponible en: www.algundiaenalgunaparte.com/2008/02/29/caperucita-roja-segn-los-hermanos-grimm/

Perrault, C. (1697), *Caperucita roja* [en línea], Uruguay: Biblioteca digital, [consultado el 12 de mayo de 2015]. Disponible en: www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/P/Perrault,%20Charles%20-%20Caperucita%20Roja.pdf

Marco teórico

Algún día en alguna parte (2008) [en línea], *Caperucita roja según los hermanos Grimm*, España: Algún día en alguna parte, [consultado el 14 de mayo de 2015]. Disponible en: <http://algundiaenalgunaparte.com/2008/02/29/caperucita-roja-segn-los-hermanos-grimm/>

Audiovideoteca de Escritores [en línea], "Graciela Montes, cronología y bibliografía", G.C.B.A. (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires: G.C.B.A., [consultado el 14 de mayo de 2015]. Disponible en <http://www.audiovideotecaba.com/graciela-montes-cronologia-bibliografia/>

Gisela Vanesa Mancuso. Técnica Superior en redacción - Escritora - Coordinadora de talleres literarios - Redactora en periódicos. <http://giselamancuso.wixsite.com/gisela-mancuso>.

LOS DESPLEGADOS MUNDOS DE JUAN EMAR

por Adán Echeverría

*Un demonio es un ser espiritual
de naturaleza angelical condenado
eternamente.*

J.A. Fortea

Hay mucho que decir acerca de «Papusa», uno de los cuentos de Juan Emar que forman parte de su gran obra literaria que tituló *Diez*, y a la que añadió el subtítulo «Cuatro animales. Tres mujeres. Dos sitios. Un vicio.», que el autor publicara en Santiago de Chile en 1937.

Mi primer acercamiento a la obra cuentística de Juan Emar ocurrió mientras leía la monumental *Antología de Cuento Hispanoamericano*, de Fernando Burgos; en esta obra hizo bien el compilador en incluir el cuento «El pájaro verde» de Juan Emar. Un texto tan irónico como divertido, que narra un fragmento de la vida disoluta de un joven chileno en París (llamado también Juan Emar, fundiéndose personaje con autor), que tiene que regresar a su pueblo natal por orden de su tío, quien le solventaba los gastos y que pensaba meter en cintura al jovencuelo. El joven va de vuelta a su patria, y se lleva consigo el disecado pájaro verde que sus amigos de francachela le habían regalado.

Desde la primera vez que leyera este cuento, supe que era material para leerlo una y otra vez en el Taller de Apreciación Literaria que imparto desde el año 2003. Yo sumaba este cuento a otros textos similares que me atrapaban por su resuelta violencia ficcionada, como las novelas *Luna caliente* de Mempo Giardinelli, *El túnel* de Ernesto Sábato, esa joya literaria que es *Yoescarabajo* de Alfonso Anzures Alcalá, *Las cavas del vaticano* de André Gide, o *Historia del ojo* de Georges Bataille, que junto al cuento «Capítulo XXX» de Mario Levrero, daban evidencia del narrar sucesos de la violencia humana, con una fuerza llena de ironía, y escritos con tal naturalidad que movían a risa, a una temerosa risa de parte del lector.

Fue por ello que me dediqué a rastrear en la internet la obra de Juan Emar, seudónimo de Álvaro Yañez Bianchi (1893-1964); y paulatinamente llegué a encontrar la joya tantos años perseguida, el cuentario *Diez*. Enseguida tuve que atesorarlo, volví a las relecturas, una y otra vez, de «El pájaro verde»; luego casi pierdo la cordura, y el habla, al constatar la terrible abundancia del lenguaje de que era propietario el autor, al leer ese texto tan rápido que es «Maldito gato», en el que el autor hace un alarde de narración con un cúmulo de imágenes poéticas, párrafo a párrafo: «un sol tibio de rayos aterciopelados», que son puestos en equilibrio con fundamentos lógicos y científicos: «No tuve la ocurrencia –cosa que cualquiera se explicará– de proveerme de un termómetro, por lo cual me fue imposible verificar qué grado exacto marca esa atmósfera deleitosa».

Pero quiero detenerme en el cuento titulado «Papusa», que es parte del apartado «Tres mujeres»: «Desde Belcebú, por línea recta, viene rodando, a través de todos mis antepasados, un ópalo». Esta es la primera línea del cuento; como pueden constatar el texto inicia con fuerza, y marca ese tono esotérico con el que se encuentran escritas obras como *Las Bodas Alquímicas de Christian Rosacruz* atribuido a Juan Valentín Andreae, que inicia su obra de esta forma: «Una noche, algo antes de Pascua, estaba sentado a la mesa y, como tenía por costumbre, conversaba con mi Creador en humilde oración». Como pueden notar, el tono que usa Juan Emar para su texto es similar; ese primer párrafo continúa de la siguiente manera: «Hace largos años llegó en su rodar a mí, pues todo mi linaje había bajado a la tumba y Belcebú no se presentaba de siglos atrás por la Tierra.»

Podemos recordar en el Libro de Job lo siguiente: «Yahveh dijo al Satán: "¿De dónde vienes?" El Satán respondió a Yahveh: "De recorrer la tierra y pasearme por ella." Y Yahveh dijo al Satán: "¿No te has fijado en mi siervo Job?"». Al parecer el Belcebú de Juan Emar dejó de pasearse por la tierra. Hay que ser conscientes de que el ópalo que llega hasta nuestro personaje viene a él desde Belcebú.

El siguiente párrafo no sólo mantiene el tono del cuento, sino que da aún mayores pistas en la construcción que Juan Emar hace de su personaje: «Cuando mi padre desde su ataúd me lo alargó, estiré mi mano izquierda por entre los cirios que lo rodeaban y, apenas sentí que lo depositaba en ella, lo cubrí con la derecha para que nada de la atmósfera de las flores y el cadáver fuese a guardarse en sus reflejos tornasoles y marchase a casa junto a mí».

Sabemos que la mano izquierda es la mano más cercana al corazón, y nos quedamos pensando en este personaje que nos cuenta que desde su ataúd, su padre, le entregó la gema; el padre estaba siendo velado, estaba muerto cuando le hizo llegar la pertenencia familiar, y el protagonista de esta historia lo guarda con mucho cuidado, aceptando tenerlo a su resguardo. ¿Y cómo no? Dentro de ese ópalo vive un mundo entero, con zares, obispos, esclavos, juglares, espectros, gacelas, y hembras entre las que destaca Papusa.

Asistimos durante la lectura del cuento a la creación de un mundo dentro del mundo literario que se nos va contando: «dirigiendo mi vista sobre él, púseme a contemplar su profunda y misteriosa vida interior». El mundo que vive dentro del ópalo que su padre le entrega al protagonista logra abstraerlo, y a nosotros también por la historia que sucede en su interior. El juego del simbolismo que el autor recrea en su texto es de un sabor agradable para el intelecto. Los tres momentos de espera (las tres negaciones de Pedro, los tres días para reconstruir el templo) que ocurren durante la escena, hasta que el Zar Palemón le ordena al obispo que la suelte: «El obispo alzó sus hábitos que subieron desde el suelo crujiendo, hundió su mano por entre las sedas de su vientre y sacó y remeció y echó a tierra y mostró a todos los ojos, el cuerpo suave de Papusa».

Papusa (que no deja de referirnos a una de aquellas Papisas de las que tanto se ha escrito) saliendo desde el vientre, desde las ropas del Obispo, es un enorme simbolismo, de cómo la religión tiene secuestrada a la mujer, pero no a cualquier hembra humana, sino a la mujer joven, erótica, sensual (de cuerpo suave). A otra orden del Zar, el obispo la pateo y la lanza en medio del salón. Entonces ocurre aquel cuarto momento de espera (los espectros tiemblan), con el que Juan Emar rompe e inaugura otro símbolo, la liberación: las gacelas corren al encuentro de la piel desnuda de Papusa (es sólo una hermana), que ha sido echada a tierra, ha sido lanzada al centro de la reunión (clavada por millares de ojos), frente a la Ley (el gobierno del Zar) y la Religión (los obispos), pero «Papusa sonrío apenas». El Zar indica a un cortesano que tome a Papusa, quien «se tiende y se abre»; pero el cortesano y la corte toda no logran avanzar, dice el autor. El Zar envía ahora a un bufón:

«Papusa sonrío vagamente y su pequeña sonrisa se mece dulce y pura, envolviendo primero el cuerpo del bufón, elevándose luego, atravesando la esfera, errando por fin a lo largo de las paredes de mi cuarto.» El autor hace que Papusa, o su imagen, su esencia, salgan del ópalo y corran a través de las paredes del cuarto del protagonista, que ahora coge una lupa para mirar más de cerca la escena, el acto sexual entre el bufón, enclenque y jorobado, sobre Papusa: «Veo entrelazarse con el humo gris carbón el máximo placer que al hombre le es dado. El placer del cuerpo entero. El placer de venganza, de reivindicación... cuando se es deforme, monstruoso y yace bajo si la belleza, la adolescencia, ¡Papusa!» Pero el autor nos cuenta que Papusa no siente nada de goce en esta entrega, pero tampoco horror por estar siendo poseída. El protagonista se pregunta qué sucede, y un espectro de los que se encuentran dentro del ópalo le contesta:

«Los humanos vinieron sin sexo. Luego los sexos cayeron en ellos, se incrustaron, e incrustados – vivieron su propia vida nutriéndose de la sangre y las ideas de los humanos.» Y entonces uno suelta el cuento y dice: ¡Wow!, pero mirad la genialidad a la que nos ha conducido el pensamiento de Juan Emar, en el año 1937. Los humanos vinieron sin sexo. Otra historia dentro de la historia. Ya no solo se trata del simbolismo esotérico dentro del texto, sino que se va caminando dentro de la filosofía. Yo ahora levanto mis ojos del teclado, reflexiono en las más de 150 niñas y mujeres que fueron violadas y abusadas por un médico de la selección de gimnasia olímpica en los Estados Unidos de América, y me quedo con esa frase: «Los humanos vinieron sin sexo». Ya lo había reflexionado en

infinidad de ocasiones. El sexo es apenas eso que nos une a los animales, esos estímulos que causan placer. He disertado anteriormente sobre la graffía, como aquella convención cultural para representar los sonidos (fonemas) del lenguaje en que nos comunicamos, y que nos pone por encima de los demás seres vivos. Es el lenguaje escrito la diferencia, a lo que ha llegado nuestra inteligencia en sus diferentes lenguajes escritos: la música, el brialle, las matemáticas, el código morse, y todos los alfabetos.

Volvamos al cuento de Juan Emar. ¿Qué función tienen los espectros en el universo metido dentro del ópalo? Los espectros en ese mundo y en nuestro propio mundo son los registros de aquellos que nos precedieron. Nuestros espectros pueden ser nuestros propios libros, es por los libros como nos continúan hablando los escritores de otras épocas. Nuestros queridos espectros. «El sexo nutriéndose de las ideas de los humanos», y piense usted en las ideas del amor y el sexo, como también en todas esas ideas que cruzan la mente de un depredador sexual. «El sexo nutriéndose de la sangre de los humanos», y la sangre no es otra cosa que la pasión, es pasión que aquellos que apenas entrevén su naturaleza animal tanto festejan en la carne. De esta manera Juan Emar nos muestra, dentro de su cuento, la diferenciación entre sangre e ideas, que son afectadas de formas muy diferentes por el sexo, y añade para dejarlo demostrado que forman una: «Simbiosis casi eterna que el hombre se niega a reconocer.»

El discurso del espectro de la narración nos habla incluso de que algunos seres humanos logran desconectar esa simbiosis entre sexo e ideas, pero casi nunca entre sexo y sangre (pasión): «Entonces los sexos pueden seguir viviendo su propia vida, nutriéndose tal vez con un poco de sangre, siempre; mas sin alcanzar a hacer de ninguna idea su presa». Papusa no logra ser derrotada ni por el joven ni por el monstruo jorobado que le ha enviado el Zar, porque es una mujer que ha logrado separar su sexo de su inteligencia. El Zar no puede soportarlo. Cifra sus esperanzas en que el traumatismo, los golpes, la opresión, reintegre el sexo a la personalidad de Papusa, y de ese modo poder manipularla, manejarla, doblegarla. El espectro nos lo deja muy claro. (Piense ahora usted, querido lector, en todas aquellas mujeres que siguen siendo manipuladas con base en los golpes, en el miedo, en la culpa, con la finalidad de doblegarlas). Al final, al ver que no puede anudar el sexo a la mente de Papusa, el Zar manda a los perros a que la destrocen.

¿Qué son los perros en este cuento, en la tradición, en la significación del poder? Los perros que corren y van causando terror a todos los cortesanos que huyen, haciéndose a un lado, esos perros que van y obedientes, corren hacia ella para someterla. Esos perros que cuidan la entrada del infierno, canes de tres cabezas, nos dice la tradición, enfrentados con la humanidad sin sexo, enfrentadas con la mujer. El miedo que la mujer causa en los gobernantes, en las religiones, que unidos han buscado someterlas.

© Adán Echeverría

Adán Echeverría. Mérida, Yucatán, (1975). Doctor en Ciencias Marinas. Columnista en el Periódico impreso *El Vigía*, y en el portal cultural La Piraña (<https://piranhamx.club/>). Premio Estatal de Literatura Infantil Elvia Rodríguez Cirerol (2011), Nacional de Literatura y Artes Plásticas El Búho 2008 en poesía, Nacional de Poesía Tintanueva (2008), Nacional de Poesía *Rosario Castellanos*, (2007). Becario del FONCA, Jóvenes Creadores, en Novela (2005-2006). Ha publicado en poesía *El ropero del suicida* (2002), *Delirios de hombre ave* (2004), *Xenankó* (2005), *La sonrisa del insecto* (2008), *Tremévolo* (2009), *La confusión creciente de la alcantarilla* (2011), *En espera de la noche* (2015), *Trapacería y fiesta* (2017); los libros de cuentos *Fuga de memorias* (2006) y *Compañeros todos* (2015) y las novelas *Arena* (2009) y *Seremos tumba* (2011). En literatura infantil ha publicado *Las sombras de Fabián* (2014).

BLACK MOUNTAIN BOSSÒST, SEGUNDA EDICIÓN DEL FESTIVAL DE GÉNERO NEGRO DEL VALLE DE ARÁN

por José Luis Muñoz

La cultura se echa al monte. Por segundo año consecutivo la población aranesa de Bossòst, a orillas del río Garona, acoge un festival de género negro animada por el éxito de la primera edición, pero este año el programa es mucho más ambicioso, los autores presentes se triplican, los días se duplican acercándose a una semana (28/29/30 de abril y 1/2 de mayo) y las actividades (debates, conferencias, sesiones de jazz, proyecciones de cine, senderismo, gastronomía, fallo de premios literarios...) no sólo tendrán lugar en Bossòst sino también en Vielha, la capital de ese territorio pirenaico conocido por sus pistas de esquí y sus espectaculares paisajes, y Toulouse, Francia.

El festival rinde homenaje a Juan Madrid, pieza fundacional del género negro español, al que se le premiará por toda una carrera dedicada al género negro y su compromiso social, contará con veteranos como Alfons Cervera, Julián Ibáñez, José Luis Caballero, Fernando Martínez Laínez, Mariano Sánchez Soler, José Vaccaro Ruiz y José Luis Muñoz, valores emergentes como Paco Gómez Escribano, David Llorente, Sebastià Bennassar, Rafa Melero, Carlos Augusto Casas, Angélique Pfitzner y José Ramón Gómez Cabezas, el premiado con La Orilla Negra del pasado año Rafael Fuentes, el francés Pascal Dessaint, los argentinos Guillermo Orsi y Carlos Salem, el venezolano Marcos Tarre Briceño, la directora del centro Sefarad de Madrid Esther Bendahan Cohen, el autor de thrillers inquietantes José Carlos Somoza, el conferenciante y escritor Vicenç Villatoro, el crítico de cine Joan Salvany y la guía de montaña Sara Díaz, entre otros.

El festival está planteado como una fórmula para aunar cultura y naturaleza y acercar los autores a los lectores en esas cinco jornadas intensas de convivencia que giran en torno a lo literario (una de las sesiones estrella será ese mano a mano entre veteranos del género negro en una sesión nocturna titulada «Entre letras y copas»), lo social (nazismo y novela negra; maquis y resistentes; la frontera), lo cinematográfico (un miniciclo Jean Pierre Melville, referente del policíaco francés del que se proyectarán en la sala audiovisual de Vielha los films «El silencio de un hombre», «Hasta el último aliento» y «El círculo rojo»), una noche de la poesía que será un mano a mano entre Albada Albaiges, poetisa que se inclina por lo lírico, y la poesía negra y canalla de Rafael Fuentes y Carlos Salem, que además debuta en la novela gráfica) y lo estrictamente lúdico como la exquisita gastronomía del Valle, con sus influencias francesas, que podrá degustarse en el restaurante Zurbarán de Silvia Puértolas y Martín Inurritegui Ibarra, y los pinchos de raíz vasca del mítico bar Hiru, los paseos por la montaña de la mano de una experta conocedora del territorio como es la ingeniera de montes Sara Díaz que hablará de la geomorfología, vegetación y fauna del Valle mientras el alcalde Amador Marqués lo hará de la historia y cultura del Valle, sin olvidarse de la banda sonora del género, el jazz.

Los actos de clausura del festival y la entrega de premios a la mejor novela negra publicada en 2017 (las novelas finalistas son «Ya no hay junglas adonde regresar» de Carlos Augusto Casas, «Sucios y malvados» de Juanjo Braulio, «Conduce rápido» de Diego Ameixeiras, «La mala hierba» de Agustín Martínez y «Vienen mal dadas» de Laura Gomara), el Premio Internacional La Orilla Negra a obra inédita, el premio a la mejor narración escrita por alumnos del Valle de Arán y el premio especial Black Mountain Bossòst a Juan Madrid tendrán lugar en el Parador Nacional de Vielha la tarde del 1 de mayo, y el día 2 unos cuantos autores se desplazarán al Instituto Cervantes de Toulouse a dar una charla como broche final.

A fin de garantizar el alojamiento en la población de Bossòst, los interesados en asistir a este festival, que es gratuito y abierto al público, deberán dirigirse a Angelique Pfitzner: angeliquepfitzner@yahoo.es.

© José Luis Muñoz

José Luis Muñoz (Salamanca, 1951). Estudió Románicas en la Universidad de Barcelona. Escritor, articulista, conferenciante, viajero, crítico de cine y literario, es uno de los veteranos de la novela negra española y ha estado vinculado desde sus inicios a la Semana Negra de Gijón. Autor de 45 libros de todos los géneros entre los que destacan *El mal absoluto*, *Pubis de vello rojo*, *La Frontera Sur*, *Cazadores en la nieve*, *El hijo del diablo*, *El rastro del lobo* y *Los perros*. Ha ganado, entre otros, los premios Azorín, Café Gijón, La Sonrisa Vertical, Tigre Juan e Ignacio Aldecoa. Es el director de la colección La orilla Negra de Ediciones del Serbal, presidente de la asociación cultural Lee o Muere y comisario del Black Mountain Bossóst. Blog: <http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>.



MAC Y SU CONTRATIEMPO, de Enrique Vila-Matas

Editorial Seix Barral
 Colección: Biblioteca Breve
 304 páginas
 Fecha de publicación: 2017
 ISBN 9788432229886

* * *

No es descubrir nada nuevo decir que Enrique Vila-Matas (Barcelona, 1948) es una de las voces más originales de la literatura española actual, que el escritor, enfermo de literatura, escribe una y otra vez narraciones concéntricas que giran en torno a ella convirtiendo sus libros en artefactos de metaliteratura. *Mac y su contratiempo* podría ser hasta considerado un manual de escritura dirigido a escritores.

Hay una excusa narrativa en el libro que le sirve a EVM para montar su artefacto literario. El narrador, Mac, alter ego nada disimulado del propio EVM, juzga los relatos que un tal Sánchez le pasa, lo que le sirve para una teorización sobre la naturaleza de la literatura — *...en literatura uno no empieza por tener algo de lo que escribir y entonces escribe sobre ellos, sino que el proceso de escribir propiamente dicho es el que permite al autor descubrir lo que quiere decir.*— Y el relato —*A veces, un comienzo extraordinario perjudica al resto de un relato, porque siempre acaba ocurriendo que éste no puede estar todo el rato a la misma altura.*

Enrique Vila-Matas, el gran maestro de la autoficción (Mac es él, y el barrio de El Coyote podría muy bien ser Gracia o el Guinardó) parece estarlo pasándolo en grande mientras escribe su *Mac y su contratiempo*, y eso lo contagia al lector. Mac escribe un libro en forma de diario, en el que anota todo lo que le parece, que es una antinovela —*...mi afán casi constante para que este diario no sea una novela*— porque no progresa narrativamente al huir del planteamiento, nudo y desenlace por caducos. El autor de *El mal de Montano* habla una y otra vez del hecho literario, del vicio de escribir y su proceso reiterativo —*Apoteosis, por tanto, de la repetición. Y letra escrita sobre letra escrita, a su vez escrita sobre otra letra también escrita*—, una enfermedad que, en su obsesión reiterativa, puede conducir el síndrome Jack Torrance, el escritor enloquecido de *El resplandor*. —*...que me ha hecho pensar en la más conocida secuencia de El Resplandor, de Stanley Kubrick, aquella en la que confirmamos el desequilibrio mental de Jack Torrance. Es un momento de terror metafísico. Wendy se acerca para ver qué está escribiendo y descubre que su marido ha estado tecleando compulsivamente una frase hecha en la que se ha encallado y que repite de un modo insistente y perturbador.*

Hay un cine literario que le marca. El de Jean Pierre Melville. Y referencias a una película mítica, *Le samurái*, aquí rebautizada como *El silencio de un hombre*, porque hay similitudes entre la soledad del escritor que lo acercan al sicario que interpreta Alain Delon en ese estilizado *film noir*. —*Y creo que eso se debe a que vi a finales de los años sesenta Le Samourai, un film de Jean Pierre Melville en el que un asesino a sueldo vive en la soledad más profunda*—. También se asesina escribiendo, aunque no tenga consecuencias.

Hasta los pájaros parecen enfermos de literatura, buscan los libros: esa cotorra que entra en la casa de Mac y queda atrapada en un hueco inaccesible de su ingente biblioteca y puede causar un desastre si no consigue rescatarla —*...ese pobre pájaro moriría, y sus restos empezarían a descomponerse extendiendo pronto su mal olor por toda la casa, generando gusanos que se desplegarían por el interior de los libros y terminarían por devorarlo todo, por engullir la historia entera de la literatura universal.*

Habla también de lecturas, de las que le gustan más, Bernard Malamud, y menos, Philip Roth. —*Hay ocasiones en las que no me gusta nada Roth. En cambio, Malamud despertó siempre mis simpatías de lector*— pero, sin embargo, y es extraño, nada de su colega y amigo personal Paul Auster; de los fracasos literarios, que también son vitales, que conducen a Ernest Hemingway hacia el cañón de su escopeta de caza del mismo modo que esa frase reiterativa y compulsiva conduce a Jack Torrance a la locura en *El Resplandor*. —*Pero un día entero de trabajo no lo condujo a nada,*

no le salió ni una frase, sólo fue capaz de escribir: «Ya no, nunca más». Hacía tiempo que lo sospechaba y ahora lo confirmaba. Estaba acabado. Perfumado de alcohol y de la mortal nicotina de su vida, decidió una mañana despertar a todo el mundo con sus disparos de divorciado de la vida y de la literatura.

La crisis está presente en sus frecuentes encuentros con vagabundos que Mac se encuentra en sus paseos por el barrio de El Coyote. —Decía Pessoa que unos gobiernan el mundo y otros son el mundo. El vagabundo, al que llamaré Harpo, pertenecía obviamente a esa segunda sección—. Harpo, como el hermano Marx, secundario de lujo en su falso diario que EVM va intercalando en sus páginas. —He hurgado en el bolsillo y he encontrado una moneda de dos euros, que inmediatamente le he dado. Harpo se la ha quedado en el acto. He vuelto a hurgar y he notado que me quedaban cinco monedas más pequeñas, se las he pasado todas de golpe. Pero esta segunda entrega la ha rechazado radicalmente; ha reaccionado como si yo fuera un vampiro y estuviera mostrándole una ristra de ajos.

El humor no falta en *Mac y su contratiempo*, siempre sutil y de aliento británico que caracteriza al autor y se ha convertido en seña de identidad de sus libros. Junto a párrafos que son un verdadero estrambote —Durante muchos años fue para mí un gran enigma que Soteras hubiera repetido Párvulos— la querencia por el humor absurdo se evidencia en varios pasajes del texto como en ese encuentro con un Boluda, que no es el Boluda, alumno de un colegio religioso que lleva buscando durante cuarenta años.

No es baladí el *leit motiv* del libro sobre la repetición, ese volver una y otra vez sobre el mismo texto, trabajando las palabras, que es el oficio de escritor, su artesanía —...porque a cada momento añoro más corregir con paciencia como hacía en casa y volver a escribir lo escrito por la mañana, pasarlo luego al ordenador y después imprimirlo y volverlo a leer en papel y volver a corregirlo en el folio y más tarde de nuevo en el ordenador, donde en esa etapa de la corrección me sentía ya como un pianista ante el piano: fiel a la partitura, pero con libertad para interpretarla.

Mac y su contratiempo es el libro más literario de ese mago de las palabras que es EVM. Trescientas páginas que deslumbran y parecen dirigidas a sus colegas, a los escritores más que a los lectores, y contienen un sinfín de confesiones personales. —...hay cuentos que se introducen en nuestras vidas y prosiguen su camino confundiendo con ellas—. Vida y literatura se funden y confunden en Enrique Vila-Matas.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



LOS CINCO Y YO, de Antonio Orejudo

Editorial Tusquets
Colección: Andanzas
Fecha de publicación: 2017
256 páginas
ISBN 9788490664049

* * *

Cerramos el 2017 con una novela de Antonio Orejudo, profesor de Literatura en la Universidad de Almería y que también ha tocado el ensayo y la crítica literaria. De sus novelas, me gustaron sobre todo *Fabulosas narraciones por historias* y *Un momento de descanso*. Ambas, muy recomendables.

Antonio Orejudo ha escrito un libro en el que recrea sus lecturas infantiles en torno a las aventuras de Los Cinco, de la escritora inglesa Enyd Blyton. Escribe la crítica de este libro a través de un supuesto congreso de fans de la saga y a la vez nos deja su biografía o algo parecido, eso que ahora llaman autoficción. No conforme con eso, introduce un libro —supuesto— de su amigo en la realidad, Rafael Reig (autor de *Lo que no está escrito*, *Manual de literatura para caníbales* o *Todo está perdonado*, entre otros. Si no habéis leído cualquiera de estas obras, haced el favor) y que titula *After five*, o sea, la vida de Los

Cinco cuando han crecido y se han hecho adultos como ha sucedido con los lectores. ¿Solo? No, hay más, porque en *Los cinco y yo* hay también crítica literaria, parodia de todos los tipos de literatura, mucha sátira y, aunque Orejudo esté hasta las narices del mismo, mucho humor. A su estilo, eso sí, con una cierta sensación de tristeza como sucede en todos los episodios donde, de alguna manera, se hable de derrota.

Así define a su generación, la que hoy en día anda por los cincuenta y algunos, una generación que llegó tarde a la muerte de Franco y demasiado pronto al 15-M, dice, que ha quedado en el medio y ha ido creciendo a la par que el desencanto político que trajo Felipe González y siguieron los demás. Se desencantaron antes de quedar encantados, y eso es todo un trauma.

La ficción y la realidad se dan la mano constantemente en medio de disparates y deseos, burlas y veras. Nos cuenta sus aventuras, nos las llena de emociones de la misma manera que las protagonizadas por los cuatro adolescentes y su perro Tim en el original de *Los cinco* en sus múltiples libros. Traza un paralelismo entre los personajes de ficción de su infancia y los que lo fueron en la realidad y luego agrega el libro de Reig, *After five* para realizar el mismo paralelismo con sus amistades adultas y dejar plasmada toda su trayectoria generacional, los cambios educativos, de la familia, la progresía de los 80, las drogas, la moda y así hasta la recesión y la crisis actual.

Un libro lleno de imaginación, como es habitual en Orejudo, de lectura fácil que a veces engaña, porque debajo de esa aparente sencillez narrativa hay mucha enjundia, mucho en lo que pensar. *Los cinco y yo* no renovará la literatura española y la universal —sus sueños, contaba, cuando Reig y él comenzaron a hacer sus pinitos literarios— pero resulta una novela entretenida y esa es una primera y buena razón para leerla.

© Antonio Tejedor García

<http://lagartosquebrada.blogspot.com.es>



RELATOS DE 4 FILOS, de José Vaccaro Ruiz

Serial Ediciones
Colección: Relatos
264 páginas
Fecha de publicación: 2017
ISBN 978-84-697-5076-6

* * *

Faltaba este surtido de relatos cortos en la bibliografía del escritor, abogado y arquitecto catalán José Vaccaro Ruiz (Barcelona, 1945), el padre de un detective conseguidor muy peculiar, Juan Jover, anti-héroe de algunos de sus libros precedentes (*Ángeles Negros*, *La Vía Láctea* y *La Granja*), cuya última novela *La conjura Gaudí* estuvo a punto de estar de trágica actualidad (hay quien no quiere que se acabe la obra interminable del genio catalán), y nos llega oportunamente esta bandeja de canapés sangrientos, políticamente incorrec-

tos (marca de la casa del autor) y no exentos de humor negro, de la mano de Serial Ediciones.

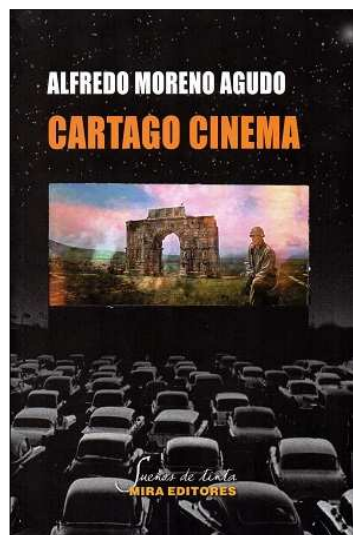
Relatos de 4 fillos, cuyo título rinde homenaje a Federico García Lorca, reúne diversas texturas literarias que tienen en común un cierto toque perverso y transgresor todas ellas. Relatos genuinamente negros la mayor parte de ellos (*La ciega*, *El amigo...*), humorísticos (*La fórmula milagrosa*), autobiográficos (*Círculo de lectores* sobre su experiencia carcelaria «externa» en la Modelo), homenajes a Edgar Allan Poe (*Nunca más*), con raíces en nuestra incivil contienda (*Tiro de gracia*) o en la inocente infancia (*Jugando a cocinitas* o *Era tan fácil*).

El autor de *No dar papaya* arma con maestría esos pasteles envenenados, cuyo nexo común es la maldad humana, que pueden helar la sangre del lector o atragantársele en la tráquea. José Vaccaro Ruiz muestra igual pericia para el género corto, uno de los más dificultosos, que para el largo, recrea situaciones muy reales y moldea bien sus personajes mediante precisas descripciones o el uso del diálogo. Un libro de 260 páginas para devorar sin complejos y teniendo en cuenta que la realidad (algunos de los relatos más escalofriantes están basados en hechos reales) es muchas veces más terrible que la ficción y ambas se retroalimentan.

Disfruten del libro, de sus guiños a la picaresca (hay quien dice que nuestro género negro es hijo del Siglo de Oro y le debe más a Francisco de Quevedo que a Dashiell Hammett) y a Luis Buñuel, y atentos a las salpicaduras de sangre (... *mientras uno de sus dos glóbulos oculares se desprendía y caía al suelo en medio de un charco de sangre...*) que no hay quien quite de la ropa.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



CARTAGO CINEMA, de Alfredo Moreno

Editorial Mira Editores
Colección: Sueños de tinta
Fecha de publicación: 2017
360 páginas
ISBN 9788484655381

* * *

Mi primera lectura del año ha sido *Cartago Cinema*, de Alfredo Moreno, editado por Mira Editores a finales de 2017 y puedo decir que, como lector, no ha podido comenzar mejor este 2018. Sin necesidad de arrimar un revólver calibre 38 a mi sien ni llenar mis bolsillos con sobres procedentes de Suiza o Panamá, en cualquier foro estoy dispuesto a afirmar que se trata, indudablemente, de una obra brillante. Que, si bien respira cine clásico por los cuatro costados, no estamos ante ningún corta y pega de cualquier película, como he comprobado al leer algunos títulos de cinéfilos declarados y obsesivos. Nada que ver. *Cartago Cinema* plantea una historia que bien pudiera ser intemporal pues los temas que maneja no pasan de moda. La consumada cinefilia, casi cinemania, de su autor alterna con las bajas pasiones del ser humano, con el amor, la vida, la muerte; con la hegemonía del dios dinero, del dios poder, sobre todas las cosas (la actual comercialización desmedida del cine) y con la más penosa, pero repetitiva constante y filicida, historia de España. Bebiendo de clásicos como *El crepúsculo de los dioses* (*Sunset boulevard*, Billy Wilder, 1950) o *Cautivos del mal* (*The bad and the beautiful*, Vincente Minnelli, 1952) es una historia del cine contada desde dentro y como tal, alberga un argumento (un guión) que mejora la vida. En ella encontramos a un guionista, a un magnate productor y a un director que, como buena vieja gloria desaparecida y casi olvidada, decide regresar por todo lo alto con una espléndida obra maestra, obsesión de toda una vida, que será el broche final para su breve pero mítica carrera. Lamentablemente, los planes de la productora, serán otros. Por supuesto, hay una chica, Martina Bearn. Y tiene el grado de malditismo necesario para ser irresistible. Será la secretaria del viejo y futuro director, pero se elevará sobre todos los personajes como razón o espejismo que ayude a tener el entusiasmo necesario para llevar a cabo una empresa irracional y casi suicida como resulta el anhelado último rodaje. Martina canalizará, desde un aparente segundo plano, el peso dramático de la obra.

Desde el comienzo de esta historia cíclica, el lector tendrá la sensación de encontrarse ante una película de cine clásico, rodada por completo en blanco y negro, y no solo porque su protagonista principal padezca acromatopsia congénita. El aire que se respira a lo largo de sus 351 páginas, los diálogos, los ambientes a pesar de estar ante una historia contemporánea, tienen ese marcado corte de la época dorada de Hollywood, como aquellas películas dobladas en España entre los 40 y los 70. Algunos diálogos recuerdan a estas cintas, que todos guardamos en el subconsciente. Pero hablábamos de un guionista que ve la vida en blanco y negro y que se erige como protagonista principal de *Cartago Cinema*: Elliott Gray (nótese que el apellido se pronuncia igual que el color gris en inglés, algo que no está nada mal para un tipo con acromatopsia). Gray es un guionista que recuerda a Joe Gillis (de la citada *Sunset Boulevard*) o al personaje Robert Towne (de la película *Chinatown*, Roman Polanski 1974), al que le gusta pensar que tiene algo de escritor y que cultiva una rara obsesión por los mapas de diferentes épocas ya que, probablemente, todavía está buscando un lugar en el mundo. Es un tipo que ha logrado sobrevivir (y esto ya es mucho) en el difícil universo de los guionistas de cine, aunque su discreto mayor éxito ha llegado de manos de la tele-

visión gracias a una serie. Sin embargo, no ha logrado cumplir su mayor sueño, su película y el trabajo más recurrente al que tuvo que dedicar sus horas fue el de corrector de guiones para la potente productora Gold Masks, propiedad de Bufford Sheldrake, productor sin escrúpulos. Además, es dueño de un humor marxista, sobretodo procedente de Groucho Marx, aunque un lector cínicófilo podrá encontrar un cinismo y humor negro cercano a Humphrey Bogart y sobretodo, a su papel como Marlowe. El humor está presente en *Cartago Cinema* durante todo el libro, en diversos momentos, pero son especialmente delirantes las conversaciones telefónicas y las constantes bromas entre Bufford Sheldrake y Gray que arrancarán, a buen seguro, más de una carajada. A pesar de esta relación amor-odio que unen a productor y guionista, Gray ve en Sheldrake su última oportunidad para crecer profesionalmente.

Bufford Sheldrake es un productor oportunista que intenta amasar una fortuna aprovechándose de los demás. Podría ser un Harry Cohn o un David O. Selznick, pero su máxima reside en responder a los gustos y expectativas de un público cada día menos exigente. Para ello está dispuesto a pagar cualquier precio. Debe su apellido a dos personajes de Billy Wilder (concretamente de *El crepúsculo de los dioses* y de *El Apartamento*) y se convertirá en la pesadilla a distancia que acompañará en su periplo a Elliot Gray. Respecto a su relación con el director Ballard, digamos que la pesadilla es mutua.

La vieja gloria, el mencionado director que desea regresar con su proyecto vital: John Ferris Ballard. Para su personaje, el autor ha tomado como referencia al actor Lee Marvin para rasgos físicos y temperamentales, pero estamos ante un director del «Nuevo Hollywood», de finales de los sesenta que cuenta en su haber con un par de éxitos tempranos, una corta y fugaz historia de esplendor. Retirado durante un largo periodo de tiempo, junto a una esposa adinerada en la campiña francesa, nunca se ha separado de su fiel colaborador, Monty Grahame (que me recuerda poderosamente al actor Louis Calhern) y juntos han continuado trabajando e incluso rodando, pero en el ámbito puramente privado. Por alguna razón que se escapa, Ballard desea rodar la película que ha ocupado toda su vida como un proyecto irrealizable, aunque terminará montando un decadente autocine, otro sueño roto. En esta obsesión, casi quijotesca, entra en escena España, como el cadáver dolido de una guerra cuyas huellas todavía están presentes. A lo largo de la novela, el lector podrá visitar la campiña francesa, Los Ángeles, París, Hollywood, Madrid y varias localizaciones en Aragón, fundamentalmente, como plató natural (una reivindicación del autor). En Aragón encontramos, precisamente y a modo de Belchite, el pueblo destrozado por la guerra con su huella imborrable y camuflada, sepultada ahora, bajo una especie de moderna ciudad sepulcral y espectral, sin alma, sin gente; o, mejor dicho, habitada por gente sin alma, algunos de ellos, amontonando riqueza sobre las tumbas de los caídos. Tanto Sheldrake como Ballard, sirven de vehículos para contar la historia del cine y en este caso, una parte fundamental de la historia de España. Y en este peregrinaje español y quijotesco, podemos recordar fácilmente la película *Mr. Arkadin* de Orson Welles.

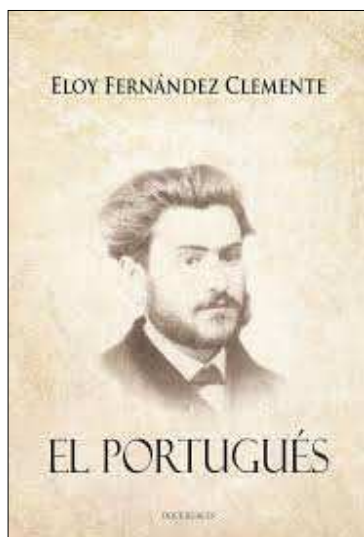
Ya hemos hablado anteriormente de Martina Bearn que, junto a Ana, Laura y Christelle, conforman el elenco femenino de la obra. Pero sobre todas ellas, Martina. A modo del cine de John Ford, en *Cartago Cinema*, las mujeres lo condicionan todo, aunque sea desde un plano aparentemente secundario que, en realidad, no lo es. Martina no solo coincide con una antigua obsesión de Ferris Ballard, sino que encandila a Gray e incluso podríamos decir que Monty Grahame bebería los vientos por ella, de no sentirse demasiado anciano. A estas alturas incluso Laura, la adinerada esposa de Ballard, se esté planteando su orientación sexual a causa de la irrupción del torbellino Martina en su ordenada vida. Torbellino pero discreto. Más bien es un sobresalto involuntario que causa en las emociones de los personajes masculinos. Y para Martina yo he imaginado multitud de personajes a lo largo de la novela. Desde la Shirley MacLaine de *El Apartamento*, pasando por Marion Cotillard, la primera Jacqueline Bisset, la primera Claudia Cardinale, hasta incluso Gene Tierney (¿cómo no?) o una jovencita Monica Bellucci, algo más recatada. Pero, indudablemente, como todo personaje femenino en el cine de Ford o en el cine negro, resulta irresistible, tanto para los personajes masculinos de la novela, como para el lector. Todos somos Martina.

Sin embargo, el riesgo de contar demasiado ya está rozando lo inaceptable. Así pues, convido a los que hayan terminado esta torpe reseña (que, en realidad, es un leve repaso de personajes) a leer *Cartago Cinema*. La novela comienza con una muerte sobre el agua lo que nos remite de nuevo a *El crepúsculo de los dioses*, aunque no fuera el comienzo ideal que deseaba Billy Wilder para su película (la muerte, sí, pero no así). El argumento cuenta con las necesarias rupturas temporales que, lejos de extraviar al lector, hacen más atractiva la historia. *Cartago Cinema* bien pudiera ser llevada al cine pues podría haber sido un guión cinematográfico. De hecho, algunos capítulos están plantados como tal. Si se realizara y estuviera a la altura de la novela, sería una gran película. Sin

embargo, dudo de estos tiempos y sus resultados cinematográficos. Puede que haya demasiados Sheldrake por ahí produciendo verdaderas barrabasadas. Y su autor, Alfredo Moreno, merecería una buena película. Precisamente, respecto a Alfredo Moreno debo decir que conocí su cinefilia leyendo el imprescindible blog (<http://39escalones.wordpress.com>) y posteriormente, leyendo su ensayo *39 estaciones: De viaje entre el cine y la vida* publicado por Eclipsados. Su salto a la ficción ha sido un regalo para todos. Un debut fenómeno. Regresando a esta primera novela de Alfredo, a *Cartago Cinema* y refiriéndome a sus capítulos, sin duda, ha sido un acierto que cada uno se titule como las películas que a lo largo de la historia han contado el cine desde dentro. Inolvidables obras de las que encontramos una breve sinopsis al finalizar el libro. La novela comparte con autores como Gómez de la Serna, Scott Fitzgerald o Edgar Neville, el privilegio y el buen gusto de contar una historia sobre las vidas de aquellas personas que hacen cine; la historia del proceso de producción, del rodaje, del guión...etc y comparte esta tradición con cienastas como Billy Wilder, Joseph L. Mankiewicz, Vincente Minnelli, Stanley Donen o Woody Allen, por poner solo unos ejemplos citados en el libro. Para el final dejo las apariciones fantasmales de don Luis Buñuel. Conozco bien el escenario donde el autor las sitúa y debo decir que no ha podido elegir mejor localización. Es la plaza de los Sitios de Zaragoza, una de esas viejas lonjas afrancesadas que, las noches de invierno y niebla, adquiere un aspecto romántico, algo trasnochado, simbólico y también fantasmal, cuando las clásicas farolas deciden arrojar su haz de luz entre las ramas bajas de los árboles y la niebla que llega desde el río, se encarga de amplificar, velar y tamizar esta luminiscencia como si el paseante perdido en sus pensamientos estuviera obligado a contemplar ese escenario a través de un lienzo o de un sueño, como en la película *Retrato de Jennie* (William Dieterle 1948). Aparición sorprendente, atractiva y fantástica que, sin embargo, encaja a la perfección en el desarrollo de la novela y responde a la pasión del autor por el cienasta aragonés. Una pista para que no olvidemos a los olvidados que, algunas noches, abandonan sus tumbas con el único propósito de consultar los periódicos de la mañana y en ellos encontrar un deslumbrante artículo que informe de una nueva publicación, de un escritor que todavía es capaz de regalar al mundo una buena historia original como *Cartago Cinema*.

© Marcos Callau

<http://altiempodetenido.blogspot.com.es>



***EL PORTUGUÉS*, de Eloy Fernández Clemente**

Editorial Doce Robles
329 páginas
Fecha de publicación: 2017
ISBN 978-84-947558-2-8

* * *

Eloy Fernández Clemente ha sido catedrático de la Universidad de Zaragoza, una destacada personalidad en el campo de la investigación histórica, sobre todo en su vertiente económica. Es indudablemente uno de los expertos más cotizados en esa especialidad en nuestro país, básicamente por su conocimiento del tema durante los siglos XIX y XX. Sus numerosos estudios y publicaciones al respecto dan fe de ello. Además, es un extraordinario comunicador. Fundó y dirigió en diferentes etapas la revista 'Andalán', un testimonio permanente de rigor informativo, amor a la tierra y proyección de sus valores. Dirigió también la Gran Enciclopedia Aragonesa y la colección especializada sobre asuntos del territorio, en 50 títulos, denominada Biblioteca Aragonesa de Cultura.

Dentro de sus múltiples facetas e intereses intelectuales, está también la literatura. Hace varias décadas escribió el guión de una película sobre el general Cabrera y las guerras carlistas en el Maestrazgo. La idea quedó abortada por la intervención de una prepotente escritora que consideró aquel intento como una intromisión en terreno vedado. Alcancé a leer dicho guión y me pareció muy digno, con buen fundamento histórico y con una expresión literaria sobresaliente. Pero ahí quedó.

Es muy significativo que el gobierno autonómico le concediera, años después, en 1995, el Premio de las Letras Aragonesas, el primero de una serie que continúa hasta hoy.

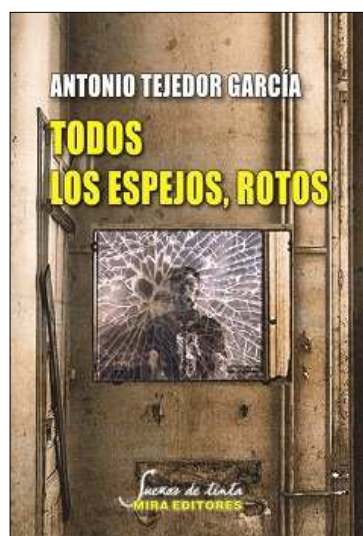
Con posterioridad, el profesor Fernández Clemente ha publicado un libro de narraciones, *Los triunfos pequeños y otros relatos*, en la editorial Prames. Ahora nos ofrece su primera novela, editada por Doce Robles. *El Portugués* se desenvuelve entre la realidad y la ficción, con mayor porcentaje de lo primero que de lo segundo. Hay que señalar que su autor es también un experto en temas portugueses, como puede comprobarse en su obra, publicada en 1996, *Portugal en los años veinte. Los orígenes del Estado Novo*.

El protagonista de la novela es el ingeniero Joaquim Pedro de Oliveira, que se traslada a las minas de Santa Eufemia, al norte de Córdoba, en 1870, para reactivarlas y organizarlas. Acude acompañado de su esposa, Vitória, y cuenta con el apoyo de un ayudante, João de Deus, joven perito portugués que trabaja allí desde hace poco tiempo. A lo largo de 329 densas páginas se van narrando en forma de diario las actuaciones del protagonista, al mismo tiempo que se describen minuciosamente los ambientes rurales del entorno y el contexto sociopolítico del momento. Hay toda una geografía de lugares visitados, minuciosamente descritos, de Córdoba a Madrid, y al mismo tiempo una radiografía del mundo político y cultural de la época, con numerosas referencias a personalidades de la cultura, tanto en Portugal como en España. El protagonista, que narra en primera persona, es también un gran intelectual, relacionado con lo más florido de la cultura portuguesa del momento. También establecerá contacto con los prohombres de la política y de las letras en España, jugando para ello el autor con ciertas licencias cronológicas, perfectamente admisibles en un texto que se adscribe al género novelístico.

Con un estilo que consigue compaginar la amenidad con la intensidad, Eloy Fernández Clemente ha conseguido aunar la historia y la literatura, sin que la primera pierda rigor y utilizando la segunda como instrumento de deleite para quienes deseen una descripción seria, demorada, serena y bien documentada de una época y de sus protagonistas en todas las escalas sociales. Es la ocasión para acercarse a una actividad poco conocida, la minera, y a un territorio, el español, uno de cuyos rincones se describe con detalle y afecto.

La caleidoscópica novela se distribuye en cinco partes, cada una correspondiente a uno de los años (1870-1874) que el protagonista pasó en España. Hay en ella, como he apuntado, abundantes referencias a la situación social, económica y política del país, que Oliveira Martins describe con gran perspicacia, cotejándola a menudo con la de Portugal. Se aprecia de inmediato que es la novela de un historiador, dotado de innegables dotes narrativas, que al mismo tiempo muestra su conocimiento profundo de los personajes y sus circunstancias.

© Francisco Javier Aguirre



TODOS LOS ESPEJOS, ROTOS, de Antonio Tejedor García

Mira Editores
Colección: Sueños de Tinta
332 páginas
Fecha de publicación: 2017
ISBN 9788484655329

* * *

Un empresario de cierto renombre es secuestrado en plena calle. El azar hará que un joven periodista con contrato precario en un diario de tirada local sea testigo del mismo. A partir de esta premisa se desarrolla el argumento de la novela *Todos los espejos, rotos*, de Antonio Tejedor García, que acaba de publicar Mira Editores y que podemos adscribir con pocas dudas al género negro más autóctono. Pero, más allá de la peripezia argumental y de las diferentes vicisitudes que atraviesa el per-

sonaje principal, la novela es también una aguda radiografía de la decadencia económica y moral de este país a lo largo de los últimos años —o quizá deberíamos decir desde tiempos inmemoriales— y del papel que todos, en mayor o menor medida, hemos jugado en ello.

Políticos corruptos, policías poco íntegros, periodistas con serios dilemas sobre la honestidad y la verdad... Más aún: dinero, poder, influencias, codicia, aspiraciones políticas, negocios sucios, amenazas, transacciones ilegales... Con todos esos ingredientes y algunos más, Antonio Tejedor construye un retrato más que certero de lo que puede ser este país que venimos en llamar España, un retrato crítico y muchas veces demoledor, pero también riguroso, donde hasta las acusaciones más categóricas y explícitas pueden encontrar su réplica. Sea como fuere, al autor no le tiembla el pulso a la hora de señalar los diferentes grados de responsabilidad que cada cual ha podido tener en este desastre.

«Lo llevamos en la sangre, es nuestro ADN, decimos en un idioma que tú no conoces, Sancho. Siglos de picaresca, una herencia cultural que cultivamos en épocas de vacas gordas y denigramos en las flacas. Eso, porque los ventajistas son los otros: a nosotros nos han roto el tintero.» (pág. 99).

Prevalece en todo momento esa mirada crítica, ácida, para nada complaciente, tanto sobre los que deciden como sobre los que sufren las decisiones, tanto sobre los que ejercen el poder como sobre los que padecen sus consecuencias. Hay varios pasajes esclarecedores al respecto a lo largo de la novela:

«¿En qué país vivimos? España es como una novela: negra, por supuesto. El país entero es una novela negra. No hay más que ver la atmósfera de miedo, violencia, injusticia, depravación política, traiciones, codicia sin límites y personajes fracasados: estas son las características de la novela negra.» (pág. 249).

De todo ello, por supuesto, tampoco se libra la política. En uno de sus capítulos hay incluso una profusa descripción de los procedimientos usados por los partidos políticos para financiarse al margen de la ley. Y a lo largo de la novela abundan las descripciones de prácticas poco éticas que desde tiempos inmemoriales llevan aplicándose en las transacciones comerciales y las relaciones económicas privadas, y que han acabado por trasvasarse al terreno de lo público y de la actuación política: comisiones bajo mano, pagos en B, dinero negro, paraísos financieros, contabilidades paralelas... Unas prácticas que, al menos en su vertiente privada, parece que se han hecho crónicas.

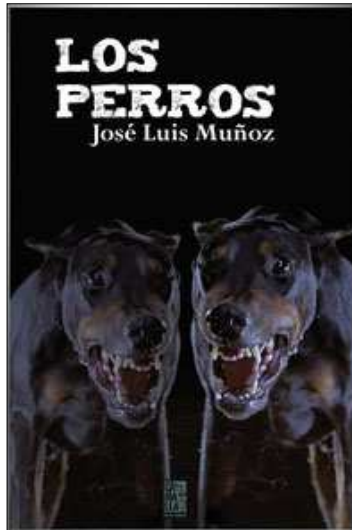
Frente a los trapicheos de esa fauna ávida de poder y borracha de codicia, están los que siempre se quedan fuera, los que no alcanzan a beneficiarse de los dividendos producidos cuando los estados de cuentas llegan a su fase más álgida, pero que la sufren en sus propias carnes cuando el sistema colapsa y entra en crisis.

«Humillados, hundidos, arrastrados en busca de un trabajo de miseria. Así nos tienen. Matones y cobardes, duros con el débil (...) Lo jodido es que no hacemos nada, todo queda aquí, en palabras que se lleva el viento. Como el humo.» (pág. 133).

No obstante lo anterior, el principal valor literario de la novela es, por descontado, su estilo sobrio, contenido, preciso, sin un adjetivo de más ni un sustantivo inadecuado, que refuerza esa mirada desalentada, desesperada quizá, impotente en muchos casos, que recorre toda la novela. Antonio Tejedor se revela con este libro como un narrador brillante y avezado, que no solo posee una mirada ácida y una elevada perspicacia para analizar el mundo en el que le ha tocado vivir, sino que también hace gala de un talento literario realmente encomiable, digno de resaltar, y que parece tener claro que una historia vale tanto como vale el lenguaje que se usa para contarla.

En contra de lo que podría parecer después de lo dicho, la novela deja al final una cierta rendija a la esperanza, encarnada en el grito de un personaje de otro texto que, no gratuitamente, se cuela en esta narración, y que resume en una sola palabra, lo suficientemente enérgica como para que no necesite más acompañamientos, el nivel de hartazgo generalizado que ha quedado en parte de la sociedad: «¡basta!». Con eso está dicho todo.

© Carlos Manzano
<http://www.carlosmanzano.net>



LOS PERROS, de José Luis Muñoz

Canalla Ediciones
Colección: Narrativa
145 páginas
Fecha de publicación: 2017
ISBN 978-84-948080-1-2

* * *

La última novela de José Luis Muñoz nos lleva a la Sudáfrica de los años 80 del pasado siglo cuando allí mandaba Piether Botha, nariz prominente, labios leporinos, sonrisa triste, mirada inexpresiva, conocido como *die groot krokodil* (el gran cocodrilo), defensor incondicional de la segregación racial y la supremacía de la raza blanca. Un régimen de apariencia democrática pero donde el voto de los negros no estaba reconocido, y que por aquello de la *realpolitik*

gozó de la protección de Israel, los Estados Unidos y el Reino Unido.

Muñoz, para introducirnos en el ambiente de amenaza latente, represión, violencia, despiadado dominio de una raza, la blanca, sobre la otra, la negra, incluso del clima húmedo, caluroso e incllemente que allí imperaba, en el primer capítulo nos ofrece tres pinceladas que no renuncio a reproducir por la potencia literaria y la concisión que contienen para coger al lector del cogote y sumergirlo en la trama de donde ya no podrá escapar:

Los diarios hablaban de dos blancos que habían aparecido muertos cuando su coche se quedó sin carburante en una zona desértica de Limpopo, y de un número indeterminado de negros que habían perecido por deshidratación en una aldea de Kimberley.

Durante unos meses llovería sin cesar, pero sin que el calor amainara ni diera tregua, comenzaba un ciclo endemoniado de agua que caía a torrentes y con la misma velocidad se evaporaba, formando nubes que volvían a descargar, y así hasta el infinito.

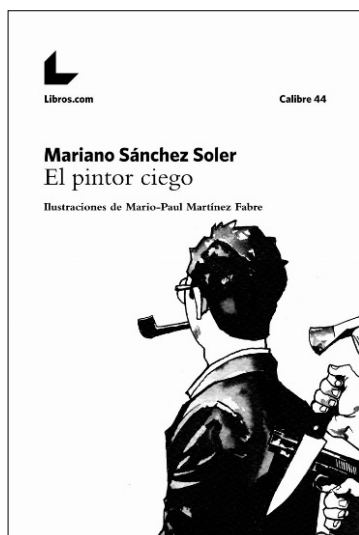
Esa noche el señor Duncan (Paul Duncan y su familia son los protagonistas de la historia), no subió a despedir a Roger, su hijo, luego se arrepentiría amargamente de no haberlo hecho.

A partir de ahí, y en un ajustado mecanismo de relojería, va desarrollándose la trama de la novela bebiendo en las fuentes del odio, el miedo, la venganza, la soledad y el fatalismo. Una historia concisa y precisa en donde la ausencia de digresiones no da refugio ni descanso al lector, sin soltarlo hasta el desenlace.

José Luis Muñoz juega también con el vudú (que es en definitiva una forma de religión destinada a los desheredados y oprimidos para consuelo y compensación en la otra vida de las iniquidades de esta), como elemento de amparo y justificación para la violencia más extrema. Un vudú en forma de presagio que se mueve como un fantasma vengativo de principio a fin del relato en una repetida maldición que no deja lugar a dudas: «*Es de fe, y yo Damballah lo digo, que la maldición del padre, y también de la madre, destruye, seca y abrasa de raíz hijos y casa*». La fe, la fe, siempre la fe del débil. A su lado el contrapunto de la aterciopelada voz de Nat Kig Cole cantando «*Quizás, quizás, quizás*», un bolero hecho de dulzones, lamentos amorosos, una flor de pitiminí en medio de un hehondo estercolero de dominio, odio y muerte.

Aparte de la potencia de la historia y los personajes, el lector avisado disfrutará de la medida técnica literaria que Muñoz emplea para trenzar la historia, la forma al servicio de la finalidad, la economía de personajes, la linealidad como metrónomo implacable de la primera a la última página, directo y a la cabeza. Y por fin las termitas y los perros, Tony y Rinky, como protagonistas determinantes, los supervivientes, la confirmación de que la violencia, las tarascadas, la carne abierta en canal es lo que cuenta.

© José Vaccaro Ruiz



EL PINTOR CIEGO, de Mariano Sánchez Soler

Editorial Libros.com

Colección: Calibre 44

150 páginas

Fecha de publicación: 2017

ISBN 9788417023881

* * *

Cajón de sastre el que nos abre Mariano Sánchez Soler (Alicante, 1954), periodista de investigación (el hombre que sabe más sobre la familia Franco que ella misma, colaborador de *Tiempo*, *Interviú*, *Le Monde diplomatique* y *El Periódico*, entre otros), politólogo, cinéfilo y novelista de género negro (*Carne fresca*, *Festín de tiburones*, *Para matar*, *Oasis pour l'OAS*, *Lejos de Orán*, *Grupo antiatracos*, *La brújula de Ceilán*, *Nuestra propia sangre* y *El asesinato de los marqueses de Urbina*), poeta y fundador del evento cultural Mayo Negro;

textos muy diversos que reúne en este libro editado por Libros.com en la colección Calibre 44 y que constituyen un sabroso menú degustación en el que el lector podrá disfrutar de diversas texturas literarias.

Junto a declaraciones de principios, como la de *La pistola estaba encendida: A la conciencia —como siempre he dicho— hay que dominarla con la razón; es preciso derribar las paredes de la moral oficial, esa cárcel para los espíritus auténticamente libres*; teorizaciones sobre el género negro como las de ese autor en busca de realismo que asesina al director de la revista *Gimlet* para ganar el premio que convoca. *Al romper las hojas experimentaba una insoportable impotencia. ¡Describir un crimen, narrarlo en toda su magnitud, sin caer en la enredadera del tópico! ¡Sin mentir!*, justificaciones literarias sobre su preferencia genérica, el negro policial: *Siempre sospeché que escribiría novelas policiacas para exorcizar a la muerte, la idea de la extinción, el miedo a desaparecer sin dejar rastro. (Para que no amanezca).*

El Mariano Sánchez Soler social y combativo tiene su espacio en el libro: *En las primeras horas del domingo, el metro de Barcelona era un triste desierto metálico y oloroso. La ciudad me pareció un esqueleto sin arterias transeúntes. Los mendigos se colocaban ya en sus esquinas estratégicas con sus carteles dramáticos, postrados y con el rostro entre las manos*. O en esa lúcida reflexión sobre los sin techo de *Serafín, el rey de los mendigos: Cuando ves a un hombre durmiendo en el suelo, te fastidia, aunque no lo conozcas, porque en él ves tu propio futuro*.

Pocos se acuerdan de las luchas cruentas, con muertos, de la *tranquila* Transición, por eso el texto *Ejecución*, que hace referencia a la Coordinadora de Presos en Lucha, fija la memoria en ese momento convulso: *En una triste mañana de noviembre, Ángel García Cantero y su cómplice, Ramón Molina López, dos asesinos terminales, fueron juzgados por el asesinato de mi amigo José Ramón López Moscoso, Pucho, de 45 años irreductibles marcados por la rebeldía; veterano fundador de la Coordinadora de Presos en Lucha, COPEL. El último de una generación*. Y Mariano Sánchez Soler remueve las conciencias, destapa los hedores mefíticos de la cloaca institucional con licencia para asesinar en *Matarile*, texto sobre el asesinato del Nani por parte de la policía. *Desde aquel despacho, sólo vimos a Ángel. Sangraba por la nariz, le conducían a empujones y le golpeaban sin miramientos. Ángel tenía la cara tan ensangrentada que, cuando pasó junto a nosotras, me salpicó en el vestido; chorreaba*.

Hasta en la comida encuentra el autor alicantino ocasión de meter la cuña social. *El enviado* es un relato gastronómico en el que un niño de Rusia se encuentra con su tío en España. *La gran mentira siempre empieza por el estómago. Si consiguen engañarte en la comida, saben que te han atrapado. Que aceptarás todas las falsedades del sistema sin rechistar y para siempre*. Empieza a pasar en España con las franquicias *fast food made in USA*: engañan y deforman gustos y esa es una forma de colonialismo.

El Mariano Sánchez Soler cinéfilo cree ver al Stewart Granger de *Las minas del Rey Salomón: Inmersos en el Maracaibo buscábamos una liberación imposible. La fantasía del cine de barrio nos alejaba de una realidad sin perspectivas; nos libraba de un futuro de talleres*. El cine como fábrica

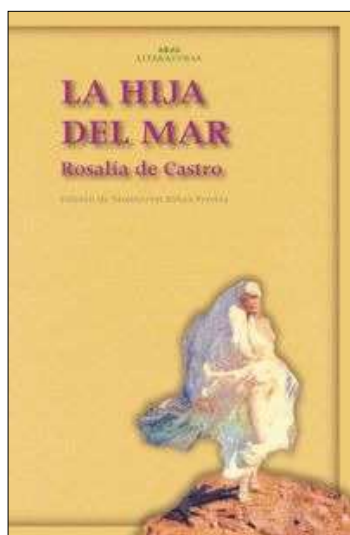
de sueños. Esa sala de barrio, el Maracaibo, con reminiscencias de *The last picture show*, presente en varias piezas del libro. En *Maracaibo, exterior noche* un adolescente sale clandestinamente de la proyección para robar un cartel de *Descalzos por el parque*. Allí hay autoficción: *Mi adolescencia transcurría tan deprisa como mis zancadas, entre camisas blancas y corbatas azules con el emblema del colegio. Entonces ya había conocido el amor solitario con una Stefania Sandrelli estática, seducida y abandonada en un film de Pietro Germi*. La Sandrelli: mito erótico por excelencia de Mariano.

La pasión cinéfila le lleva al autor de *El asesinato de los marqueses de Urbina* a un relato vengativo nada menos que contra uno de los genios indiscutibles del Séptimo Arte en *Ajuste de cuentas con el Hombre Gordo: Orson Welles*. *Yo le había perseguido durante toda mi vida, pero siempre, cuando lo tenía más cerca, se me escapaba bajo entidades falsas. Quinlan, Arkadin, Falstaff, Lime, O'Hara, Kane... Ahora, sin embargo, yo lo había volatilizado. Sí, me había librado de él y de su sombra para tener mi propia dimensión artística del infierno*.

Onírico, mediterráneo, nostálgico, hiperbólico y social son algunos de los adjetivos que me vienen a la cabeza ante este conjunto de textos brillantes reunidos en *El pintor ciego* que maridan ficción y realidad y dan una idea de la valía literaria y el compromiso social del escritor alicantino, un periodista de raza en estos tiempos de periodismo basura que habría que clonar o prohibir que se jubilara.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



LA HIJA DEL MAR, de Rosalía de Castro

Editorial Akal
Colección: Akal Literaturas
Fecha de publicación: 2005
368 páginas
ISBN 978-84-460-2074-5

* * *

Rosalía de Castro es una figura fundamental en la reciente historia de Galicia, tierra a la que amó y defendió con su compromiso vital, literario y feminista. Ella es la única figura de la literatura gallega laureada con la categoría de autora universal, traducida a decenas de lenguas y objeto de investigaciones doctorales y de estudios de todo tipo.

«Solo cantos de independencia y libertad han balbucido mis labios, aunque alrededor hubiese sentido, desde la cuna ya, el ruido de las cadenas que debían aprisionarme para siempre, porque el patrimonio de la mujer son los grillos de la esclavitud. Yo, sin embargo, soy libre, libre como los pájaros, como las brisas, como los árboles en el desierto y el pirata en el mar. Libre es mi corazón, libre mi alma, y libre mi pensamiento, que se alza hasta el cielo y desciende hasta la tierra, soberbio como Luzbel y dulce como una esperanza». Así se manifiesta Rosalía en la pieza que lleva por título *Lieders*, y su primera novela: *La hija del mar* (1859) es fruto evidente de este manifiesto. Denuncia las consecuencias de la dominación machista. El vínculo entre Esperanza, la niña rescatada del mar, y Teresa, la mujer que la cría, contrasta con el despotismo de Anso, depredador de fortunas y de mujeres a ambas orillas del Atlántico. Queda palmaria la defensa de lo que actualmente conocemos como familia monoparental, y de un amor igualitario donde la mujer toma la iniciativa.

La hija del mar es la primera novela de Rosalía de Castro, que dedica a Manuel Murguía, su esposo. A través del periplo vital de Esperanza, la niña rescatada del océano en extrañas circunstancias, Teresa, Candora, Ángela, Fausto y el depravado Anso, nos adentramos en un paisaje lleno de sombras, melancolía y desamor, en el que coexisten lo real y lo misterioso, una percepción pesimista de la vida, donde el dolor supera a los momentos de felicidad, y la sensibilidad y la empatía

provocan la defensa del débil, la reivindicación de la dignidad de la mujer, el pesar por los huérfanos...

Rosalía plasma en las páginas del prólogo sus inseguridades como escritora primeriza. Justifica su condición de mujer con palabras irónicas: «permítase a la mujer disculparse de lo que para muchos será un pecado inmenso e indigno de perdón». Pero rápidamente se aleja del tono irónico para abordar con seriedad el testimonio de autores que defendieron la capacidad intelectual de la mujer y añade una lista de mujeres célebres que avalan estas teorías feministas. Alude a la apertura que se ha producido: «se nos permite ya optar a la corona de la inmortalidad y se nos hace el regalo de creer que podemos escribir algunos libros». Las mujeres son como «nuevos Lázaros» que recogen «migajas de libertad de la mesa del rico que se llama siglo XIX». Un prólogo semejante ya había aparecido en obras de otras escritoras, pero Rosalía añade las razones de la publicación de esa novela. De su publicación, que no de la escritura, porque Rosalía jamás cuestiona el acto de escribir, pero sí el dar a conocer sus escritos. Anima al lector que haya llegado al final a arrojar el libro lejos de sí y a olvidar que su autora es una mujer. Y concluye con esta frase lapidaria que glosa la novela: «Porque todavía no les es permitido a las mujeres escribir lo que sienten y lo que saben». Quizá Rosalía advierte que *La hija del mar* es solo una forma indirecta de manifestar ideas y sentimientos prohibidos, de revelar aspectos peculiares de su biografía: su filiación ocultada por ser hija de madre soltera y de un sacerdote, su condición de «huérfana»... Aspectos que le preocupaban y que no abordó de forma directa. La novela le ofrece la posibilidad de sacar fuera todas sus inquietudes de un modo más velado y discreto.

En *La hija del mar* parecen confluír dos impulsos, uno íntimo y subjetivo que lleva a la autora a manifestar su dolor personal, pues nos dice que ha sido concebida en un momento de tristeza, y otro de carácter social, en él Rosalía da voz a quienes no la tienen, a las mujeres abandonadas y a los niños sin padre.

Hay elementos de la novela muy personales, por ejemplo, el personaje de Teresa tiene características de su madre, Teresa de Castro, pero los rasgos psicológicos son de Rosalía. La situación de expósita, Teresa *la Expósita* en la novela, proviene de la biografía de Rosalía, y ella la plasma en Teresa la Expósita y Esperanza, «la hija del mar».

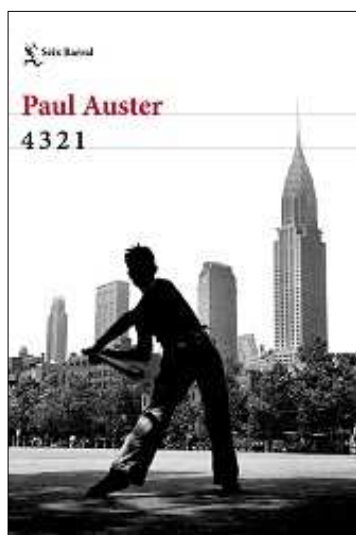
La Teresa ficticia es abandonada por su marido, cuando él regresa la encuentra todavía enamorada y olvida sus deberes maternos hacia Esperanza. Se debate entre la pasión por el hombre y el amor maternal, que termina por imponerse, y Teresa se enfrentará al hombre para salvar a Esperanza. En la realidad, Teresa de Castro abandonó a su hija recién nacida, que quedó bajo los cuidados de su tía paterna, años después fue a buscarla y juntas vivieron en Santiago hasta el matrimonio de Rosalía.

Rosalía defiende al principio de la novela a las madres solteras que, marginadas por una sociedad púdica e hipócrita y solas, tienen la valentía de afrontar su situación y salir adelante con sus hijos. También pide comprensión y perdón para esas mujeres ansiosas de afecto masculino que se entregan y son abandonadas, para las que abrumadas por este abandono olvidan sus deberes maternos y luego se arrepienten.

En *La hija del mar* encontramos a un seductor que se enamora de su hija y que esconde sus deseos eróticos bajo la forma de amor paternal. Se intuye una peculiar visión sobre el comportamiento del padre, del suyo, del sacerdote que no pudo reconocerla como hija legítima, y se percibe cierto resentimiento en las palabras que describen el espíritu del personaje, de un criminal que deja a su hija recién nacida en una roca desierta en medio del mar.

Las novelas destinadas al público femenino eran en aquel tiempo moralizantes y didácticas, ensalzaban los buenos sentimientos y la virtud siempre obtenía su recompensa. Rosalía de Castro rompe este esquema. *La Hija del mar* no tiene un final feliz, la virtud no vence frente al mal, los buenos sufren, y los malos, también, nadie se libra del dolor. No hay esperanza para unas vidas maltratadas, tampoco hay un futuro para el amor, que es imposible.

La impactante imagen de una mujer sola en la playa cierra la narración.



4321, de Paul Auster

Editorial Seix Barral
Colección: Biblioteca Formentor
Fecha de publicación: 2017
960 páginas
ISBN 9788432232893
Traducción: **Benito Gómez Ibáñez**

* * *

¿Estamos ante el testamento literario de uno de los grandes de la actual literatura norteamericana? ¿Cuántos libros le quedan al Paul Auster autor después de haberse desangrado literalmente en estas casi mil páginas de su última obra *4321* que es un torrente literario de una envergadura titánica? *Siento que he estado preparándome toda la vida para escribir este libro*, reconocía el autor de *El Palacio*

de la Luna a Wim Wenders.

Sin lugar a dudas nos encontramos ante la novela más ambiciosa, y más larga, y más arriesgada de Paul Auster, un fresco dickensiano que gira sobre el azar a través de un personaje que es el alter ego del autor, un judío residente en Brooklyn con veleidades literarias, uno que en realidad son cuatro, ese 4321 del título, porque Paul Auster coge a su personaje principal Archie (de Archibald, el verdadero nombre de pila de Cary Grant) Ferguson y lo enfrenta a cuatro tesis diferentes que son cuatro posibles vidas. El novelista norteamericano experimenta con las posibilidades de su personaje, si tuviera una vida corta o larga, feliz o infeliz, según las circunstancias, con quien se relaciona; a quien ama u odia; cómo le afectan a cada uno de esos cuatro Archie Ferguson acontecimientos como el asesinato de Kennedy —*Pasaron varias horas viendo la cobertura del asesinato por la tele, y luego, estrechándose el uno al otro en un fuerte abrazo, fueron dando tumbos a la habitación de Amy, se dejaron caer en la cama e hicieron el amor por primera vez*—; Luther King; las revueltas negras; la guerra de Vietnam; las manifestaciones estudiantiles de Berkeley; el Gran Apagón de la ciudad de Nueva York —*y en un par de segundos se habían apagado las luces y el ascensor había dejado de moverse*—; los profesores que tiene; su padre Stanley Ferguson —*...y nunca dejaba de asombrar a Ferguson lo rápidamente que su padre se dormía en la oscuridad del cine, la indiferencia que se apoderaba de él cuando los títulos de crédito desfilaban por la pantalla, la cabeza inclinada hacia atrás, los labios entreabiertos, sumido en la modorra más profunda mientras retumbaban los disparos, crecía la música y se estrellaba un centenar de platos en el suelo*—, que muere en ese incendio intencionado —*y allí estaba su padre muerto, en el edificio quemado hasta los cimientos que una vez había sido 3 Brothers Home World, el cuerpo tieso y negro sin rastro de humanidad, como si el fuego lo hubiera convertido en una momia, un hombre sin rostro ni ojos con la boca abierta de par en par como paralizada en medio de un grito*— causado por el villano tío Lew que perdió a su hijo, y primo de Archi, en Corea; las singulares preferencias cinematográficas —*Fueron sus compañeros más constantes y más dignos de confianza de aquel año y bien entrado el siguiente, Stanley y Ollie, El Flaco y El Gordo, el idiota inocente y el tonto engreído, que en realidad no era menos idiota que el otro*—; las relaciones incestuosas con esa hermanastra accidental; los amantes masculinos según le dé al personaje, en una de sus opciones vitales, por acostarse con ellos siendo activo o pasivo o chaperero mercenario.

Se aparta, aunque no del todo, Paul Auster de algunas de sus notables obras anteriores de metalingüística, *Diario de invierno* por ejemplo, para abordar ese juego de espejos y otros que es *4321* en la que reina una cierta desmesura de páginas —con doscientas menos la obra hubiera funcionado mejor; el relato incrustado en la novela que escribe Archie Ferguson, escritor en ciernes, protagonizado por unos zapatos, por ejemplo, es completamente prescindible porque carece de chispa y no llega a ser surrealista— pero en el que el autor neoyorquino, que es uno de los iconos indiscutibles de la actual narrativa norteamericana, despliega todo su talento literario.

Todo es aleatorio y circunstancial en esta vida, decisiones nimias tienen imprevistas consecuencias que la marcan, hasta el nombre de esa estirpe de judíos que pasan a llamarse Ferguson por un simple error burocrático —*¿Cómo se llama?, pregunte el agente. Frustrado, el joven se da una palmada en la cabeza y suelta en yidis: Ikh hob fargessen! (¡Se me ha olvidado!) De modo que el agente de inmigración de la isla de Ellis quita el capuchón a su pluma estilográfica y escribe diligen-*

temente en su libro de registro: *Ichabod Pferguson*.— Así es que la saga familiar, y la historia de esos cincuenta años de la historia de Estados Unidos, empieza por ese emigrante judío que pasa a llamarse Ferguson por un error burocrático.

Toma Paul Auster a sus cuatro Archie Ferguson y narra su vida casi desde el momento de su concepción —*El nacimiento del bebé estaba previsto para el 16 de marzo de 1947 (Paul Auster nació un poco antes, el 3 de febrero del mismo año) pero a las diez de la mañana del día 2, un par de horas después de que Stanley se marchara a trabajar, Rose, aún en camisón e incorporada en la cama con «Historia de dos ciudades» (el dickensiano Paul Auster hace un guiño a su maestro Charles Dickens a través de una de sus novelas menos dickensianas) apoyada en la ladera norte de su enorme vientre, sintió una repentina punzada en la vejiga.*

Los detalles, por muy pequeños que sean, ayudan a vestir una narración, y de eso sabe mucho John Irving, otro dickensiano —*El sonido de las máquinas de escribir a veces era como la música, sobre todo cuando se oía el timbre al final de la línea, pero también le hacía pensar en un chaparrón cayendo sobre el tejado de la casa de Montclair y en el ruido de piedrecitas lanzadas contra el cristal de la ventana*— y el autor de *David Copperfield* y su influencia —...*por bueno que hubiera sido J.D. Salinger no le llegaba ni a la altura del zapato a Charles Dickens*— pesan en este monumental 4321. Pequeñas anécdotas pasan factura al protagonista como el bullying escolar —*Vivió un infierno durante todo el curso escolar, pero la naturaleza de aquel infierno y las leyes que lo regían fueron cambiando de mes a mes*—, o su estancia en Francia en donde ejerce como chapero hasta que el coito mercenario con un cliente le horroriza y pone fin a su degradación.

El magma narrativo de Paul Auster engancha. El lector empatiza con sus numerosos personajes secundarios que entran y salen de la vida del protagonista, quiere saber lo que es de ellos, sufre ante las adversidades de esa saga familiar y sus defeciones, se ríe a conciencia en sus momentos cómicos. Paul Auster con una estilo literario decimonónico que no arriesga —¿para qué hacerlo si es el adecuado?— novela los cincuenta últimos años de la historia de un país contradictorio y complejo que ama y critica con ferocidad —*No, las pistolas eran un punto delicado, y una vez que se apuntaba a alguien con un arma, sobre todo si ese alguien ya empuñaba una, había muchas posibilidades de que el artefacto con que uno contaba protegerse acabara convirtiéndolo en cadáver*—sin que se salve ni Kennedy, tan pronto admirado por un Ferguson conmocionado por su asesinato como denostado por otro —*e incluso el apuesto Kennedy, el muy admirado nuevo presidente, no era más que otro político estúpido o corrupto para Ferguson, que encontraba más estimulante admirar a hombres como Bill Russell y Pau Casals que desperdiciar sus emociones en presuntuosas cotorreras que andaban a la rebatiña por un puñado de votos.*

Al lego en la materia de ese deporte tan americano que el béisbol, por el que siente pasión el joven Archie Ferguson, y por ende Paul Auster, y es el culpable de que el protagonista pierda tres dedos, le sobrarán las casi cincuenta páginas que le dedica, pero disfrutará, como recompensa, con las de su despertar a la sexualidad a los doce años y su obsesión mamaria —...*hojeaban montones de revistas amarillas en busca de imágenes de mujeres con los pechos desnudos, especímenes antropológicos de tribus primitivas de África y América del Sur / ...Los pechos eran importantes porque constituían el rasgo más prominente y visible que distinguía a las mujeres de los hombres, y las mujeres eran ahora un tema de gran interés para él, porque si bien era solo un prepubescente de doce años, en su interior se agitaba algo que anunciaba a Ferguson que los días de su infancia estaban contados*—; a la bisexualidad con el cinéfilo Andy Cohan —*A Ferguson le gustaba tanto que empezó a gemir, en cuestión de segundos su blando y nervioso pene empezó a ponerse rígido y a alargarse gradualmente a cada caricia de la mano del chico mayor / La picha se le puso dura otra vez mientras Andy le pasaba la palma de las manos por el cuerpo desnudo, y cuando Andy se metió en la boca su polla tiesa y le hizo la primera mamada de su vida, Ferguson ya estaba lejos de plantearse si era una chica o un chico quien se la hacía*—; o a su prolijo paseo por los cuerpos de amigos, amigas, novias, primas, hermanastras, o prostitutas tiernas como la desdichada Julie de quien se enamora y deja de ver (la droga) —*y mientras Ferguson recorría el pasillo detrás del dulce y oscilante trasero de la joven, los pantalones se le iban abultando poco a poco*— de los que la virilidad del joven y ardiente protagonista disfruta.

Hay ese primer amor torpe, como suelen ser todos, con Ane Marie —*De corta estatura pero no mucho, una pizca menos de uno sesenta y siete sin zapatos, morena, con media melena, cara redonda, de rasgos simétricos y nariz recia y decidida, labios carnosos, cuellos esbelto, cejas oscuras coronando unos ojos entre azules y grises, ojos vivos, luminosos, manos y brazos esbeltos, pechos más llenos de lo que cabría imaginar, caderas estrechas, piernas delgadas y tobillos delicados*—; al que sigue su primera experiencia heterosexual con Amy tras muchas experiencias homosexuales

—y sexo, y sexo, y sexo, sudoroso acto sexual veraniego sin manta ni sábana por encima mientras se revolcaban en la cama de la habitación de Amy y el chirriante y viejo ventilador removía un poco el aire sin refrescar nada, los estremecimientos y suspiros, los gritos y gruñidos, dentro de ella, sobre ella, debajo de ella—, la chica que se convierte en su hermanastra cuando su padre se casa con la recién divorciada madre de Archie; o su idilio con la activista Amy Schneiderman a cuyo lado se radicaiza que resumen su vida sentimental.

También está en las páginas de 4321 el Paul Auster cinéfilo, porque no hay que olvidar que el escritor de Brooklyn ha dirigido, con mediano éxito, unas cuantas películas y ha sido guionista de otras, y eso se nota en las numerosas referencias, no solo a su incomprensible admiración por las películas de El Gordo y El Flaco o las comedias de Jerry Lewis, sino a la disección plano a plano que hace de la famosa secuencia de la escalera y el coche de bebé de *El acorazado Potemkin* de Sergei M. Eisenstein —*Planos laterales de la multitud, planos frontales del gentío, y entonces la cámara empieza a moverse, corre junto a la muchedumbre que corre. Fusiles que acribillan desde arriba. Una madre corriendo con su hijo pequeño hasta que el niño de camisa blanca cae de bruces al suelo.*

Sobrepasada la setentena (71), el autor de *Leviatán* nos ofrece su novela más erótica y vital colmada de páginas llenas de sexualidad sutil —...*los guateques de fin de semana, las sesiones de besuqueo a la luz de la luna en los jardines y recovecos de los sótanos de ciertas casas, los primeros y tímidos avances hacia el conocimiento carnal, el misterio de la piel y de las lenguas cubiertas de saliva...*—, onanista —*La única chica que había visto con regularidad era la del desplegable del mes de abril de Playboy que Jim le había pasado antes de volver a la universidad, pero Wanda Powers, de Spokane, en Washington, de veintidós años, con unos melones que desafiaban la gravedad y un cuerpo que parecía fabricado a partir de una modelo de caucho de la verdadera Wanda Powers, había empezado a perder su influencia sobre la imaginación de Ferguson*— o explícita —...*la vibrante corriente de lechoso fluido que brotaba del pene, por ejemplo, que a veces se proyectaba bastantes centímetros o incluso metros por el aire, la llamada eyaculación*— ya que el autor hace hincapié en la vida sexual de su alter ego, y muchos se preguntarán cuánto tiene de él ese Archie Ferguson singular aprendiz de escritor, jugador mediano de béisbol y cinéfilo atípico que tiene sus primeras experiencias sexuales con hombres para luego pasar con naturalidad a las mujeres con un apetito voraz, el sexual, heredado seguramente de su abuelo que muere en un prostíbulo —*La petite morte y la grand morte con diez segundos de diferencia; le vino y se fue en cuestión de tres breves jadeos*—, el emigrante judío responsable de que todos se llamen Ferguson por error.

4321 es un canto no a una vida sino a las cuatro o cien vidas que cada uno de nosotros pudimos tener si hubiéramos cogido ese tren que dejamos escapar, abierto esa puerta cerrada o nos sintiéramos atrapados por esa mirada del chico/chica que nos cruzamos un día por la calle. El y sí... que nunca sabremos, pero al que llega la tramposa ficción literaria de alguien que imagina lo que pudo ser y no fue su vida. Paul Auster reflexivo y carnal que indaga en su memoria, y, sobre todo, escritor que se mira ante el espejo y habla en un momento determinado del onanismo literario: *De ahí que en los anales de los logros humanos nada superase el placer de escribir una buena frase; en especial si empezaba siendo mala e iba mejorando gradualmente a medida que se la escribía cuatro veces.*

Termina Paul Auster en las últimas páginas siendo él mismo, el maestro de la metaliteratura y autoficción, y reflexionando sobre su propio material que atribuye a su alter ego Archibald Ferguson —*Ferguson volvería del revés la proposición, y en vez de seguir la idea de una persona con tres nombres, inventaría otras tres versiones de sí mismo, narraría las tres historias en paralelo a la suya propia (más o menos su propia historia, porque él también se convertiría en una versión novelada de sí mismo), y escribiría un libro sobre cuatro personas idénticas pero diferentes que tuvieran el mismo nombre: Ferguson*—. Eso, admirablemente resumido por su autor, es 4321.

© José Luis Muñoz

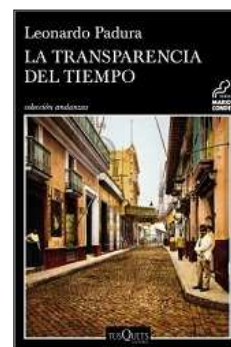
<http://lasoledadadelcorredordefondo.blogspot.com.es>

La transparencia del tiempo

Leonardo Padura

Tusquets Editores, 2018

A un Mario Conde a punto de cumplir sesenta años, y que se siente más en crisis y más escéptico que de costumbre con su país, le llega de manera inesperada un encargo de un antiguo amigo del instituto, Bobby, que le pide ayuda para recuperar la estatua de una virgen negra que le han robado. Conde descubre que esa pieza es mucho más valiosa de lo que le han dicho, y su amigo tiene que confesarle que proviene de su abuelo español, que, huyendo de la Guerra Civil, la trajo de una ermita del Pirineo catalán. En los bajos fondos de La Habana, Conde da con un sospechoso al que acaban matando. Con el asesinato de otro cómplice, Conde descubre una inesperada trama de galeristas y coleccionistas extranjeros interesados en la talla medieval, y se tropieza inevitablemente con la policía de homicidios de La Habana. Pero, en capítulos intercalados, *La transparencia del tiempo* también cuenta la epopeya a lo largo de los siglos de la estatua, una virgen negra traída de la última cruzada a una ermita del Pirineo por un tal Antoni Barral, y será otro Antoni Barral quien la salve y se vea obligado a embarcar como polizón rumbo a La Habana.



Mundo extraño

José Ovejero

Editorial Páginas de Espuma, 2018

¿Qué une más a dos personas, el amor o el dolor? ¿Es más liberadora la risa que la agresión? Esos son los términos entre los que oscilan los cuentos de *Mundo extraño*, tiernos o lacerantes, divertidos o feroces, que van con soltura de lo íntimo a lo desafiado, de lo cotidiano a lo absurdo, a menudo dentro de la misma historia. Porque en la vida, y en la literatura, no se pueden establecer categorías para separar las emociones o las experiencias. Se disecciona un cadáver, pero lo que está vivo se nos presenta con toda su complejidad, con todo lo inasible y a la vez extraordinario que lo constituye, no es posible fijarlo, diseccionarlo. Lo que está vivo se agita y se defiende, se oculta,

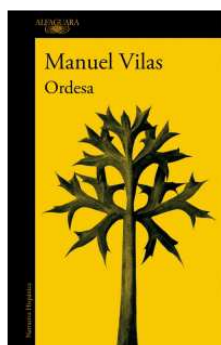
se transforma, juega. Y eso es lo que hace José Ovejero en estos cuentos, de los que si podemos decir algo con seguridad es precisamente eso: están vivos.

Mírame

Antonio Ungar

Anagrama, 2018

«Al otro lado de los patios, en el quinto piso del número 21 de la Rue C, hay ahora una familia. Llegaron el lunes. Son oscuros. Hindúes o árabes o gitanos. Han traído a una hija.» Esta es la primera anotación del protagonista de esta novela, un personaje solitario, obsesivo, que se automedica, vive apegado al recuerdo de su hermana muerta y habita en un barrio en el que cada vez hay más inmigrantes. Un personaje que lo escribe todo de forma minuciosa en su diario. A través de sus páginas, el lector será testigo de cómo observa a sus nuevos vecinos, de los que sospecha que trafican con drogas. Descubrirá también cómo se va obsesionando con la hija, a la que acaba espiando con cámaras ocultas que le permiten verla desnuda en el baño, mirando por el balcón, tendida en la cama, siendo agredida por uno de sus hermanos.



Ordesa

Manuel Vilas

Editorial Alfaguara, 2018

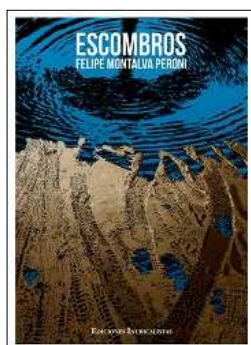
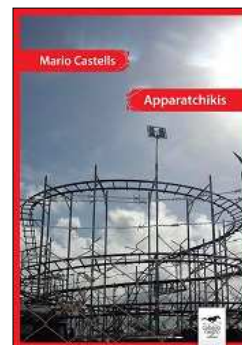
En *Ordesa*, Manuel Vilas narra una historia personal con una intensidad similar a la que recorre su poesía: el pasado, el desvanecimiento de dos familias, la muerte de los seres queridos, las ausencias y la lejanía de los que ama, la España en la que vive y aquella en la que creció, los recuerdos, la sensación de desarraigo... Con una voz valiente y transgresora, mezclando realidad y ficción, prosa y poesía, el autor construye un relato en el que todos podemos reconocernos y recorre en él el camino inverso desde el presente inequívoco hasta el origen imaginado.

Apparatchikis

Mario Castells

Caballo Negro Editora, 2017

«Entrar en *Apparatchikis* es entrar en una experiencia de la forma. Voces y registros de orígenes mestizos y cruzados. La jerga de la militancia troska con la del lumpen, los barrios de Buenos Aires y los de Rosario, el inglés cotidiano de nuestra lengua porosa con el guaraní de las calles sin asfalto. La revolución mezclada con la poesía y el reviente. O con la poesía del reviente. Pero en estas páginas ningún registro es gratuito. Castells sabe que, como escribió Marx, la forma no tiene ningún valor a menos que sea la forma de un contenido concreto. Quizá por eso no hace concesiones y se ocupa de lo que un narrador debe hacer y que él sabe tan bien: contar una historia. ¿Y qué cuenta *Apparatchikis*? Narra la historia de un grupo específico —una célula de la Universidad de Buenos Aires, un sector del aparato, un partido en descomposición—, en un período específico —la recta final de una campaña electoral en medio de una crisis partidaria.» (Kike Ferrari).



Escombros

Felipe Montalva Peroni

Ediciones Inubicalistas, 2017

El periodista y realizador audiovisual Felipe Montalva Peroni publica su primer libro de cuentos, compuesto por once relatos de diferente factura: El tono (de lo) que se desvanece, Puerto Portal, Huellas, La vuelta, La posición del artista, Pasajeros, Inédito, En pedazos, La casa muerta, Colador y Escombros, que da título al volumen. La trama de un cuento no es fácil de sostener, pues se trata de un género breve en su puesta en escena. En este caso, los relatos de Montalva logran salvar esa valla sin complicaciones mayores. Sobre los hilos conductores, nos quedamos con la definición de los editores: se trata de relatos que trazan «una sensación de

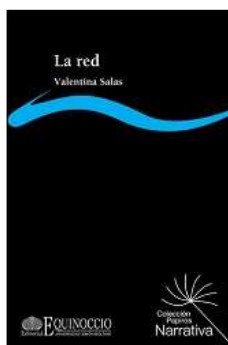
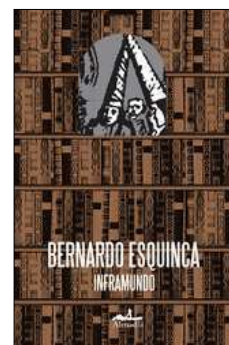
época, de un país posmoderno, pero con los pies de barro».

Inframundo

Bernardo Esquinca

Editorial Almadía, 2017

Casasola, luego de enfrentar asesinos de extraña naturaleza y otros peligros fuera de este mundo, se dedica a editar el mensual de Museo Nacional de Arte, mientras sostiene una relación con Dafne, una ex teibolera metida a escort, a punto de retirarse. Al mismo tiempo, un libro legendario, creado por Blas Botello, astrólogo de Cortés, pugna por aparecer en el presente. Se trata de un tomo que posee a sus dueños, y que les habla con la voz de los muertos, a la vez que los incita a cometer toda clase de crímenes. La Ciudad de México es el escenario de un enfrentamiento: los vivos y los muertos deberán librar una batalla en la que se decidirá la permanencia del equilibrio y la humanidad, o el reinado del caos. El Consejo de Periodistas de Nota Roja Muertos, encabezado por Eugenio, el abuelo de Casasola, se unirá al protagonista para frenar la amenaza que se cierne sobre el mundo.



La red

Valentina Salas

Editorial Equinoccio, 2017

«Borges se preci6 siempre de ser un gran lector y decía que las mismas historias se contaban una y otra vez. El volumen de cuentos *La red*, de Valentina Salas, hace de las lecturas de su autora la materia para construir ficciones. Se trata de una obra lúdica, que renueva y reinventa obras clásicas, algunas de las cuales eran ya reinenciones de otras anteriores. Es una red intertextual, que comunica múltiples obras literarias, cinematográficas, históricas y biográficas, imaginando tramas insólitas. Salas se reapropia de diversos modos de narrar como el *thriller*, la crónica periodística, el *pastiche*, recursos de las nuevas tecnologías, entre otros, para producir reescrituras que revelan su vasta experiencia lectora y son homenajes creativos a sus autores favoritos, desde una mirada contemporánea. *La red* se caracteriza por un humor inteligente e irreverente y por sus constantes retos al lector. Este se ve obligado a abandonar territorios seguros y a seguir los hilos de una imaginación proliferante, para dejarse en-red-ar.» (Luz Marina Rivas).

Lo que está y no se usa nos fulminará

Patricio Pron

Literatura Random House, 2018

Dos escritores se ponen de acuerdo para escribir la «autobiografía» del otro y una lectora se obsesiona con ambos o solo con uno de ellos. Un hombre redacta mentalmente su perfil de Tinder mientras una niña le habla de la muerte y los horribles secretos que se cuentan las cosas. El «gran poeta chileno» destroza una habitación de hotel en Alemania y ofrece a su interlocutor una lección de vida. Un escritor llamado «Patricio Pron» contrata a un puñado de actores para que «hagan de Patricio Pron», con los resultados catastróficos que eran de esperar. Los personajes de *Lo que está y no se usa nos fulminará* tienen un vislumbre de lo que una vida mejor podría ser, y su intensidad los encandila. Vulnerables, perplejos, ridículos, sabios, todos vuelven una y otra vez sobre las posibilidades intuidas en esa visión, convencidos de que si no las aprovechan estarán perdidos: lo que encuentran al hacerlo es el azar, las vidas de los escritores como espejos deformantes, la ocasión de hacer de su vida una obra de arte, la necesidad de desaparecer, de dejarlo todo atrás para ser uno con la literatura.



La catedral y el niño

Eduardo Blanco Amor

Libros del Asteroide, 2018

Luis Torralba es un niño de ocho años que vive en una ciudad gallega a comienzos del siglo xx. Sus padres están separados y viven en mundos completamente distintos. Su madre se mueve en los ambientes burgueses y clericales de la ciudad; su padre es un pequeño aristócrata librepensador que vive en un destartalado pazo en las afueras. Entre esos dos mundos, el previsible y tranquilo de su madre y sus tías, tan cercano a la catedral, y el primitivo del pazo paterno, se desarrolla la infancia de Luis. Esta vida tan contrastada y a la vez tan rica en personajes y situaciones irá convirtiendo al protagonista en alguien capaz de imaginar su propio futuro, muy distinto al que todos tienen pensado para él.

El zambullidor

Luis Do Santos

Editorial Fin de Siglo, 2017

A la figura del río, imagen de viaje o de cambio, de misterio o autoconocimiento, Luis Do Santos le incorpora en *El zambullidor* el hechizo ominoso de los fantasmas que viven bajo las aguas y que, dos por tres, asoman por las orillas. En esta novela de construcción ágil y precisa atravesada por siestas y velorios, por animales rastreros y ritos pueblerinos, el inexorable paso del tiempo encuentra su sustrato y su contracara. Con *El zambullidor*, Luis Do Santos, construye una pieza narrativa de particular extrañeza, que subraya su condición única dentro de las letras uruguayas, al tiempo que se posiciona como uno de los secretos mejor guardados de esa entelequia llamada «el interior profundo» —de Salto, para más señas— que se empeña en dar a luz, de vez en cuando y para disfrute de quienes leemos, grandes libros y grandes escritores.



La mera tierra

Eric Schierloh

Editorial Bajo la luna, 2017

En un bar en el límite de la selva peruana, frente al aeropuerto de Pucallpa, un hombre espera a un desconocido que pasará a buscarlo para unirse al equipo de filmación de una película que se rodará río arriba, en plena jungla. Sumido en lo improbable de la cita, mientras espera y sopesa los hechos más recientes de su vida que lo han llevado hasta allí, queda embelesado por un mono que juega entre las mesas. El puro hastío —o quién sabe qué tentación— hace que el hombre se deje llevar por el impulso de robarlo descaradamente y escaparse hacia la espesura. Con el mono como único compañero, viajará bordeando los ríos y buscará dar con el grupo de europeos que, se supone, lo contratarán como asistente técnico en la empresa cinematográfica. O, posiblemente, todo esto sea una excusa y el prófugo no escape sólo del robo que acaba de llevar a cabo.

Las madres negras

Patricia Esteban Erlés

Editorial Galaxia Gutenberg, 2018

En el convento de Santa Vela vive recluido un grupo de niñas huérfanas, víctimas de destinos oscuros y malhadados. Quienes las han llevado hasta allí para buscarles un futuro mejor ignoran que el convento está regido por la hermana Priscia, una mujer que solo entiende la entrega a Dios desde el fanatismo ideológico y el castigo del cuerpo y del alma. Ese universo cerrado parece obedecer en todo a la hermana Priscia hasta que una de las niñas, de nombre Mida, anuncia que Dios se le ha aparecido para decirle que Él no existe. Con estos mimbres, Patricia Esteban Erlés construye una novela llena de sensibilidad, profunda y cautivadora sobre la relación entre creencia y conocimiento, ciencia y fe, fanatismo y razón, con el conflicto siempre latente entre el mundo de los adultos y el de la infancia. Esta novela de Patricia Esteban Erlés, conocida hasta ahora por la extraordinaria calidad de sus cuentos, mereció el IV Premio Dos Passos concedido por unanimidad.



Ciudades que se posan como pájaros

Fernando Sanmartín

Xordica Editorial, 2017

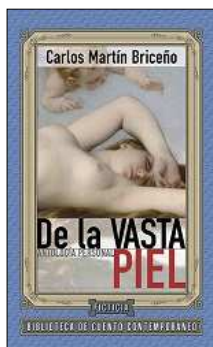
Ciudades que se posan como pájaros se inscribe en un género muy querido por su autor, el de la literatura de viajes, género que ya había abordado en *Apuntes de París*, *Viajes y novelerías* (Premio Café Bretón) y *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow*, convirtiendo la escritura en algo valioso para quienes disfrutan de los viajes que se alejan de lo convencional. En los cuatro textos que componen este volumen, Fernando Sanmartín da testimonio de nuevos trayectos al extranjero. Lisboa, Oporto, Bruselas, Amberes, Gante, Tánger, Tetuán, Dublín y Galway son las ciudades que conforman el paisaje de este libro, que tiene algo de guía turística y mucho de confesión y autorretrato. El tono de la confesión íntima es el que predomina en las páginas dedicadas a Tetuán; mientras que en otras ciudades camina sobre las huellas que dejó en un viaje anterior, en Tetuán es el recuerdo de su padre, un militar que estuvo destinado allí antes de que él naciera, lo que guía sus pasos. A lo largo de estas páginas, el lector sentirá asombro, aprendizajes, complicidad, conocimiento de lo que somos, y recorrerá muchos lugares en compañía de su autor; pero también, gracias a que Fernando Sanmartín rehuye el turismo de escaparate, conocerá la vida de las ciudades que este visita.

La herida del tiempo

Agustín García Simón

Editorial Siruela, 2018

El trazo que marca la vida de Heliodoro García Vallejo, en el territorio de la memoria de Hontanalta, es una línea de sombra en el natural contraste de su luz espléndida y la cruda realidad de la Castilla del siglo XX, desde sus primeros compases hasta el desarrollismo de los años sesenta, y el definitivo periclitarse de la sociedad rural en los setenta. Detrás del trampantojo secular de una vida rústica, estancada en las miasmas de la decadencia, surgen las pasiones descarnadas de unos seres ahormados por la inercia y la necesidad. Solo el tajo de la guerra sacudirá con su impacto rotundo las ondas de esta balsa cenagosa, en que sus moradores, lejos de encontrar nuevos caminos, mimetizarán su existencia, adaptándola penosamente a un tiempo oscuro e interminable.



De la vasta piel

Carlos Martín Briceño

Editorial Ficticia, 2017

«Leer a Carlos Martín Briceño no es asunto menor, no nos deja indiferentes. Reconocemos el infierno. Y queremos más.» (Mónica Lavín, *El Universal*) «Cuida correctamente sus mecanismos narrativos, el lenguaje, arriesga con la peligrosa imbricación de lo onírico y lo concreto y por eso sus textos capturan la atención desde el principio y se sostienen.» (Ignacio Trejo Fuentes, *Siempre*). «Múltiples interpretaciones, relaciones y resonancias despierta la lectura de estos cuentos de Carlos Martín Briceño, que parecen estar escritos con una navaja de disección. Su doloroso filo se interna en la frágil carne de sus personajes y en el desasosiego de los lectores, que en ellos reconocemos los turbios límites de nuestra propia naturaleza.» (Ana García Bergua, *La Jornada*).

Que nadie duerma

Juan José Millás

Alfaguara, 2018

El día en que Lucía pierde su empleo como programadora informática es también el día en que su vida va a dar un giro definitivo, tal vez por una sucesión de casualidades o tal vez porque ese era el destino que le estaba esperando desde su décimo cumpleaños. Como si de un algoritmo se tratara, Lucía establece los siguientes principios sobre los que basará su existencia futura: va a dedicarse a ser taxista; recorrerá las calles de Madrid -o tal vez Pekín- al volante de su taxi mientras espera pacientemente la ocasión de llevar en él a su vecino desaparecido, del que se ha enamorado, y todos los acontecimientos importantes para ella tendrán como banda sonora, a partir de ese momento, la ópera de Puccini *Turandot*, de la que se siente protagonista. Lo cotidiano y lo extraordinario se entremezclan en esta novela de amor y terror protagonizada por un personaje femenino inolvidable. En ella están presentes todas las claves del universo narrativo de Millás: la ironía, el desdoblamiento del yo, las distintas facetas que componen la realidad, la soledad y la constatación de una verdad inmutable, la de que el espejo en el que miramos nuestras vidas nos devuelve, indefectiblemente, una perspectiva insólita ante la que solo cabe el más puro de los asombros.



La herida

Jorge Fernández Díaz

Editorial Destino, 2017

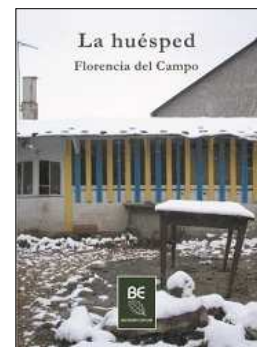
Una monja desaparece dejando un enigmático mensaje, y un colaborador del papa Francisco les encarga a dos agentes de Inteligencia buscarla por cielo y tierra. En paralelo, una operadora política despedida por el gobierno argentino es contratada por el gobernador de un feudo de la Patagonia para mejorar su imagen y evitarle una catástrofe electoral. Con la ayuda de Remil —un perturbador personaje que trabaja desde las sombras—, ella se vale de todo: espionaje político, compra y amenaza de jueces. Hasta que juntos se topan con un crimen de Estado y una siniestra organización. *La herida* es un thriller político dentro de una gran novela policial cruzada por cuatro misteriosas historias de amor, que empieza en el Vaticano y viaja a la Patagonia, que se devora con suspenso y que retrata el lado oscuro del poder.

La huésped

Florencia del Campo

Baltasarsa Editora, 2017

La protagonista de esta historia es una huésped, pero sin «casa» para alojarse. Es huésped de un no-lugar. Una mujer que se interroga y busca una identidad, un sitio, un «alojamiento» donde hospedarse, porque no encaja, a pesar de los casilleros que ella sabe que le han sido adjudicados; «sencillamente» no encaja. Como diría Julia Kristeva, somos «extranjeros para nosotros mismos». Toda la novela, bajo la forma de una pregunta no explícita hasta el final, y un desarraigo, una búsqueda o un intento de, es la descripción de una *extranjería*, que no solo es femenina (aunque eso la acrecienta) sino constitutiva de nuestra humanidad. La lucha por construirse, por hacerse un lugar en medio de una lengua extranjera, en medio del extrañamiento, es la lucha de esta mujer por hospedarse a sí misma en sí misma. Pero lo ajeno sale del propio cuerpo (nunca propio, siempre de otro), como lo más íntimo y lo más irreconocible al mismo tiempo. Es la *extimidad* absoluta.



Muerta ciudad viva

Claudio Ferrufino-Coqueugniot

Editorial Limbo Errante, 2017

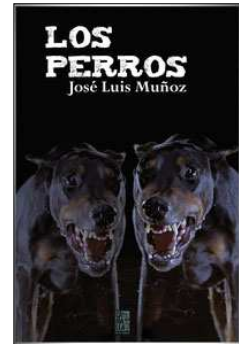
Un estudiante universitario de letras, hijo de una familia bien, reside en una Cochabamba descrita mezclando asco, dolor y lucidez. Pasa sus días entre el contrabando y otras onerosas formas de conseguir recursos para seguir adelante. Contada siguiendo una caótica cronología, mezcla recuerdos, aventuras, conquistas amorosas e inmersiones en los bajos fondos de la ciudad con un extraordinario dominio del lenguaje y del ritmo narrativo, que transita entre el desvarío étlico, el sexo urgente, la nostalgia descreída y la mugre urbana. Un gran festín de la palabra.

Los perros

José Luis Muñoz

Canalla Ediciones, 2018

África del Sur, durante los tiempos del apartheid, una etapa convulsa en la que los asesinatos y la violencia sexual están a la orden del día. Gobierna el país Pieter Botha, el gran cocodrilo, con mano de hierro. Bajo este ambiente sofocante y tenso sitúa José Luis Muñoz la historia de Paul Duncan, un colono blanco dueño de una fábrica de palmitos en lata que emplea trabajadoras de la etnia xhosa, un personaje elemental cuyas aficiones se reducen al fútbol, la caza, el whisky y la cerveza. Para él, como para la mayoría de los blancos de su país, la vida de un negro no vale ni un rand. La molicie de su vida y la de su familia se verá alterada bruscamente por un hecho de su pasado que le pasará factura.



Relatos para piano

Felisberto Hernández

Editorial Jus, 2018

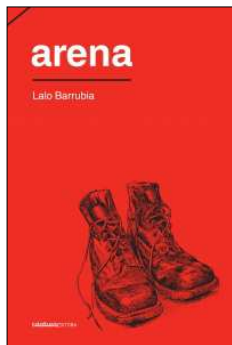
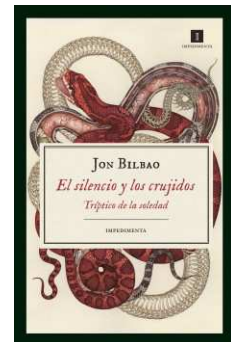
Estas narraciones inauditas reflejan de forma cabal la asombrosa originalidad del muy excéntrico y absolutamente genial Felisberto Hernández. Todos ellos son acabadas muestras de un estilo que, para Italo Calvino, «desafía toda clasificación y todo marco» y cuyos rasgos más característicos son el sarcástico intercambio de papeles entre los objetos y las personas (operación que, para sorpresa del lector, arroja nuevas luces sobre la realidad moderna), la empatía nacida en el permanente extrañamiento frente al mundo y un humor tan discreto como disparatado. Auténtico visionario, Felisberto abrió las puertas a una literatura que reflexiona sobre sus propios límites y que, por encima de todo, procura iluminar nuestra estupefacción ante las cosas.

El silencio y los crujidos

Jon Bilbao

Editorial Impedimenta, 2018

Un eremita de la antigüedad, misántropo y quisquilloso, decide pasar su existencia sobre una columna desde la cual divisa a un compañero más anciano que él, y puede que más sabio y con más seguidores, lo que provoca en su interior pasiones insospechadas. Un biólogo amante de la soledad, enfrentado a lo que promete ser el descubrimiento de su vida, se ve confinado a un aislamiento autoimpuesto en la cumbre de un tepuy, en plena selva amazónica, con la única compañía de una anaconda que se convertirá a un tiempo en su ángel y su demonio. Un misterioso inventor, tras haber conseguido hacerse multimillonario con una aplicación informática que revoluciona la sexualidad humana, opta por encerrarse para siempre en una torre en el centro de una isla balear. Su decisión desatará una ola de violencia que cambiará la vida de sus seres más cercanos.



Arena

Lalo Barrubia

Criatura Editora, 2017

Un *On the Road* de cucumelo, de rancho en la playa y vino en caja, con mucho más rock que jazz. Este viaje le da voz a una generación rota: los jóvenes —tan jóvenes que sabían que podían tener otra vida, después— que pasaron su adolescencia en dictadura y no pudieron, no supieron construirse por dentro de los márgenes culturales de un país convaleciente, que no tenía lugar para ellos. *Arena*, la primera novela de Lalo Barrubia, es una coordenada imprescindible para ubicarse en la geografía literaria nacional de la salida democrática. Si bien los personajes están anclados en el Uruguay de los ochenta, igual que en el resto de la obra de la autora, sus voces están más allá del contexto generacional, porque vibran en la impercedera frecuencia de lo humano. «Tomar drogas y dejar que otros invadan tu vida, tu casa, tu cama, tu cerebro, cualquiera, a cambio de que no lo invadan los que tienen el poder. O tomar drogas y esperar el momento oportuno de no se sabe qué, sabiendo que además nunca llegará. Elaborar por fin la obra, eso sí que le daría sentido a ese tiempo en el que creímos tanto en nada y en tantas otras cosas».

La costa ciega

Carlos María Domínguez

Ediciones de la Banda Oriental, 2018

En un parador de la costa de Rocha, un narrador innominado y enigmático cuenta una historia que enlaza varios sucesos relacionados, en un pasado lejano, con el Plan Cóndor. Con una prosa precisa y envolvente Domínguez evoca un paraje desierto cercano a Valizas, castigado por el viento y el mar del invierno, donde un hombre que arrastra una experiencia dolorosa en las dos orillas y una muchacha que se hace llamar Camboya, coinciden por casualidad, sin saber todo lo que tienen en común. Con *La costa ciega*, la colección Lectores agrega otro título a los ya publicados de Carlos María Domínguez, ganador en 2001 del Premio de Narradores de la Banda Oriental con *La casa de papel*, una novela que ha dado a su autor proyección internacional y ha sido traducida a más de veinticinco lenguas.



Un único desierto

Enrique Prochazka

Editorial Seix Barral, 2018

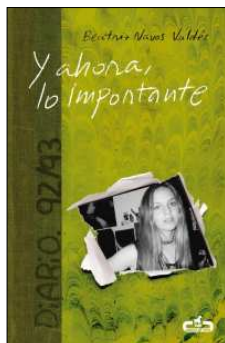
Con este primer libro de relatos, Enrique Prochazka se anuncia como el más consistente narrador de las últimas generaciones en el Perú. Los textos que componen *Un único desierto* son complejos palimpsestos cuyo lenguaje —indudable y confesamente— procede de Borges. Sin embargo, hay en ellos una forma muy personal de asumir el lenguaje del maestro argentino... Prochazka es un fabulador, pero es también un filósofo. Mal se haría en relegar en la lectura de este libro el grosor intelectual que habita en cada texto para privilegiar una suerte de recepción lúdica, dedicada sólo a la identificación de los saqueos históricos.

Las cuentas pendientes

Ana Matallana

Editorial Salto de Página, 2018

Francisco Lláñez está muerto. Su féretro descansa en la sala dos del tanatorio de San Blas. A su alrededor se dan cita seis personajes que, de una u otra forma, han tenido relación con él: un amigo, tres pacientes y un desconocido. Y una hija. Pero en ese pequeño espacio van surgiendo preguntas: ¿Se ha suicidado Francisco o ha sido un asesinato? ¿Es el fallecido la misma persona para todos? ¿Quién era en realidad? Y ¿cómo ha influido en la vida de estos seis visitantes? Sus miradas y sus respectivos traumas irán trenzando una historia de luces y sombras en la que, con ternura y humor, reconoceremos nuestras propias contradicciones y nuestras cuentas pendientes.



Y ahora, lo importante

Beatriz Navas Valdés

Editorial Caballo de Troya, 2018

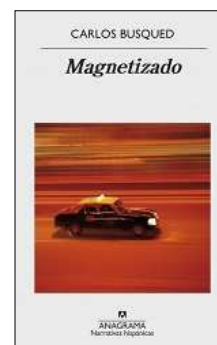
Bienvenidos a los diarios de Beatriz, una madrileña que ha cumplido 14 años en 1992. Beatriz es buena estudiante, sin que eso le impida salir los fines de semana para bailar, beber y flirtear. Ese mismo verano visita la Expo de Sevilla y su padre la lleva a las Olimpiadas de Barcelona. La suya es una vida grata, coherente con la oleada de optimismo imperante en la España de entonces. Pero los titulares de los principales periódicos españoles que Beatriz inserta en las entradas de su diario nos hacen ver que la realidad de ahí fuera no es una celebración perpetua. Los festejos se acaban y la adolescencia de Beatriz también. Aunque la hemos llegado a conocer muy bien a través de su escritura atrevida, nos surgen preguntas sobre ella a las que responde en el epílogo con su voz de adulta que ahora cobra en euros y no en pesetas. «Pero ¿para qué sirven las palabras de una niña de catorce años escritas en un diario? ¿Va a cambiar algo que piense esto? ¿Alguien me escucharía y me tomaría en serio? No. Yo pienso mucho en las historias que me cuentan mis padres y mis abuelos sobre la España de la que venimos, y parece mentira que hayamos avanzado tanto tan rápidamente. Pero hay mucha negatividad y mucho cinismo y creo que todo esto que hemos conseguido se puede ir a la mierda.»

Magnetizado

Carlos Busqued

Anagrama, 2018

A lo largo de una fantasmal semana de septiembre de 1982, se sucedieron en Buenos Aires cuatro asesinatos nocturnos, sobrios en el despliegue y curiosamente idénticos, a tal punto que se podría pensar en un mismo asesinato repetido cuatro veces. La policía buscó al asesino durante casi un mes, de manera tan intensa como inútil. Finalmente resultó ser un postadolescente de diecinueve años. Un muchacho raro y taciturno que, ya detenido, admitió los crímenes y los describió en detalle sin mostrar emoción alguna. No decía incoherencias, no deliraba, no daba la impresión de estar loco. Sin embargo, el acto mismo era lo loco. Los cuatro asesinatos eran tan específicos como carentes de motivo. No había ninguna razón ni secuencia lógica deducible que llevara a las muertes. Personalidad anómala. Trastorno esquizotípico de la personalidad. Síndrome esquizofrénico sobre personalidad psicopática. Trastorno de personalidad antisocial con núcleos esquizoides. Cuadro delirante crónico, compatible con parafrenia o paranoia. Psicópata esquizo perverso histérico. Autista. Estabilizado. Preso. Aquel muchacho raro de 1982 es hoy un hombre mayor que parece más un empleado público que un asesino en serie.



Teoría del ascensor

Sergio Chejfec

Editorial Entropía, 2017

«Ya sea que narre una deriva por un parque en el sur de Brasil, aborde la obra de Rafaela Baroni o (como en esta *Teoría del ascensor*) se ocupe de sus contemporáneos Mercedes Roffé, Martín Caparrós, Mario Bellatin, Carlos Ríos, Victoria de Stéfano o Igor Barreto, escriba sobre sus muertos familiares (Lorenzo García Vega, Juan José Saer, Julio Cortázar), o dé cuenta del descubrimiento azaroso de unas postales antiguas de Caracas o de su vida en Nueva York, leer a Sergio Chejfec es asistir a una sofisticada forma de recordarnos que toda literatura constituye una doble experiencia: la de aquello que se narra (poco importa si situado en el pasado o en el presente, si

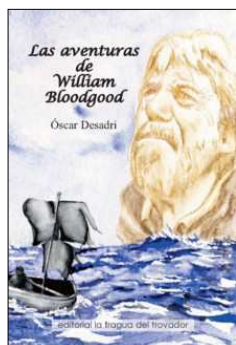
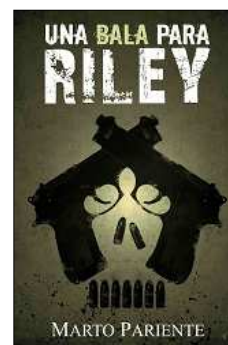
protagonizado por el autor o por los sucedáneos de la "primera persona" que Chejfec emplea para que la narración autobiográfica no devenga irrelevante o banal: "él", "el escritor", etcétera) y la de la narración misma, devenida experiencia mediante su *reenactment* en la lectura. En esa experiencia radica la oportunidad de encontrarse con uno de los acontecimientos más importantes de la literatura en español de las últimas décadas, así como algo parecido a una promesa: la de una literatura que al rechazar radicalmente la lectura rápida no pasa, también rápidamente, sin dejar huellas.» (Patricio Pron).

Una bala para Riley

Marto Pariente

Editorial Cazador de Ratas, 2018

Riley, ex convicto e investigador privado, recibe el encargo de encontrar a la joven y bella modelo Venecia Gayo, testigo del suicidio de un importante magnate ruso. No es el único que la busca. El Gringo –sicario de un poderoso cártel mexicano que no quiere cabos sueltos– anda tras ella. En medio de la cacería que se ha desatado, aparecerá Salazar, un Inspector de Policía para el que cumplir la ley no será tan importante como el hecho de redimir sus pecados. Un thriller a caballo entre la novela negra y la novela policiaca donde los actos del pasado vuelven para reabrir viejas cicatrices y saldar deudas que poco o nada tiene que ver con el bien o el mal.



Las aventuras de William Bloodgood

Oscar Desadri

Editorial La Fragua del Trovador, 2018

William Bloodgood se está muriendo. Sin embargo, nada es más doloroso para este viejo marinero que el peso de una gran culpa. En su lecho de muerte, es a su hija Jordan, que sabe leer y escribir, a quien le pide que transcriba sus memorias, de modo que las gentes de Nueva Orleans conozcan su historia y el papel que desempeñó con el único objeto de que le comprendan y pueda morir en paz. Óscar Desadri se mueve por los caminos de la aventura, de la fantasía, de la ciencia-ficción... Ha publicado *El libro mágico del medievo más fantástico*, editado por Ediciones PuraTinta.

Morongu

Horacio Castellanos Moya

Literatura Random House, 2018

José Zeledón, hombre silencioso y huraño, vive atormentado por su violento pasado. Tras huir de El Salvador con una nueva identidad después de la guerra civil, ha logrado pasar desapercibido durante años en Estados Unidos. Ahora debe dejar atrás Texas y empezar de nuevo en Wisconsin, donde un antiguo compañero de la guerrilla le ha conseguido una habitación amueblada en la ciudad universitaria de Merlow City y un trabajo de conductor de autobús escolar. Su anodina nueva vida se verá alterada al descubrir que otro compatriota salvadoreño, el periodista Erasmo Aragón, ejerce como profesor en el Merlow College mientras busca esclarecer la muerte del poeta revolucionario Roque Dalton.



Honrarás a tu padre y a tu madre

Cristina Fallarás

Anagrama, 2018

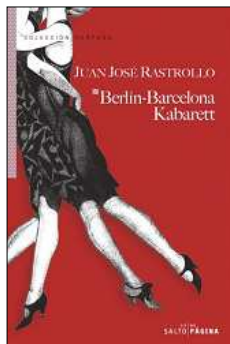
«Me llamo Cristina y he salido a buscar a mis muertos. Caminando. Buscar a mis muertos para no matarme yo. ¿Para vivir? No estoy segura. Convocarlos, dialogar con mis muertos.» La protagonista de este libro, que no por casualidad se llama como la autora, emprende un viaje —físico e íntimo— en busca de los secretos del pasado familiar y de su propia identidad. La búsqueda llevará a Cristina a tirar del hilo de las historias de varias generaciones, a descubrir desapariciones, huidas y muertes, heridas que nunca cicatrizaron. Uno de los mayores silencios que la rodean es el que atañe a algunos hechos sucedidos durante la Guerra Civil: un fusilamiento en Zaragoza, alguien que murió en lugar de otro, un alférez de origen mexicano que presencié ese acto bárbaro, dos personas de bandos contrarios que acabaron unidas en la posguerra... Pero esta inmersión en los secretos familiares va mucho más lejos y lleva a otros periodos, a los años veinte, a la guerra de África, a México, a líos de faldas, a niños que fueron criados en un internado...

El joven Hitler

Javier Cosnava

Editorial Dolmen, 2018

Tras el éxito de *La Segunda Guerra Mundial* Javier Cosnava vuelve a retratar toda una época histórica y un país como Alemania en una novela con Hitler en el centro de la trama, *El joven Hitler*. La novela trata de dar a conocer la génesis de un monstruo como Adolf Hitler buceando en sus ancestros y, en particular, en la vida de su padre. Porque los monstruos, en contra de lo que comúnmente se piensa, no sólo nacen. También se hacen. Para explicar el cúmulo de causas que convirtieron a Hitler en lo que fue (tanto a nivel de sus valores raciales, morales e incluso de su visión de la mujer) he construido una novela muy dura. Sin esa dureza, la personalidad de Hitler y sus acciones posteriores no se podrían entender. Cosechó muy buenas críticas en páginas literarias tan reconocidas como Anika Entre Libros u Ociozero, entre otras.



Berlín-Barcelona Kabarett

Juan José Rastrollo

Editorial Salto de Página, 2018

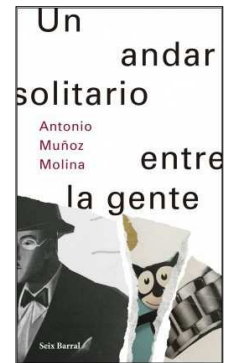
Delfín Barroso, vacilante entre la vocación eclesiástica y la vorágine de un universo decadente, recorre los cabarets del Berlín de la República de Weimar y los bajos fondos de la Barcelona de preguerra arrastrado por una ruidosa comitiva de aristócratas, bohemios, músicos y bailarinas hacia el extremo de un triángulo que completan Úrsula, una cabaretera berlinesa, y Gávril, un judío ruso exiliado. Novela histórica, alegoría política, relato costumbrista y folletinesco, diario incompleto, bildungsroman, ejercicio metaliterario y novela psicológica que retrata el caos mental de un letraherido indemne de realidad, *Berlín-Barcelona Kabarett* aborda en definitiva la desarmónica relación de la literatura con la vida a través de la crónica emocional de un poliamor errático entre un diácono, un exiliado y una cabaretera en una época acaso tan vertiginosa como cualquier otra.

Un andar solitario entre la gente

Antonio Muñoz Molina

Editorial Seix Barral, 2018

Un andar solitario entre la gente es la historia de un caminante que escribe siempre a lápiz, recortando y pegando cosas, recogiendo papeles por la calle, en la estela de artistas que han practicado el arte del collage, la basura y el reciclaje —como Diane Arbus o Dubuffet—, así como la de los grandes caminantes urbanos de la literatura: de Quincey, Baudelaire, Poe, Joyce, Walter Benjamin, Melville, Lorca, Whitman... A la manera de Poeta en Nueva York, de Lorca, la narración de *Un andar solitario entre la gente* está hecha de celebración y denuncia: la denuncia del ruido extremo del capitalismo, de la conversión de todo en mercancía y basura; y la celebración de la belleza y la variedad del mundo, de la mirada ecológica y estética que recicla la basura en fertilidad y arte.



Las ventajas de la vida en el campo

Pilar Fraile

Editorial Caballo de Troya, 2018

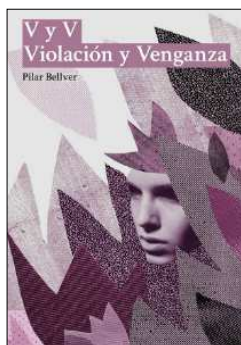
Alicia y Andrés se van a vivir a un pueblo con su pequeña hija Miranda, que aún va a la guardería. Piensan que es una decisión adecuada que les traerá felicidad, pero el extraño vecino del chalet contiguo y su perro comienzan a hacerles la vida imposible: la falta de privacidad se vuelve agobiante. Además, Alicia solo encuentra trabajos temporales como fotógrafa de urbanizaciones que han quedado a medio construir por la crisis económica. Todas estas situaciones, más los temores de ambos y la violencia que se respira a su alrededor, iniciada por la actitud inquietante de su vecino hacia la pequeña Miranda, van ocasionando el desmoronamiento de la relación de pareja y un replanteamiento total de sus vidas, aunque quizá el miedo les impida emprender los cambios que desean.

Una vida prestada

Berta Vias Mahou

Editorial Lumen, 2018

Era alta, de huesos grandes y andares enérgicos, como si la vida le hubiera encargado una misión y ella fuera a cumplirla sin miramientos. Vestía abrigos amplios, faldas y vestidos que le tapaban las rodillas, sombreros de ala ancha y zapatos cómodos de tacón bajo. Podemos imaginarla caminando por las calles de Nueva York o Chicago en los años sesenta del siglo pasado y llevando de la mano a unos niños porque Vivian Maier, la gran fotógrafa que ahora recibe el aplauso internacional de la prensa y del público, durante toda su vida fue ni más ni menos que una niñera, una mujer sin familia, sin hijos y sin casa propia. Lo único que siempre sintió muy suyo era una máquina fotográfica que la acompañaba a todas partes, colgada del cuello o escondida en un bolsillo. Fue así cómo robó la sonrisa de unas niñas, la mueca ácida de una anciana o su propia mirada, cargada de preguntas. Miles de negativos descansaron durante mucho tiempo en viejas cajas, y solo después de su muerte alguien empezó a revelar al mundo el genio de su trabajo. Vivian Maier: una mujer misteriosa que por fin habla gracias a la imaginación y el talento de Berta Vias, que le ha prestado una vida entera.



V y V Violación y Venganza

Pilar Bellver

Editorial Dos Bigotes, 2017

Traer al siglo XXI el mito de Progne y Filomela, una historia de violación y venganza que narra, entre otros, Ovidio en las *Metamorfosis*, hacerla surgir de nuevo y darle sentido desde nuestra visión actual, no es tarea fácil. Para conseguirlo, Pilar Bellver desarrolla la idea de venganza no sólo en la dimensión de lo privado, que es la que plantea el mito, sino también en la dimensión de lo público-político: la terrible venganza de las dos hermanas es aquí correlativa a la venganza política que el clandestino y revolucionario Grupo para la Globalización de la Destrucción (GGD) emprende contra los parques naturales de las grandes potencias que están destruyendo la Amazonía y los bosques primarios de los países pobres. Una novela tan arriesgada y profunda, como inteligente y bien escrita, que nos remite al disfrute de aquellas grandes obras, repletas de contenido, que han ido conformando lo que hoy entendemos por la gran literatura de siempre

Fractura

Andrés Neuman

Editorial Alfaguara, 2018

El señor Watanabe, superviviente de la bomba atómica, se siente un fugitivo de su propia memoria y está a punto de tomar una de las decisiones más cruciales de su vida. El terremoto previo al accidente de Fukushima provoca un movimiento de placas que remueve el pasado colectivo. Cuatro mujeres narran sus vidas y sus recuerdos de Watanabe a un enigmático periodista argentino, en un recorrido sentimental y político por ciudades como Tokio, París, Nueva York, Buenos Aires o Madrid. Este cruce de idiomas, países y parejas va revelando cómo nada ocurre en un solo lugar, cómo cada acontecimiento se expande hasta hacer temblar las antípodas. El modo en que las sociedades recuerdan y, sobre todo, olvidan. En *Fractura* se entretrejen amor y humor, historia y energía, la belleza que emerge de las cosas rotas. Con esta novela Andrés Neuman regresa con fuerza a la narrativa de largo aliento, que lo consagró internacionalmente con *El viajero del siglo*, y firma su obra mayor.



Una noche con Sabrina Love

Pedro Mairal

Libros del Asteroide, 2018

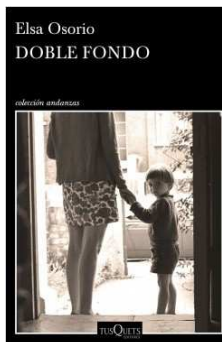
Todas las noches en Curuguazú, un pueblo de la provincia de Entre Ríos, Daniel Montero celebra un rito: mirar el programa televisivo de Sabrina Love, la porno star más popular del momento. Por eso, cuando gana el sorteo para pasar una noche con ella, siente que ha tocado el cielo con las manos. Sabrina lo espera en un hotel de Buenos Aires. A los diecisiete años, Daniel emprende un viaje que, además de la gran ciudad, le descubrirá mucho más de lo que había imaginado. *Una noche con Sabrina Love* ganó el premio Clarín en 1998, otorgado por un jurado que integraban Adolfo Bioy Casares, Augusto Roa Bastos y Guillermo Cabrera Infante. Esta vertiginosa novela de iniciación marcó el brillante debut de Pedro Mairal en la escena literaria.

Faunas

Patricia Ratto

Adriana Hidalgo Editora, 2018

«De golpe los hechos se apelmazan en un punto de su recuerdo que hace que hoy, cuando quiere recuperarlos, se le presenten como todo uno.» ¿El enigma Ratto? Esa sospecha de uno de los narradores de estos felices cuentos los vuelve comparables a esos sueños amables que no queremos ni podemos explicar. Algo de nuestro idioma se precipita allí para no dejarnos ni siquiera murmurar. Nos volvemos incluso "lectores tácitos". Y esa voz de los que cuentan, porque son múltiples y veloces como en las antiguas fábulas los narradores, acaso por la inmediatez imaginaria que ganan en el lector, adquiere una agudeza y una precisión invaluable. Y todos esos yoes nos cuestionan: ¿son yoes que nacen de la vida vivida o vanas formas de una materia que acaso llamamos con alegría ficción? Pero además, en la vacilante proeza de cada cuento —donde también una moraleja huidiza se gana nuestra confianza—, entra de golpe una movediza actualidad.» (Arturo Carrera).



Doble fondo

Elsa Osorio

Editorial Tusquets, 2018

En 2004, el cuerpo de la respetada doctora Marie Le Boulec aparece en las costas de un tranquilo pueblo pesquero de Francia. Estas circunstancias llaman la atención de una joven periodista local, Muriel, que no cree que se trate de un suicidio. Este caso recuerda a los desaparecidos durante la dictadura argentina, lanzados al mar vivos desde un avión. Muriel descubrirá que su investigación la lleva inevitablemente a investigar la vida de Juana Alurralde, militante montonera. Elsa Osorio (Buenos Aires, 1952) es novelista y guionista de cine y televisión. Su obra ha obtenido el Premio Nacional de Argentina, el premio Argentores al mejor guión de comedia, el Premio Periodismo de Humor, el premio literario de Amnistía Internacional y fue finalista del Fémina en Francia. Su novela *A veinte años luz* ha sido traducida a más de 20 idiomas.

Este es el mar

Mariana Henríquez

Literatura Random House, 2018

Helena es fan de la banda Fallen. Una abeja más de un enjambre de jovencitas cuya vida se vuelve macabra y sórdida. Giras, sobredosis, carpetas con cuatro mil quinientas horas de archivos, amores enfermizos, aislamiento. Una lucha alocada por convertirse en la fan más fiel. Chicas que mueren con la foto de su ídolo y el estómago lleno de pastillas. Ritos de pasaje, adolescentes fanatizadas con estrellas de rock, inframundos donde conviven seres que han complotado para que Kurt Cobain, Sid Vicious y Jim Morrison mueran repentinamente... En *Este es el mar*, Mariana Enriquez alcanza una nueva forma de escritura, hurga en lo macabro, atraviesa el universo de lo desconocido y lo monstruoso para posicionarse en un territorio poco explorado de la literatura argentina. Su prosa es tan adictiva como sombría e inquietante.



Donde el silencio se bifurca

Gerardo Piña

Editorial Periférica, 2018

«Pronto voy a morir.» Así comienza esta novela perturbadora y exigente, un largo monólogo (¿desde el limbo?) entre la realidad y la irrealidad. Angustia, opresión y miedo son palabras esenciales en el relato de un hombre que piensa el mundo: desde la enfermedad a los males de nuestro tiempo. Lección moral, y de lucidez, en medio de la consumación, el hombre que nos habla en este relato ejemplar podría ser personaje de un renacido Thomas Bernhard o del mismísimo Dante (del limbo a las puertas del infierno). Un país dividido por la guerra, una joven periodista torturada y asesinada, hambre y desolación... El Apocalipsis no está tan lejos, y de cuando en cuando aparece a la vuelta de la esquina. «Es posible que la antesala de la muerte sea la propia muerte.» Desde *El asco*, de Horacio Castellanos Moya, pocos «exabruptos» a la altura de éste nos ha ofrecido la literatura en español.

Jugar al sol

René Rodríguez Soriano

Editorial Mediasla, 2018

René Rodríguez Soriano es, por encima de cualquier otra cosa, un cuentista. Por este motivo recopilamos estos cuentos que son representativos de una obra más amplia, de una forma de contar impoluta. La dificultad al escoger cuáles textos llenarían las páginas *Jugar al sol* (más de 13 historias de René Rodríguez Soriano) residió precisamente en esto: no se escogieron los cuentos atendiendo sólo a su calidad formal, puesto que debimos entonces escogerlos casi todos, sino a su representatividad, a que transmiten una idea precisa al lector de una forma de narrar, la del autor, placentera antes que nada en la forma, independientemente de la historia que se cuenta, lo cual parece en desuso hoy día. Esperamos con sinceridad habernos acercado apenas un poco a este objetivo.



Madre mía

Manuel Gonzales Saldaña

Editorial Apogeo, 2018

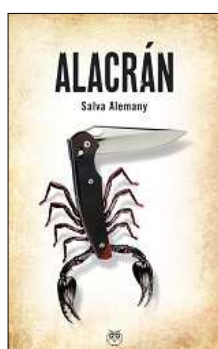
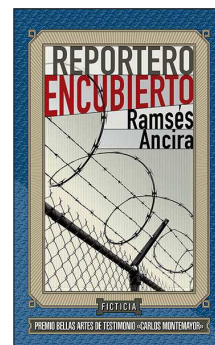
En un universo alternativo, el capitán Charles ha atizado el terror en los noventa en el poblado de Madre Mía, donde incluso llegó a matar al novio de una bella joven a quien pretendía y le rechazó. La amada de luto tendrá que huir lejos de su querida tierra bajo la sombra del temor, la misma penosa oscuridad que heredará su hijo, sus suegros, y su familia. Tiempo después aquel personaje sórdido, otrora fundador del Partido Nacional Socialista Incaico (NASI), desplegará una campaña peligrosa con tal de borrar del mapa a los testigos directos que puedan amenazar su futuro político. Con humor fino, bello estilo, y uso del melodrama, este libro nos deleitará. «*Madre mía* es una obra magistral, de Manuel Gonzales Saldaña. Delinea con destreza acciones, personajes y lugares que desde sus trazos iniciales encantan. Nos hace imaginar sorbos alucinantes de una vida pasada en la guerra subversiva en el Perú.» (Vladimir Villavicencio Angulo).

Reportero encubierto

Ramsés Ancira

Editorial Ficticia, 2018

El 12 de abril de 2016, a las 19 horas, el periodista Ramsés Ancira fue detenido por dos hombres que lo «levantaron» para encarcelarlo sin orden de aprehensión ni juicio ni sentencia, en el Reclusorio Oriente de la Ciudad de México. Tiempo después se enteraría que estaba acusado de fraude procesal por un bien inmobiliario. A partir de su captura y durante el tiempo en que estuvo recluido, Ramsés escribió el trabajo que, a la postre, ganó el «Premio Bellas Artes de Testimonio», en el que cuenta su experiencia como sobreviviente de una cárcel mexicana. Ramsés Ancira nació en la Ciudad de México en 1959. Desde 1980 ejerce el periodismo en el área de derechos humanos. Como reportero de televisión ha realizado alrededor de cien documentales, entre los que destacan *Memorias del 68*, en *Busca del tiempo* y *Seis tandas por un boleto*, de libre acceso en You Tube. Es autor del audiolibro y de la serie en video *México en su memoria* (2012). Colabora habitualmente en la web de noticias en español *Los Ángeles Press*.



Alacrán

Salva Alemany

Editorial Amarante, 2018

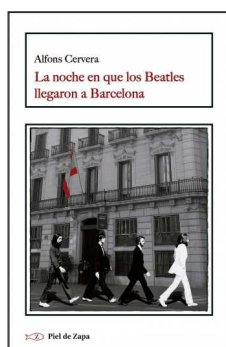
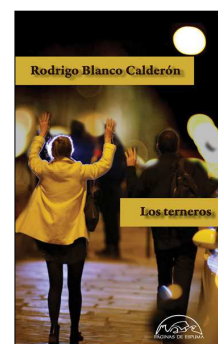
Santos es un hombre duro, tanto como el entorno en el que vive, una localidad en la frontera mexicana, lugar de paso de narcos e ilegales. El gringo Santos tiene dos amores: su esposa Lupe, la mejicanita, y su taller de motos. Pero las motos no dan lo suficiente para comer y Santos hace trabajos para el todopoderoso Don Dimas, quien controla desde su atalaya todo su entramado de negocios criminales. Decidido a cambiar de vida, Santos acepta un último encargo que le permita empezar de cero. Sin embargo, el pasado vuelve a visitarlo para recordarle que no basta la mera voluntad para desterrar sus fantasmas.

Los terneros

Rodrigo Blanco Calderón

Editorial Páginas de Espuma, 2018

Pintores taxidermistas que naufragan en una sociedad hostil, ciegos que conocen los laberintos urbanos, motoristas desnudas que circulan por avenidas, extranjeros que aprenden un idioma confesándose, pilotos moribundos que descansan con la lectura de Saint-Exupéry o existencias abducidas por Cervantes y Petrarca. Unos conviven en medio de la zozobra venezolana, otros con el terrorismo acechante en Francia o el México simbólico de los balazos de la revolución. Impecable y magistral en sus cuentos, Rodrigo Blanco Calderón construye un retablo de personajes nocturnos, que se convierten en víctimas y verdugos de un sacrificio, de la expiación que es la vida en cualquier momento, en cualquier espacio, en la que todos somos «terneros».



La noche en que los Beatles llegaron a Barcelona

Alfons Cervera

Editorial Piel de Zapa, 2018

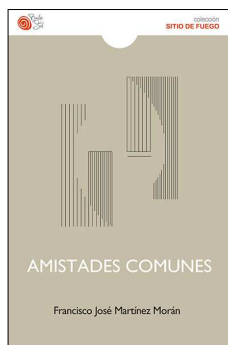
El 3 de julio de 1965 los Beatles actuaron en la Plaza Monumental de Barcelona. Según el ambiente de la época, llegaban los melencidos de Liverpool, el demonio que hundiría en el infierno a la juventud de entonces. Sin embargo, en los sótanos de la comisaría situada en el número 43 de la barcelonesa Via Laietana, se desarrollaba a la misma hora otro infierno muy distinto al que preconizaban *Twist and Shout* y las otras canciones de aquella noche. Dos jóvenes salen del pueblo de Los Yesares para asistir al concierto y lo que se encuentran no es el griterío de las gradas acompañando aquellas canciones sino el horror más insospechado. Uno de los policías más violentos del franquismo representa ese horror, la crueldad de un poder que no necesita explicar ni justificar nada para ejercer esa crueldad con la impunidad más absoluta. La música de los Beatles suena en los tendidos de la plaza mientras otra música —menos complaciente— estalla en la oscuridad de un tiempo que luego sería condenado por la democracia al olvido y al silencio.

Arde, memoria

Rafael Pérez Gay

Editorial Tusquets, 2018

«Cada quien recuerda de una forma diferente, ése es el rasgo extraordinario de la memoria», dice Rafael Pérez Gay en esta recopilación hecha por él mismo de sus mejores cuentos. Aquí conviven los habitantes comunes del corazón de la Ciudad de México entre la histeria de los trámites en días calurosos y el rastro que deja la vida sexual capitalina, el supermercado como escenario de un drama pasional que hace contener la respiración o las fusiones dimensionales para unir pasado y presente. La cotidianidad no resulta impasible, sino asombrosa: un mapa trazado por recuerdos de lecturas, viajes interiores y exteriores, la mirada en la vida de los otros y un bosquejo de nostalgia en la propia. *Arde, memoria*, con una prosa inteligente, lúcida y emotiva, hace factible lo que todo escritor pretende: poner en palabras de la ficción los olores y las miradas intangibles que se van convirtiendo en recuerdo, aquellos de la primera casa, los padres jóvenes, las visitas de algunos fantasmas y cada cosa que el paso del tiempo comienza a nublar.



Amistades comunes

Francisco José Martínez Morán

Editorial Baile del sol, 2018

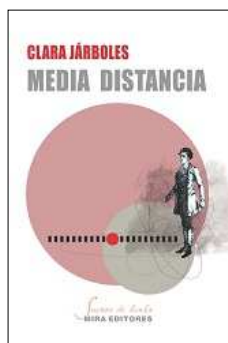
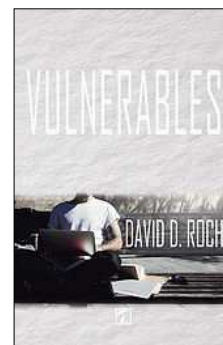
Parece que siempre hay alguien más afortunado cerca de nosotros: alguien que no sufre, alguien que tiene un don natural para la felicidad, alguien secretamente envidiable y envidiado. ¿Y si, por añadidura, ese íntimo fantasma fuese casi la fotocopia de uno mismo? Martínez, tras conocer por casualidad a Morán, experimentará en su propia piel la zozobra de esta entelequia hecha realidad palpable; página a página, el protagonista irá sumiéndose en una obsesión a la que nadie podría poner remedio. *Amistades comunes* se despliega, con el ritmo de un delirio, como una comedia negra sobre los deseos y las frustraciones que nos construyen.

Vulnerables

David D. Rocha

Editorial Tandaia, 2018

En una universidad de España, William y su hermana Pauline, dos chicos americanos que se acaban de mudar a nuestro país, inician su adaptación a un nuevo entorno. Conocerán personas que cambiarán drásticamente sus vidas y forma de pensar. No tardarán en verse afectados por un misterioso crimen que sucederá muy cerca de ellos... Así, los sucesos acontecidos en los primeros días del curso académico, antes de la terrible desgracia, serán vividos de forma distinta por Will, Pauline y el resto de personajes, cada uno con sus propios puntos de vista y vivencias separadas. Y no solo del terrible crimen; se irá desvelando una historia que demuestra que todos, en algún momento, somos vulnerables.



Media distancia

Clara Járbolles

Mira Editores, 2018

Media distancia es un conjunto de veinticuatro relatos, como horas tiene el día. Son textos independientes, con entidad propia, que forman parte de un mismo cuerpo. *Media distancia* está a medio camino entre la intimidad del yo y los otros, entre lo real y lo fantástico, entre la comicidad y la desesperanza y, sobre todo, entre la vida y la muerte. Tiene mucho de autoficción y está plagado de retales y moléculas propias. Es como un parque de atracciones con múltiples artilugios. Tiene un poco de noria y de casa del terror. Una concurrida galería de personajes se pasea por estas páginas: la grotesca cantante de fados, el astrofísico chino que anuncia el apocalipsis, la actriz vengativa, la escritora de literatura erótica y la esteticén, el señor de derechas y la tatuadora, los esquiadores pijos, los niños, el perro amante del silencio o la japonesita asexual. Hay paisajes del pasado: el padre, la amiga de la infancia, los hermanitos revoloteando como polillas, y paisajes del Más Allá, desde donde habla una señora muerta, y hasta un Dios viejo, amante de King Crimson. *Media distancia* es el viaje, la infancia, el teatro, el amor y el sexo, pero también es una sátira de la sociedad posmoderna y sus aterradoras patologías. Relatos de gran peso emocional, cargados de imágenes y una mirada al bias.

El gran misterio

César Aira

Editorial Blatt & Rios, 2018

«Lo mío no es derribar puertas a puntapiés, sino probar llave tras llave hasta oír el suave clic que tranquiliza y gratifica. Debo reducir las incógnitas, para lo cual antes tengo que analizar el Gran Misterio, dividirlo en los pequeños misterios que lo conforman, tomar uno, investigarlo a fondo, rastrear sus raíces y consecuencias. Una vez que termine con uno, pasar a otro y someterlo a la misma inquisición. Salvo que no sea necesario porque podría bastar con uno, uno solo podría entregarme las claves. Si no fuera así, seguir con un segundo, un tercero, triangular, comparar, si es necesario agotar toda la provisión de misterios, cosa que me llevaría una eternidad. Claro que en el camino podría arriesgar una generalización, y ponerla a prueba, y dejar descansar por unos minutos al pensamiento cansado.»



Confesiones de una mosca

Julia Otxoa

Editorial Menoscuarto, 2018

Julia Otxoa, una de las mejores voces de la narrativa breve hispana actual, vuelve a sorprender a los lectores con esta nueva colección de cuentos y microrrelatos. En *Confesiones de una mosca* pueden adivinarse un rasgo kafkiano, una herencia esperpéntica, destellos surrealistas y un humor satírico que nos aproximan a la literatura del absurdo. Esta obra no solo es la decantación del tamiz de varias tradiciones literarias entrecruzadas, sino claro ejemplo de la escritura de una autora con renovada modernidad, estimada como voz indispensable de la actual narrativa breve hispánica.

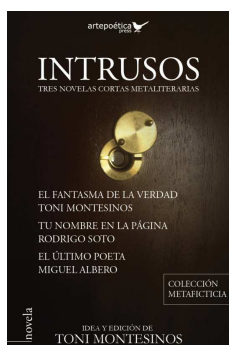
«una de las propuestas narrativas más inquietantes y sugerentes que he leído en mucho tiempo». (Luis Mateo Díez).

Secretos en la Recova

Liliana Cinetto

Alfaguara, 2018

En 1810, la Fonda de los Tres Reyes era el mejor lugar para comer en Buenos Aires. Allí, en el corazón de la Recova, Antonia ayudaba a su papá atendiendo las mesas. Y si prestaba un poco de atención, también podía enterarse de cosas muy importantes, como la llegada de un cargamento especial que pronto estaría en el puerto. ¡Con esa mercadería podría ayudar a Miguel, su amigo! Entonces, ideó un gran plan, pero terminaron envueltos en varios embrollos. Es que Antonia y Miguel creían en los conceptos depatria, libertad, igualdad e independencia que empezaban a sonar fuerte en las calles.



Intrusos. Tres novelas cortas metaliterarias

Toni Montesinos, Rodrigo Soto y Miguel Albero

Artepóetica Press, 2018

Segundo volumen de la colección Metaficticia: *Intrusos. Tres novelas cortas metaliterarias*, escrito por el barcelonés Toni Montesinos, el costarricense Rodrigo Soto y el madrileño Miguel Albero. En *El fantasma de la verdad*, Montesinos inventa un encuentro entre el creador de su propia novela *Hildur* y su protagonista. Inmerso en una crisis matrimonial abocada a la separación, el escritor se dejará arrastrar por el desconcertado ebrio y demente al que lo conduce Hildur —una violinista islandesa—, replanteándose el concepto de autoría y qué tipo de verdad es el amor convertido en engaño. Con la segunda *nouvelle*, *Tu nombre en la página*, Soto aborda el origen de

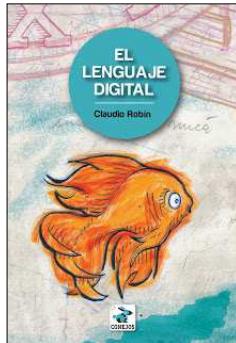
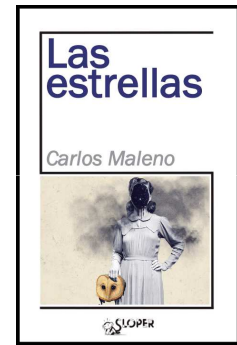
una vocación literaria y el papel que juega la imaginación en ello. Así, un joven llegará a convertirse en escritor, siguiendo los pasos de sus maestros y enfrentándose a diversos rituales de iniciación, hasta convertirse a su vez en personaje de una novela donde rendirá testimonio de su aprendizaje. Y en *El último poeta*, Albero cuenta la peripecia de un escritor que se propone la titánica empresa de NO ganar todos los premios literarios españoles, y no sólo no lo consigue, sino que además un personaje de una de sus novelas entra en su vida hasta convertirla en una pesadilla hilarante. En suma, un brillante triplete narrativo en una oportunidad para experimentar lo metaficticio y dejarse sorprender.

Las estrellas

Carlos Maleno

Editorial Sloper, 2018

La vida de Jordi, un joven tímido, de Barcelona, fascinado por descubrir la verdadera naturaleza humana a través de la fotografía, se cruza con la de Emma. Un cazador solitario descubre a una adolescente descalza, perdida en mitad de una zona desértica. ¿Qué hace allí? Un viaje hacia lo vulgar, lo profundo y oscuro, y a la vez luminoso, del ser humano, su decadencia, su miseria y los intermitentes destellos de belleza que lo perturban y lo santifican. Todo bajo la terrorífica sombra de un misterioso y cruel juez, enorme e intemporal que, como un tótem, nos recuerda que, en nuestras fugaces y temblorosas vidas, siempre hemos de temer a las estrellas.



El lenguaje digital

Claudio Robín

Editorial Conejos, 2018

¿Conoce el pez los límites de su pecera? Es una pregunta sin respuesta, que, Martín Lafrarti, no se hace, pero que podría surgir a partir de la lectura de *El lenguaje digital*, la primera novela de Claudio Robín. Lafrarti, el protagonista, trabaja como productor en un noticiero. Tiene una vida ordenada y previsible, tal vez aburrida, hasta que su estabilidad laboral empieza a tambalear, a partir de la compra del multimedios donde trabaja por parte de otro grupo económico. Vive solo, la relación con su ex mujer y con su hija transita un momento difícil y no hace otra cosa que ir del trabajo a su casa y de su casa al trabajo. Parece que nada lo afectara del todo,

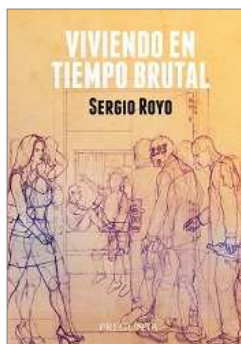
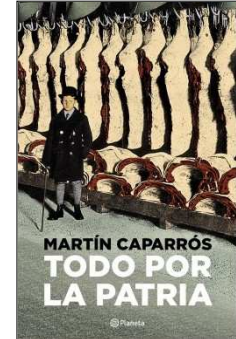
como si observara, a través de un vidrio, las cosas que le pasan como si le pasaran a otro. Pero algo, imperceptible, incluso, para él, se está gestando y una serie de acontecimientos comenzarán a transformarlo, de a poco. Con una prosa seca, Claudio Robín desarrolla, en *El lenguaje digital*, una historia sencilla, narrada en forma lineal, con una tensión que recorre cada uno de los breves capítulos.

Todo por la patria

Martín Caparrós

Editorial Planeta, 2018

Buenos Aires, 1933. La crisis atenaza, la desesperanza cunde, el fútbol viene al rescate. Pero el futbolista más caro y más famoso de su tiempo, Bernabé Ferreyra, acaba de desaparecer: los diarios dicen que se fue al pueblo natal, Junín, para exigir todavía más dinero a su club, River Plate. Andrés Rivarola, a quien todos llaman el Pibe, es amigo de su proveedor de cocaína y cree que puede convencerlo de volver. Cuando lo intenta, el asesinato en un petit hotel de Barrio Norte amenaza con transformarse en un escándalo. En una ciudad acechada por los fascistas, las carnes, la pobreza y la literatura, Rivarola puede aprovechar la oportunidad para favorecer su suerte. Busca, se equivoca, busca más, intenta escribir tangos —el género que mejor interpretó como angustia sentimental los infortunios y las ansiedades de la movilidad social—, mientras fatiga la Recoleta, el Matadero, el Hipódromo de Palermo, el Plaza Hotel, la confitería Richmond, la Jefatura de Policía, el diario *Crítica*, los conventillos, los cafés literarios. También se enamora de una pelirroja a quien pretende, entre otros, un joven poeta torpe y tímido: Jorge Luis Borges.



Viviendo en tiempo brutal

Sergio Royo

Pregunta Ediciones, 2018

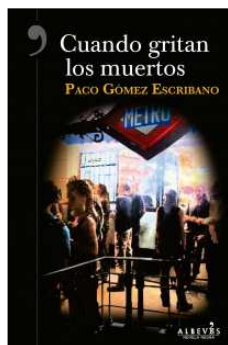
Los tiempos están cambiando. La incertidumbre se apodera del mundo. Todo se vuelve más salvaje, más brutal. Y la literatura debe ser reflejo fiel de su tiempo. Por eso, en *Viviendo en tiempo brutal*, su segundo libro, Sergio Royo nos ofrece un conjunto de historias en las que esa incertidumbre se apodera de los personajes, de sus emociones, de sus vivencias. Cómo reaccionar ante lo que nunca imaginaste que ocurriría. Cómo enfrentar lo inesperado. Hacia dónde ir cuando tu vida cambia de rumbo sin consultarte. Unos relatos que transpiran madurez, hondura y reflexiones, pero también toques de humor, y que nos hacen ver el valor de lo cotidiano y apreciar lo que tenemos, lo que nos hace ser quienes somos.

Trilogía de la guerra

Agustín Fernández Mallo

Editorial Seix Barral, 2018

Sobre estos tres escenarios se han librado batallas: la isla gallega de San Simón albergó un campo de concentración durante la guerra civil española, Vietnam fue la gran herida de la Norteamérica de los sesenta, la costa de Normandía fue testigo del final de la Segunda Guerra Mundial. Como las estrellas, que nos alumbran, aunque estén extinguidas, los caídos de estas contiendas están unidos a los protagonistas de esta historia que, desde los mismos lugares, pero hoy, entrelazan sus destinos mediante conexiones sorprendentes. Con una intensidad creativa que no da tregua al lector, *Trilogía de la guerra* despliega un caleidoscopio de narraciones que cristalizan en un insólito pero certero retrato del siglo xx y el desconcertante xxi. Como si W. G. Sebald y David Lynch se hubieran aliado para desvelarnos la cara B de nuestra realidad.



Cuando gritan los muertos

Paco Gómez Escribano

Editorial Al Revés, 2018

El Cuqui, el Tente y unos amigos dieron un atraco por encargo hace mucho tiempo, pero algo salió mal. Al Tente le amputaron una pierna y el Cuqui recibió una bala en la cabeza que le mantuvo en coma durante años. Los demás murieron y ellos pagaron sus deudas con la sociedad en la cárcel. Ahora, el Cuqui ha cumplido su pena y vuelve al barrio para encontrarse con su pasado, con su presente, y con su viejo amigo el Tente. Psicópata de manual, sin nada que hacer, sin familia, con un buen montón de problemas y con amnesia, volverá a cometer pequeños delitos para sobrevivir en compañía del Elena y el Mochuelo, dos personajes marginales propios de un barrio de

las afueras de Madrid y antiguos conocidos. A pesar de estas desgraciadas eventualidades, consigue iniciar una vida más o menos rutinaria. La Reme Schiffer, enamorada de él desde niña, consigue seducirle e iniciar una relación un tanto peculiar: cuida de él y le da el cariño que le ha faltado desde siempre. Pero, invariablemente, todo vuelve, y cuando el Dandy, jefe de la mafia corrupta que encargó el atraco, regresa de un pasado lleno de fantasmas, el Cuqui y el Tente deciden plantarle cara.

El juego de la mancha

Eduardo Levy Yeyati

Literatura Random House, 2018

Falsas denuncias, el accionar descontrolado de grupos de inteligencia, una sucesión de siniestros, un reguero de cadáveres y la sospecha de todos contra todos. Los medios de comunicación devuelven sórdidas imágenes de aquellos que se atreven a la sospecha. Las acusaciones neutralizan toda rebeldía y la resistencia es inútil: cualquier excusa es válida para acabar fichado en una lista. Nadie se salva de ser, a la vez, perseguido y perseguidor, como en el juego de la mancha: «Si sabés algo, si conocés a alguien que sabe algo, sos boleta». Fantasía retrofuturista de ingeniería social, esta distopía melancólica nos sumerge en una historia sinuosa y poblada de implícitos, y a sus protagonistas, en una realidad oscura que los llena de preguntas.



Una novela criminal

Jorge Volpi

Alfaguara, 2018

El 8 de diciembre de 2005, al sur de Ciudad de México, la policía federal detiene a Israel Vallarta y a Florence Cassez y los acusa de secuestro e integración en banda criminal. Al día siguiente, a las 06:47 de la mañana, los canales de televisión Televisa y TV Azteca emiten en directo la entrada de los agentes federales en el rancho Las Chinitas, la liberación de tres rehenes y la detención de Israel y Florence. En los días siguientes, los detenidos sufrirán torturas, se les negarán sus derechos y la lista de acusaciones irá en aumento. Pero cuando los abogados defensores captan la inconsistencia entre los partes de detención, los vídeos de la emisión televisiva y la versión de sus

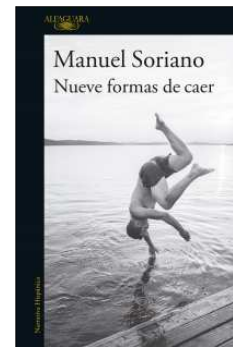
defendidos, comienza una carrera contra el tiempo para sacar a la luz uno de los mayores montajes policiales de la historia de México, cuyo desarrollo hizo que se tambalearan los cimientos del gobierno de Felipe Calderón y culminó con un incidente diplomático entre México y Francia.

Nueve formas de caer

Manuel Soriano

Editorial Alfaguara, 2018

En este nuevo libro de cuentos de Manuel Soriano, en el que reaparece su recordado personaje Koch, hay sangre, acción, suspense, juegos que premian la obsesión por las películas, humor negro, surrealismo, mar, ciudad y, sobre todo, la imprevisible lógica narrativa de los buscadores de internet. En estas nueve historias que describen, rememoran y a veces solo insinúan distintas formas de caídas —desde las más plácidas hasta las mortales, desde las accidentales hasta las controladas—, los sueños, las series, el cine y las noticias se funden con lo cotidiano, mientras que la tragedia se propaga con la eficacia de una red social. Un hombre que queda dos horas a cargo de su bebé mientras la madre está en la playa. Las consecuencias de una conferencia de Fogwill. Un grupo de compañeritos que se asoman radicalmente a la vida mediante una serie de saltos aprendidos de sus ídolos de las artes marciales. El malestar de un niño al descubrir un pequeño bulto en su oreja. Las elucubraciones de unos viajeros en torno a la desaparición de una joven argentina en Balizas. Esos son algunos de los puntos de partida de estos relatos tan inquietantes como irresistibles.



Pelea de gallos

María Fernanda Ampuero

Editorial Páginas de Espuma, 2018

Pelea de gallos narra desde diferentes voces el hogar, ese espacio que construye —o destruye— a las personas, aborda los vínculos familiares y sus códigos secretos, las relaciones de poder, el afecto, los silencios, la solidaridad, el abuso... Es decir, todos los horrores y maravillas que se encierran entre las cuatro paredes de una casa: el espanto y la gloria de nuestras vidas cotidianas. María Fernanda Ampuero ha reunido en su primer libro de cuentos a un buen número de seres inocentes que se corrompen, gente enferma de amor, de soledad, de pérdida —personas que luchan, a su manera, contra la nítida crueldad de estar vivos— y lo hace con un libro demoledor y apegado a Latinoamérica, en cuyas páginas se van desgranando elementos culturales, políticos y sociales que retratan a un continente en su complejidad, en sus radicales diferencias y semejanzas

Nunca mires atrás

Claudio Cerdán

Menoscuarto Ediciones, 2018

El escritor Claudio Cerdán acaba de publicar *Nunca mires atrás*, cuarto título de la colección de narrativa policiaca de Menoscuarto Ediciones —*SeisDoble*—, donde el autor narra con excelente pulso un nuevo caso de la joven y atractiva detective Sonia Ruiz, y ratifica por qué es uno de los autores de novela negra más leídos y valorados del actual panorama hispano del género. Claudio Cerdán toma el relevo de otros destacados narradores españoles de novela criminal (Lorenzo Silva y Andreu Martín, entre otros), para contar con amenidad una intriga que refleja aspectos candentes de nuestra sociedad, como la explotación sexual de mujeres y la violencia doméstica. La trama, que arranca con la desaparición de un hombre de turbio pasado, reúne desde grupos de neonazis hasta integrantes de la mafia rusa... con una Sonia Ruiz que ha de investigar todo aquello tras despertar medio desnuda en un contenedor de basura después de una noche de la que nada recuerda.



Besos humanos

Francisco Ferrer Lerín

Anagrama, 2018

Estos *Besos humanos* vienen a proclamar abiertamente una evidencia hasta ahora apenas susurrada: que, camuflada bajo su reputación de poeta esquivo, de escritor «raro», «inclasificable», la obra de Ferrer Lerín esconde una de las propuestas más audaces y radicales de la narrativa española de las últimas décadas. Espigadas tanto de sus diferentes libros como de su blog personal, las piezas reunidas en este volumen recorren esta faceta insuficientemente destacada de un autor en todos los sentidos políticamente incorrecto: un maestro del miedo que es a la vez, sin paradoja alguna, un seductor.

En el cuerpo una voz

Maximiliano Barrientos

Editorial Almadía, 2018

Tras una cruenta guerra civil, Bolivia ha dejado de existir como nación. La población ha abandonado la ciudad y se repliega en comunas rurales, mientras grupos armados conocidos como las brigadas imponen su ley a sangre y fuego. En la primera parte, dos hermanos huyen de la brigada del General, temido bandido famoso por comer la carne de sus víctimas. Tras recibir ayuda de un veterinario, logran escapar internándose en la selva. Sin embargo, la suerte de quienes lo ayudaron será distinta. Años después del cese al fuego, uno de los hermanos se encarga de recolectar testimonios de supervivientes del conflicto. La magnitud de los estragos, tanto a nivel individual como social, de la violencia se palpan en carne viva en este capítulo. Finalmente, tras una amnistía a los participantes en las masacres, el protagonista se encuentra ante la posibilidad de localizar al General y hacer justicia por su propia cuenta.



Esta es mi naturaleza

Karla Gabriela Barajas Ramos

Editorial Surdavo, 2018

«En estas páginas tendremos un acercamiento textual a diversos referentes en donde se dan cita la hipocresía de las convenciones sociales; la imposición y/o apropiación de conductas que van anulando todo rasgo de autenticidad, el recelo a las nuevas realidades; el cuestionamiento a los procesos instructivos y la aprehensión de las manifestaciones humanas; las culturas populares y su pervivencia en los sentires y prácticas que realiza el hombre como una suma de herencias recibidas; los trastocamientos reales y simbólicos que atraviesan las diversas generaciones, las contemporaneidad y sus revisiones, entre otros ejes temáticos. (...) Campea en todo el libro la savia joven

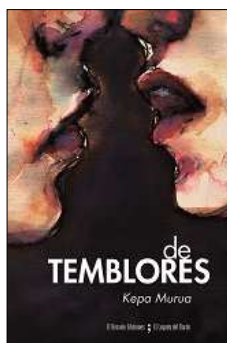
que se manifiesta en la textualización de una obra que se encuentra en franco crecimiento.» (Ricardo Bugarrín).

El infierno

Luz Arce

Tajamar Editores, 2018

Es marzo de 1974. Una joven militante socialista es detenida por agentes de la DINA y condenada a errar por siniestros centros de tortura. Resiste cinco meses, pero cuando enfrenta amenazas dirigidas a su familia, decide colaborar. Da nombres, participa en porreos, confecciona diccionarios marxistas, diseña organigramas de movimientos de izquierda, entabla relaciones amorosas con sus captores y, finalmente, en 1975 es oficialmente reclutada como funcionaria de la DINA por su director, Manuel Contreras. «Me llamo Luz Arce. Me ha costado mucho recuperar este nombre. Existe sobre mí una suerte de leyenda negra, una historia imprecisa, elaborada al tenor de una realidad de horror, humillación y violencia». Más allá de su valor testimonial, *El Infierno* es un libro clave de la historia reciente. Sintomáticamente desatendido por la crítica al momento de su aparición, este texto «maldito» revela, desde dentro, el engranaje de los servicios de inteligencia de Pinochet: la tenebrosa forma en que convivieron los aspectos más pedestres de la institución —ambiciones de poder, riñas intestinas, fiestas, deslices, alcohol y affaires—, con los mecanismos de opresión más crueles de la dictadura.



De temblores

Kepa Murua

Editorial El Desvelo, 2017

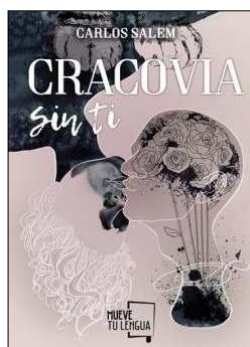
Un hombre atravesado por sus mujeres, una singladura existencial plagada de soledades y de estremecimientos, el desesperado intento por salir de la corriente de la incomunicación. Con estos mimbres teje Kepa Murua su última obra, *De temblores*. La novela del escritor vasco aborda un tema por él muy querido: el ansia y el esfuerzo de comunicación entre hombres y mujeres, una tarea de la que no siempre se sale airoso. Los encuentros sentimentales del protagonista, cargados de sentimiento, sexo e incompreensión, se plasman en una prosa serena y austera, un espejo nítido y sincero que Murua coloca frente al lector para que en él observe su propia intimidad.

Al fin la luz

Guadalupe Iglesias

Ediciones Huso, 2018

«Las experiencias —todo a un tiempo— trágicas, maravillosas, dolorosas y cargadas de esperanza y optimismo que Guadalupe Iglesias narra en este libro son una dramática lección que va dirigida no solo a las personas que, como ella, han sufrido una desgracia tan lacerante como la de perder el precioso sentido de la vista. Su proyección humana va mucho más allá: esta historia, el modo de vivirla y hasta de narrarla es un aprendizaje para todos los seres humanos en la medida en que la vida siempre es un combate contra infortunios mayores y menores, en el sentido de que la existencia es (o debe ser) una lucha eterna por la superación de lo que somos y de la influencia de las circunstancias personales, sociales, políticas en que somos». (Leonardo Padura).



Cracovia sin ti

Carlos Salem

Editorial Mueve tu Lengua, 2017

Daniela ya no cree en el amor a primera vista. Daniel es corto de vista. A ella, le leyeron de pequeña la fábula de la hormiga y la cigarra, y decidió construir su vida hoja por hoja. Y odiar a las cigarras. Él siempre ha sido una cigarra. Cuando era niño decidió ser mago y aprendió todos los trucos de los grandes maestros, pero es incapaz de actuar en público, aunque en privado le broten ramos de ores de los dedos. Con estos elementos, cualquier historia romántica quedaría descartada. Pero Madrid, en primavera, respira por su cuenta, y desde los tejados conspira casualidades bajo la forma de un gato llamado Gato, que juega con el destino como si fuera una bola de papel. Carlos Salem reúne en esta novela su capacidad narrativa y su poesía más urbana, dando como resultado una obra que no podrás olvidar.

Vengaré tu muerte

Carme Riera

Alfaguara, 2018

Movida por un sentido de culpabilidad que no le ha abandonado en los últimos tiempos, la exdetective privada Elena Martínez rememora un caso que investigó hace varios años y en el que sabe que contribuyó a que se condenaran a personas inocentes. En 2010, cuando en España la fiesta del dinero fácil y la corrupción está en pleno auge, la protagonista recibe el encargo de investigar la extraña desaparición del empresario catalán Robert Solivellas. Pero por debajo de ese mar oscuro corre un río aún más tenebroso: el de la total degradación de aquellos que, escudados tras el poder económico y político, creen poder actuar en su vida personal y en los negocios con total impunidad. Carme Riera regresa, tras *Naturaleza casi muerta*, a la novela de intriga con este *thriller* policiaco en el que, con la maestría que caracteriza su literatura, dinamita las convenciones del género negro con el humor, la ironía y la crítica social.



Todos tus nombres

Fernando García Pañeda

Editorial Suma de Letras, 2018

Verano de 1944. Monique de Bissy, una joven de la resistencia belga, ha logrado escapar de los alemanes y ha sido rescatada por la red de evasión Comète. Con un estado de salud precario, es acogida por Martín Inchauspe, un aristócrata sospechoso de traficar con obras de arte expoliado por los nazis. Entre ellos pronto se forjará una conmovedora relación, fruto de una atracción irrefutable, que se verá azotada por la complejidad y la ambigüedad de las circunstancias, ya que nada ni nadie es lo que parece. Inmiscuidos en dos complejos entramados, el del contrabando de arte y el del armamento biológico promovido por los alemanes, deberán mostrar sus cartas y descubrir sus verdaderos propósitos. Fernando García-Pañeda construye con pericia una novela que no es solo una gran historia de espías, sino que es reflejo de una época de penumbra, conspiraciones, expolios, contrabando... en la que lo más importante es mantenerse a salvo.

Los caminos de tu nombre

Ginés Aniorte

Editorial Renacimiento, 2018

No hay universo más grande donde perderse que aquel que conforma la propia familia. En estas páginas comprobamos cómo el tiempo va transformando a sus miembros convirtiéndolos primero en enemigos inconscientes y luego en feroces competidores. Dice Julia, la protagonista de esta novela, que en la familia se da el mayor intercambio de odios y de afectos, y que unos y otros acaban confundiendo hasta conseguir que sus integrantes se sientan extranjeros en la patria que conforma su linaje. Nos hallamos en continuo cambio y lo que hoy somos no se corresponde con las sombras que de nosotros proyecta aquel ayer, tan próximo y a la vez tan lejano. Qué extraño comprobar entonces que se han modificado los recuerdos para adaptarlos a la conveniencia de cada cual, y lo que es más importante: que nuestros ascendientes influyeron de manera decisiva en nuestra vida y un día acabamos siendo el fruto de lo que ellos sembraron o el efecto de lo que su destino —que también es el nuestro— les deparara. La historia familiar que aquí se narra hunde sus raíces en los turbulentos años cuarenta y se expande a lo largo de medio siglo para al fin desvelar a sus personajes los secretos que les harán beber ahora el agua que otros envenenaron.



Los vertebrados

Alberto de la Rocha

Editorial Algaida, 2018

La editora Estefanía vuelve a casa tras pasar la noche en casa de su amiga Sandra. Es por la tarde y solo se oyen los ruidos que producen los vecinos. El piso está vacío. La mujer recuerda que la noche anterior había expulsado de él a Javier, su compañero desde hace ocho años. Atrás en el tiempo, estamos en el dormitorio de Santiago Ramón y Cajal. Ya anciano, reclinado en su cama y usando un escritorio portátil confeccionado a partir de un tablero, trabaja en la corrección y ampliación de su obra *Textura*, de la que quiere publicar una nueva edición antes de que le llegue la muerte, que siente próxima. LXIV Premio de Novela Ateneo Ciudad de

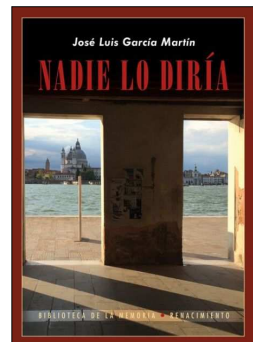
Valladolid.

Nadie lo diría

José Luis García Martín

Editorial Renacimiento, 2018

En Venecia comienza y en Venecia termina el viaje al que invitan estas páginas, un viaje en el que cada día ofrece un motivo para la reflexión, la indignación o el asombro. Sin excesiva hipérbole, podría decirse que los diarios de García Martín — en los que nada es ficción, pero todo es literatura— constituyen un nuevo género narrativo. ¿La fórmula? Algo de malicia, ninguna bondadosa bobería, media cucharada de lirismo, una impertinente curiosidad, unas pocas gotas de erudición; todo ello espolvoreado abundantemente de sentido común (en el buen sentido de la palabra). Conviene no abusar: nunca empalaga, pero provoca adicción.



Veteranos de la guerra del día

Pablo Ottonello

Editorial Entropía, 2018

«He aquí un narrador consciente del poder de su escritura. Un hombre que registra desde el absurdo, un documentalista escéptico. Fin de semana en un hotel de aguas termales, piletas como acuarios impuros. Las familias en remojo, el tiempo suspendido. Microbios en un spa. Esta novela indaga en lo visible y se apoya en la generación de un lenguaje preciso y sin embargo abundante, como el agua tibia, en distorsiones: en el hotel Horacio Quiroga nadie está sano. En sus instalaciones confluyen deprimidos, varicosos e insomnes. Enfermos que se vigilan. Personajes que entran y salen de cuadro como ranas para una disección, bajo la mirada impiadosa de los otros. Pablo

Ottonello es un escritor óptico capaz de percibir el temblor que subyace, el desfase del mundo. Se vale de este invernadero termal para dejar en evidencia los modos rioplatenses, y su batería de neurosis, desdicha e histeria, con una inteligencia visual y crítica poco frecuente.» (Fernanda García Lao).